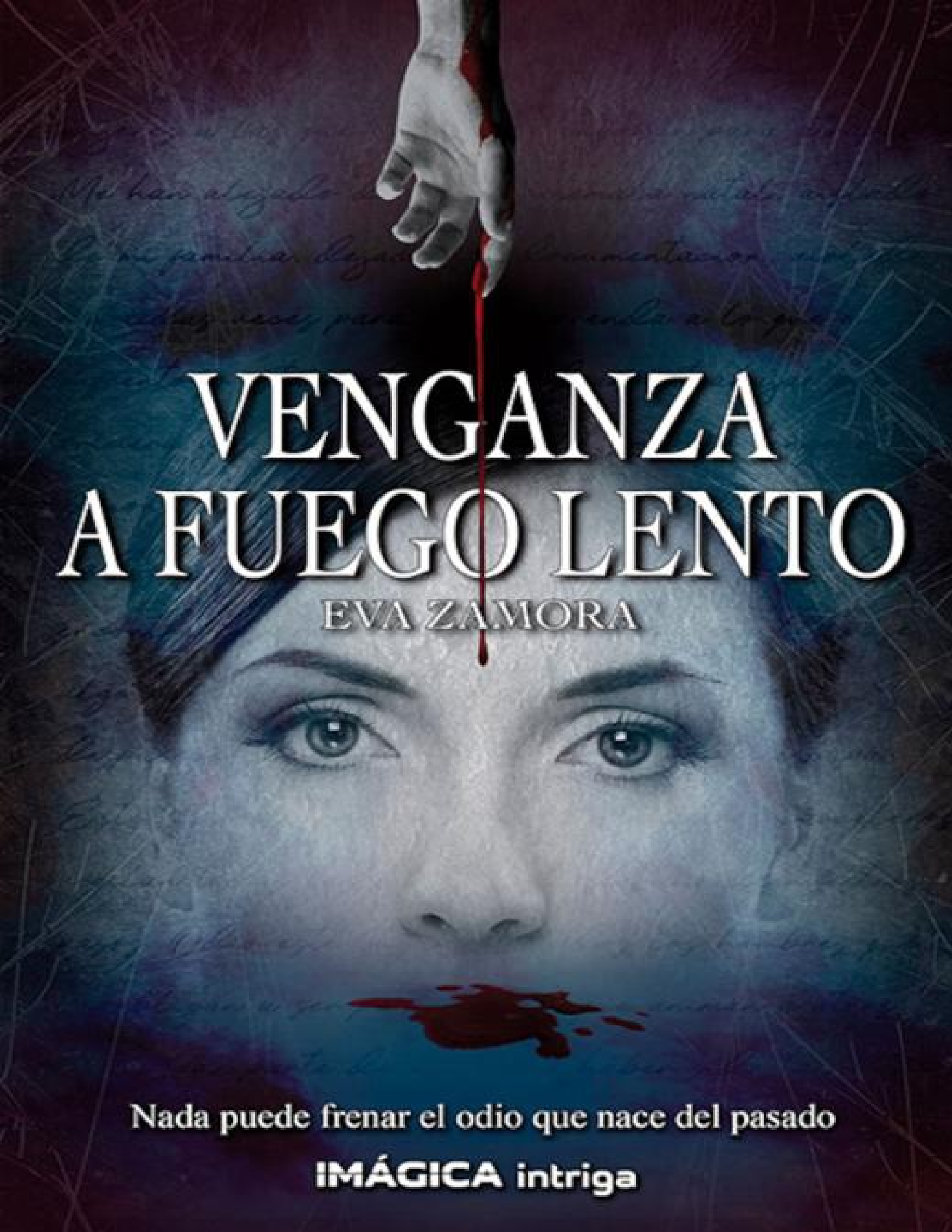
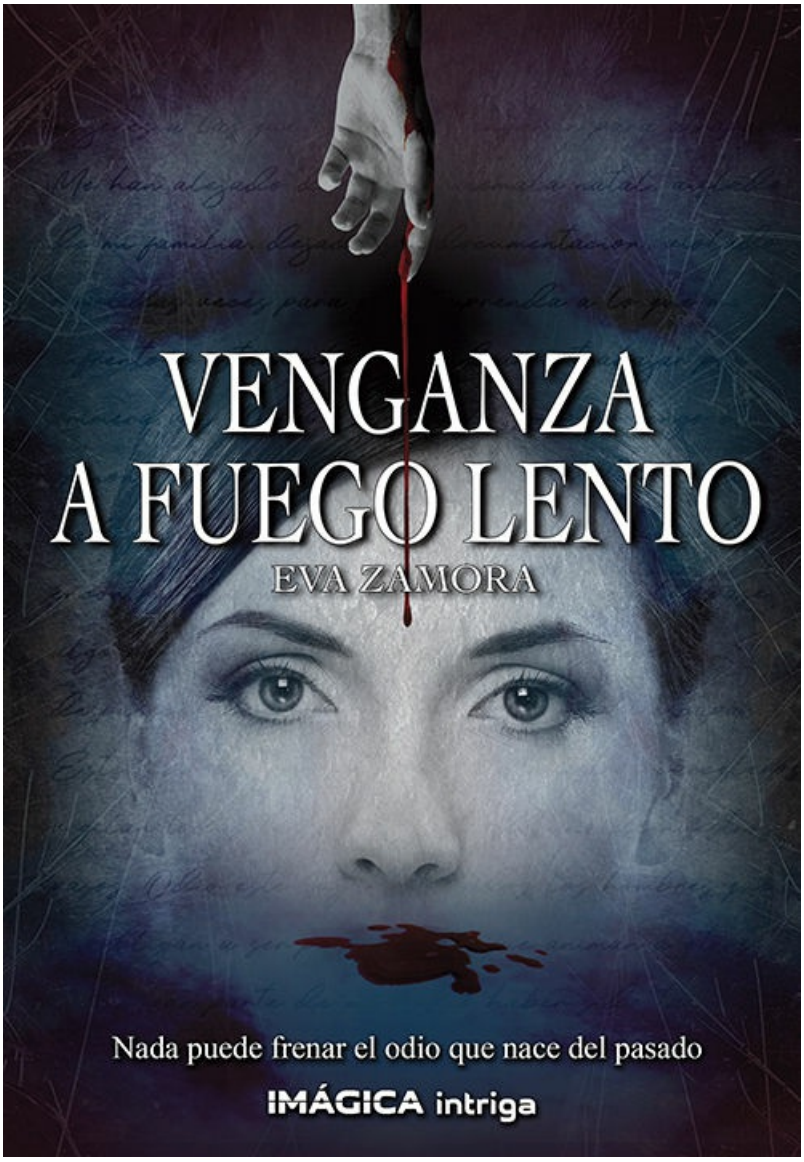

VENGANZA
A FUEGO LENTO
EVA ZAMORA
Nada puede frenar el odio que nace del pasado
IMÁGICA intriga


VENGANZA
A FUEGO LENTO
EVA ZAMORA
Nada puede frenar el odio que nace del pasado
IMÁGICA intriga

VENGANZA A FUEGO LENTO

EVA ZAMORA

IMÁGICA intriga

Alberto Santos, edición.
Carlos L.García-Aranda, correcciones, diseño de cubiertas, diseño y maquetación.

Imágica Ediciones, S. L.: Alberto Santos & Carlos L. García-Aranda,
Llorenç Carbonell y Emilio Gonzalo.
Mánager de internet: Rocío Cuervo (albertosantoseditor@gmail.com)
Maquetación de ebook: Rocío Cuervo

Copyright ©2024 Eva Zamora.
Alberto Santos, Editor. Copyright ©2024 Imágica Ediciones, S. L.
1.ª edición en e-book: Noviembre, 2022.

Imágica Ediciones, S. L.
Alberto Santos, Editor.
Tlf: 619 94 00 62.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Tienda virtual: **http://www.albertosantoseditor.com**
Email: albertosantoseditor@gmail.com
Blog: **albertosantoseditor.blogspot.com**
Facebook: **http://www.facebook.com/albertosantoseditor**

En memoria de Isidoro, mi suegro.

Una estrella más en el cielo.

El odio daña más al que odia que al odiado.

Eric Jerome Dickey

Preámbulo

Odio. Eso es lo que más he sentido a lo largo de mi vida. Un odio acerbo, ingente, despiadado. En la niñez no sabía ponerle nombre a ese sentimiento, era algo que crecía dentro de mí y que no podía definir. En la adolescencia comprendí que la forma de ser de mi madre alimentaba esa cosa que me llenaba de antipatía y a la que seguía sin saber nombrar. Fue en la juventud cuando supe identificarlo: era odio. Mi mejor amiga me ayudó a señalar al responsable de ese odio y yo canalicé toda mi rabia hacia él. Odiaba a mi padre. Había crecido odiándolo sin saberlo, sin apenas conocerlo, pero en cuanto entendí lo que pasaba empecé a ansiar su muerte. Voy a matarlo porque no quiso saber de nosotros, destrozó la vida de mi madre y, por tanto, la mía. Llevo años deseando darle muerte, anhelando venganza, planeando la forma de vengarme, fraguándola, maquinándola despacio. Años cocinando una venganza a fuego lento.

ACTUACIÓN

Para ser voluntario un acto, ha de proceder de un principio intrínseco con algún conocimiento del fin.

SANTO TOMÁS DE AQUINO

1

I can buy myself flowers, write my name in the sand, talk to myself for hours…

La canción de Miley Cyrus rompe el silencio de la madrugada. Me despierto sobresaltada, el móvil está sonando. Doy un respingo al sentir un cuerpo a mi lado. No he dormido sola, ni con quien debía. Me arrepiento mientras enciendo la lamparita de la mesilla e intento que mis ojos se adapten a la luz. Observo la pantalla; es el comisario Torres. Me siento confusa. No son horas y no me llama al teléfono del trabajo. Además, Torres ya está jubilado. Ayer celebramos su fiesta de despedida, y por eso he acabado en la cama con el hombre que menos pensaba.

—¿Se puede saber qué tripa se le ha roto a estas horas y estando jubilado? —enfatizo la última palabra.

—Lola, creo que sé quién es el justiciero —habla nervioso y con prisa.

—¿Lo cree o lo sabe? —La curiosidad me invade. Llevamos semanas buscándolo, perdidos.

—Anoche me atacó dentro de casa y debió de drogarme, como a los demás. Me he despertado en mi cama junto a una mujer cosida a puñaladas y yo no la he matado. Ha sido él. La ha dejado desangrarse a mi lado.

—¿Qué está diciendo? —Me incorporo de la cama veloz, impresionada. Mi acompañante hace lo propio y me mira atento.

—Que me ha tendido una trampa. Que no me ha matado porque me quiere hacer sufrir. Me quiere en la cárcel y que sean los presos los que me maten, Lola —explica alterado—. Necesito que vengas para contártelo todo, que me ayudes, esconderme…

—¡Pare, pare, pare! —lo corto, inquieta—. ¿Cómo que esconderse? No puede hablar en serio. Sabe que todo lo que me está contando tendrá que explicarlo…

—¿Qué quieres que explique? —me interrumpe desesperado—. ¿Acaso no conoces el sistema, no sabes cómo funciona? Hay una muerta en mi cama y mi cuchillo junto al cadáver. ¿Qué apostamos a que solo encuentran mis huellas en él?

—Si está diciendo la verdad, habrá una manera de demostrarlo.

—¿Lo ves? Hasta tú ya dudas de mí.

—Estoy impactada.

—¿Y cómo crees que estoy yo, Lola? Lo tengo todo en mi contra. Está en mi cama, en mi casa, es la organizadora de la fiesta…

—¡¿Jana?!

—Sí, la mujer que me presentaste, con la que estuve tanto tiempo charlando, con la que me marché de la fiesta y me trajo a casa en su coche. —Hace una pausa—. Subió a tomarse algo —susurra, como si le diera vergüenza contármelo—. Soy la última persona con la que estuvo y hay testigos de ello. Soy el único sospechoso. ¿No lo ves? Quiere que me detengan, y si me arrestan,

me tendrá donde desea, en la cárcel, y me matarán.

—¿Quién lo quiere muerto?

—Alguien relacionado con mi pasado. Ven, te lo contaré y podrás ver lo que ha añadido en el reverso de su habitual tarjeta de justicia.

—Esa tarjeta es una prueba y con ella podrá defenderse.

—Lo que pone no puede ayudarme, pero tú, sí.

—¿Cómo quiere que lo ayude? ¿Qué quiere que haga? —demando a la defensiva.

Un silencio sordo se hace al otro lado de la línea mientras trato de asimilar lo que acaba de contarme y lo que me está pidiendo.

—Llevas razón, no puedo implicarte en esto —dice al fin—. Comprendo tu postura, Lola, pero quiero que tú también entiendas la mía. No voy a dar aviso a la policía, no voy a entregarme, no pienso entrar en la cárcel, ni siquiera de forma provisional, hasta que se esclarezca todo. Si entro, ya no saldré, y antes de que me maten otros, prefiero matarme yo, al menos lo haré de una manera más digna y menos dolorosa. —Vacila un instante—. Quizás haya llegado el momento de reunirme con Nuria y, pensándolo, no me da miedo.

Sus palabras me estremecen. Que mencione a su fallecida esposa me encoge el corazón, pero que esté sopesando las bondades del suicidio, me lo hace añicos. No puedo permitir que haga semejante locura ni dejarlo en la estacada. Torres me ha ayudado muchísimo, se ha portado conmigo mejor que mi propio padre. Para mí es como un padre. No puedo dudar de él. Lo conozco, es un hombre íntegro y justo. ¿Por qué iba a matar a Jana? ¿Por qué en su propia casa? No tiene sentido. Como policía, es lo bastante inteligente y cuenta con los recursos necesarios para cometer un asesinato sin dejar indicios. Le costaría poco que el caso se archivara sin resolver.

—Está bien, voy a su casa —cedo—. Pero dígame quién cree que es el asesino.

—Alguien que me considera el responsable de la muerte de una mujer.

Cuelgo, falta de aire, aún me cuesta creer lo que está sucediendo.

—¿Qué es eso de que alguien quiere muerto a Torres? —pregunta mi acompañante, plenamente espabilado.

—Es mejor que no sepas nada y que olvides lo que has escuchado. —Abandono la cama y, rauda, comienzo a vestirme.

—De eso nada. Cuéntame qué está pasando y a qué vienen tus prisas. —Él también sale de la cama y empieza a ponerse los pantalones.

—Primero, esto que ha ocurrido entre nosotros no tenía que haber pasado —le explico a la vez que me calzo—. Fuimos novios, estuvimos a punto de casarnos, pasamos años sin hablarnos, últimamente somos amigos y ahora no quiero tener una aventura contigo. Punto.

—Solo hemos hecho el amor, nada más.

—Y nada menos —replico.

—Bueno, dicen que donde hubo fuego, quedan rescoldos, ¿no? Pues anoche los extinguimos. ¿Y ahora me cuentas lo segundo?

—No perteneces a mi equipo. Estás en otra unidad, en otra ciudad, así que no te debo explicaciones de lo que está ocurriendo. —Mientras hablo me peino el cabello con los dedos y lo recojo con mi habitual coleta.

—También soy policía, conozco a Torres, lo aprecio y quiero que me lo cuentes.

—Y yo quiero que me toque la lotería, pero no hay manera por más que juego. —Chasqueo los labios—. Asegúrate de cerrar bien la puerta al salir.

—Lola, espera, que me calzo y ya estoy.

—No puedo perder más tiempo. ¡Chao, Bruno! —Me marcho apresurada.

—¡Joder, Lola! —Lo escucho quejarse antes de abandonar mi piso.

2

Guatemala, 1995.

Rosaura Ardon Toruño era una joven de diecinueve años, bonita, entusiasta y muy fantasiosa. Sobre todo fantasiosa. Solía montarse en su cabeza unos culebrones que ya les hubiera gustado escribir a muchos guionistas, con una trama que siempre la favorecía; nada que ver con las penurias que soportaba junto a su familia. Era la mayor de cuatro hermanos y la única fémina. Su madre enviudó cuando el benjamín de la casa no tenía ni dos años, y desde ese momento trabajó como una mula para sacarlos adelante.

A Rosaura le partía el alma ver cómo su madre se deslomaba para que a ellos no les faltara un plato de comida en la mesa. Con quince años abandonó los estudios y se puso a fregar escaleras para dejar de ser una carga y convertirse en un activo en la economía familiar. Un año después, el hermano que iba detrás de ella hizo lo propio para contribuir con un pequeño sueldo y comenzó a trabajar de ayudante de albañilería. Pero los otros hermanos eran demasiado pequeños para trabajar, uno tenía doce años y el otro diez, y su madre quería que al menos acabasen los estudios obligatorios.

Rosaura imaginaba cada día mil maneras distintas de ganar más pisto.[1] Nunca imaginó que la llave para alcanzar ese sueño la tenía su amigo Juan Rafael. No desconfió de él cuando le dijo que conocía a alguien que sabía de otra persona que podía ayudarla a conseguir un trabajo mejor y con un salario más alto; al contrario, por fin creyó que la suerte estaba de su parte. Ni siquiera se le ocurrió pensar que Juan Rafael también buscaba dinero, que el dinero que se consigue fácil, fácil suele corromper las almas, y que él había vendido la suya para vivir más cómodamente. Que fuera un judas no era una idea que Rosaura pudiera plantearse ni en sueños.

A las puertas de ese escenario tan esperanzador, la imaginación de Rosaura se disparó y empezó a construir castillos en el aire. Se figuró un puesto que aún desconocía, se vio trabajando duro para ascender de categoría, ganando más con cada ascenso… Tal era su ensoñación, que cuando Juan Rafael la llevó ante Luis Felipe, quien le presentó a Diego Prieto, un empresario español que estaba contratando mano de obra para los múltiples restaurantes que tenía repartidos por su país, Rosaura ya se imaginaba viviendo la vida que merecía. En su ignorancia, se sentía muy agradecida por la oportunidad que iban a darle y que no habría conseguido de no ser por su amigo.

Diego Prieto era un cabrón sin alma que escaneó con la mirada a Rosaura en cuanto la tuvo frente a él. Le gustó lo que vio; era morenaza y pechugona. Llamaba la atención. Con su sonrisa de niño bueno y su talante emprendedor, le relató el mismo discurso que les soltaba a todas las que le interesaban. Le dio a elegir el puesto de trabajo: camarera, cocinera o encargada de sala. Le puso un contrato delante de sus expectantes ojos negros con unas condiciones irrechazables: jornada semanal de cuarenta horas, buen salario, posibilidad de hacer horas extras y piso compartido con otras compañeras y pagado por la empresa. La única pega era que el trabajo era

en España, muy lejos de su Guatemala natal.

Rosaura no dudó en abandonar su tierra, ya se veía haciendo fortuna cuando estampó su firma. Podría mandar una cantidad mensual a la familia, lo suficiente para que su madre no tuviera que seguir castigándose la espalda limpiando oficinas a destajo, para que pudiera descansar las manos que le dolían y se le dormían de tanto retorcer la bayeta, y todavía sería capaz de ahorrar para, dentro de unos años, regresar. El veinticuatro de noviembre de 1995 se despidió de su madre y de sus tres hermanos en La Aurora, el aeropuerto internacional de Ciudad de Guatemala. Apenas había subido al avión cuando ya estaba imaginando el día de su regreso. Jamás supuso que nunca volvería a su país ni a ver a su familia.

A pesar de la desbordante imaginación de Rosaura, como no era mal pensada, no sospechó nada hasta llegar al aeropuerto de Madrid, donde Brais y Nil, dos de los hombres de Diego Prieto, le pidieron el pasaporte y la metieron en la parte trasera de un furgón junto con más mujeres. A granel, como si fueran mercancía. Porque eso las consideraban, carne para otros. Comprobó que las habían engañado en cuanto llegaron al piso compartido que figuraba en el contrato, que en realidad era una nave acondicionada con una treintena de camas al lado de un club de alterne en mitad de una carretera secundaria apartada de la capital.

Todas protestaron. Todas se rebelaron. Todas intentaron escapar.

No sirvió de nada. No había escapatoria posible. Ninguna escaparía y todas correrían la misma suerte. Para hacérselo entender, aquellos hombres sin corazón ni alma hicieron lo mismo que en remesas anteriores: les pegaron para doblegarlas, las ataron a la cama y fueron violándolas. Siguiendo el ritual, primero de uno en uno: Nil, Rayco, Brais y Julen. Después, todos juntos, en manada. Debían hacerlas entender que Diego Prieto había pagado por cambiarles la vida a ellas y a sus familias, y ahora ellas debían corresponder abriéndose de piernas para sus clientes.

Tras días de castigo, aquellas mujeres asumieron que no tenían más salida que la de ofrecer su cuerpo a los tipos que frecuentaban el club. Con la rebeldía inicial domesticada a la fuerza, las informaron de lo que debían hacerles a los clientes y permitir que les hicieran, que era casi de todo, y de lo que debían evitar: cualquier tipo de marca en el cuerpo, bien fuera por exceso de pasión o de ira, y sobre todo quedarse embarazadas. Las formaron y las transformaron, empezando por cambiarles los nombres. No se trataba solo de que sonaran mejor o más sexis, sino de que no hubiera dos iguales para evitar confusiones. Rosaura fue una de las pocas que conservó el suyo, pues no era común y a Nil le pareció sugerente.

El día que iba a empezar a trabajar en Exotic, así se llamaba el club que todas consideraban ya su infierno, Rosaura decidió empezar a escribir el diario que su madre le había regalado antes de partir. «Toma, hija, para que lo anotes todo y luego no olvides ningún detalle cuando me escribas. Las llamadas te van a costar mucho pisto y te vas a poder extender poco, mejor mándame cartas». Eso le dijo y así lo haría. Pero primero necesitaba volcar el torrente de dolor que encharcaba su cuerpo, vaciarse para después poder llenar la carta de fantasías para su madre. Comenzó a escribir:

Me llamo Rosaura Ardon y van a obligarme a ejercer la prostitución. Soy una de las muchas mujeres a las que las mafias engañan para atraparlas. Me han alejado de mi Guatemala

natal, aislado de mi familia, dejado sin documentación, violado repetidas veces para que comprenda a lo que me enfrento y esta noche me pondrán a trabajar por primera vez. No quiero hacerlo, pero no tengo otra opción. Me han amenazado con hacer daño a mi madre y a mis hermanos, saben quiénes son y dónde encontrarlos, no puedo arriesgarme a que les pase algo por mi culpa. Estoy aterrada y quiero desparecer de aquí, pero me es imposible escapar. Este sitio es como una cárcel y nuestros carceleros vigilan todas las puertas y cada uno de nuestros pasos. Odio este lugar y a todos los hombres que me obligan a ser parte de él, que animan a otros a que sean parte de mí. Odio haber sido tan ingenua, tan confiada, tan…

Cuando terminó de expresar sus verdaderos sentimientos empezó a escribir la primera carta a su madre. Solo la había llamado desde el aeropuerto para decirle que había llegado bien, y no habló ni un minuto con ella. Quedó en que le escribiría, y debía rogarle a Nil que hiciera llegar la misiva a su destino. Su madre se preocuparía si no recibía noticias suyas. Cabía la posibilidad de que él no la hiciera caso, incluso de que rompiera la carta delante de su cara y se riera de ella, pero debía intentarlo. Debía hacerle creer que si no le escribía, su madre la buscaría y denunciaría su desaparición. Sin saber si esa carta llegaría a las manos que debía, Rosaura dejó volar su imaginación y comenzó a contar la historia que le hubiera gustado vivir al pisar sueño español.

Hola, mamá.

Hace unos días que he llegado a España y me siento muy afortunada. Sé que no todo el mundo consigue un trabajo como el que me han ofrecido a mí, porque no voy a trabajar de camarera, sino de interna en la casa de un importante empresario cuya mujer está enferma. Brais, el chófer, y Rayco, un vigilante de seguridad, me recogieron en el aeropuerto y me llevaron en un coche de lujo hasta la mansión. Sí, mamá, es una de esas viviendas que tienen los ricos, con un montón de habitaciones y cuartos de baño, como las que hemos visto por televisión en algunas series y películas estadounidenses. Me ha recibido Nil, el mayordomo, que me ha explicado que mi tarea es la limpieza en general. Me ha presentado a Julen, el jardinero, a Tessa, el ama de llaves, y al resto del servicio, que son muchos y muy amables conmigo. Me han recibido como si me conocieran de siempre. Me han caído bien y les he caído bien. ¿Qué más puedo pedir?

Rosaura se echó a llorar sin ni siquiera proponérselo. Estaba asustada, se sentía igual que un cordero en el matadero. La muerte le pareció más benévola que la vida que le iba a tocar vivir a partir de esa noche, y cada una de las noches siguientes. Por unos segundos deseó morir y buscó a su alrededor algo que la ayudara a quitarse la vida. Entre cama y cama había una mesilla de noche y sobre ella cada una de las chicas tenía cosas diferentes. Descubrió una maquinilla de afeitar desechable unas camas más adelante y pensó en la manera de romper el plástico del cabezal para hacerse con la cuchilla y cortarse las venas. El recuerdo de su madre y de sus hermanos despidiéndola en el aeropuerto penetró en su mente como un rayo, enérgico e iluminador. No podía hacerles eso, su muerte los destrozaría. Tenía que ser fuerte y valiente, y lo

bastante lista para encontrar la manera de escapar algún día de allí.

Era la primera vez que Rosaura pensaba en quitarse la vida, pero no sería la última.

[1] En Guatemala se le llama «pisto» al dinero.

3

Veintiocho días antes de la jubilación del comisario Torres.

Me cuesta asimilar que Torres se jubila dentro de unas semanas, que ya no estará en comisaría ni será mi comisario. Lo voy a echar mucho de menos. Isidro Torres fue mi mentor y es una de las personas más importantes de mi vida. Sé que la jubilación tenía que llegar antes o después, que es lo normal a sus sesenta y tres años, pero, siendo egoísta, me gustaría estar más tiempo a sus órdenes. Si Nuria aún viviera, no se lo habría planteado antes de los sesenta y cinco, pero tras su muerte no ha vuelto a ser el mismo. Lo intenta, nos lo hace creer, pero la tristeza no desaparece de sus ojos y no ha vuelto a sonreír con ganas desde entonces. Resiste y sobrevive, que no es lo mismo que vivir.

Torres quería que yo lo relevara, algo factible si no hubiera adelantado su jubilación, pero me faltan algo más de dos años de servicio como inspectora jefa para poder presentarme al concurso-oposición con el que ascender a comisaria. Ha llegado a mis oídos que el comisario Fernando Navarro ocupará el puesto de Isidro Torres, y «Cuando el río suena, agua lleva», que diría mi abuelo. No conozco personalmente a Navarro, pero tiene fama de ser un gran policía, su currículum lo precede. También he oído que es poco paciente y muy severo. No suelo fiarme de las opiniones ajenas, prefiero formarme la mía propia, así que dentro de unas semanas, cuando esté al mando, comprobaré qué hay de cierto en los rumores. Aun así, sé que mi relación con Navarro no será como la que tengo con Torres, ni la complicidad será parecida ni el afecto se podrá comparar. Solo será comparable el respeto que le tendré y la obediencia a la que me deberé cuando esté bajo sus órdenes.

Me invade la tristeza cada vez que pienso en la marcha de Torres. Aunque últimamente ha dejado caer entre el resto de los compañeros que se jubilará antes de lo previsto, no hay una confirmación oficial. No quiere decirlo para evitar una fiesta de despedida, es lo primero que me advirtió cuando me lo dijo a mí. Quiere dejar el cuerpo como entró en él, sin llamar la atención, pero yo no voy a permitir que se retire sin pena ni gloria. Torres debe entender que después de cuarenta años de servicio ha dejado huella en muchos de nosotros y no voy a consentir que se marche por la puerta de atrás. Como dice una expresión taurina, tiene que salir por la puerta grande, por eso le estoy preparando una fiesta sorpresa.

Jana es una *event planner*, como llaman ahora a los que organizan eventos, y he dejado en sus buenas manos el asunto de la fiesta. A mí el trabajo me absorbe demasiado para poder dedicarle el tiempo que precisa. Fue Martina quien me puso en contacto con Jana. Mi gran amiga me dio una de las tarjetas publicitarias que la *event planner* reparte en los distintos establecimientos a los que acude y me aseguró que Jana era buena en su trabajo. Ella organizó la fiesta de cumpleaños de Anabel y Gloria, sus mellizas de diez años, y estuvo genial. No es la primera vez que recurro a Martina en busca de ayuda, más bien de contactos. Mi amiga se relaciona con mucha gente debido a su trabajo como fisioterapeuta, y en su clínica, como en la peluquería, hay tiempo para conocer un poco la vida, la profesión y las aficiones de quienes van.

Jana es una de sus mejores pacientes, cada dos semanas, ella y las contracturas que le provoca el estrés tienen una cita con Martina.

Hace un par de días me reuní con la *event planner* y de primeras me ha caído bien. Calculo que tendrá algunos años más que yo, rondará los cincuenta y tantos, es agradable, educada y una todoterreno, puesto que ha tenido que reciclarse para adaptarse a los nuevos tiempos. De administrativa en una empresa de fruta pasó a ser ama de casa y madre de dos hijos. Tras el divorcio, y sabiendo que lo suyo era planificar, hizo un curso de formación y abrió una web ofreciendo sus servicios de organizadora. Jana se va a encargar de buscar un lugar bonito para celebrar la fiesta, de que no falte comida, bebida y música, además de un karaoke. Yo solo haré la lista de invitados. Anteayer creé un grupo de WhatsApp llamado «Fiesta de jubilación de Torres». En poco más de cinco minutos añadí a los que quiero que acudan, escribí un mensaje de bienvenida y di una explicación que me sirvió de invitación. Recalqué que es una sorpresa, y por lo tanto la discreción es obligatoria. Indiqué el día que tendrá lugar la fiesta, jueves 21 de marzo, con la primavera recién estrenada. El resto de detalles los iré concretando según se acerque el momento.

Casi de inmediato empezaron a llegar mensajes al grupo. Todos se sorprendieron por lo pronto que se jubilaba Torres, puesto que quedaba poco más de un mes. Todos prometieron guardar el secreto y a todos les pareció una maravillosa idea prepararle una sorpresa. Después, algunos comenzaron a sugerirme que añadiese a otros compañeros que al comisario le haría ilusión tener en la fiesta. Les hice caso. En principio íbamos a ser unas veinticinco personas y ahora somos más del doble. Pero como se suele decir, cuantos más, mejor.

Jana le ha sumado al karaoke un *DJ*, lo que en mis tiempos era un pinchadiscos, y entre la crecida de invitados y el aumento de música, el presupuesto se ha disparado. Pagamos a escote, o como dicen en la jerga moderna, a pachas, así que la cantidad a la que tocamos tampoco nos va a dejar un agujero en el bolsillo. Además, nadie ha puesto pegas, al contrario, todos dicen que si hay que tirar la casa por la ventana, por Torres merece la pena. Espero que sigan pensando igual, porque hace cinco minutos Jana me ha llamado para decirme que el presupuesto ha vuelto a subir con los últimos cambios, y voy a comunicarlo por el grupo.

Buenos días. Al final Jana ha tenido que contratar un local distinto por tema de espacio.
9:32

Es una sala de MadridEvent, en pleno barrio de Salamanca. Os mando el enlace.
9:32

madridevent.com/agencia-de-eventos-madrid/
9:32

Ortiz
Hola. Me parece bien, no vamos a estar como sardinas en lata. Parece una sala grande y está chula.
9:33

Cuenta con una gran pista de baile, y lo mejor, con una gran pantalla en la que se pueden reproducir archivos. Es ideal para poner el vídeo que Chaparro le está preparando a Torres. Espero que no nos pongamos demasiado nostálgicos…
9:33

Castrillejo
He encontrado más fotos con Torres. ¡¡¡Madre mía, de cuando llegué a la comisaría!!! Allá por el pleistoceno, jajaja.
9:33

Chaparro
Mándamelas por e-mail, viejuno, jajaja.
9:33

También ha contratado otro camarero, dice que tres son pocos, así que hay que sumar doce euros más por cabeza.
9:33

Manríquez
No os preocupéis por el dinero, compañeros, preocupaos porque nos lo pasemos de puta madre ese día. Tiene que ser memorable para Torres.
9:34

—Lola, nos han dado aviso de un asesinato cerca de aquí, en un piso en la calle de Goya —

anuncia Enric entrando en el despacho como una exhalación. Salgo del grupo y guardo deprisa mi móvil personal.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que me llames jefa o Velázquez? —le reprendo.

—Vale, está bien.

—Y la próxima vez, llama a la puerta. —Le lanzo una dura mirada mientras me preparo para salir.

—¿Algo más, jefa? —Suena a queja.

—Sí, lo más importante, Vila. ¿Qué sabemos del asesinato?

—Que es un hombre al que le han pegado un par de tiros. La Científica y el forense ya van de camino.

—Pues no perdamos tiempo.

4

Veintiocho días antes de la jubilación del comisario Torres.

Rayco Tacoronte. Cuarenta y ocho años. Canario. Fichado por proxenetismo. Asesinado de dos tiros, uno en los testículos y otro entre ceja y ceja, mientras estaba sentado en el sofá de su casa. No hay indicios de violencia, ni puertas ni ventanas forzadas. Lo ha encontrado la señora que le limpia la casa.

Vuelvo a observar la escena del crimen mientras los demás siguen con su trabajo. Rufino Carreño, jefe de la Científica, y su compañero ya están acabando. Carreño tendrá unos cuarenta años; tez blanca como la leche, pelo anaranjado como una zanahoria y espigado como un espárrago. Me pregunto si debo invitarlo a la fiesta sorpresa, Torres se lleva bien con él y, total, por uno más… Además, si va, podré conocerlo fuera de estas situaciones, las únicas en las que solemos coincidir. Pero este no es el lugar ni el momento adecuado para invitarlo, mejor le mando un wasap esta tarde y, si le apetece venir, lo incluyo en el grupo.

—¿Algo importante? —le pregunto a Carreño.

—Sí. —Se retira la mascarilla—. En la mano derecha de la víctima hemos encontrado esta tarjeta. —Me la muestra dentro de una bolsa de pruebas. Tiene escrita la palabra *justicia* en rojo, en letras mayúsculas de impresora.

—Un justiciero. —Resoplo.

—Otro pirado —dice guardándola—. Comprobaré si tiene huellas o cualquier otro rastro.

—Infórmame en cuanto tengas algo.

—Por supuesto, inspectora jefa. Y ahora nos vamos, que aquí está todo hecho.

El juez Ismael Orduño, un hombre impecablemente trajeado, serio por naturaleza y con un halo de tristeza que es todo un misterio para mí, ordena el levantamiento del cadáver mientras la Científica desaparece del lugar.

—Pues me espera mucha faena sobre la mesa de autopsias y quiero irme cuanto antes —advierte Álvaro Zamorano, el forense, un hombre calvo, de ojos oscuros y cara oronda como su cuerpo, mientras rellena a toda prisa el correspondiente papeleo.

—Antes cuénteme algo sobre la víctima.

Zamorano me mira y se quita las gafas, que deja caer sobre la pechera colgando de un cordón dorado.

—De momento solo le puedo decir que, según el *rigor mortis*, calculo que llevará unas doce horas muerto.

—Algo es algo. Avíseme cuando tenga el informe preliminar de la autopsia.

—Como siempre. —Vuelve a colocarse las lentes y sigue a lo suyo.

Los técnicos de emergencias levantan el cuerpo rígido y cianótico del muerto y lo meten en una bolsa negra de trasporte que previamente han colocado sobre la camilla. En cuanto cierran la cremallera parten hacia el IML.[2] El doctor Zamorano se va con ellos. Observo el sofá, que acaba de quedarse vacío. La sangre que salpica el respaldo de polipiel color beige, reseca, y la que forma un charco en el asiento, coagulada.

—¿Qué piensa, inspectora jefa? —me pregunta el juez Orduño.

—El disparo en los testículos claramente indica algo personal. Sabiendo que la víctima era un proxeneta, puede que sea una prostituta que ha querido vengarse.

—También puede ser un crimen pasional. Hay muchas mujeres que manifiestan su deseo de reventarle los huevos a su pareja cuando descubren una infidelidad.

—Es otra posibilidad —afirmo.

—¿Alguna pista? —me pregunta Enric.

—Los dejo, tengo que regresar al juzgado —se despide el juez.

—¿Dónde está la mujer de la limpieza? —Miro a mi alrededor, buscándola.

—En casa de la vecina tomándose una tila y el calmante que le han dado los médicos. ¿Por?

—Porque o bien la víctima conocía a quien lo mató y lo dejó entrar, o el asesino tenía llave de la casa, como esa mujer.

—¿Y crees que ella, que ha avisado a la policía, tiene algo que ver?

—No podemos poner la mano en el fuego por nadie.

—No creo que el estado de nervios que padece se pueda fingir.

—Yo no he dicho eso, solo digo que tenemos que tenerla en cuenta, y a su entorno, por si alguien hubiera tenido acceso a la llave.

—¿Con qué móvil?

—No lo sé, pero es otra hipótesis, teniendo en cuenta a lo que Rayco se dedicaba. Estoy convencida de que no le faltaban enemigos ni gente con ganas de darle su merecido.

—Trabajaba para Diego Prieto, aunque legalmente no lo hemos podido demostrar.

—El malnacido de Diego Prieto sabe cubrirse las espaldas muy bien, lleva años haciéndolo, y también sabe cubrírselas a sus hombres, por la cuenta que le trae. Y ahora llévame a ver a la mujer de la limpieza, tengo que hablar con ella.

[2] Siglas de Instituto de Medicina Legal o Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses, nombre que recibe desde el 2021 el Instituto Anatómico Forense.

5

Los primeros asesinatos.

Dicen que para matar a alguien no hay que tener sentimientos, ni empatía ni corazón. Yo no los tengo. Hace tiempo que me robaron todo lo que se necesita para sentir pena por los demás. Por eso no me ha costado matar a ese cabrón y a esa puta. Quizás está mal que confiese que he disfrutado, pero ¡qué coño!, lo he hecho. He disfrutado mucho. Los he matado porque esa gentuza se merecía la muerte, y a las pruebas me remito.

El cabrón de Rayco controló la prostitución del parque del Oeste durante años. Luego hizo lo mismo en la Casa de Campo, y ahora ha convertido cientos de pisos en prostíbulos. Allí encierra y aísla a las chicas que engaña Diego Prieto. Bastardos de mierda. Las obligan a trabajar las veinticuatro horas del día. Solo pueden vivir en esos sitios, son su cárcel y su condena, y deben pagar por hacerlo. Claro que Rayco tenía que morir, como tantos otros malnacidos de su calaña.

Lo vigilé durante días. Solía tomarse unas copas en un *pub* próximo a su domicilio, jugando a los dardos o al billar. Solo tuve que echarle mi mezcla especial en la bebida para que le entrara sueño y quisiera marcharse a casa. Caminaba por la calle haciendo eses, como si estuviera borracho como una cuba. No se enteró de que lo seguía. Ni puta idea de que impedí con el pie que la puerta de su piso se cerrara. Estaba agilipollado por la droga.

Esperé un poco y cuando entré me lo encontré sentado en el sofá, tan grogui que no podía moverse. Estaba indefenso, como las pobres mujeres a las que obligaba a vender su cuerpo. El mamón de mierda quiso abrir la boca, pero no tenía fuerzas para nada. Lo miré y vi el miedo en sus ojos. Cuando le apunté, se le escapó una lágrima que me enfureció. Era un cabrón, un puto cobarde. Disparé y me sentí feliz al hacerlo. Muy feliz. Sonreí viéndolo muerto.

Le puse en la mano la primera de las tarjetas que tenía preparadas. Quería firmar mi trabajo. Que se reconociera mi obra, como lo desea cualquier artista. Pensé en algo que me representara sin delatarme. Elegí una tarjeta como las de visita con una sola palabra: *justicia*. La había escrito en letra Georgia, en mayúsculas y en color rojo, como el de su puta sangre. Un mensaje claro. Quiero que sepan que esto es justicia. De la de verdad, de la buena, de la que está por encima de las leyes. Me lo he cargado porque era lo justo.

A Tessa la pilló tan desprevenida la descarga eléctrica de la táser como a un condenado a muerte el indulto. Salía fumándose un cigarro del burdel de segunda en el que trabajaba. Era muy vieja para esto, algo más de cuarenta años, ya solo valía para un antro como ese. Para servir de puta, la edad, la belleza y la destreza son muy importantes. Los clientes las quieren jóvenes, despampanantes y muy zorras. No es como en otros trabajos. En la prostitución ser vieja no te da ningún privilegio. Al contrario, tienen que trabajar más y en peores condiciones para ganar menos.

La seguí. La calle estaba oscura y vacía. Tiró la colilla, y cuando la vi ponerse los cascos

supe que esa puta iba a ser una presa fácil. La segunda de la lista, pero no la última. Aceleré el paso cuando se acercó a mi coche. Le di una fuerte descarga en el cuello y la deslenguada se desplomó sin decir ni pío.

La metí en el maletero cagándome en las lorzas de más que tenía. La llevé a la nave junto al abandonado Exotic, el club donde arrojaron a muchas mujeres a las garras de los putos cabrones. Depredadores sexuales que las usaban y se las follaban porque pagaban por ello. Que no se planteaban si ellas querían vender sus cuerpos o si eran explotadas. Que aunque vieran en sus ojos pena y humillación, no pensaban que las estaban violando. Qué puto asco me dan.

Golpeé a Tessa con lo que yo llamaba mi «varita mágica». Era una envidiosa, y la envidia es como una enfermedad. La envidia te hace querer lo que no tienes, desear lo ajeno. Cuando comprobé que no respiraba, acabé el trabajo y me felicité. Los dos primeros asesinatos habían cumplido las expectativas y sentía un placer indescriptible. Había hecho justicia. Y siendo justos, cuando acabe con todos tendrían que darme una medalla por liquidar a la chusma.

La táser y mi mezcla especial me ayudarán a acabar con esos mierdas. Ellas junto a mi odio ingente harán que culmine esta venganza que no ha hecho más que empezar. Quedan unos cuantos proxenetas y prostitutas por ajusticiar. Escoria todos. Y queda el peor, al que le deseo una muerte tan humillante como dolorosa. Un hombre que va de justo, pero no lo es. Que hace creer a los demás que es un santo y en su interior habita un demonio. Que de cara a la galería predica la ley y en privado la rompe. Un mentiroso. Un traidor. Un cabronazo más con el que no voy a tener piedad. Haré que metan en la cárcel a Isidro Torres Ramírez, donde otros lo matarán en mi nombre.

6

Veintisiete días antes de la jubilación del comisario Torres.

Por fin abandono la comisaría y me dirijo al aparcamiento. Ha sido un día largo y agotador que, sumado a otros, da como resultado que se nos acumulen los casos de homicidio y asesinato. Desde la pandemia han repuntado. En general, se han incrementado la agresividad y la violencia, y en particular, han aumentado las reyertas entre bandas juveniles y los delitos contra la mujer. La maldita covid detuvo el mundo, nos paralizó a todos, y cuando la vida se reanudó algunos la retomaron pasados de revoluciones.

Tengo la sensación de que después de la pandemia nos hemos multiplicado. Vayas adonde vayas, hay mucha más gente por todas partes, sobre todo en las grandes ciudades y en los lugares turísticos, donde la mayoría de las veces encontrar una mesa para comer o cenar es misión imposible sin reserva previa. Ese es otro efecto más del puñetero virus, nos ha robado la improvisación, poder salir a la aventura sin tener nada planificado; mejor dicho, reservado.

No hay la menor duda de que el puto bicho invisible e invencible nos cambió la vida. Es curioso cómo el condenado hace que recuerde mis vivencias en función de si sucedieron antes o después de su llegada. El caso de Lagos del Pino fue antes, como mi ascenso a inspectora jefa; la muerte de mi abuela, durante, como el ingreso de mi padre y de muchos de sus compañeros sanitarios, que se contagiaron al estar en primera línea de combate. El compromiso de mi hermano fue después, y cuando surgió mi amistad con Bruno.

Bruno Molina, el que fue el hombre de mi vida, mi gran amor, a quien jamás pensé perdonarle una traición que no llegó a ocurrir, pero que yo me enroqué en su existencia y no lo dejé explicarse ni defenderse. No recapacité hasta años después, cuando coincidí con él en el caso de Lagos del Pino y, derribando la barrera impenetrable que había creado a mi alrededor, escuché la versión en distintas voces. Bruno estuvo tentado de engañarme con otra, pero nunca lo hizo. ¿Quién no ha tenido la tentación de hacer algo indebido alguna vez? «Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra», que diría mi abuelo, tan dado a los refranes. La diferencia está en dejarse vencer por lo incorrecto o no, y Bruno no cayó en la tentación.

El fin de mi hostilidad dio inicio a un tiempo de paz sin mayor trascendencia. Meses después llegó el coronavirus y, con la soledad que exigió el confinamiento, llegó el auge de las videollamadas. Bruno me hizo unas cuantas. Ese fue el comienzo de una amistad comedida, impensable años atrás y cordial a día de hoy. Él también está invitado a la fiesta sorpresa del comisario. Torres lo aprecia mucho y sé que le gustará verlo allí.

Patricia también va a acudir, principalmente porque me apetece a mí, aunque a Torres le cae bien y su presencia no será ningún problema. Patricia Soler trabaja en otra comisaría, es inspectora de policía y pertenece a la Unidad de Atención a la Familia y Mujer, la UAFM, como la llamamos en el Cuerpo Nacional de Policía. La conocí medio año antes de que estallara la maldita pandemia, en un cursillo que dicha unidad impartió en las Brigadas de Homicidios. La

UAFM lucha contra otro de los grandes males de nuestro mundo: la violencia de género, doméstica y sexual, y Patricia era una de las instructoras y la que más ejemplos expuso. En aquel momento explicó que todos estaban basados en su experiencia policial, pero con el paso del tiempo, y tras ganarme su confianza, supe que algunos procedían de su propia experiencia personal.

Unos cafés y unas cuantas charlas fuera del curso me ayudaron a conocer mejor a Patricia Soler, una mujer de físico normal, con el cabello recogido en una coleta, seria, con una mirada dura y mucho carácter, tanto como coraje. Inevitablemente, me vi reflejada en ella, era como estar frente a un espejo. Entablamos una amistad que el confinamiento también ayudó a estrechar. Sus llamadas no solo me salvaron del tedio, también del miedo que causa el peor de los escenarios: la incertidumbre.

Patricia es una gran inspectora, una buena compañera y una mejor amiga. Congeniamos en muchas cosas, en otras no, pero ambas sabemos respetar la opinión contraria, algo en peligro de extinción a día de hoy en una sociedad tan polarizada. Es madre de Oliver, un joven un tanto rebelde a punto de cumplir los dieciocho, y, para mayor inri, tiene un exmarido inaguantable. Alfredo es un cabrón con pintas del que Patricia se separó cuando Oliver era un bebé. Al principio él no quiso saber nada de su hijo, pero hace unos años regresó a su vida e intentó utilizarlo como arma arrojadiza contra su madre. Confieso que lo odio, y lo proclamo si es necesario. En mi defensa diré que lo odio por machista, manipulador y maltratador, razones por las que no me importó hacer lo que hice. Porque en una separación el bienestar de los hijos debe primar por encima del de los padres, Oliver era lo único importante. Sin embargo, en determinadas ocasiones la ley no es justa y la justicia es ciega, y yo tuve que engañar a la justicia para guiarla por el sendero correcto.

Borro todos esos pensamientos de mi cabeza y pienso en la cerveza que me voy a tomar con Patricia, con quien llevo sin verme casi un mes. Hablar con ella me servirá sin duda para relajarme. A punto de montarme en el coche, suena el móvil.

—Dígame, doctor Zamorano —respondo mientras tomo asiento.

—Buenas noches, inspectora jefa —saluda el forense—. A falta del informe preliminar, tengo los resultados de la autopsia.

—Bien, adelántemelos.

—La víctima tenía una alta concentración en sangre de Zolpidem, un medicamento muy potente que se usa para tratar el insomnio, más una elevada tasa de alcohol que aumentó su efecto. También he hallado una importante cantidad de una neurotoxina botulínica. Lo normal no es ingerirla, sino inyectarla para que afecte al sistema nervioso y provoque una parálisis en el músculo, pero reconozco que la mezcla potenció el efecto sedativo-hipnótico y aumentó la incapacidad de movilidad de la víctima.

—Así que le disparó con la seguridad de que no se iba a escapar.

—Esa sería la conclusión —coincide conmigo—. Pero verá, yo quiero informarla de otra cosa.

—Usted dirá.

—Tengo sobre la mesa de autopsias el cuerpo de una mujer que la policía encontró ayer. Presenta una quemadura en el cuello que concuerda con el uso de una pistola eléctrica y la han

golpeado hasta reventarla. Dentro de la boca, al fondo y doblada un par de veces, había una tarjeta idéntica a la que encontró ayer la Científica en el cadáver de su víctima.

—Entonces ambos crímenes están relacionados —afirmo con sorpresa.

—Eso creo, y por eso la llamo.

—Joder, el caso se complica.

—Hay algo más. Le han cortado un trozo de lengua y se lo han metido en la vagina.

Me quedo tan impresionada que por unos segundos no soy capaz de hablar. Un mal presagio me asalta y un escalofrío me recorre de arriba abajo poniéndome la piel de gallina.

—Voy a informar a mi comisario, esto no me gusta nada —acierto a decir.

—¿Usted también cree que es un asesino en serie?

7

Madrid, 1995.

La noche cayó y con ella llegó la hora del *show*. Rosaura y sus compañeras debían caminar por la pasarela del Exotic como si de un desfile de moda se tratase, pero casi sin ropa. Los hombres las esperaban sentados a ambos lados de la plataforma, babeando, alguno con el sexo endurecido y todos fantaseando, preparados para anotar los números por los que después pujarían para pasar la noche con una de ellas.

Rosaura vestía un picardías blanco casi trasparente que realzaba su piel oscura. Patricio, un cliente asiduo, se fijó en ella a distancia, en cuanto la guatemalteca se colocó al principio de la pasarela, mientras otras desfilaban y ella aguardaba su turno. Le impactó la jovencita morena de ojos negros, generosos pechos, marcada cintura y un halo de inocencia que ninguna otra tenía. La quería para él. Solo para él. Antes de que empezara la subasta habló con Nil, el mandamás del Exotic y la mano derecha de Diego Prieto.

—¿Qué precio de salida tiene la número 21?

—La morenita vale mucho.

—Te ofrezco el doble por tenerla a mi disposición en exclusiva.

—Si la quieres, tendrás que pagar el quíntuple. —Nil subió la apuesta.

—Te doy el triple —regateó—. ¿Lo tomas o lo dejas?

—De acuerdo. —Patricio le tendió la mano y Nil se la estrechó. Cerraron la transacción económica como si no acabaran de mercadear con una vida.

Rosaura salió de la subasta de forma automática, para envidia de algunas compañeras. No tendría que desfilar siendo un número y un cuerpo sin sentimientos para los hombres que se las disputaban como si fueran preciados objetos en una casa de subastas; estaría a disposición de uno solo.

En comparación con el resto de sus compañeras, Rosaura comenzó a sentirse afortunada de no tener que aguantar cada noche a un tipo distinto. Patricio, el importante constructor que no podía presumir de atractivo, solo de dinero, no era brusco ni de los que pedía cosas extrañas, con frecuencia felaciones y en alguna ocasión un griego. Lo que Rosaura consideraba suerte, a sus compañeras les parecía injusto. Algunas empezaron a hacerle el vacío, como si ella tuviera la culpa de la elección de Patricio o de la negociación de Nil. Tessa la cogió tal ojeriza que la puteaba cuanto podía. Era su forma de vengarse por la fortuna que suponía ser ofrecida siempre al mismo hombre. Un hombre al que parecía gustarle tanto la joven Rosaura que le regalaba flores, bombones e incluso alguna que otra joya, lo que disparó más las envidias.

Rosaura llevaba seis meses en el club y dos soportando el acoso de Tessa cuando Patricio le dijo que quería iniciar una vida con ella. No dudó en responderle que ella también lo deseaba.

Físicamente no le gustaba, le parecía tan feo como su nombre, pero era el único que le ofrecía la oportunidad de escapar de aquel infierno y no la iba a desaprovechar. Junto con la promesa de sacarla de allí, le pidió tiempo para arreglarlo con Diego Prieto y silencio hasta que el tema se resolviera. Rosaura aceptó, pero no pudo guardar silencio. Cuando escribió a su madre, le contó que iba a casarse. Era la tercera carta que le escribía y ella solo le había contestado una vez. Nil revisaba las cartas, las leía y se reía burlándose de la guatemalteca y sus fantasías. Antes de enviarlas le cobraba a Rosaura una cantidad que sumaba a su deuda, que se incrementaba por todo: comida, bebida, ropa, artículos de higiene…

Las promesas de Patricio fueron a más y Rosaura estaba tan ilusionada por salir de aquel prostíbulo, tan esperanzada de poder regresar a su tierra, junto a los suyos, que cometió un error garrafal: se quedó embarazada. Cuando Patricio se enteró, no volvió a aparecer por el club. Rosaura comenzó a pasar por diferentes manos cada día, como sus compañeras, y como ellas, se topó con todo tipo de hombres y sufrió unas cuantas vejaciones más. Ocultó el embarazo cuanto pudo, pero a punto de cumplir el quinto mes, Tessa se percató de su barriga. Consumida por lo mucho que la odiaba, a la brasileña le faltó tiempo para contárselo a Nil, que llamó a Rosaura a su despacho y, sin molestarse en preguntarle primero, le arrancó la ropa para comprobarlo.

—¡Maldita zorra! ¿Cómo has dejado que te preñen? ¿No has aprendido nada de cuanto te hemos enseñado? —La atravesó con la mirada—. ¿Era cierto lo que le escribías a tu madre? ¿Creías que ese hombre iba a casarse contigo? ¿En serio? Eres más tonta de lo que pareces —siseó—. Y te voy a decir algo, Patricio no te ha jodido, te has jodido tú sola. Y sola te vas a ver a partir de ahora, porque en este club no queremos preñadas. A nuestros clientes no les gustan, así que tendrás que largarte de aquí.

Rosaura lo miró fijamente, en silencio, desnuda frente a él, con su panza prominente y sin poder creer lo que acababa de escuchar.

—¿Me puedo ir? —acertó a decir.

—Te estoy echando, ¿no lo has oído?

—¿Y mi pasaporte?

Nil sonrió con cinismo. No era la primera mujer que pasaba por el club y se quedaba embarazada, ni sería la última. Ni la primera que echaba del Exotic, y tampoco sería la última. No era la primera ni sería la última que le serviría para disfrutar de su situación de poder, sino una más con la que jugar.

—Tu pasaporte está en nuestro poder, como lo estará siempre tu vida. Te estoy echando de aquí, pero seguirás trabajando para nosotros hasta pagar tu deuda. A partir de ahora trabajarás en la calle, sin protección ni techo. Tendrás que buscarte un lugar para vivir y ganarte una parte del terreno que comparten otras que, como tú, desobedecieron las normas. Rayco te llevará al parque del Oeste, esos son sus dominios y tu club desde este momento. Y recuerda lo que te digo, añorarás este lugar y estar bajo mi protección cuando un baboso apestando a sudor y alcohol te la esté metiendo en su coche.

Humillada y asustada por lo que acababa de escuchar, Rosaura recogió su ropa del suelo y trató de cubrirse.

—¡Eh, no tan deprisa! —exclamó, arrancándole las prendas de la mano—. Tengo un ritual de despedida que consiste en follarme a la que se marcha, aunque con tu panza de embarazada se

me han quitado las ganas. —La miró de arriba abajo de forma obscena—. Pero no me importa que estés preñada para que me la chupes, morenita. —Se bajó los pantalones y el calzoncillo y dejó su miembro a la vista—. Hazle una buena mamada a Nil, el mayordomo —dijo, recordándole lo que escribía en las cartas a su madre. Y con el mismo juego, añadió—: Si me haces una buena limpieza general, le diré a Rayco que les pida a las otras putas que tengan delicadeza contigo.

Rosaura, sin más posibilidad que la de obedecer, se arrodilló. Mientras le practicaba la felación a aquel canalla, las lágrimas escapaban de sus ojos y el alma se le agrietaba más de lo que ya la tenía.

8

Las Tablas es un área residencial del madrileño barrio de Valverde, ubicado en el distrito de Fuencarral-El Pardo, que empezó a construirse en la década del año 2000. Más de veinte años después, y como la mayor parte de los barrios al norte de la capital, algunas infraestructuras básicas brillan por su ausencia. Por el contrario, dispone de grandes avenidas y urbanizaciones con pisos amplios y es una zona tranquila y segura para vivir, razón por la que el comisario Torres se compró una de las miles de viviendas que han colonizado el lugar, junto a las sedes de importantes empresas.

He tardado menos de quince minutos en trasladarme desde mi barrio de Moratalaz hasta la calle San Juan Ortega, un tiempo más que razonable, del que no he sido ni consciente, pero el escaso minuto que tarda el ascensor en llegar al ático se me hace interminable. Llamo a Torres al móvil y le comunico que estoy en la puerta. Tres segundos tarda en abrirme y yo dos menos en entrar. Estoy actuando furtivamente. Da igual que porte una placa y vista el uniforme de la ley, ahora mismo me siento como el soldado que abandona su bandera. Echo un rápido vistazo a Torres, lleva la misma ropa que en la fiesta, pero ahora la camisa celeste y el pantalón chino color caqui están empapados de sangre.

—¿Todavía no se ha cambiado? —Suena a lo que es, una crítica.

—Todavía estoy en *shock*, Lola —argumenta—. No puedes imaginar lo impactante que es despertarte al lado de una persona muerta. Y más aún si piensas que se ha desangrado mientras tú dormías a su lado.

—¿Cómo entró en su casa?

—No tengo ni idea, pero yo no abrí la puerta y nadie la ha forzado.

—¿Dónde está ella?

—En la cama, no la he tocado.

Me dirijo a su habitación con prisa. La imagen de Jana bañada en el escandaloso color de la sangre me impresiona. Su rojizo cabello ya no destaca ante el granate que lo anega todo: su ropa, su cuerpo, las sábanas, el colchón… La han cosido a puñaladas y también tiene un profundo corte en las muñecas que me llama la atención.

—Sí, además le han rajado las venas —advierte Torres como si me estuviera leyendo el pensamiento—. Eso me ha hecho comprender lo que el justiciero ha añadido a su habitual tarjeta de visita. Como bien suponíamos, está ajusticiando, y también me quiere ajusticiar a mí.

—Me enseña la tarjeta.

—Está ahí encima. —Señala la mesilla de noche con la cabeza.

Me estiro la manga para que mis dedos no la toquen, no llevo guantes. La palabra *justicia* escrita en rojo y en mayúsculas es la protagonista de esa cara de la tarjeta, como de costumbre, pero esta vez el reverso no está en blanco. «Rosaura murió desangrada. La mataste, Isidro. La

muerte te aguarda en cada esquina, pero antes te espera la cárcel. En ella morirás por criminal».

—¿Quién es Rosaura? ¿Quién le responsabiliza de su muerte? ¿Por qué ha matado a Jana y no a usted si es a quien quiere muerto? —disparo la batería de preguntas.

—Ya te he contado por qué no me ha matado aún. Sabe que mi peor pesadilla es acabar en la cárcel, donde otros se encargarán de matarme.

—Bien, pues háble me de Rosaura de una vez.

—Yo no la maté, te aseguro que solo quise ayudarla. Rosaura se suicidó. Se cortó las venas, como le han hecho a Jana, y murió desangrada, igual que ella —dice mirando al cadáver, y guarda un silencio que siento obligado, que habla de un padecimiento que no menciona—. Pero da igual quién es Rosaura, lo que debe preocuparnos es su hijo: Jesualdo. Creo que él es el asesino que estamos buscando. Y si no es Jesualdo, tiene que ser Desi.

—¿Quién es Desi?

—La hija de Abigail, lo más parecido a una hermana para Jesualdo.

—¿Y Abigail es…?

—Desi me dijo que me odiaba, que se encargaría de que el hijo de Rosaura también me odiara, y me deseó la muerte —responde sin atender mi demanda.

—Pero ¿por qué? —insisto en vano, pues Torres está abstraído, recuperando recuerdos, y no me escucha.

—¿Y si son los dos? —expone tras unos segundos, con un rostro tan colmado de asombro como de espanto.

—¿Se refiere a Desi y a Jesualdo?

—Sí, tiene sentido. —Asiente repetidas veces—. Piénsalo, Lola. Eso explicaría por qué usa métodos distintos con los hombres y con las mujeres. Puede que no sean dos *modus operandi*, sino dos asesinos diferentes.

—Quizá lleve razón.

—Apuesto a que Jesualdo ha matado a las mujeres y Desi a los hombres, por eso con ellas se ha empleado la fuerza y a ellos se los ha paralizado para que no pudieran usarla.

—Podría ser —afirmo.

—Estoy seguro de que ellos están detrás de todo esto, que han aunado fuerzas para ir contra mí porque quieren…

Torres deja la frase inconclusa al oír el escandaloso sonido de las sirenas. De inmediato me asomo por la ventana y veo dos coches patrulla que se detienen en doble fila. Los compañeros se bajan apresurados y se dirigen al portal de Torres.

—¡Mierda, ya vienen!

—Han debido de avisarlos ellos. ¿Lo ves? Quiere que me detengan sí o sí para que me maten en prisión.

Me acerco al armario, lo abro y tomo el primer jersey y pantalón que veo.

—Rápido, póngase esto.

Torres coge la ropa y obedece sin rechistar.

—¿Vas a ayudarme?

—¿Qué cree que estoy haciendo? He debido de volverme loca.

—Gracias.

—No me las dé y dígame por dónde podemos escapar.

—Por la escalera de incendios.

—Pues vamos, no hay tiempo que perder.

Bajamos los seis pisos tan deprisa como podemos. Por suerte, mi Toyota no está lejos ni ningún compañero se ha quedado de guardia, todos han subido al piso de Torres. Me monto en el vehículo y arranco. El comisario entra apresurado en la parte trasera y se agazapa. Abandonamos Las Tablas sin más problema que mi estómago hecho un manojo de nervios. Acabo de convertirme en cómplice de Torres, a quien en breve mis compañeros buscarán por el asesinato de Jana. No puedo creer que esté haciendo esto.

—¿Y ahora qué? —me pregunta sin moverse de su postura.

—Ahora tendré que buscar a ese Jesualdo y a la tal Desi, ¿no?

—Me refiero a qué vas a hacer conmigo, Lola. No puedo acompañarte, soy un fugitivo. Necesito un lugar donde esconderme mientras das con ellos.

—En mi casa no puedo ocultarlo, si sospechan que he podido ayudarlo sería el primer lugar que registrarían. En la de mis padres menos, porque no pienso involucrarlos. Ni tampoco en la de mi hermano ni en la de mi amiga Martina, por lo mismo.

—Ni yo consentiría que me llevases a ninguna de esas casas, no quiero que mi huida salpique a más gente. De hecho, ya me estoy arrepintiendo de haberte implicado a ti.

—Ahora no tenemos tiempo para el arrepentimiento, debemos pensar dónde se va a esconder.

—No puedo ir a la casa de la playa, como es normal, también me buscarán por allí, así que la única opción que me queda es un motel de carretera.

—Inviable. No se puede registrar, ni usar la tarjeta de crédito, ni debería usar el móvil. Es más, apáguelo ya mismo para que no puedan triangular la señal ni rastrearlo.

—Es cierto, el móvil. —Obedece una vez más—. Entonces, ¿adónde vamos?

—Deme unos segundos para pensar.

El silencio campa a sus anchas e invade el habitáculo. Pienso a la par que reparto la vista entre la carretera y el retrovisor, vigilante. De momento parece que nadie nos está siguiendo.

—Ya sé a dónde vamos a ir, a Torrelodones —anuncio tras unos minutos en los que Torres ha aguardado paciente.

—¿Por qué?

—Porque quiero que esté en un lugar donde puedan vigilarlo y en manos de alguien que pueda protegerlo. Voy a intentar que se quede en casa de la inspectora Patricia Soler.

—Ahora sí que te has vuelto loca. ¿Cómo vas a implicar a otra policía?

—Que me he vuelto loca, delo por seguro, pero no quiero que esté solo, y prefiero que esté bajo la protección de una poli que de un civil. En cuanto a acudir a Patricia, me debe un gran favor y hoy pienso cobrármelo. Y mientras vamos, haga el favor de contarme quiénes son Jesualdo y Desi y qué le pasó con ellos para que ahora nos encontremos en este punto.

—Es una larga historia.

—Pues ya sabe, abrevie.

9

Madrid, 1996.

El parque del Oeste está entre la carretera de La Coruña y la Ciudad Universitaria, en el barrio de Moncloa. Durante la guerra civil se convirtió en un campo de batalla, y en la década de los noventa, en una zona llena de prostitución. Para Rosaura, adentrarse en ese territorio fue lo más parecido a estar en el frente, la recibieron con un ametrallamiento de increpaciones y un bombardeo de insultos. Ninguna compañera le facilitó el más mínimo espacio para trabajar, tuvo que ganárselo combatiendo y usando estrategias de desgaste contra el enemigo. La competencia era tan grande como el miedo, pues cada una de aquellas mujeres tenía que rendir cuentas a su correspondiente proxeneta y ninguna estaba dispuesta a recibir una paliza por pérdida de ingresos.

Estando en el parque del Oeste, Rosaura comprendió lo sola que se encontraba. No debería haber escrito a su madre contándole que esperaba un hijo, porque saber que iba a ser madre soltera no le gustó lo más mínimo. Daba igual que su inventiva se hubiera superado explicándole que Patricio no podía abandonar a su esposa enferma para casarse con ella, pero que le había prometido que, aunque no se hiciera cargo del niño, no le faltaría de nada, a excepción de su apellido. Pero precisamente por eso su madre seguía viendo mal el embarazo y no dejaba de culpar a Rosaura del bochorno que suponía traer un hijo bastardo al mundo.

Rosaura, afligida por la carta de respuesta de su madre, decidió hablar con ella por teléfono, una costosa llamada desde un locutorio, a escondidas de Rayco, jugándose el tipo. Necesitaba que su madre la entendiera, pero ella se limitó a reprocharle el pecado de haberse acostado con un hombre casado. A su entender, su comportamiento había sido tan indecente que se avergonzaba de ella. Aunque no la llamó puta, se lo insinuó cuando sentenció: «Una mujer decente no es la querida de ningún hombre, y las queridas reciben otro nombre que es el que de verdad las define». A Rosaura le escocieron tanto sus palabras que le colgó el teléfono. Maldijo la hora en la que se lo había contado. Nadie la iba a juzgar ni a recriminar nada, menos teniendo en cuenta que lo que estaba pasando era por querer ayudar a su madre. No iba a soportar otro ataque parecido y, para no tener que escucharlo, lo mejor era cortar la relación con ella, con su familia. Desde aquel momento fue consciente de que estaba sola en el mundo.

Rosaura siguió trabajando a pesar del embarazo. Por muy asombroso que pareciera, había hombres a los que, lejos de causarles rechazo, les daba morbo. Rayco se aprovechó de la situación y la obligó a trabajar hasta que las contracciones del parto se presentaron mientras un inglés afincado en Madrid la sodomizaba en el asiento trasero de un Opel Lotus.

Corría el mes de abril. El parque del Oeste se había llenado de colores por la primavera, el día había sido seco y cálido y la noche se presentaba fría y amenazaba lluvia. Abigail, una portuguesa menuda, rubia de bote y con los ojos color miel, era la única compañera que había mostrado un poco de empatía por Rosaura, quizá porque era madre de una niña de dos años. Viendo que el parto se avecinaba, trató de ayudarla. Iban en busca de un taxi para llevarla al

hospital cuando empezó una redada policial, cada vez más frecuentes en la zona.

—Oigan, esta mujer está de parto —anunció la portuguesa a los agentes antes de detenerlas.

—Claro, por eso estaba aquí buscando clientes. ¡Joder, ya no sabéis ni qué inventaros!

—Tengo contracciones —añadió Rosaura.

—No cuela, os venís a comisaría.

—Le estamos diciendo la verdad —protestó Abigail—. Mírela, si no puede ni caminar de los dolores.

—¿Qué quieres que mire, espabilada? Apenas tiene tripa, no creo que esté ni de cinco meses, así que no insistas. Y te voy a dar un consejo —se dirigió a Rosaura—, deja de prostituirte al menos hasta que des a luz y te recuperes, que manda huevos. —Resopló—. Y ahora las dos para dentro sin rechistar. —Abrió la puerta del zeta y ellas entraron sumisas.

Las contracciones fueron a más, pero ningún agente hizo caso a Rosaura ni a Abigail, que protestaba más que la propia parturienta. Quizá los policías habían sido testigos de demasiadas excusas y eran incrédulos, o simplemente estaban inmunizados ante las quejas y las protestas de los detenidos. Cuando Rosaura rompió aguas en los calabozos, la situación dio un giro radical. La credulidad se volvió protagonista, junto con las prisas por trasladarla al hospital.

El inspector Isidro Torres estaba a punto de abandonar las dependencias cuando los efectivos del Sámur entraban acelerados, preguntando dónde se encontraban los calabozos.

—¿Qué ocurre? —les preguntó.

—Nos han llamado porque una detenida está de parto.

—¡Madre mía! —espetó asombrado—. Deprisa, vengan conmigo.

Cuando llegaron a los calabozos, Rosaura estaba tendida en el suelo de la celda, con las rodillas flexionadas y separadas, ya no podía juntarlas. Abigail le sujetaba la mano y le indicaba cómo debía respirar a medida que aumentaba el ritmo de las contracciones, que ya se producían cada minuto. Isidro Torres se quedó boquiabierto al ver la escena. Los médicos entraron en el calabozo a toda prisa para atender a la paciente.

—¿Nadie se dio cuenta de que esta mujer estaba de parto? —preguntó Isidro.

—Nadie nos hizo caso, que es distinto —respondió Abigail, adelantándose a la contestación de los agentes.

—Creíamos que mentía; es lo que suelen hacer para no ser detenidas —se defendió uno de ellos.

—¡Hay que joderse! —farfulló Isidro malhumorado.

—No hay tiempo para trasladarla al hospital, el bebé viene ya —anunció el médico que acababa de examinarla.

Isidro entró en la celda y se acercó a Rosaura. La miró a los ojos; su mirada era limpia, inocente y mostraba una profunda tristeza similar a la que él arrastraba desde que había enviudado hacía meses. Un dolor al que se le había sumado la frustración de no poder ser padre. Manuela y él lo estaban intentando antes de que ella tuviera el accidente de tráfico que acabó con su vida.

—Tranquila, todo va a ir bien —intentó sosegarla—. Los médicos van a traer a tu bebé al mundo y luego os trasladarán al hospital, que es donde deberíais estar. ¿De acuerdo?

—Vale —contestó ella.

—Así es, todo va a salir bien —afirmó el médico—. Soy el doctor Manuel Caballero, ¿cómo te llamas tú?

—Rosaura. —Una contracción la hizo gemir de dolor. Abigail volvió a recordarle cómo debía respirar para suavizarlas.

—Yo soy Isidro Torres. Inspector Isidro Torres, para servirte.

Rosaura le sonrió en medio de los dolores. No sabía por qué, pero le gustaba ese hombre. Tenía la mirada transparente y semblante de buena persona. Se le veía protector, y ella necesitaba más que nunca que la protegieran.

10

—¿Te has vuelto loca, Lola? —Patricia me mira desencajada tras contarle lo que ha sucedido y pedirle que esconda a Torres—. Ni de coña voy a tener en mi casa a un hombre que la policía busca por asesinato. Por mucho que me digas que le han tendido una trampa y aunque haya sido comisario hasta ayer. Precisamente por eso él sabe mejor que nadie que lo que está haciendo no está bien. Hoy es un fugitivo de la ley. Y está muy mal que te arrastre a ti, y mucho peor que tú quieras arrastrarme con vosotros. ¿Qué clase de amiga eres?

—La que te ayudó cuando tanto lo necesitabas. La que se jugó su puesto por ti. Esa clase de amiga soy.

—¿Me lo estás reprochando? —Me mira boquiabierta.

—Te lo estoy recordando, Patricia, nada más. Tú no me obligaste a hacerlo, igual que Torres tampoco lo ha hecho; en ambos casos lo que busco es que se haga justicia. Tú sabes tan bien como yo que a veces la justicia y la ley no son compatibles, que el equilibrio entre la opacidad y la transparencia es complejo. Te pido una semana. Solo una semana para buscar a Jesualdo y a Desi.

—Dos días, ni uno más.

—Es muy poco tiempo, dame al menos seis.

—La mitad; tres, los que tengo libres. Es mi última oferta.

—La acepto.

—¡Manda ovarios! —exclama—. Iban a ser unos días tranquilos, aprovechando que Oliver está de viaje de fin de curso, y ahora voy a estar en tensión por esconder a un prófugo de la justicia en mi casa. No me lo puedo creer, yo también me he vuelto loca.

—Te lo compensaré.

—Reza para dar con el asesino, sea quien sea, o nos iremos todos a la mierda.

—Me emplearé a fondo, te lo prometo. Voy a dedicarle cada minuto a la investigación.

—Si puedo ayudarte en algo para avanzar, dímelo. Total, una vez pringada, lo mismo me da ocho que ochenta.

—¿Ves como eres un sol?

—Lo que soy es una inconsciente, o una gilipollas, pero qué le vamos a hacer.

Patricia y yo salimos del dormitorio y entramos en el salón, donde Torres nos espera con cara de circunstancia y un papel en la mano.

—Se queda en buenas manos —anuncio.

—Solo hasta el domingo —puntualiza ella.

—Muchas gracias —le dice Torres con un tono que indica más angustia que otra cosa. Me

tiende el papel y dice—: Toma, los nombres completos de Jesualdo, Desi y Abigail. Abre las dos vías de investigación, Lola. Busca a Jesualdo, te he anotado el centro de protección de menores en el que estuvo. Busca a Desi, llevas la dirección donde vivía con su madre hace quince años. Puede que ya no estén, o que solo Abigail siga viviendo allí, pero podrá ayudarte a dar con su hija.

—Los encontraré y se aclarará todo, se lo prometo —digo con el expreso deseo de hallarlos.

—Más te vale, por la cuenta que nos trae —replica Patricia.

—Dime si puedo ayudarte en algo.

—Sí, haga todo lo que le diga Patricia y no se le ocurra encender el móvil ni hablar con nadie más que conmigo, y siempre con el teléfono de ella. ¿De acuerdo?

—Claro —asiente, notablemente preocupado por su situación y por el riesgo que vamos a correr nosotras.

—Si quieres, puedo ir buscando información de esa tal… —Patricia ojea el papel que me ha entregado Torres—. Abigail Castilla Luzón.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Solicitando ayuda a mi gran amigo Salvador González.

—Es policía, ¿qué le vas a contar?

—Por favor, no impliquemos a nadie más, y menos a otro policía —advierte Torres con pesar.

—Vamos a ver, Lola, no insultes a mi inteligencia. Las neuronas me funcionan de maravilla y no he olvidado que es inspector jefe, como tú, pero tengo recursos de sobra para inventarme una excusa y pedirle que por favor me busque lo que necesito. Y todo sin comprometerlo, os lo garantizo.

—Está bien, hazlo.

—¡Oh!, gracias por confiar en mí.

—Ahórrate el sarcasmo, Patricia.

—Como tú mandes —dice con la misma ironía.

—Muchas gracias a las dos. —Torres habla con tanta sinceridad que se le quiebra la voz.

—No nos las dé hasta que esto acabe, y a ser posible que acabe bien —expone Patricia—. Y lárgate de una vez, Lolita. ¡Vamos, venga!

Me marcho sin despedirme, intentando no pensar en lo mucho que me juego y en lo que se juega Patricia por haberla involucrado. Es cierto que antes me la jugué yo por ella, y no me pesa, volvería a hacerlo. Era lo justo, aunque a ojos de la justicia fuera una ilegalidad.

Abandono el piso pensando que haberme cogido el día libre me ha beneficiado más de lo que podía imaginar. De no haberlo hecho, ahora tendría que justificar mi absentismo laboral inventándome una excusa; qué sé yo, por ejemplo, una gripe que me tiene encamada. Pero hoy no tengo que trabajar, ni el fin de semana tampoco, así que no tengo que avisar a nadie. Eso sí, por mucho que me pique la curiosidad, debo contenerme y no llamar a comisaría para preguntar si hay novedades, eso podría ponerme en el punto de mira. Haré lo que hago en mis días libres,

desconectar, lo contrario podría despertar suspicacias. Quizá me llamen para contarme la bomba. Incluso cabe la posibilidad de que me pidan incorporarme a mi puesto de inmediato, pero si ocurre eso, tendría que poner en marcha el plan enfermedad. Nada puede restar un solo minuto a los tres días que tengo para atrapar al asesino que nos ha puesto en jaque.

La voz de Miley Cyrus me avisa de que alguien me llama. Es el pesado de Lucas Gil. Sé que como periodista está a la caza de la noticia, pero me parece imposible que haya podido enterarse tan pronto de lo de Torres. La curiosidad me invade y contesto a la llamada.

—¿Qué quieres, Lucas? —pregunto con cierta acritud.

—Deberías haberme invitado a la fiesta que le disteis ayer a Torres por su jubilación.

—Era una sorpresa y tú eres periodista; en tu jerga, ambas palabras son incompatibles.

—Ja, ja, ja. Me parto y me mondo contigo, Lola. A veces hasta eres graciosa.

—Tú, en cambio, no. Tú en nuestro círculo eres *persona non grata*, por eso no estabas invitado.

—A Torres le hubiera gustado verme allí, me tiene afecto.

—Pero el resto, no, y no nos ibas a amargar la fiesta a los demás. Y ahora no puedo perder el tiempo con estas tonterías. Chao.

Entro en el coche y tenso las manos sobre el volante. Elaboro cientos de hipótesis y pienso en cómo debo actuar en cada una para no parecer sospechosa. Antes de que pueda arrancar, alguien sube al vehículo.

—¡Joder, qué susto! —exclamo sobresaltada.

—¿Se puede saber qué está pasando? —pregunta Bruno, acomodándose en el asiento.

—No pasa nada.

—Pues te noto nerviosa.

—¡Cómo no!, con el susto que acabas de darme.

—¿Por qué estás nerviosa?

—Pero ¿qué dices? —Trato de hacerme la tonta.

—Ya, Lola, no sigas fingiendo. Os he visto a Torres y a ti bajando por la escalera de emergencia de su bloque para evitar que os vieran los compañeros. Estabais huyendo de la policía, ¿por qué?

—¿Qué estupidez estás diciendo? —Sigo dura, en mis trece.

—¿Me lo dices tú o prefieres que se lo pregunte a ellos? —Saca el móvil del bolsillo.

Guardo silencio. No sé hasta qué punto contárselo puede ser favorable o no.

—Habla. —Suena exigente.

—¿Por qué quieres saberlo, para ayudarnos o para delatarnos?

—Estoy en tu coche, no en comisaría, creo que eso responde a tu pregunta.

—Si te lo cuento, estarás comprometido, serás cómplice, como yo.

—Dímelo.

—Como quieras —me rindo.

Le hablo a Bruno del asesino en serie que llevamos semanas buscando y de la trampa que parece haberle tendido a Torres. Le explico que Torres cree conocer su identidad y que incluso cabe la posibilidad de que sean dos asesinos. Le resumo la historia de Rosaura, Jesualdo, Desi y Abigail y le confieso que he decidido ayudarlo y lo he ocultado en la vivienda de la inspectora Patricia Soler.

—¿Por qué ha aceptado Patricia?

—¿Por qué te has implicado tú?

—Porque sois buenos policías, de los que merecen la pena.

—Pues ella porque me debe un favor.

—Será uno de los gordos.

—Como comprenderás, no puedo seguir perdiendo el tiempo, tengo mucho que investigar —me salgo por la tangente.

—Y yo contigo.

—Ni hablar —advierto rotunda.

—Oye, Lola, tú no eres la única que aprecia a Torres, yo también quiero ayudarlo. Ya sabes lo que se dice, cuatro ojos ven mejor que dos, y dos cabezas pensando harán que todo avance más rápido.

—Ya hay cuatro ojos y dos cabezas en esto —le recuerdo, aludiendo a Patricia.

—Pues mucho mejor si son seis y tres, así que no malgastemos más saliva. El tiempo apremia y la poli nos pisa los talones.

—Vaya, y además chistoso.

—Es una frase que siempre he querido decir —ironiza.

—Tú mismo, inspector jefe Molina.

—¿Por dónde vamos a empezar?

—Por tu coche. Debes dejarlo bien aparcado, no sabemos cuándo volverás a por él.

—Bien. ¿Y después?

—Iremos al centro de protección de menores de la Comunidad de Madrid donde estuvo Jesualdo Ardon. Por lo que Torres me ha contado, se interesó por saber de él y se acercó a verlo poco tiempo después de que lo trasladaran allí, pero el director no le permitió verlo alegando que el joven se estaba adaptando a la nueva situación y que su visita podría ser contraproducente. Veremos qué pueden decirnos ahora sobre él y si saben dónde podemos encontrarlo.

11

Veintiún días antes de la jubilación del comisario Torres.

Un año bisiesto tiene un día más que uno normal, pero ese día no se añade por capricho, sino para corregir el desfase que existe entre la duración del año trópico y el calendario de 365 días. La diferencia equivale a un cuarto de día por año, y la acumulación no contabilizada se corrige con ese día extra que se añade a esos años que se dan cada cuatro. Es solo una razón astronómica para estar lo más al corriente posible con las estaciones.

Sin embargo, para mucha gente los años bisiestos son algo más, simbolizan un mal augurio. La predicción deja de ser una mera leyenda urbana cuando compruebas que hasta el refranero español deja constancia del hecho. «Año bisiesto, año siniestro» es el dicho que más he escuchado, pero no es el único que existe. No soy supersticiosa, creo que todos los días ocurren cosas, pero debo reconocer que en el último bisiesto, el 2020, las desgracias fueron excesivas. Ese año fue un desastre a nivel mundial.

Este 2024 vuelve a ser bisiesto, y aunque no quiero ser agorera, debo reconocer que no ha empezado bien. En lo poco que va de año la tasa de delitos de sangre es más elevada que en años anteriores. Se han contabilizado doce feminicidios. Doce mujeres asesinadas por hombres. Nueve por sus parejas o exparejas, en dos casos por un hijo y en uno por un hermano. Enero se tiñó de sangre con un triple asesinato en un pequeño municipio madrileño que conmocionó al país. Febrero se recrudece con dos fechas fatídicas marcadas en negro en el calendario, la del pasado jueves, veintidós de febrero, y la de hoy, veintinueve. El día que le sobra a este mes, a este año. El día que el justiciero ha cometido otro doble crimen. Así llamamos al asesino que estamos buscando, que hoy nos ha vuelto a dejar dos cadáveres en dos lugares distintos con la misma tarjeta, que se ha convertido en su marca identificativa: «Justicia». La alerta que activamos por si volvía a cometerse un asesinato en circunstancias similares ha saltado justo una semana después de los primeros; es un asesino en serie.

De nuevo un proxeneta asesinado: Nil Serra. El catalán llevaba años residiendo en Madrid y se le vinculaba con los negocios de Diego Prieto. Había sido fichado en una ocasión, cuando se llevó a cabo una redada en el club Exotic. Algunas de las mujeres que trabajaban allí, a las que obligaban a ejercer la prostitución, tuvieron la valentía de señalarlo como el cabecilla, pero ni siquiera llegó a pasar por la cárcel. Su abogado convenció al juez para ponerlo en libertad bajo fianza tras desacreditar los testimonios de las «trabajadoras» y echar por tierra todas y cada una de las acusaciones formuladas por parte del ministerio fiscal. Al igual que Rayco, no estaba casado y vivía solo, y como al canario, lo ha encontrado la señora que le limpiaba la casa. Acudía dos veces a la semana, cuatro horas al día, por la tarde, cuando él no estaba. Ese día llegó a las cinco y se encontró a Nil tumbado en la cama, desnudo, con un tiro en los testículos y otro en los sesos. La tarjeta del asesino descansaba sobre su pecho. Una vez más, ni puertas ni ventanas estaban forzadas.

Lo mismo ha ocurrido en casa de Ana María Guevara, otra prostituta molida a golpes y

mutilada. No había señales de que el asesino hubiera forzado las entradas, lo que limita el modo de acceder a la vivienda. Conocida en su trabajo como *Ámbar*, Ana María era natural de Cuba y había sido fichada en bastantes ocasiones por prostitución en el parque del Oeste. A sus cuarenta y cinco años seguía ejerciendo el oficio en una casa de citas a las órdenes de una *madame*, que fue quien denunció el asesinato. A la mujer le extrañó que Ámbar no acudiera a trabajar, y más aún que no la avisara, puesto que, según ha declarado, era muy puntual y responsable. Su turno era de tres de la tarde a tres de la madrugada y solía llegar quince minutos antes. Se empezó a preocupar cuando no la localizó en el móvil y, tras unas cuantas horas sin que diera señales de vida, esta mañana se ha presentado en su casa y le ha pedido al conserje que le abriera la puerta de su domicilio. El espectáculo con el que se han encontrado era dantesco. Ámbar estaba reventada a golpes y le habían cortado el pie derecho por encima del tobillo, que caprichosamente dejaron sobre su garganta aplastada. Entre los dedos de ese pie, enrollada, la Científica ha hallado la tarjeta de justicia.

Cuando he llegado a la escena y he visto el cuerpo de Ámbar, se me ha encogido el estómago. Es imposible acostumbrarse a la muerte; menos a la crueldad y el salvajismo de un asesino. No sabemos si el justiciero ha acabado ya con su «trabajo» o no ha hecho más que empezarlo. Con estos dos asesinatos ya suman cuatro, y nosotros seguimos con las manos vacías. La sensación de estar dando palos de ciego es general entre los compañeros, y a mí, particularmente, no tener un mal hilo del que tirar me está minando la moral.

Torres ha convocado una reunión de urgencia. Quiere que lo analicemos todo de forma minuciosa para buscar posibles vías de investigación. Debemos dar cuanto antes con el asesino a fin de evitar más muertes, pero nos encontramos ante un tipo inteligente y cuidadoso y adelantarnos a él nos está resultando difícil. No podemos seguir siendo testigos de su barbarie, debemos detenerlo, dejar de ser espectadores y empezar a ser protagonistas. Tenemos que encontrar el modo de avanzar en la investigación para que el caso no se encalle.

Imagino que el comisario también querrá abordar el tema de la prensa, que por muy extraño que parezca, ha pasado de puntillas por los dos primeros asesinatos. Tengo diferentes teorías para justificarlo. Una, que todavía no han relacionado los asesinatos. Dos, que el panorama político está tan crispado que lo acapara todo. Tres, que tienen noticias más jugosas a las que sacarles rendimiento mediático. En honor a la verdad, prefiero que nos ignoren, que no se acuerden de nosotros lo más mínimo, pero sé que en cuanto estos asesinatos salgan a la luz, los tendremos encima. No tardarán en asociarlos, y si la investigación se dilata, la presión de los medios acabará asfixiándonos. Sé de lo que hablo. Sufrí esa presión en mis propias carnes cuando el caso de Gonzalo Montero se alargó demasiado tiempo. Ese acoso motivó en mí una crisis personal y una larga baja laboral. No quiero volver a pasar por algo similar.

A punto de entrar en el despacho de Torres, pienso en uno de esos periodistas: Lucas Gil. Le estoy agradecida por la defensa que me brindó después del caso de Lagos del Pino. Desde entonces trato de mantener una relación cordial, aunque no siempre lo consigo porque hay cosas que no soporto de él ni nunca soportaré. Es un chulo que está encantado de conocerse, al que le van tanto las faldas que no es capaz de escoger una, le tira ficha a toda mujer que puede. Desde hace un par de meses anda detrás de Patricia con la excusa de hablar con ella sobre el caso de las *influencers* desaparecidas en el 2018, un suceso muy mediático que ha acaparado cientos de horas de televisión y radio y miles de páginas en prensa, y él lo quiere contar en el libro que está escribiendo.

Patricia y yo hemos hablado alguna vez de ese caso. Desde hace casi seis años no se ha vuelto a saber nada de Abril Santana ni de Uma Vázquez. La Interpol estuvo buscándolas más de dos años y el padre de Abril no ha dejado de contratar a detectives para que sigan con la búsqueda. Al multimillonario de poco le ha servido su fortuna para dar con su hija, pero no se rinde y sigue empleando todos los medios a su alcance para encontrarla. Por nuestra experiencia policial sabemos que es casi imposible que lo logre, la posibilidad de hallarlas después de tantísimo tiempo es más bien nula. ¿Dónde buscar cuándo no se sabe en qué lugar pueden estar? El mundo es demasiado grande y ellas son como agujas en un pajar; será imposible encontrarlas ni vivas ni muertas. Pero, aun así, comprendemos la desesperación de ese padre, debe de ser horroroso vivir con semejante incertidumbre. Es normal que no quiera tirar la toalla, aunque todos le hayan dicho que está malgastando el dinero.

De eso quiere hablar Lucas con Patricia, de Abril, de Uma, de la búsqueda, del silencio de los responsables, de las familias de ambas. Pero también sé que querrá alargar la charla para continuarla mientras cenan, y que la trasladará a las copas con la idea de acabar en la cama; es su ritual de apareamiento. Patricia ha comprobado que Lucas es un casanova de manual, pero le sigue el juego. Le parece un tipo atractivo, y eso es suficiente para echar un polvo con él cuando a ella le apetezca. Lejos de juzgarla, la entiendo perfectamente. Yo me acosté con el inspector Enric Vila para disfrutar de un rato de placer entre tanto horror al que me enfrento. No quiero nada más con él, aunque parece que a Enric le gusto más de lo que podía imaginar y le está costando entender que la función de aquella noche fue única e irrepetible.

12

Los segundos asesinatos.

Saber que puedes matar a quien crees que no merece vivir te llena de poder. El poder es tan adictivo como la droga. Es como la ambición, que te hace desear más, y cuanto más tienes, más quieres. Un círculo vicioso. Yo deseo matar a esa gentuza, y no me ha costado cargarme a otros dos. Todo lo contario, he vuelto a disfrutar liquidando a Nil y a Ámbar.

Con ella fue pan comido. El portero del edificio tenía una copia de las llaves de su casa y las guardaba en un cajón que no está cerrado con llave. Qué imbécil. Su estupidez fue mi ventaja. Cuando la consejería se quedó libre, las cogí y saqué un duplicado.

Ámbar llegó casi a las cuatro de la madrugada. Esperé una media hora y entré en su domicilio. Estaba en la cama, durmiendo, roncando. Pensé en lo vulnerable que era. Sin la menor posibilidad de defenderse, sin poder evitar lo que estaba a punto de sucederle. Maldita zorra. Saqué la táser y le di una descarga tan fuerte que su cuerpo casi saltó de la cama. Usé mi «varita mágica» y Ámbar no despertó más, como tenía que ser.

A Nil le tocó horas después, a las dos de la tarde. Solía pedir comida a domicilio antes de marcharse a Hot Girls, el club de alterne que dirigía. Tocaba pizza. Tuve suerte, el repartidor se tragó el cuento que le conté y me la dio. Tuve que pagarle un extra, claro. Le llevé la pizza a Nil. Salió a recibirme cubierto con un albornoz, protestando por el retraso, explicándome que estaba a punto de meterse en la ducha. Como si a mí me importara su puta vida. Me alegró enfadarle. ¡Que se joda! Cuando fue a por la cartera, cogí el manojo de llaves que estaba encima del mueble de la entrada. Me pagó y me largué.

Al rato, entré en la vivienda. Se oía el ruido del agua, el cabrón se estaba duchando. Sobre la encimera de la cocina estaba la pizza. Al lado, una gran lata de cerveza de la que apenas había dado un trago. Aderecé la yonqui-lata. Me escondí detrás de las tupidas cortinas del salón. Poco después llegó con una toalla enrollada a las caderas, la caja de la pizza en una mano y la bebida en la otra. Se sentó en el sofá. Echó un largo trago y empezó a comerse las porciones. Escuché sus asquerosos eructos. Sus pedos. Menudo cerdo. Cuando se terminó la pizza llamó por teléfono a una mujer y se frotó la polla mientras le decía un sinfín de guarradas. Mi deseo de asesinarlo crecía de forma inconmensurable con cada una de sus palabras. La conversación finalizó en cuanto se corrió, que fue enseguida. Se acabó la cerveza y volvió a su habitación.

La imagen de aquel hijo de puta pajeándose seguía en mi mente cuando dejé de oírlo. Sujetando la pistola, me asomé a su dormitorio. Estaba sentado en el borde de la cama, sin ropa y con la mirada perdida. Era como un lobo que no podía morder para defenderse. Era un puto cordero en el matadero. Era mío y no tenía escapatoria. Él lo sabía y yo disfruté una barbaridad de ese instante. Tanto, que bien podía haberme corrido de gusto.

Nil y Ámbar ya están criando malvas. Dos ajusticiados más. Dos menos en la lista de cabrones y putas que matar. Seguro que la policía ya ha encontrado los cadáveres. Imagino la

cantidad de cosas que se preguntarán. Solo les he dejado claro que quiero vengarme y hacer justicia. No saben que aún quedan unas cuantas víctimas para acabar mi trabajo. A todo cerdo le llega su San Martín, y el próximo jueves morirán otros dos.

13

Diecisiete días antes de la jubilación del comisario Torres.

—Buenos días, comisario —saludo al entrar en su despacho.

—De buenos, poco, a menos que traigas buenas noticias.

—Pues siento decirle que seguimos como estábamos. —Chasqueo los labios—. Es difícil reconstruir las últimas horas de las víctimas. En el caso de los proxenetas, porque no hay gente cercana a ellos que nos pueda indicar, y en el de las prostitutas, por exceso de clientes anónimos a los que no podemos localizar.

—Sin duda, ese acuerdo tácito que tienen entre ellas nos perjudica —afirma el comisario.

—Pues sí. El silencio hace imposible determinar cómo sucedieron los hechos, y así poco podemos sacar en claro. —Suspiro con fastidio y me siento frente a él—. Veo que he sido la primera del equipo en llegar.

—Solo te he citado a ti.

—¿Por qué?

—Porque quiero hablar contigo. —Me observa con cara de circunstancia a la par que entrelaza los dedos hasta hacer crujir los nudillos. El tema parece serio.

—Bien, usted dirá.

—No me voy a andar con paños calientes, necesito saber cómo te está afectando este caso, y quiero la verdad, Lola. Vuelves a enfrentarte a un asesino en serie, como en Lagos del Pino.

—Aquello fue diferente. Bueno, yo lo sentí diferente —me corrijo.

—¿En qué?

—En la crueldad. Este asesino es más violento, es un psicópata.

—¿Tengo que recordarte que los envenenaba con matarratas? ¿O que azotó a dos de ellos con tanta saña que les faltaban trozos de carne?

—Solo azotó a Gonzalo Montero —preciso—. Y no he olvidado que chantajeó al otro autor para matar al resto, así que no tiene que recordármelo. Y, con sinceridad, no quiero hablar de ese tema, y menos escuchar su nombre, así que le ruego que no lo pronuncie, comisario.

—¿Lo ves? Aún te duele.

—Dicen que lo que no te mata te hace más fuerte.

—No me vengas con las frasecitas de tu abuelo, Lola —me reprende—. Sé que todavía no has cerrado esa herida, y es comprensible. Ese hombre te engañó, nos engañó, pero tú no puedes engañarte. Era un asesino en serie como el que estamos buscando ahora. Por eso me preocupo

por ti, porque imagino todo lo que puede revolverte este caso.

—¿Sabe lo que yo recuerdo del caso de Lagos del Pino? Lo bueno que trajo a mi vida. Gracias a ese caso hice las paces con mi padre. No digo que nuestra relación sea suave como la seda, pero tenemos un trato cordial. También me reconcilié con Bruno. Y aunque no lo haya convertido en mi mejor amigo, soy capaz de mantener una larga conversación con él e incluso de amenizarla con una copa. Hasta me cambió la visión que tenía de Lucas Gil. Que un periodista me pidiera perdón públicamente e invitara a sus colegas a hacer lo propio por el asedio al que me habían sometido me alivió mucho, resarció mi orgullo profesional. Tal y como yo lo veo, salí reforzada.

—Puede que fuera así en esos aspectos, pero desde entonces no has vuelto a enfrentarte a un asesino en serie. ¿Estás preparada? Eso es lo que me importa, que estés bien, que tu mente esté bien, y que si necesitas volver al psicólogo por lo que este caso pueda removerte, lo hagas sin dudar.

—Creo que está magnificando el asunto, y no me apetece perder el tiempo hablando de esto. Tenemos un caso que resolver.

—Está bien. Cuéntame, ¿qué tenéis?

—Muchas vías muertas. Balística confirma que las balas son del calibre 9 mm Parabellum y que se ha vuelto a usar la misma arma, la Glock 43X, un modelo idéntico al nuevo con el que se está dotando a algunos policías del cuerpo.

—¿Será intencionada esa coincidencia?

—Ni idea. Lo que sabemos es que es un arma limpia, no se la ha podido asociar con delitos anteriores. Así que lo dicho, vía muerta.

—La habrá conseguido en el mercado negro, seguro que por Internet.

—Para no variar —opino—. En cuanto a las víctimas, el forense me ha adelantado que en la sangre del hombre ha vuelto a encontrar altas dosis de sedante y de toxina botulínica. La cantidad de medicamento es suficiente para dormir a un elefante, y la alta dosis de neurotoxina es capaz de dejar a una persona inmóvil e indefensa.

—Vamos, que la mezcla convierte a esas sustancias en algo más peligroso de lo que por sí solas pueden ser.

—Eso es. En cuanto a la mujer, el pie se lo cortó *post mortem*. Por las muescas halladas en el hueso, el forense ha deducido que el justiciero ha debido de utilizar una minimotosierra. Ya sabe, una de esas máquinas eléctricas que abulta menos que un secador de pelo y también hace menos ruido, fácil de trasportar en una mochila y de pasar desapercibida.

—No entiendo por qué a una le ha cortado el pie y a la otra la lengua, y menos que se la introdujera en la vagina.

—Yo entiendo que estos asesinatos son un calco de los primeros, y del mismo modo, no hay ni huellas ni indicios ni pistas. Nada con lo que poder investigar.

—Es otra vía muerta.

—Exacto —asevero—. Y además no somos capaces de localizar a Diego Prieto, es como si se lo hubiera tragado la tierra. Otra línea de investigación agotada. Resumiendo, por el momento

tenemos cuatro asesinatos y la posibilidad de que se comentan más.

—Cuatro asesinatos con un intervalo de una semana entre los primeros y los segundos. Asesinatos dobles. Proxenetas y prostitutas. Primero Rayco Tacoronte y Teresa Simao. El pasado jueves, Nil Serra y Ana María Guevara. Ellos, hombres de Diego Prieto, y ellas, seguro que mujeres bajo sus órdenes. Ellos, asesinados de un tiro en la cabeza y otro en los testículos, y ellas, golpeadas y mutiladas. ¿Qué tienen en común los asesinatos?

—El día de la semana en el que han aparecido los cuerpos: jueves. La vinculación de los asesinados con el mundo de la prostitución. La tarjeta de justicia que les deja el asesino. Que no se haya encontrado ninguna entrada forzada en las viviendas, con lo cual el sujeto tiene llave para entrar o ellos le han abierto la puerta. La señora que iba a limpiar la casa de Rayco y su entorno quedaron descartados tras investigarlos, y lo mismo ocurre con la limpiadora de la casa de Nil, nada la incrimina ni nos hace sospechar de ella. Así que me inclino por lo segundo, pues tampoco hay indicios de forcejeo. Las víctimas conocen al sujeto, por eso le permiten entrar en su casa y su ataque los pilla con la guardia baja.

—Bien. ¿Y qué hay de diferente?

—El *modus operandi*, es distinto entre hombres y mujeres.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué a ellos los droga y les dispara y a ellas las ataca con una pistola eléctrica, las muele a golpes y después las mutila? ¿Y por qué ha matado a Ámbar en su casa y a Tessa en una nave abandonada de un club que cerramos hace una década?

—Cerramos uno y abren tres —siseo, indignada.

—Ya sabes que ese tipo de cabrones se multiplica como las ratas.

—Y son igual de asquerosos que las cucarachas.

El silencio se abre paso entre nosotros, dejándonos meditabundos.

—Es obvio que el móvil es la venganza —digo al fin.

—Ya, pero ¿de qué se está vengado el sujeto? ¿Qué lo motiva a matar? Les deja esa tarjeta con la palabra *justicia* para mostrarnos que los está ajusticiando, pero ¿qué han hecho para que tenga que ejecutarlos?

—Como yo lo veo, si tenemos que diferenciar entre verdugo y víctima, es evidente que el proxeneta es el verdugo y la prostituta la víctima, pero este sujeto mata por igual a ambos. Entonces, la pregunta es: ¿De parte de quién está este justiciero si está matando a víctimas y a verdugos por igual?

14

Bruno ha dejado su Honda Civic estacionado en el barrio de Las Tablas, en una calle alejada del domicilio de Torres. Es más fácil movernos en un solo vehículo, y más práctico, ecológico y rentable. Su Civic es un híbrido como mi Toyota C-HR. Los compramos casi al mismo tiempo, a finales del 2020, aprovechando que con la pandemia había un exceso de estocaje y los concesionarios hicieron buenas ofertas. Los dos nos decantamos por un híbrido porque el consumo de combustible en ciudad se abarata bastante debido al apoyo del motor eléctrico y contamina menos. Es nuestra obligación reducir la huella de carbono si no queremos que las consecuencias de los gases de efecto invernadero acaben con nosotros.

Aparco frente a la entrada de la residencia de protección de menores donde vivió Jesualdo tras perder a su madre. La Comunidad de Madrid tiene en torno a cuatro mil menores bajo tutela. El sesenta por ciento viven con familias de acogida, el resto está repartido en los más de ochenta centros de los que dispone. Todos son iguales o parecidos al que estamos visitando Bruno y yo.

Nos recibe un hombre canoso, de estatura media y mediana edad. La tarjeta identificativa nos indica que es el conserje. No necesitamos mostrarle la placa, le basta con nuestra palabra para creer que somos inspectores de policía. Nos pide que lo sigamos para llevarnos ante el director y caminamos detrás de él por los pasillos, en silencio, observando a nuestro alrededor. El sitio parece práctico y es austero. Es como una mezcla entre el colegio de las mellizas de mi gran amiga Martina y la sala de espera de mi ambulatorio, en el que nunca faltan los carteles informativos ni los dibujos de los más pequeños decorando las paredes. Pero a medida que avanzamos hacia el despacho del director, el espacio se torna distinto y cobra la rigidez que impera dentro de comisaría.

Hilario Espinosa es un hombre cercano a los sesenta años, de pelo canoso, ojos claros, atractivo, fibroso y vestido con un traje azul oscuro, a quien no le sorprende nuestra visita ni el puesto que ostentamos. Como director de la residencia está acostumbrado a tratar con la policía, puede que hasta esté inmunizado a la autoridad. Es parte del engranaje administrativo y legal del Estado y no se siente menos que nosotros, sino uno más.

—¿En qué puedo ayudarlos, inspectores? —Se muestra receptivo.

—Verá, señor Espinosa, necesitamos información sobre Jesualdo Ardon Carranza. Nos consta que estuvo ingresado en este centro hace años. ¿Lo recuerda?

—Por supuesto. ¿Quién puede olvidar ese nombre? No lo había oído hasta entonces y no lo he vuelto a oír hasta ahora. Pero ¿qué le pasa a Jesualdo? ¿Por qué lo buscan? —pregunta.

—¿Sabe dónde podríamos encontrarlo? —Ignoro su curiosidad.

—No tengo ni idea. —Niega con la cabeza—. Han pasado muchos años, si la memoria no me falla, lo trasladaron a uno de los pisos tutelados hace más de una década.

—¿Con qué edad vino aquí? —pregunta Bruno, adelantándose a mí.

—Esperen un momento que busco su expediente —dice posando la mano en el ratón del

ordenador, con los ojos centrados en la pantalla—. Aunque creo recordarlo, hace tanto tiempo que prefiero asegurarme. —Esperamos la información en medio de un silencio sordo—. Aquí está. Llegó con trece años, en plena adolescencia, como me parecía recordar.

—¿Por qué vino? —interpela Bruno, volviéndome a dejar con la pregunta en la boca.

—Su madre se suicidó —responde sin apartar los ojos de la pantalla—. No tenía más familia, así que la Comunidad de Madrid asumió su tutela. A pesar del trauma que le supuso perder a su madre de esa forma, la valoración psiquiátrica descartó secuelas graves y lo derivaron al psicólogo. Estuvo varios años en tratamiento. Su edad era complicada y su carácter un tanto huraño, así que le costó relacionarse con los compañeros —añade. Tengo la impresión de que lo está leyendo—. Entró en un programa de acogida, pero nadie se interesó por él ni él mostró interés alguno por las familias que venían a conocerlo. Terminó la formación educativa obligatoria a los dieciséis años, y a esa edad se le cambió a un piso tutelado y entró en un programa de inserción laboral. Se le daba bien todo lo relacionado con la informática, pero realmente no destacó en nada, si bien era trabajador, obediente y callado, cualidades que los empresarios valoran mucho. —Aparta los ojos de la pantalla y vuelve a mirarnos—. Consiguió un trabajo estable en una empresa de servicios y terminó emancipándose. Ese es nuestro objetivo con todos los menores que pasan por aquí. Ahí acaba nuestro trabajo y, salvo contadas excepciones, no volvemos a saber de ellos.

Tras escucharlo, creo que Hilario nos acaba de dar toda la información que tiene. Pero nosotros debemos ampliar la búsqueda, y sé cómo hacerlo.

—¿Dónde podríamos encontrar a su psicólogo?

—¿Qué día es hoy? —la pregunta es más para sí mismo que para nosotros, pero Bruno le contesta:

—Viernes.

—Pues entonces hoy ha venido. El doctor Moreno trabaja en dos centros más y aquí viene los miércoles y los viernes —nos explica—. Ya saben cómo está el tema de la salud mental en este país; bueno, de la sanidad en general. Éramos un referente en sanidad pública, la envidia del mundo, y tras una pandemia no hemos aprendido nada y seguimos desmembrándola. Muchos pacientes para pocos sanitarios y gran escasez de recursos —se lamenta—. Pero discúlpenme, no los quiero aburrir. Vengan conmigo, los acompaño y les presento al doctor.

15

Madrid, 1997.

Abril es el mes de las flores por excelencia y en el que Jesualdo llegó al mundo sano y salvo. Lejos quedaba aquel parto traumático en los calabozos de la comisaría, solo con el apoyo de Abigail. Aquel veintitrés de abril, Rosaura alumbró a su hijo, un gran acontecimiento para ella, pero no el único. Conocer a Isidro Torres fue igual o más importante, todo un aliciente.

Rosaura seguía escribiendo su diario, aunque no lo hacía con regularidad, solo cuando necesitaba expresar sus emociones, las buenas y las malas. Le servía para vaciarse de frustraciones, algo imprescindible para no asfixiarse, y también para dejar volar su imaginación, pues desde que no le enviaba cartas a su madre necesitaba inventarse la vida que le habría gustado tener y plasmarla en el papel. Soñaba para poder seguir viviendo. Había oído decir que si algo se deseaba con ahínco, se terminaba consiguiendo, y ella iba a buscar esa vida escribiéndola.

Cuando Jesualdo cumplió un año, Rosaura decidió prepararle una fiesta y se tomó el día libre en el trabajo. Evidentemente, a Rayco no le pareció bien. No pensaba perder dinero por un capricho de la guatemalteca. Rosaura ya contaba con su negativa y se preparó un argumento disuasorio, trabajaría más horas el resto de la semana y sacaría el mismo dinero que cualquier otra. Rayco accedió. Era un sacrificio extra, pero bien merecía la pena con tal de pasar ese día con su pequeño y, sobre todo, con Isidro, una persona muy especial para ella. En la celebración también estarían Abigail, que se había convertido en su mejor y única amiga, con quien compartía piso, y Desi, la hija de Abigail, con casi tres años, que se estaba criando con Jesualdo como si fueran hermanos. Esa era toda su familia. A la suya no había vuelto a verla y era consciente de que nunca más la vería.

Durante ese año Isidro había ayudado mucho a Rosaura. Emocionalmente, le dio el apoyo que necesitaba. Anímicamente, la ayudó a afrontar las situaciones adversas. Económicamente, le indicó dónde podía solicitar ayudas por ser madre soltera y, en más de una ocasión, incluso costeó de su bolsillo algún que otro pago al que ella no podía hacer frente. Era un buen hombre. Un hombre que intentaba alejarla de la prostitución, algo que ella deseaba con todas sus fuerzas, y del que se estaba enamorando. Pero para poder dejar aquel mundo antes debía liquidar la deuda con Diego Prieto; de no hacerlo, habría represalias. Esa había sido una amenaza constante para ella y todas sus compañeras. Acabarían con la vida de cualquiera que se rebelara, y también pagarían las consecuencias sus familiares y los hijos de las que ya habían sido madres. El temor era grande y pesaba sobre sus cabezas, paralizándolas. Ninguna tenía pasaporte ni documentación, y no se lo devolverían hasta que saldaran la deuda. Estaban controladas, vigiladas, subyugadas a los deseos de esos monstruos que querían seguir explotándolas sexualmente. Y ese miedo volvía sumisa a Rosaura, como a las demás, y de eso se aprovechaban los proxenetas.

Trabajaba muchas horas y ganaba poco, igual que la mayoría de sus compañeras. Rayco era

el que se llevaba una buena tajada, el cincuenta y cinco por ciento. Al cuarenta y cinco por ciento restante se le restaba un quince por ciento, que servía para saldar una deuda que nunca decrecía. Las prostitutas se quedaban con el treinta por ciento de lo recaudado, una miseria, y lo peor era que no había manera de engañar a Rayco. Sus secuaces vigilaban los coches de los clientes y en cuanto ellas se apeaban las registraban de arriba abajo y se apropiaban del dinero del servicio. Ella nunca había tenido problemas con los clientes, pero sabía por otras compañeras que algunos les regateaban el precio, otros no les pagaban y a veces incluso les robaban, y a más de uno se le iba la mano y las dejaban marcadas. La defensa que Rayco les proporcionaba era todo un ataque, solía pegar a la que permitía que un cliente se marchara sin pagarle y castigaba sin cobrar su parte a la que consentía que le dieran un golpe o le hicieran un chupetón.

Pero cuando Jesualdo tenía tres años, la buena racha de Rosaura con los clientes acabó. Uno, además de no pagarle por el servicio, un completo, le robó lo poco de valor que llevaba encima. La casualidad, o la mala suerte, hicieron que también se llevara el dinero del servicio anterior, porque había pasado de un cliente a otro sin margen de espera. No conforme con robarle, aquel mierda se libró de ella tirándola del coche en marcha. Su cuerpo quedó magullado y lleno de heridas. Rayco no la consoló ni maldijo al hijo de puta que le había robado y la había maltratado, sino que, en represalia, le dio una paliza y la condenó a dos semanas sin cobrar. La suma de ambas agresiones acabó con Rosaura en el hospital.

Abigail avisó a Isidro, que tras ver cómo habían dejado a Rosaura se fue al parque del Oeste en busca de Rayco. Le costó dar con él, tuvo que partir unas cuantas bocas antes de ponerse delante de su careto. Era un canario alto y moreno, bien parecido, con una pinta de chulo insoportable y unos bíceps intimidatorios. Isidro ni siquiera se lo pensó, le metió el cañón de su arma reglamentaria en la boca para amedrentarlo y lo obligó a arrodillarse ante él.

—No pienso repetírtelo, así que memoriza cada una de las palabras que te voy a decir. Quiero que dejes en paz a Rosaura Ardon, a partir de ahora ya no trabaja para vosotros, es una mujer libre. Si te vuelves a acercar a ella, te juro por Dios que te buscaré y te reventaré los sesos. Soy policía y, si me empeño, sé cómo joderte la vida, pedazo de mierda. No lo olvides y recuérdaselo a Diego Prieto, Rosaura ya es una mujer libre. ¿Lo has entendido?

Rayco asintió despacio. Ese policía estaba demasiado furioso para ir de farol, pero con el arma entre los dientes cualquier movimiento le parecía peligroso.

—No te noto convencido, canario. ¿Lo has entendido? —Quitó el seguro a la pistola dejándola preparada para disparar.

El miedo poseyó a Rayco como un ente diabólico y, viéndose muerto, se meó encima. El orín se expandió por el pantalón vaquero hasta acabar goteando en el suelo. Isidro no hizo ningún comentario al respecto. Aquel hombre había captado el mensaje, que era lo que quería. Cuando se marchó, Rayco lloró de rabia y permaneció de rodillas largo tiempo, inmóvil, con el sabor acerbo del metal en la boca y la impotencia entramada en el corazón.

A partir de ese día la vida de Rosaura dio un giro. Isidro la ayudó a encontrar un empleo y comenzó a trabajar de camarera en un bar próximo a la comisaría, lo que le permitía verse con él casi a diario. De vez en cuando, Isidro se acercaba al piso que Rosaura compartía con Abigail para ver a Jesualdo. Algún domingo, invitado por ella, incluso se quedaba a comer y después pasaba unas horas jugando con el pequeño. Isidro disfrutaba de aquellos momentos tanto como le entristecía no poder compartirlos con el hijo que no había podido tener con su mujer. Y mientras pensaba que habría sido un buen padre, Rosaura le rogaba al cielo que él quisiera ejercer como

tal con Jesualdo.

16

La sala donde el psicólogo Victorio Moreno pasa consulta es muy luminosa y acogedora, estoy convencida de que la intención es crear un clima de calidez muy necesario para tratar la frialdad que los menores residentes cobijan en su alma. El que más y el que menos estará sufriendo las consecuencias de verse allí; unos, porque han sido abandonados por su familia, otros, porque la justicia ha impuesto esa separación de los suyos en pro de su bienestar, y algunos habrá que no tengan a nadie más en el mundo que se pueda hacer cargo de ellos. Cada cual vivirá su circunstancia, pero todos acuden a desahogarse al mismo psicólogo, un hombre que trata de ganarse su confianza, que intenta que el ambiente de su consulta sea propicio para que le abran su corazón. El doctor Moreno tendrá unos cuarenta y muchos años. De cabello oscuro y físico normal, viste con pantalón vaquero y polo de color salmón, un estilo más informal que el del trajeado Hilario Espinosa. De igual modo, tampoco le extraña o le sorprende nuestra presencia. Parece que nuestra institución es parte de la suya, dependientes la una de la otra. Como Hilario, también recuerda a Jesualdo, y antes de responder a nuestras preguntas prefiere buscar en el ordenador su historial clínico para hablar con absoluto rigor.

El psicólogo nos pide unos minutos para repasarlo. Bruno me mira. Agacho la vista, pensando en lo que estamos haciendo. Si descubren que ocultamos a Torres y que estamos investigando por nuestra cuenta, nos jugamos el puesto. Aunque Torres es el que más tiene que perder; se está jugando la vida. Me lo repito una y otra vez para convencerme de no estar perjudicando a Patricia en balde, sino por una causa justificada. Levanto la cabeza y observo a Bruno, que ahora pasea la vista por el lugar escudriñando los detalles. Pienso que al menos a él no lo he arrastrado, se ha lanzado de cabeza sin pensar en las posibles consecuencias.

—Bien, ya he refrescado la memoria —anuncia el psicólogo—. Han pasado quince años, mucho tiempo, lo que me recuerda que llevo tratando a estos chicos casi dieciocho. El tiempo no corre, vuela. —Suena nostálgico.

—¿Nos lo dice o nos lo cuenta? —lanzo la pregunta retórica como un dardo. Quiero que espabile y nos proporcione de una vez la información que le hemos pedido.

—Perdón, me centro en lo que a ustedes les importa. —Carraspea para aclarar la voz—. A Jesualdo le llevó tiempo adaptarse y, por lo que me contó después, al principio sufrió cierto acoso por parte de otros compañeros. Era un joven muy reservado y le costó bastante abrirse conmigo, pero al final logré sacarle todo lo que le hacía daño. El suicidio de su madre lo marcó, cómo no; además, fue él quien la encontró desangrada. Pero, curiosamente, le afectaba más el abandono de su padre, al que culpaba de todas sus desgracias. Me contó que los abandonó cuando su madre estaba embarazada.

—Qué traumático —comenta Bruno.

—Este lugar está lleno de personas con vidas traumáticas, y entre todos tratamos de aliviar esas cargas ofreciéndoles técnicas para poder gestionar el dolor. La sinceridad, el respeto, la confianza y el afecto son pilares fundamentales para conseguirlo. Sincerarse con el equipo de trabajadores del centro. Respetar a los compañeros. Confiar de nuevo. Refugiarse en el cariño

que les ofrecen las familias de acogida.

—Pero Jesualdo no quiso el cariño de esas familias ni la amistad de sus compañeros —me adelanto al doctor, teniendo en cuenta lo que ya nos ha contado Espinosa.

—No quería otra familia, desde luego, si alguna mostraba el menor interés por él, la ahuyentaba. Pero sí mantuvo una estrecha relación de amistad con otro menor de su misma edad. Es más, ambos fueron trasladados al mismo piso tutelado para iniciar el programa de tránsito a la vida adulta. Se trata de un plan de autonomía para jóvenes procedentes del sistema de protección. Ya sabe, hay que prepararlos para que vuelen solos, y con su compromiso y los recursos que el sistema pone a su disposición, como talleres de empleo, inserción sociolaboral, asesoramiento, apoyo, tutorías y demás, culminamos el proceso de emancipación y favorecemos su plena independencia, garantizando que ninguno corra el riesgo de quedarse en la calle.

Con tanto detalle en la explicación, tengo la sensación de que el doctor Moreno nos quiere vender las bondades de los centros de protección como el que trata de convencer a los padres que intentan elegir colegio para su hijo.

—¿Quién era ese amigo y qué nos puede contar sobre él?

—Sé que se llamaba Valeriano, pero poco más, puesto que no era paciente mío. Si quieren saber algo más, se lo tendrán que preguntar al señor Espinosa.

—Pues volvemos al inicio, al despacho del director —advierte Bruno, levantándose.

•

A Hilario Espinosa también le suena el nombre de Valeriano López, incluso antes de entrar en su expediente nos adelanta que era una de esas excepciones de las que nos había hablado hacía unos minutos. Valeriano trabajó durante bastante tiempo en la empresa de limpieza que se encarga de limpiar los cristales de la residencia.

—Conservamos un teléfono y una dirección, pero no puedo asegurarles que siga viviendo ahí o que no haya cambiado de número. La última vez que estuvo por aquí fue hace unos tres o cuatro años, pero también les puedo dar el teléfono de la empresa de limpieza, por si ellos los pueden ayudar. Y aunque sé que no es de mi incumbencia, ¿por qué lo buscan? —vuelve a preguntar como al principio.

—No es que no queramos contárselo, es que no estamos autorizados para dar esa información —respondo, acogida a la autoridad que me da la placa.

—Lo entiendo, por supuesto. —Anota los datos que nos ha dicho—. Tome. —Me tiende el papel.

—Gracias por su colaboración, señor Espinosa.

—Adiós —añade Bruno, y nos marchamos.

Como las prisas mandan, marco el número del tal Valeriano nada más abandonar la residencia de menores. Tengo suerte y responde él. Me presento, le indico quién me ha facilitado su número y le explico que necesitamos hablar con él sobre Jesualdo Ardon. Un breve silencio se hace al otro lado de la línea.

—Hace años que no sé nada de Jesualdo —responde Valeriano.

—Pero fueron amigos. Por lo que nos han contado en la residencia, lo conocía bien. Queremos hablar con usted en persona lo antes posible.

—¿Qué ha hecho Jesualdo?

—¿Podemos vernos ahora? —le pregunto, desatendiendo su demanda.

—Estoy trabajando, aunque a las dos hago una pausa para comer.

—Dígame dónde podemos encontrarlo.

17

Catorce días antes de la jubilación del comisario Torres.

Nuestro justiciero ha vuelto a asesinar en jueves. Dos cuerpos más, el de Brais Ferreiro, un gallego con conexiones con el narcotráfico, y el de Anastasia Kowalski, de nacionalidad polaca, rebautizada como Natasha. De nuevo el mismo patrón; él, un proxeneta, y ella, una prostituta. Y el mismo ritual; el primero, dos disparos, y la segunda, molida a golpes. De nuevo ha dejado en cada uno de los cuerpos esa tarjeta con la palabra *justicia*; en el hombre, sobre lo que quedaba de su pene, en la mujer, dentro de la boca. Torres nos ha vuelto a reunir para hablar de la línea de investigación del caso.

—Sobra decir que estos asesinatos están poniendo muy nerviosos a nuestros jefes —nos informa el comisario, como si no lo supiéramos—. Hace un momento he hablado con el comisario principal Leandro Salcedo y me ha trasladado su preocupación ante la falta de avance y el aumento semanal de cadáveres. Me ha ofrecido más agentes.

—No nos hacen falta, comisario, solo necesitamos más pistas —respondo con un deje de dignidad ofendida.

—Eso le he dicho yo, que no es falta de personal, sino de escasez de indicios, pero…

—Vaya, hay un pero. —Le doy voz a mi pensamiento sin querer e interrumpo a Torres, algo que odia.

—Sí, hay un pero que intento explicaros, si me dejas.

—Perdón, comisario, adelante —lo invito a hablar apoyándome con un gesto de mano.

—El comisario principal me ha pedido que os centréis completamente en este caso. Sé que no podéis deshaceros de todo el trabajo, pero sí de algunos casos que suponen mayor carga, así que pasadle a otro equipo el asesinato del joyero de Río Rosas y el del empresario Antón Tortosa.

—El caso Tortosa está bastante avanzado, seguro que pronto lo resolveremos —protesto, estirando mi orgullo, y añado—: No vamos a pasar a otros compañeros una investigación a punto de concluir.

—No es una elección, sino una orden. La que me han dado a mí, y como yo, obedecerás —me habla con gravedad. Asiento tras el tirón de orejas—. Debéis emplearos a fondo para dar con el justiciero. Nadie puede ser tan meticuloso como para no dejar ni un mal indicio, y más si asesina dos veces en el mismo día.

—Pues este tipo parece que lo es —declara el subinspector Marcelino Pacheco.

—No —niega tajante el comisario—. Es que algo se nos escapa. —Pasea la mirada por nosotros, como el profesor que busca entre sus alumnos la respuesta correcta.

—Nos confunde su afán de hacer justicia sin una lógica aparente, matando por igual a proxenetas y a prostitutas —contesto—. Suponemos, o más bien damos por hecho, que lo mueve la venganza, pero seguimos sin entender a quién pretende vengar.

—¿Quizás a los clientes? —El inspector Enric Vila abre un nuevo interrogante—. Si es un justiciero contra la prostitución, metería en el mismo saco a todos, ¿no?

—No lo creo, hay algo más personal en estos asesinatos —destaco—. A ellas las golpea hasta matarlas, pero las sigue torturando después de muertas. A la última le ha rajado la cara para sacarle las prótesis que llevaba en los pómulos y en el mentón y se los ha metido en la boca como si quisiera hacérselos tragar.

—Estoy de acuerdo con la inspectora jefa —me apoya Torres.

—Bueno, en esta ocasión hay algo distinto, no ha sido el servicio de limpieza quien los han encontrado, sino sus parejas —advierte Vila.

—¿Y qué más da eso? Sigue siendo un asesino metódico —subraya la oficial Virginia Alcira.

—Demasiado cuidadoso. ¡Mierda! —me quejo.

—Es inexplicable que no seamos capaces de dar con algo. —El tono de Torres suena amonestador.

—Puede que sea alguien que quiere vengarse de ciertas prostitutas y de sus proxenetas —teoriza Pacheco—. A lo mejor les pidió hacer algo a lo que ellas se negaron, se puso violento, ellas solicitaron ayuda a sus proxenetas y estos se enfrentaron a él. Quizá se haya llevado el ataque a lo personal y los está matando indiscriminadamente.

—Creo que es un plan demasiado elaborado para alguien que, por lo que se deduce de tu hipótesis, tendría un carácter impulsivo —rebate el comisario.

—Tal vez el sujeto se ha sentido ofendido por ambos colectivos y por eso responde a ambos por igual —sugiere Alcira.

El silencio se abre paso a machetazos entre nosotros. La reflexión de la oficial nos deja pensativos.

—Ese tiene que ser el móvil: la ofensa, la humillación, no puede ser otro —comparto mi pensamiento, convencida—. Todas las víctimas han debido de herir el amor propio del sujeto, su dignidad, y quién sabe si ese daño no ha llegado hasta el maltrato y de ahí sus ganas de venganza. No creo que sea un cliente, pero tampoco que esté fuera de ese entorno.

—¿Y qué sugieres, Lola?

—Debemos insistir con los interrogatorios, comisario, es lo único que nos puede ayudar a encontrar una pista o un hilo del que tirar.

—Pero ¿a quién vamos a interrogar? —El subinspector me observa perplejo—. No damos con Diego Prieto, los proxenetas nos eluden con destreza y las prostitutas no quieren abrir la boca por miedo a que se la cierren.

—Velázquez, te recuerdo que llevamos diez días intentándolo —me refresca la memoria Enric.

—Pues hay que interrogarlos. A ellos tendremos que buscarlos hasta debajo de las piedras, y

a ellas las traeremos a comisaría a rastras si es necesario.

—Si las traemos a la fuerza, las pondremos en peligro —subraya Virginia—. Los cabrones de los proxenetas se sentirán amenazados y, como mínimo, les darán una paliza por el mero hecho de haber hablado con nosotros.

—¡Joder!, no tenemos nada más —me quejo, molesta.

—Tampoco queremos ser los responsables de la muerte de ninguna de ellas —advierte el comisario.

—Desde luego que no, señor —aseguro—. Solo expongo que sin tener indicios ni pistas, solo podemos centrarnos en los interrogatorios y aplicarnos para conseguirlos.

—También podéis elaborar teorías a ver adónde conducen. —Me mira de forma reprobadora. Asiento una vez más—. Seguid con el trabajo, pero sin poner en peligro la vida de nadie. —Hace una pausa. Todos lo miramos atentos, y añade—: Me jubilo dentro de catorce días y espero que para entonces el caso estará resuelto.

—¿Habla en serio? —finge Alcira. Aunque eso mismo preguntó en el grupo de WhatsApp cuando los convoqué para la fiesta sorpresa.

—Mencionó que su jubilación estaba próxima, comisario, pero no tanto. —Pacheco le sigue la corriente a la oficial con palabras idénticas a las que compartió en el grupo.

—Yo sí lo sabía, Lol… —Vila se corrige de inmediato, mientras mis ojos lo traspasan como puñales—, Velázquez me lo dijo en confianza.

—Vaya, pensé que la inspectora jefa no le contaría a nadie lo que yo también le comuniqué en «confianza». —Entrecomilla la palabra.

—Lo siento, comisario, se me escapó, pero le doy mi palabra de que no se lo he revelado a nadie más —disimulo a las mil maravillas a la vez que pienso que voy a matar a Enric por ponerme en un brete.

—Tranquilo, me hizo prometer que no se lo diría a nadie, y he sido una tumba —afirma.

—Pues les informo de que a mis sesenta y dos años, y tras más de cuarenta de servicio, he decidido jubilarme. Sé que siempre seré policía, pero en dos semanas dejaré de estar en activo. Y ahora, que a nadie se le ocurra ponerse melancólico ni perder un minuto en algo que no tenga que ver con lo que nos traemos entre manos. Tenemos seis muertos y probablemente habrá más si no encontramos al asesino lo antes posible. ¡Vamos, a trabajar!

Torres da por concluida la reunión y nos invita a abandonar el despacho. Salgo detrás de Enric y, en cuanto Alcira y Pacheco se alejan, lo sujeto por el brazo y lo detengo.

—¿Se puede saber de qué vas? ¿Por qué leches le has dicho a Torres que yo te he contado lo de la jubilación? ¿Acaso no puedes disimular, como el resto? —le pregunto cabreada.

—Quería hacerlo más creíble.

—¡¿Creíble?! —Lo observo cejuda.

—Puede que Torres imagine que entre tú y yo hay algo, ¿no lo has pensado?

—Vila, entre tú y yo no hay nada.

—¿Cómo que no? Nos acostamos.

—Echamos un polvo en una ocasión —le aclaro.

—Fue más que un polvo.

—Fue un error.

—No digas eso, Lola. A mí me gustas de verdad.

—Ese es tu problema, no el mío. Como habrás comprobado, yo ni busco ni quiero más de ti. Y te voy a pedir que dentro de estas dependencias no vuelvas a mencionar lo que pasó estando fuera de servicio o soy capaz de cortarte esa lengua tan larga que tienes, ¿entendido?

Lo miro con dureza. Quiero que le quede clara mi postura y que no olvide que en comisaría yo soy su superior.

—Entendido. —Traga saliva. Ha captado mi mensaje.

—Pues ahora a lo que toca, a trabajar.

Malhumorada, me encamino a mi despacho preguntándome dónde tenía la cabeza el día que me acosté con Enric Vila. Ocurrió en la cena de Navidad, y no puedo echarle la culpa al alcohol, cosa que me aliviaría, porque apenas bebí. Me obnubiló lo guapo que es el condenado, igual que uno de esos vikingos nórdicos que salen en algunas series: rubio, con ojos azules y unos abdominales de infarto. Así de superficial fui. Pero más allá de la atracción puramente física no tenemos nada en común, y no tengo excusa porque ya lo sabía. Su conversación es pobre y limitada, y sus gustos, contrarios a los míos. A veces me recuerda a Lucas Gil, bonito envoltorio sin nada interesante dentro. Eso sí, sabe contar chistes como pocos, y aquella noche, cuando la cercanía de la Navidad acentuaba más la ausencia de mi abuela, necesitaba algo que me alegrara. Me hizo reír tanto que acabamos en su casa, donde también supo hacerme disfrutar. Desde entonces, anda detrás de mí y yo paso de él cuanto puedo. Quiero que entienda que nuestra aventura tenía fecha de caducidad y concluyó cuando él abandonó mi cuerpo y yo su cama.

Antes de tomar asiento en mi despacho, la puerta se abre y aparece el comisario Torres.

—¿Sabes? No es nada propio de ti que se te escapen asuntos que otros te confían. ¿Por qué se lo has contado al inspector Vila? —Torres me examina con cara de detector.

Pienso estrangular a Enric por bocazas. No puedo contarle a Torres la verdad, que Enric se enteró como el resto de la comisaría, por un wasap en el grupo que he creado para prepararle una fiesta por su jubilación.

—De veras que lo siento, comisario.

—Eso ya me lo has dicho antes, Lola, pero quiero saber por qué se lo dijiste. Normalmente no me meto en tus asuntos, pero en este caso, me atañe.

—Sé que no es excusa, pero hace unos días quedamos para tomar algo, bebí de más y hablé demasiado —improviso con rapidez.

La cara de Torres muestra que me cree y que no va a pedirme más explicaciones. Me relajo. La metedura de pata del imbécil de Vila no va a reventar la sorpresa que le estamos preparando.

18

Dos asesinatos más.

Creía que matar a una persona me supondría un dilema moral, que no tendría ni arrestos ni estómago. Me equivoqué. Tengo muchas ganas de venganza y ningún escrúpulo para cargarme a esos putos y putas. Putos cabrones que destrozan la vida de mujeres. Putas mujeres que no ayudan a sus compañeras cuando lo necesitan.

Despachar a esas ratas de mierda es una adicción. Mi droga. Necesitaba matar a Brais y a Natasha como un yonqui espera su chute. Temí actuar antes de tiempo. Que mis ganas de sangre me vencieran. Malograr el plan. Necesitaba controlarme. Llevaba mucho esperando este momento y no la podía cagar. Debía observarlos para conocer sus rutinas. Tenía que matarlos en jueves. Ni un día antes ni uno después.

El día señalado me sentía como un vampiro, necesitaba la puta sangre de Brais Ferreiro. Un cocainómano adicto al sexo que Diego Prieto tenía dirigiendo el Pleasure. Un maldito cabrón que follaba delante de quien fuera y últimamente frente a una cámara. Actuaba, dirigía y producía la basura de películas porno con las que ganaba una pasta gansa. Usaba a las prostitutas del club y a los clientes que querían colaborar. Ellas no cobraban un euro y ellos follaban gratis. Todo eran ganancias.

Salma me contó que había protagonizado uno de aquellos rodajes crueles y salvajes. Una agresión en manada. Una única toma para que disfrutaran las bestias y la víctima sufriera. Aquellos putos pervertidos la dieron por muerta y se deshicieron de ella como el que se deshace de la basura. Tuvo suerte. La encontraron unos senderistas y salvó la vida. Su cuerpo ya no tiene cicatrices, pero su mente está repleta de heridas que sangran con frecuencia. Malditos cabrones de mierda. Ojalá se los follaran hasta partirlos en dos trozos.

Salma también me habló de Valerie, la pareja de Brais Ferreiro. Una exprostituta más adicta a la cocaína que el gallego. La muy patética iba colocada hasta las cejas cuando entró en el salón de belleza. El lugar estaba abarrotado y las trabajadoras demasiado ocupadas. La putita de Brais dejó el bolso detrás de una cortina negra. Llamaban consigna a aquella mierda de sitio que nadie vigilaba. Coger las llaves del bolso fue pan comido. Ni siquiera me excitó hacerlo. Hice una copia en una ferretería cercana. Cuando Valerie volvió a colgarse el bolso, ya se las había devuelto.

Entré en el chalé de Brais de madrugada. Había envoltorios de cocaína por todas partes, hasta en la cocina. En la nevera casi no había comida, pero sí mucha bebida. Tenían una habitación acondicionada como sala de cine. Había estanterías repletas de películas pornográficas. Pósteres de Valerie desnuda. Fotografías de mujeres practicando sexo duro. Folladas por dos hombres, por tres, por cuatro o con siete en un bukake en el momento culmen. Posturas imposibles, impensables, agresivas. Actos aberrantes. Humillantes. Imaginé a Salma y a muchas otras grabadas en aquellas cintas en contra de su voluntad. La sangre me hirvió. Maldije

al hijo de puta de Brais. Me cagué en su alma y en la de cada uno de aquellos putos pervertidos que sentían placer causando dolor. Un dolor que alimentaba mi odio. Me indigesté viendo esas imágenes, a cuál más obscena. Escupí a la pantalla. En cada butaca. Lo hice con rabia y con el estómago revuelto. Sentí que una arcada me agarraba la garganta y me marché todo lo deprisa que pude.

Esperé en el coche. Brais, Valerie y otra pareja llegaron al chalé pasadas las seis de la mañana. Iban metiéndose mano y supuse que harían una cama redonda. Me inquietó el escenario. Eran cuatro y yo solo quería matar al cerdo de Brais. Pasaba el tiempo y empecé a preocuparme. Los imaginaba bebiendo, jodiendo, esnifando… Grabándose mientras follaban. Practicando mil posturas distintas. Follando sin parar. Sin prisa. Sin pausa. Brais no iba a quedarse solo.

Mi paciencia se agotaba y decidí abordarlos a todos. Ya me daba igual matar a diez que a cien. Había que hacer justicia fuera como fuera. Eran casi las tres de la tarde cuando bajé del coche. Entonces vi a la pareja y a Valerie salir del chalé. Habían salvado la vida por unos segundos. Entré de nuevo en la vivienda sin hacer ruido. No se oía nada. Me asomé a la habitación principal. El puto de Brais estaba sentado a los pies de la cama en calzoncillos, inmóvil. Tenía la coronilla apoyada en el colchón, la boca abierta y la mirada fija en la nada. Sobre la mesilla de noche había restos de coca y un vaso con un culín de zumo. Había caído en la trampa como un ratón en un cepo. Sin escapatoria. Un gusano menos en el mundo. Me marché sonriendo.

Natasha ya no era puta, pero seguía en el negocio. Era socia de Chantal, otra que fue puta y que ahora era su pareja. Tenían un *sex shop* con cabinas X en el paseo de las Delicias y vivían en el piso de arriba. Sabía cuándo hacían el relevo en la tienda. Esperé a aquella zorra en la oscuridad del rellano. El ansia por matarla me dominaba por completo. La sorprendí cuando abrió la puerta. La descarga de la táser la noqueó y sentí un subidón que disparó mi euforia. La arrastré hasta su casa y dejé salir mi odio hasta casi agotarme.

Un coche de policía circulaba a todo trapo cuando rato después pisé la calle y me alejé del lugar. Me sentía de puta madre. Había sido muy fácil. Y muy satisfactorio. Caminé tarareando una canción. Feliz. Todavía con sed de sangre. Con ganas de que llegara el próximo jueves. Deseando acabar con todos los que quedaban.

19

Trece días antes de la jubilación del comisario Torres.

—¿Qué tiene, doctor Zamorano? —pregunto al forense tras descolgar, sin un saludo de cortesía de por medio.

—Más de lo mismo, inspectora jefa. En el hombre, alta concentración de Zoldipem y de toxina botulínica en sangre. Según el informe del laboratorio de la Científica, ambas sustancias se encontraban en la cocaína que esnifó y en el zumo que bebió. Eso le provocaría la lasitud que parece que busca el justiciero para dispararles y matarlos.

—Es como su ritual. Los paraliza para pegarles dos tiros, uno en la cabeza y otro en los testículos.

—Y de nuevo ha utilizado la misma arma, la Glock 43X. Balística lo ha confirmado.

—¿Y qué me cuenta de la mujer?

—Que ha vuelto a usar una pistola eléctrica. Lo ratifican las marcas que he hallado en el cuello, idénticas a las de las víctimas anteriores. La precisión de las incisiones de la cara indica que el sujeto usó un bisturí. Y en cuanto a las marcas producidas por los golpes, son lesiones que me resultaban familiares y las he cotejado. Las golpearon con una porra igual o muy similar a las de acero extensible que usan los antidisturbios. Y le digo más, por la fuerza de los golpes, no se puede poner en duda que se trata de un varón.

—Un puto loco con una pistola y una porra como la que usa la policía. ¿Y si es un compañero o un expolicía?

—Es una posibilidad más, pero sacar ese tipo de conclusiones no es mi función, sino la suya. Le envío el informe preliminar en unas horas.

—Gracias, doctor Zamorano.

Abandono mi despacho con prisa y del mismo modo me encamino al de Torres para informarlo. La posibilidad de que sea uno de los nuestros no es descabellada; es más, explicaría por qué las víctimas lo dejan pasar a la vivienda. Inmersa en mis pensamientos, descubro a Lucas Gil merodeando por las dependencias. Siempre va hecho un pincel, es el periodista más presumido que conozco. Con su barbita bien cuidada, pantalón pitillo, camisa de cuadros, chaqueta con coderas y gorro de lana. El estilo hípster que ha adoptado tras la pandemia y con el que a veces parece un modelo. También es el periodista más perseverante que me he echado a la cara. No ha dejado de llamarme desde que supo de los segundos crímenes y su olfato periodístico los relacionó con los primeros. Si está en comisaría, es porque ha debido de enterarse de los nuevos asesinatos, y como no le cojo el teléfono, viene para que le cuente algo. No me apetece hablar con él ni darle explicaciones, menos aún tenerlo frente a mí. Aprieto el paso antes de que me vea y me escondo en el cuarto de baño. Entro tan deprisa que no veo el llamativo cartel que avisa de que el suelo está mojado, el que está terminando de fregar la chica de la limpieza.

—Lo siento, es una urgencia. —Me dirijo de puntillas a uno de los cubículos.

—No se preocupe, se entiende.

Aprovecho para hacer pis pese a que no tengo ganas y, de paso, hago tiempo esperando a que Lucas se largue. No me gusta que ande husmeando por comisaría, es una de las líneas rojas que le marqué en nuestro acuerdo. Porque tras su ayuda en el caso de Lagos del Pino le aseguré que cuando hubiera algo que pudiéramos compartir con la prensa, yo contactaría con él y sería el primero en enterarse.

Al principio, Lucas cumplió su palabra, pero de un año a esta parte, cuando comenzó a recopilar casos de la crónica negra española para escribir un libro, suele pasarse nuestro acuerdo por el arco del triunfo. No tengo ninguna deuda moral con él, ya no le debo nada, así que de un tiempo a esta parte me muestro hostil cada vez que cruza la línea roja que le puse. Como dice Patricia, si me empeño, a desagradable no hay quien me gane.

Abandono el cubículo y me encuentro a la joven limpiadora esperando paciente a que yo acabe para finalizar su tarea. Me siento culpable por robarle tiempo de trabajo y a la vez responsabilizo a Lucas, cuya inesperada presencia me ha traído hasta aquí. Me lavo las manos tan deprisa que ni siquiera me hecho jabón y, para salir cuanto antes, no pierdo tiempo en el secamanos y me las restriego en los pantalones.

—Discúlpeme, ya me marcho.

—Tranquila, paso de nuevo la fregona y asunto arreglado.

Su respuesta me hace pensar en lo fácil que es resolver algunas cosas y en lo difícil que resultan otras.

—Ojalá todo fuera tan sencillo de resolver como que a una le pisen lo fregado, ¿verdad?

—Ojalá. —Sonríe y empieza a deslizar la fregona por el suelo para borrar mis huellas.

Salgo pensativa y vigilante, observando todos los flancos antes de apartarme de la puerta de los servicios. Ni rastro de Lucas, parece que no hay moros en la costa. Con el terreno despejado, echo a andar. Enseguida escucho una voz a mi espalda que me detiene a la par que me crispa.

—Lola, espera.

—¿Qué coño haces aquí, Lucas? —le pregunto con acritud. No sé de dónde ha salido, pero tengo la sensación de que me olfatea como un perro de caza.

—¿Tú qué crees?

—Creo que de nuevo te saltas nuestro acuerdo presentándote aquí y me estás tocando demasiado los ovarios.

—Hay dos crímenes más con las mismas características, y ya van seis.

—Muy bien, sabes sumar. ¿Te aplaudo?

—Ahórrate el sarcasmo conmigo. Si estoy aquí es porque no me cuentas una mierda.

—Porque no tengo nada que contar.

—¡Ja! A otro perro con ese hueso, monina.

—No entiendo esa manía tuya de ponerte impertinente y cursi al mismo tiempo, monín. Y te

voy a recordar algo porque parece que las neuronas te patinan: quedamos en que yo te llamaría. Sabes que no quiero verte en comisaría, y es un sentir general aquí.

—Pues ya que he venido, suelta prenda, por favor.

—Repito, aún no hay nada que decir.

—Venga, Lola, no te hagas de rogar, ¡joder! ¿Quién ha encontrado los cuerpos? ¿Cómo los han matado? ¿Qué pistas tenéis? ¿Hay algún sospechoso? Algo tendréis.

—Todavía nada que tú debas conocer.

—Gil, ya ha oído a la inspectora jefa —irrumpe de pronto la voz de Torres. Ambos giramos la cabeza en su dirección—. Los casos están bajo secreto de sumario y no hay nada que contarle a la prensa. Sabe cómo funciona esto tan bien como nosotros. Y ahora, ya sabe dónde está la puerta —lo invita a marcharse.

—Está bien, me voy. —Echa a caminar, pero de repente se da la vuelta y me mira—. Te llamaré mañana, Lola.

—Lucas, no me obligues a bloquear tu número.

—Cuando haya algo que contarle, la inspectora jefa lo informará. Mientras tanto, no nos haga perder el tiempo, tenemos mucho trabajo —advierte el comisario.

—Pues espero que muy pronto me den algo de curro a mí. —Camina hacia la salida.

—Mira que es pesado el Gilipollas —hago el típico juego de palabras con su apellido mientras lo veo alejarse.

—Es una mosca cojonera.

—Me permiten —escucho de nuevo a mi espalda. Se trata de la chica de la limpieza, que intenta abrirse camino con el carrito.

—Por supuesto —dice Torres echándome a un lado, y añade—: Cuando quiera puede limpiar mi despacho, por hoy ya está libre.

—Gracias por avisarme. —La joven nos sonríe y sigue su camino.

—Hoy se va muy pronto, ¿no? —le pregunto con curiosidad.

—Tengo cita con el médico.

—¿Qué le ocurre?

—Que duermo poco y mal y se está alargando en el tiempo. Al principio… —Se le quiebra la voz y de inmediato sé de qué va a hablar. Como un acto mecánico, comienzo a darle una suave friega por el brazo a modo de consuelo—. Cuando falleció Nuria creí que era normal y que sería pasajero, pero un año después se ha agravado y necesito que me receten algo.

—Mi padre y mi hermano podrían hablarle de lo perjudicial que es el insomnio para la salud, más para el corazón, que es su especialidad. Creo que no debería haberlo dejado tanto.

—Me preocupaba cómo podían influir los efectos secundarios en mi trabajo. Sé que a otros compañeros les ha mermado tanto sus capacidades que han tenido que pedir la baja. Yo he podido salir adelante gracias al trabajo, tener la mente activa me ha mantenido cuerdo. Pero ahora que voy a jubilarme no tendré que preocuparme tanto de mis reflejos, y si un día no acudo

a taichí, falto a las actividades acuáticas grupales o me salto la ruta en bici con los amigos, no creo que me echen de ningún grupo, ¿verdad?

—Veo que me ha hecho caso y va a recuperar sus salidas en bici, además de añadir más actividades a su vida, y sobre todo en grupo, como le aconsejé. —Me alegra la noticia.

—También quiero apuntarme a actividades culturales. No quiero aislarme socialmente ni que la casa se me caiga encima. Necesito estar ocupado y con gente, como lo he estado en mi trabajo, pero ahora sin sangre de por medio. —Alude a la Brigada de Homicidios.

La frase que le escuché decir cuando lo conocí en el instituto acude a mi mente como una ráfaga de viento huracanado: «El agente que trabaja en Homicidios se convierte en la voz del muerto que clama justicia». Recuerdo la autoridad que mostraba su semblante mientras la pronunciaba, sus ojos avellana vivos y astutos y su tipo desgarbado que con los años Nuria terminaría cambiando. No era un hombre atractivo, pero tenía magnetismo. De los cuatro policías que acudieron al instituto a presentarnos y describirnos su trabajo, fue el que más me impresionó, y por fin mi mente y mi corazón se pusieron de acuerdo. Lo vi sumamente claro. Aquellas charlas se convirtieron en el impulso que yo necesitaba para decidir ser policía, algo para lo que había nacido. Por mucho que mi padre se empeñase en que fuera médica y siguiera la tradición familiar, como lo era él y como lo había sido mi abuelo, como lo es mi tío y también mi hermano, esa no era mi vocación. Yo no soy como ellos.

A mi padre le llevó media vida entender mi decisión. Prefirió enfadarse conmigo por hacerme policía y, por ende, yo me enfadé con él por no respetar mi voluntad. Me ignoraba todo lo que podía y yo evitaba hablar con él para no acabar discutiendo. Apenas nos veíamos, y con el paso del tiempo la situación se enquistó. Quizá, como decía mi madre, porque ambos éramos igual de cabezotas. El caso de Lagos de Pino cambió nuestra relación. Que mi vida corriera peligro, a mi padre le hizo recapacitar, y con su primer paso hacia la reconciliación decidí cruzar el puente que mi madre, una vez más, tendió entre nosotros. Hablamos, nos escuchamos, tratamos de limar asperezas y desde entonces tenemos una relación cordial. Puede que no sea tan cariñosa como a él le gustaría, porque aunque lo haya perdonado hay cosas que resultan imposibles de olvidar por el daño que me causaron. Durante aquellos años en los que se puede decir que dejé de tener padre, Torres se portó tan bien conmigo, su apoyo y ayuda fueron tan inestimables, que se ganó en mi corazón el puesto que mi padre había dejado vacante. Si tengo que ser sincera, y aunque no sea políticamente correcta, e incluso sea muy feo pensarlo, quiero a Isidro Torres más que a mi padre. A veces creo que antes daría la vida por él que por el hombre que me dio la mía.

—Lo voy a echar tanto de menos. —Me lanzo a los brazos de Torres sin poder evitarlo, aunque no sea el lugar ni el momento apropiado, y nos fundimos en un abrazo sentido.

—Nos seguiremos viendo, Lola, que no me marcho del país.

—Lo sé, pero todo será distinto. —La voz se me rompe, también sin poder impedirlo.

—No me hagas llorar, por favor. —Deshace el abrazo.

—Me ha llamado el forense —lo informo, recuperando la compostura y retomando el trabajo.

—¿Algo nuevo?

—Puede que el sujeto sea o haya sido policía.

20

Delgaducho, pálido y ojeroso, así es Valeriano López, el que fuera compañero de Jesualdo. Bruno y yo nos hemos trasladado al centro comercial Gran Plaza 2, en Majadahonda, donde trabaja como dependiente en la Casa del Libro. Lo he conocido por la fotografía que tiene en su perfil de WhatsApp, en la que posa sonriente, con el delantal de librero, al lado de una torre de libros. Nos espera sentado en la hamburguesería señalada, mirando al frente con aire ausente, tan sumido en sus pensamientos que no es consciente de nuestra presencia hasta que nos sentamos en su mesa.

—Soy la inspectora jefa Velázquez, Valeriano, y él es mi compañero, el inspector jefe Molina.

—No sé qué ha hecho Jesualdo, y, si tengo que ser sincero, tampoco me importa —anuncia un tanto nervioso—. Ya le he dicho por teléfono que hace mucho que no sé nada de él, han pasado más de cinco años desde que no nos vemos. Fue antes de la pandemia. Solo puedo decirles la empresa donde trabajaba por entonces de limpiacristales: Servicio de Limpiezas Aguado.

—El señor Hilario Espinosa nos ha dado ese dato.

—Pues no sé nada más.

—Claro que sí, Valeriano —interviene Bruno—. Tú conocías a Jesualdo y queremos que nos hables de él.

—¿Hablar de qué?

—Cómo era, su comportamiento, con quién se relacionaba… Todas esas cosas —le explico.

Valeriano nos mira en silencio, no sé si dudando o pensando, puede que reordenando las ideas antes de exponerlas. Se rasca la nuca con nervios. Esperamos pacientes, la presión puede ser contraproducente. Si pretendemos que se sincere con nosotros, lo mejor es crear un ambiente cercano y de confianza.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un refresco o un café?

—No. Ya he comido, gracias. —Mira la hora en el móvil, que descansa sobre la mesa—. Tengo menos de diez minutos antes de volver al trabajo.

—Pues cuéntanos rápido, por favor —le solicito.

—Era muy reservado, solía contener las emociones, sonreía poco y le costaba relacionarse con los chicos de la residencia. Nunca decía por qué había acabado allí y al principio no hablaba de sus padres ni contaba si tenía más familia. Algunos comenzaron a meterse con él, a insultarlo. Lo llamaban rarito, nenaza, pirado, maricón…

—¿Alguien del centro estaba al tanto de esos hechos? —Bruno se me adelanta con la pregunta.

—Como imaginará, no. Y Jesualdo nunca le dijo nada a nadie para que no lo tacharan de chivato y agravar la situación. Ni siquiera se defendía de los insultos ni de los ataques, permitía el acoso sin rebelarse y sin pedir ayuda. Pero cuando se metía en la cama por la noche, yo lo oía llorar, aunque trataba de hacerlo en silencio. Me dio pena y terminé sacando la cara por él. No es que yo fuera un santo, pero no soportaba ni soporto el abuso. Solo quería que lo dejaran en paz, pero Jesualdo se pegó a mí como el perro abandonado que de pronto encuentra alguien que lo proteja. No buscaba su amistad, pero cuando quise darme cuenta ya éramos amigos. Con el tiempo y la confianza comprobé que en verdad era un tipo peculiar, y también que estaba obsesionado con su padre, al que culpaba de toda su desgracia.

—Por lo que sabemos, no conoció a su padre, que abandonó a su madre cuando estaba embarazada —advierto.

—No es lo que Jesualdo me contó. Según él, su padre los abandonó cuando él era pequeño. —Bruno y yo nos miramos extrañados, sin saber cuál de las dos versiones, la del psicólogo o la de Valeriano, es la verdadera—. Decía que recordaba su rostro vagamente, por eso creo que se obsesionó con encontrarlo. Desde que nos independizamos, la idea de dar con él fue creciendo, y su amiga Desi la alentaba echando más leña al fuego. Fui testigo de ello en más de una ocasión.

—¿Te refieres a Desi, la hija de Abigail Castilla Luzón? —le pregunto.

—No conozco sus apellidos, pero Jesualdo no tenía a nadie más en el mundo y la quería mucho, así que sí, creo que hablamos de la misma persona. Me dijo que habían crecido juntos porque sus madres compartían piso. Recuerdo que Desi y su madre venían por lo menos una vez al mes a verlo a la residencia. Cuando nos trasladaron al piso tutelado, Desi empezó a visitarlo todas las semanas, siempre sola.

—¿Había algo más que amistad entre Jesualdo y Desi? —interpela Bruno.

—No sabría decirle, porque realmente no sé si a Jesualdo le gustan los hombres, las mujeres o ambos. Lo he pillado mirando a chicos de forma lasciva y comiéndose a chicas con la mirada. No vi nada entre ellos que me hiciera sospecharlo, a excepción de mucha complicidad, demasiada para mi gusto.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

—Que fue Desi la que alimentó el resentimiento de Jesualdo. No sé de lo que hablaban cuando estaban solos, pero sí sé el efecto que producía en él, lo llenaba de rabia y lo dejaba hecho polvo. Lo oía llorar desde mi cama. Había noches que tardaba horas en apagar la luz, y yo me preguntaba qué estaría haciendo aparte de llorar. Un día me atreví a fisgonear en su habitación y encontré cientos de hojas en las que había escrito miles de veces lo mucho que odiaba a su padre.

—Sí que estaba obsesionado —afirmo.

—Era más que eso, era una inquina enfermiza. Cuando le dije que lo había oído llorar por las noches, que había visto los papeles que escribía y acumulaba, y le sugerí que acudiera a un psicólogo o a un psiquiatra, se puso histérico. Me gritó que no estaba loco y que yo no entendía nada. Que Desi era la única que lo comprendía porque conocía el daño que le habían hecho, y por eso ella odiaba a su padre tanto o más que él. Dijo que ya no podía confiar en mí, recogió sus cosas y se marchó con Desi. Después de dos años en la residencia, otros dos en el piso tutelado y cuatro compartiendo nuestra independencia, ella nos separó hace más de cinco, y no he vuelto a

saber de él. —Suspira hondo.

—¿Y de ella?

—No, ni quiero. Nunca consideré a Desi mi amiga como para interesarme por su paradero. De hecho, cambié de trabajo al poco tiempo para no tener que verlos a ninguno de los dos. —Vuelve a mirar la hora en el móvil.

—Bien, pues no te entretenemos más —me adelanto a sus palabras. Por su gesto sé que el tiempo se le ha terminado.

Valeriano se levanta y con un escueto adiós se dirige a su puesto de trabajo en la Casa del Libro.

Bruno me mira con sus felinos ojos azul verdoso y yo observo el móvil para esquivarlos. Cada vez que los posa en mí no puedo evitar revivir la imagen de hace unas horas, cuando su cuerpo desnudo estaba sobre el mío, mientras hacíamos el amor y su mirada permanecía clavaba en la mía.

—Tenemos que acercarnos a esa empresa de limpieza —le digo, sin despegar la vista de la pantalla.

—Lo sé, pero ya que estamos aquí podíamos comer algo. Porque no sé tú, pero yo tengo hambre.

Yo también, a pesar de todo. Aunque estamos buscando a dos asesinos, estoy ocultando a Torres, he implicado a Patricia y he permitido que Bruno se implique en esto. Me rugen las tripas. Anoche cené poco, bebí mucho y gasté bastante energía con Bruno en la cama. Hoy no he desayunado. Mi estómago lleva vacío demasiadas horas y el olor de las patatas fritas me está haciendo la boca agua.

—Bien, pues pide dos menús. Hoy toca comida basura.

21

Madrid, 2002.

El tiempo transcurrió y el vínculo entre Rosaura e Isidro se fue estrechando. Para él fue una amistad que surgió de forma natural; para ella, aderezada con su fantasía, fue una relación romántica que la llevó a enamorarse locamente de Isidro.

Las primaveras se sucedían y con la llegada del mes de abril volvió a ser el cumpleaños de Jesualdo. Cuando cumplió los seis años, Rosaura no pudo reprimir más su amor por Isidro y, antes de que se marchara de su casa, lo besó. Era la primera vez que besaba a un hombre porque lo deseaba. La primera vez que quería que la acariciasen, que sentía la necesidad de descubrir el placer. Isidro, que estaba muy solo y confundido por andar jugando a la familia feliz, añadió tanta pasión a ese beso que acabaron en el dormitorio haciendo el amor.

Al día siguiente Rosaura se despertó feliz, su sueño se había cumplido. Amaba a Isidro y era correspondida, ¿qué más podía pedir? Mientras preparaba el desayuno y su hijo jugaba con los coches Hot Wheels que Isidro le había regalado por su cumpleaños, empezó a montarse su película. Se vio viviendo con el inspector de policía, casándose en un futuro cercano, convirtiéndolo en el padre de su hijo, a quien daría sus apellidos. Jesualdo Torres Ardon. Qué bien sonaba. Aunque no necesitaba el respaldo de la ley, para ella Isidro ya era el padre de Jesualdo, pues llevaba tiempo comportándose como tal. Animada por sus fantasías, se acercó a su hijo y lo invitó a llamar papá a Isidro.

Isidro llegó a la cocina arrepentido de haberse acostado con Rosaura. No estaba enamorado de ella, pero parecía que ella sí de él. La quería, pero como se quiere a una amiga o a una hermana. No deseaba confundirla, no tenía derecho. Dejó la cazadora sobre una silla mientras buscaba las palabras con las que aclarar la situación antes de marcharse. Lo que había sucedido entre ellos no iba a repetirse jamás y no sabía cómo decírselo sin herir sus sentimientos.

—¿Eres mi papá? —le preguntó Jesualdo de repente, con la mirada tan iluminada como la amplia sonrisa que mostraba.

Isidro miró al niño, aturdido, y desvió la vista hacia Rosaura, que estaba preparando un zumo de naranja. Ella le sonrió, satisfecha, y a él se le encrespó la piel. No quería ser el padre de Jesualdo ni había pretendido serlo. Ni estaba enamorado de Rosaura ni nunca lo estaría.

—Creo que tenemos que hablar.

—Pues habla —lo invitó ella.

—Prefiero hacerlo a solas.

—¿Por qué? —preguntó acercándose a él—. Somos una familia y las familias no deben tener secretos.

Isidro tiró del brazo de Rosaura para salir de la cocina y hablar en el pasillo, a unos metros

de Jesualdo.

—Pero ¿qué ocurre, mi amor? —demandó ella, intrigada.

—Yo no soy tu amor, soy tu amigo. Ni soy su padre ni quiero que le hagas creer que lo soy. —Señaló con la cabeza al pequeño, que seguía sentando en la mesa esperando el desayuno—. No equivoquemos las cosas ni las confundas.

—¿Lo dices en serio? —Lo observó confusa.

—Sin ninguna duda.

—Vaya, pues anoche, cuando te metiste en mi cama, me pareció que no dudabas de lo que querías.

—Lo de anoche fue un error, Rosaura, y te pido perdón. Yo nunca te he visto de ese modo, no sé qué me ocurrió, pero ahora quiero dejar claro que entre nosotros no hay nada ni quiero que lo haya.

—Anoche, mientras estabas dentro de mí, no te planteabas si podías confundirme a mí o a mi hijo, solo querías follarme y no tuviste reparo alguno en hacerlo. Al revés, creo que le pusiste muchas ganas —explicó con acritud.

—Nunca tenía que haber ocurrido. ¡Por el amor de Dios, tengo cuarenta años y tú veintiséis! Soy catorce años mayor que tú.

—¡Y qué más da la edad!

—Llevas razón, si hay amor, nada importa, pero yo no tengo ese tipo de sentimientos hacia ti. Lo siento, de veras.

—¡Oh, Señor! —Rosaura lo miró con una mezcla de asombro y decepción—. Eres igual que todos los hombres que conozco. No, tú eres aún peor que ellos. Peor que Diego, que Patricio, que Nil, que Rayco, que todos los malnacidos que se creen que pueden usar mi cuerpo y hacer con él lo que quieran. —La rabia estaba implícita en cada palabra—. Tú no solo me has ayudado, me has ilusionado, me has enamorado, y en cuanto me has echado un polvo te quieres librar de mí. ¿Es lo único que querías conseguir?

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? —La observó, molesto—. Me ofende que me compares con ese tipo de hombres.

—Tú me ofendes a mí, Isidro. Me ofendes mucho. Tus palabras me han dañado, más aún, me han humillado. ¿Y sabes qué? Que si no quieres algo conmigo, soy yo la que no quiero nada de ti, así que lárgate y no vuelvas más.

—Rosaura…

—¡Que te largues! ¡Fuera! —chilló.

Isidro, apresurado, entró en la cocina a coger su chaqueta.

—¿Te vas, papá? —preguntó Jesualdo, preocupado. Acababa de escuchar gritar a su madre, estaba enfadada.

Él miró a Rosaura, que lo contemplaba fijamente desde el pasillo con los brazos cruzados y el ceño fruncido, esperando su respuesta.

—No soy tu padre, Jesualdo, y sí, me marcho. Cuida de tu madre.

Rosaura entró en la cocina tan veloz y peligrosa como un rayo.

—Eso márchate, desgraciado, malparido… —Comenzó a lanzarle lo que más a mano tenía: las cucharillas de café, las tazas, algunos de los Hot Wheels de su hijo…

Isidro se marchó corriendo. Pensaba que Rosaura se había vuelto loca mientras ella se comportaba como si lo estuviera.

Abigail, que había escuchado los gritos y estaba presenciando el lanzamiento de objetos con los que su compañera seguía atacando la puerta que acababa de cerrar Isidro, trató de calmarla.

—Para. Para ya, Rosaura. —La detuvo—. No sé qué ha ocurrido ni hace falta que me lo cuentes si no quieres, pero ese hombre es de los buenos y acabas de tratarlo fatal.

—Ese hombre es el único al que he amado, y acabo de perderlo. Eso ha pasado.

Rosaura rompió a llorar a gritos, encarar la realidad era demasiado doloroso. Se cobijó entre los brazos de Abigail, que la estrechó contra su pecho con fuerza. El pequeño Jesualdo, asustado, se abrazó a las piernas de su madre y también empezó a llorar. Hasta Desi lloró mientras lo abrazaba a él, tratando de consolarlo. La escena se convirtió en un mar de lágrimas.

22

Mientras Bruno pide la comida a una empleada alta y desgarbada a la que la gorra le queda un poco grande, mi mente proyecta las imágenes de anoche. Nuestros cuerpos desnudos, hambrientos, tratando de sofocarse. Habían pasado muchos años desde la última vez que Bruno y yo hicimos el amor, pero fue como si hubiera sido ayer. Nos recordábamos.

I can buy myself flowers, write my name in the sand, talk to myself for hours…

La canción de Miley Cyrus barre mis pensamientos de un plumazo. La llamada es de comisaría, y aunque la esperaba en cualquier momento, los latidos se me disparan.

—Dígame —respondo con voz queda. Siendo previsora, debo fingir que no me encuentro bien.

—Jefa, perdone que la llame a su móvil personal, pero como no contestaba al de trabajo, no me ha quedado más remedio.

—¿Qué ocurre, Pacheco? —pregunto con un tono apocado.

—Algo que no se puede ni imaginar, a mí aún me cuesta creerlo. Se ha emitido una orden de busca y captura contra el comisario Torres.

—¿De qué demonios hablas? —interpelo con un asomo de preocupación. Debo dotar de credibilidad a mi fingida sorpresa.

—Alguien ha llamado a la comisaría diciendo que habían matado a una mujer. El aviso ha llevado a los compañeros al barrio de Las Tablas, a un ático en la urbanización Montesauce, que ha resultado ser la vivienda de Torres. La puerta estaba entreabierta y dentro encontraron a una mujer apuñalada.

Parece que Torres se olvidó de cerrarla. Debió de ser por las prisas, por el estado de nervios.

—¿Quién llamó?

—No se identificó, pero era una mujer. La víctima es Jana Gutiérrez.

—¡¿Jana?! ¿La organizadora de la fiesta de Torres?

—Eso parece.

—¿Y suponéis que Torres ha podido matarla? —Necesito conocer las hipótesis que barajan.

—Torres se pasó gran parte de la noche hablando con ella, incluso se marcharon juntos de la fiesta. Ella ha aparecido asesinada en su casa y no hay rastro de él.

—¿No habéis pensado que puede haber otra explicación?

—¿Cuál?

—Que a Jana la matara otra persona, y esa misma persona haya secuestrado a Torres —planteo otra teoría para encaminarlos.

—Sus huellas están en el arma homicida, no hay indicios de otro tipo de violencia y la Científica no ha hallado nada que nos haga suponer que su desaparición sea involuntaria. De hecho, se cambió de ropa antes de marcharse.

Maldigo para mis adentros por el error de no llevarnos la ropa. Las prisas son malas aliadas.

—Bueno, si el arma era de su propiedad, no es raro que sus huellas estén en ella. En cuanto a la ropa, si alguien se lo ha llevado, es posible que lo obligaran a cambiarse.

—Se cambió porque estaba manchada de sangre, y según el análisis del laboratorio, pertenece a Jana. También se llevó la documentación y el móvil. Los compañeros están intentando rastrearlo, pero por el momento debe de tenerlo apagado y no lo localizamos.

—Así que todo parece apuntar a él.

—¿Usted qué cree?

—Me parece increíble. —Pienso que Torres tenía razón, ningún compañero le va a conceder el beneficio de la duda.

—Cuesta creerlo, pero las pruebas no mienten. Opino igual que el comisario Navarro y que el inspector Vila, puede que a Torres se le fuera la cabeza. Ya sabe, una locura transitoria, un cruce de cables, qué sé yo.

—Puede. Mantenme informada, ¿vale?

—¿No va a venir a comisaría? El comisario lo daba por hecho. Parece que la ha estado llamando, pero como no contestaba, me ha pedido que lo intentara yo.

—Ya me gustaría poder estar ahí trabajando con vosotros en el caso, pero no me encuentro nada bien. Dile a Navarro que por el momento tenéis que avanzar sin mí.

—Le traslado el mensaje, jefa. Recupérese pronto.

—Gracias, Pacheco.

Cuelgo, pensando que tengo la confirmación de que uno de los asesinos ha delatado a Torres, y por lo que parece, ha tenido que ser Desi. Querían que detuvieran a Isidro y habían puesto todo su empeño para conseguirlo, aunque con mi intervención no lo han logrado. Puede que uno de ellos estuviera esperando por la zona para comprobar que la policía, los propios compañeros de Torres, se lo llevaban. También es posible que lo hayan visto escapar conmigo, aunque creo que nadie nos ha seguido y, por tanto, quiero pensar que no saben dónde se esconde.

Pienso en Fernando Navarro, el nuevo comisario. No hemos empezado con buen pie. Hemos tenido un par de conversaciones y ambas me han dejado mal sabor de boca. No me gusta su forma de ser ni cómo pretende que trabajemos, ni que me llamara ayer a las diez de la noche habiéndome marchado tres horas antes de comisaría y sabiendo que estaba en la fiesta de Torres. Lo ignoré porque intuí que pretendía amargarme la noche, y no iba a permitírselo. Me molestó que usara a Enric para hacérmelo saber, aunque Enric parecía encantado porque Navarro lo había tenido en cuenta. Esa fue la última conversación que mantuvimos Enric y yo, después me vio besando a Bruno y se marchó de la fiesta sin decir nada. Cerca de las dos de la madrugada recibí un wasap, por fin había entendido que no quería nada con él.

Me preocupa que a partir de ahora Enric no sepa diferenciar lo personal de lo profesional y sus sentimientos afecten a nuestro trabajo. Me da igual que a título personal no quiera hablarme,

pero en lo laboral no puede retirarme la palabra. No le culpo de su reacción, la culpable soy yo por dar pie a un devaneo que nunca tuvo que ocurrir. Acostarse con un compañero no es buena idea y hay una sabia frase, además de vulgar y grosera, que ya lo advierte: «Donde tengas la olla, no metas la polla». También soy la responsable de permitir que el deseo que sentí por Bruno me arrollara sin remordimiento, de no pensar en lo humillante que sería para Enric verlo, y me aseguré de que nos viera. No he respondido a su wasap ni pienso hacerlo. No voy a defenderme ni a atacarlo. «A lo hecho, pecho», me digo, usando otro de los refranes de mi difunto abuelo.

El sonido de campanillas me devuelve a la realidad, al bullicioso *burger* en el que estoy sentada esperando una comida que en breve me traerá Bruno. Abro el wasap que acabo de recibir.

Las tres de la tarde y aún no te has dignado a contarme qué tal fue la fiesta sorpresa de tu comisario. Espero que tengas una buena excusa, Lola.
15:02

Mi buena amiga reclama unas explicaciones que no le he dado porque sí tengo una gran excusa: no puedo compartirlas con ella.

Estoy muy liada, hablamos esta noche
15:02

Pero si me dijiste que hoy te cogías el día libre
15:02

Cambio de planes
15:03

Con mi respuesta trato de ganar tiempo, pero sé que Martina no se dará por vencida y tendré que inventarme algo para salir del atolladero. Antes de guardarme el móvil, recibo otro mensaje de ella.

Al menos cuéntame si te ha servido la ayuda de Jana. Recuerda que yo te la recomendé, por si tienes que agradecérmelo ;)

15:03

Lívida, desangrada, muerta. La imagen de Jana me posee la mente. Estoy convencida de que la pobre mujer ha sido un daño colateral de este caso. Pienso que debemos encontrar cuanto antes a los asesinos, a los que hemos puesto nombre: Jesualdo y Desi. También pienso en Torres, en Patricia, y en que no puedo perder el tiempo con Martina. Ni siquiera tendríamos que estar perdiéndolo aquí, por mucha hambre que tengamos. Bruno llega a la mesa con la bandeja de los menús y comprendo que ya no tiene remedio. Trae dos hamburguesas grasientas con extra de queso, patatas fritas congeladas y dos refrescos azucarados. Calorías a tutiplén.

—¿Alguna novedad? —pregunta mientras toma asiento, con la vista puesta en el móvil que aún reposa en mi mano.

—Que tenemos que comer deprisa para seguir investigando. Torres ya está en busca y captura.

Cojo mi hamburguesa y le hinco el diente sin contemplaciones.

23

Siete días antes de la jubilación del comisario Torres.

14 de marzo. Estamos a siete días de la entrada de la primavera, si bien hace semanas que Madrid exhibe ese ambiente tanto en sus jardines como en la temperatura, bastante por encima de la que correspondería a la fecha. Los meteorólogos pronostican que esta primavera será especialmente cálida, y así lo confirma el calor inusual e impropio que se ha instalado entre nosotros y que ha adelantado la floración. Para mí no supone un problema, no soy alérgica, y quizá por eso me encanta la primavera. Me gusta lo preciosa que se pone la ciudad, sembrada de flores bellas y coloridas, y que los madrileños salen más, pasean más, disfrutan más y llenan de vida las calles de la capital.

Pero por desgracia, a esta primavera la está afeando la siembra de cadáveres del asesino en serie al que llamamos el justiciero. Desde hace unos días la prensa no hace más que hablar de ello. Los asesinatos se han incrementado en las últimas horas con dos más, y eso ha aumentado la presión del cuarto poder, que ya está dispuesto a hacernos picadillo. De momento, ni mi nombre ni el de ningún compañero ha trascendido a la prensa y me alivia saber que esta vez los ciudadanos no pueden usarme como diana de sus críticas. Los crímenes llegan de nuevo en jueves y nos pillan tan atentos como impotentes, y, para mayor inri, en esta ocasión la víctima es una mujer conocida. Victoria Beli, natural de Ávila, cuarenta y nueve años. Además era la imagen de una famosa marca de perfume y la esposa de un exministro.

El escenario es espeluznante, digno de una película gore. Le han clavado en los globos oculares los tacones de unos Manolo Blahnik que hacen justicia a los llamados *tacones de aguja*. Por sus mejillas se esparce una sustancia viscosa mezclada con hebras de sangre que me revuelve el estómago. Una náusea me sube a la garganta y trato de contener la arcada delante de mi compañero, de la Científica, del forense, del marido de la víctima y de los servicios médicos que lo están atendiendo. Álvaro de Lara se encuentra en *shock.* Ha encontrado a su esposa muerta tras llegar de un viaje de negocios. Mientras recupero la compostura, pienso que Victoria Beli se ha convertido en la pieza que no encaja en este caso.

Tras una breve meditación, llamo a comisaría.

—Dime, Lola.

—Comisario, nuestro justiciero ha asesinado brutalmente a Victoria Beli, la mujer del exministro Álvaro de Lara.

—¡Cómo! —exclama asombrado—. Se trata de una mujer con carrera y estatus, ¿por qué ha cambiado el patrón? Estoy más perdido todavía —sisea.

—Eso mismo pienso yo, y me resulta extraño que siendo tan metódico haya dado ese giro. Entonces han surgido las preguntas: ¿Y si no ha cambiado el patrón? ¿Y si Victoria Beli tiene un pasado que desconocemos?

—¿Crees que ha sido prostituta?

—Habrá que comprobarlo. Husmee entre las fichas policiales para cerciorarnos de que Victoria Beli no tiene antecedentes por prostitución.

—Me pongo a ello ya mismo.

Presiento la que se nos viene encima con este asesinato, a partir de ahora nos atacarán desde todos los frentes. Los de arriba, los mandatarios, presionarán a nuestros jefes más de lo que lo vienen haciendo por la acumulación de cadáveres. Nuestros jefes querrán resultados cuanto antes, como nos exigen a diario para que los de abajo, el pueblo, no los apaleen en las redes sociales. La prensa rosa comenzará a llenar cientos de páginas con la historia de Victoria. Los tertulianos acapararán horas de televisión y de radio. Los periodistas de investigación analizarán de forma concienzuda cada uno de nuestros pasos. Medirán nuestros movimientos al milímetro, nos mirarán con lupa. La presión mediática está garantizada, será tan fuerte que costará aclimatarse.

Una larga hora después, la Científica termina con su trabajo en la escena. Carreño y su equipo han recogido huellas y muestras de tejidos que no sabremos si pertenecen a la víctima o alguien más hasta que se analicen y cotejen. Álvaro de Lara, el reciente viudo, continúa sin hablar y sin moverse de la silla en la que lo han sentado. El juez Orduño, impresionado por la crueldad del asesinato, ordena el levantamiento del cadáver. El forense termina de rellenar el papeleo, la misma burocracia que se conoce al dedillo. De Lara no me quita los ojos de encima, me siguen a cada paso y hasta los siento clavados en mi nuca. Los sanitarios cierran la cremallera de la bolsa de cadáveres y se preparan para desalojar el espacioso vestíbulo teñido de muerte y violencia. El timbre de mi móvil irrumpe entre el protocolo; el comisario me está llamando.

—¿Ha encontrado algo?

—Tenías razón, Lola. Victoria Beli estaba fichada y su ficha se había clasificado como confidencial.

—Eso debe de ser cosa de su marido, de modo que él conocía su pasado. Imagino que querría mantenerlo oculto por razones políticas.

—Opino como tú —afirma Torres, y añade—: Se la detuvo por prostitución durante una redada en el parque del Oeste hace más de dos décadas. Su nombre de guerra era *Vicky*. En el momento de la detención cursaba estudios universitarios.

—No entiendo cómo una mujer como ella, culta y refinada, ejerció la prostitución en un lugar así, pero todavía me cuesta más comprender cómo, viniendo de ahí, llegó a convertirse en quién era.

—Yo tampoco lo entiendo, y ella ya no lo puede contar. Es otro misterio.

—En fin, vamos a terminar aquí y regresamos a comisaría.

Corto la llamada y observo el escenario sin el cuerpo y sin los efectivos alrededor. Enric está esperando mis órdenes y Álvaro de Lara al fin se levanta del asiento.

—Se trata del mismo justiciero del que no para de hablar la prensa, ¿verdad? —me pregunta.

—Así es, señor de Lara —respondo con franqueza.

—No lo entiendo. ¿Por qué a ella?

—Creo que sabe que su esposa ejerció la prostitución. —No me ando con paños calientes, en este instante el tacto está sobrevalorado.

—Por supuesto que lo sé, yo la saqué de ese mundo. —Álvaro de Lara me observa con una mirada de suficiencia—. Entre nosotros no había secretos; de hecho, puedo contarle hasta por qué lo hizo.

—Adelante —lo invito a hacerlo.

—No la engañaron, si es lo que está pensando. A Victoria nadie la explotó, ella decidió entrar en ese mundo para poder pagarse los estudios universitarios. Tenía un objetivo muy claro, ser alguien en la vida, y cuando me lo confesó la admiré aún más. Su padre falleció de un infarto inesperado y su madre no podía hacer frente a los gastos que suponía pagarle unos estudios y vivir en Madrid. Pero ella no quería abandonar esta ciudad, un lugar con múltiples posibilidades que le ofrecía todo, y buscó esa vía para seguir el camino que deseaba. Era una mujer con muchas agallas y pocos escrúpulos.

—Perfecta para hacer carrera en política —advierte el inspector Enric Vila con su particular humor y su falta de filtro.

—¿Qué acaba de decir? —gruñe el exministro. Si las miradas pudieran matar…

—Perdone, no era mi intención ofenderlo —se disculpa.

Aborto mis ganas de darle un pescozón por bocazas, aunque eso no me impide fulminarlo con la mirada por el desafortunado comentario.

—¿Cómo la conoció? —reconduzco el interrogatorio.

—¿Y a usted qué le importa?

—Me importa porque es una pregunta relevante en el marco de una investigación policial, y porque los detalles a veces importan más de lo que pensamos, señor de Lara. Así que contésteme, por favor.

—Victoria llegó de casualidad a una de mis fiestas —responde al fin—. Era guapa, estilosa, descarada, culta y atrevida, y emanaba una seguridad en sí misma como pocas. Me fascinó. Podría haber sido parte del catálogo de una agencia de señoritas de compañía de prestigio, pero nunca quiso entrar en ese circuito para no ser reconocida el día que alcanzara su sueño de ser alguien importante. Que tuviera ese pensamiento y esa ambición me deslumbró más todavía. No crea que la elegí solo para tener sexo, le aseguro que Victoria me folló la mente antes que el cuerpo. Me enamoré locamente de ella, le pedí matrimonio y nos casamos unos meses después. Durante veinticinco años me ha hecho el hombre más feliz del mundo y la amo con toda mi alma. —Se le quiebra la voz.

—Lo siento mucho. —Qué otra cosa puedo decir.

—No me diga que lo siente —me habla apretando los dientes, hecho una furia—. Quiero que se haga justicia. Que el cabrón que la ha matado pague por su muerte. ¿Lo entiende? Dé con ese malnacido de una vez y termine con su carnicería, porque como no acabe pronto con él, yo acabaré con su carrera, inspectora.

—Oiga, caballero, no puede hablar… —El inspector Vila intenta intervenir. Con un

contundente gesto de la mano, lo hago callar.

—Inspectora jefa Velázquez, si no le importa —le indico al exministro.

—Bien. ¿Lo ha entendido, inspectora jefa?

—No me gusta que me amenacen, señor de Lara.

—Ni a mí que usted siga perdiendo el tiempo aquí en vez de estar buscando al asesino de mi esposa, así que ya sabe lo que debe hacer.

El exministro nos invita a marcharnos, pero antes de irnos con el rabo entre las piernas, le hago un par de preguntas más para saber por qué su mujer estaba sola. Después de responder nos abre la puerta y nos vamos. Mientras camino hacia el coche pienso que no sé qué me cabrea más, si el desprecio de Álvaro de Lara hacia nuestro trabajo policial o el menosprecio de Enric ante mi autoridad.

—Que sea la última vez que intentas defenderme, sé hacerlo yo solita —le advierto en cuanto entramos en el coche.

—Vale, no me des las gracias, Lola.

—¡Joder! ¿Cuántas veces tengo que decirte que me llames jefa o Velázquez? Lo que prefieras menos mi nombre de pila mientras estamos trabajando.

—Lo siento, a veces se me olvida.

—Pues grábatelo en la memoria, ¿estamos?

—Tampoco creo que sea algo tan grave, el comisario suele llamarte por tu nombre.

—Torres puede llamarme así, pero tú no. Soy tu superior y te exijo el mismo respeto que a los demás. Que nos acostáramos en una ocasión no te da derecho a perdérmelo, ni te lo voy a consentir. No lo olvides.

—Está bien. Perdona, Velázquez.

—¿Lo ves? No es tan difícil dirigirte a mí como procede, Vila.

24

Los penúltimos asesinatos.

Me gusta la labor de investigación que hacen los periodistas. Andan todo el día husmeando. Meten el hocico en la mierda, como los gorrinos. Le he pasado algo de información a uno para que sepa dónde escarbar. Dos días después, el exministro De Lara aparece en la portada de todos los periódicos y revistas. El viudo de una exprostituta del parque del Oeste. Otro cabrón más. Uno que pagó con nuestro dinero los polvos que le echó. Que usó sus influencias para taparlo todo y que nadie conociera lo zorra que era su esposa. Ahora todos saben que la pija fue puta. Una noticia morbosa que la prensa va a explotar. Entre lo que cuentan y lo que conozco, he reconstruido la etapa de ramera de Vicky.

Victoria Beli llegó a Diego Prieto porque quería ganar dinero rápido y fácil. Tenía estilo, era guapa y desvergonzada. Hacía buenas mamadas y no tenía reparos con el griego. Era lo suficientemente puta para el trabajo. Prieto le permitió ciertos privilegios a cambio de follársela cuando le viniera en gana. Imagino la de guarrerías que haría con ella y lo encantada que estaría ella con tal de conseguir su objetivo. Se ganó un espacio en el parque del Oeste que ninguna otra puta podía ocupar. Trabajaba las horas que quería, elegía al cliente y ganaba el doble. Contó con la ayuda de Rayco, a quien también se la chupaba con frecuencia. Menuda tragapollas.

Pero algunas putas no entendían los privilegios de Vicky y ocupaban su sitio en rebeldía. Buscaban el enfrentamiento. Ella no discutía, era demasiado orgullosa. O echaba a zapatazos a la okupa o llamaba a Rayco para que se encargara. Escalabró a más de una y consiguió que el chulo le diera una paliza a otras. Era la protegida de Diego Prieto y ninguna podía cambiarlo. Se pagó la carrera universitaria follándose a los chóferes de importantes hombres de negocios para llegar a sus patronos. Así conoció a Álvaro de Lara.

Ahora las putas que trabajaron con Vicky la están despellejando. Cuentan a los periodistas lo engreída y altiva que era. Puta en todos los sentidos. Se están despachando a gusto. La venden para tomarse la revancha. Le está bien empleado a la muy zorra. Ambiciosa de mierda. La arrogancia fue su perdición y mi ventaja. Me abrió las puertas de su casa y se quedó a solas conmigo. Toda para mí y mi sed de venganza. La muy puta se había estirado la cara con cirugía estética y tenía las tetas operadas. Llevaba escote e iba sin sujetador. Cayó a plomo tras recibir la descarga con la táser. Me miró sin comprender qué estaba pasando. Me fijé en sus ojos. Eran azules, bonitos, y tenían los segundos contados.

Julen Echevarría era un tipo predecible con una vida rutinaria. Pasaba medio día recogiendo la recaudación de los pisos prostíbulo y el otro medio en casa, bebiendo, drogándose y follándose a sus putas. Creí que matarlo sería fácil. Me equivoqué. Acababan de instalarle una alarma de seguridad conectada a una central. La oleada de crímenes tenía acojonados a los chulos y a las putas y a mí me había jodido la posibilidad de entrar en su casa.

Intenté sobornar a un repartidor de comida a domicilio, pero no lo convencí. No iba a

jugarse su trabajo dejando el pedido en mis manos. ¡Puta mierda! Me dieron ganas de sacar la pistola y encañonarlo, seguro que así cambiaba de opinión. El puto Julen no debía seguir vivo. Mi venganza no podía interrumpirse. La sangre me pedía más sangre. Tenía que matarlo ese jueves. Debía hacerlo como fuera.

Cuando el repartidor se marchó, llamé al timbre. Antes de que el cabrón de Julen abriera lo escuché decir: «¿Qué coño se te ha olvidado?». Fue lo último que dijo antes de besar el suelo. Volví a sentirme invencible. El poder sobre la vida y la muerte. Una sensación de la hostia. Flipante. Sonreí. Me miró con los ojos preñados de miedo. Me eché a reír. Boqueó como un pez. Uno más sin escapatoria.

Julen Echevarría es el octavo y último de la lista de cabrones y putas. La décima escoria que me he cargado. El primero fue una prueba. El siguiente, la iniciación del plan. Pero queda otra lista. Una en la que hay un nombre y un interrogante. Isidro Torres y una víctima a la que aún desconozco. Sea quien sea, la mataré. Su muerte acabará con el responsable de todas estas muertes. Y cuando él esté muerto, terminará mi venganza.

25

Cinco días antes de la jubilación del comisario Torres.

Julen Echevarría era un vasco que vivía en Madrid desde hacía casi treinta años, seguramente los mismos que llevaba siendo proxeneta. En los últimos tiempos hacinaba mujeres en los pisos prostíbulo que tenían repartidos por la capital bajo las órdenes de Diego Prieto. Era uno más de sus hombres, aunque, para no variar, en todo ese tiempo no habíamos podido demostrarlo legalmente. Los muy cabrones sabían bien cómo cubrirse las espaldas y cómo, de ser sentados en el banquillo, inclinar la balanza de la justicia a su favor. El asesinato de Julen ha pasado de refilón por la prensa, anegado por los ríos de tinta que corren sobre Victoria Beli. Pero no es su asesinato lo que ha formado todo ese revuelo, sino su pasado, su relación con la prostitución y, ante todo, que la hubiera ejercido por propia elección. Nosotros conocemos ese gran detalle por el viudo, y el resto del mundo, por las declaraciones de sus excompañeras, que entre otras lindezas no dejar de afirmarlo haciendo caja con cada palabra que sueltan.

—Los medios de comunicación no hablan de otra cosa y es normal que se haya convertido en un escándalo, pero yo sigo sin entenderlo. ¿Puede haber mujeres que deciden vender su cuerpo? ¿Mujeres a las que les parece bien que distintos hombres hagan con ellas lo que quieran? ¿En serio? —La oficial Virginia Alcira lanza las preguntas mirándome con incredulidad.

—En este caso parece que sí —contesto.

—Y en otros casos los hombres les hacen creer que lo han decidido ellas, pero es un espejismo —añade el subinspector Marcelino Pacheco.

—Bueno, sigamos con lo nuestro y no nos dispersemos, por favor —les pido, exigente—. Ya sabéis el poder que tiene Álvaro de Lara y que nos va a joder a base de bien como no demos pronto con ese malnacido. El puñetero justiciero con el que estamos más perdidos que un pingüino en el desierto.

—Pues gran parte de culpa la tuvo la señora Beli por confiar en quien no debía —declara Pacheco.

—El sujeto supo alimentar su ego para acercarse a ella —arguyo—. Se hizo pasar por periodista, pero el señor de Lara no se acuerda del nombre. Le regaló el oído ofreciéndole un superreportaje al más puro estilo de la revista *Hola*, pero su marido tampoco recuerda el nombre de la revista para la que se supone que trabajaba. Dice que a veces escuchaba a su esposa, pero que no le prestaba la suficiente atención. Lo que no ha olvidado es que ella estaba tan entusiasmada con ese reportaje que le pidió al servicio que se marchara antes de lo habitual. Se quedó sola y a disposición del sujeto.

—Hay que reconocer que es un tipo muy inteligente —comenta Alcira.

—Y astuto; de lo contrario, no se habría llevado las tarjetas de las cámaras de seguridad de la casa del exministro —opino.

—Está claro que sabía que sería lo primero que registraríamos —advierte Pacheco.

—Eso parece —confirmo—. El doctor Zamorano dice que le reventó los ojos una vez muerta y que clavó los tacones de un solo golpe, fuerte y certero.

—Casi agradezco que se haya llevado las tarjetas para no tener que revisar ese momento tan siniestro. —El subinspector simula un escalofrío.

—Agradable no iba a ser, desde luego. —Recuerdo la escena y se me revuelve otra vez el estómago. Tomo una bocanada de aire y prosigo—: Y centrándonos de nuevo en el cuerpo de Julen Echevarría, hay algo que me tiene desconcertada desde que he leído el informe preliminar de la autopsia, porque recoge un proceder inusual en el sujeto. Hasta ahora había usado la pistola eléctrica con las mujeres, pero en el cuerpo de Julen el forense ha encontrado marcas de una táser.

—¿Esta vez no lo drogó?

—Sí, también —afirmo—. Pero le inyectó su cóctel hipnótico-sedativo en el cuello, mucho más rápido y directo. ¿Qué le ha hecho modificar el *modus operandi*? Es obvio que alguien, o algo, varió, porque ni siquiera se molestó en cerrar la puerta de la casa de la víctima al marcharse.

—Puede que tuviera prisa y por eso quería que la droga actuase antes. Y por esas mismas prisas quizá no se dio cuenta de cerrar la puerta al marcharse —plantea la oficial por respuesta.

—O no la cerró porque quería que los vecinos encontraran el cadáver, como así sucedió. —El subinspector Pacheco nos observa esperando nuestro punto de vista.

—¿Y si es uno de los nuestros? —Por primera vez expongo mi teoría ante ellos. La misma que le presenté a Torres como factible y él tachó de descabellada.

—¿¿¿Un policía??? —La oficial levanta la voz como el que se está defendiendo de un insulto.

—Discrepo —dice Pacheco, rotundo.

—Por favor, pensadlo un momento —les pido—. Sabe cómo no dejar huellas, rastros ni testigos y se ha preocupado de llevarse las tarjetas de memoria de las cámaras de la vivienda del exministro. Usa la porra de los antidisturbios, sabe disparar y utiliza un arma idéntica a la que llevan los agentes de paisano de la policía.

—Precisamente, si lo fuera, no utilizaría el mismo modelo de arma y de porra que usa el Cuerpo Nacional de Policía. No sería tan estúpido.

—O va de sobrado, Pacheco —replico—. Nunca se debe descartar nada en una investigación, así que no estaría de más hacer una revisión de armas y munición.

—¿A cuántos policías? ¿A los de esta comisaría? ¿A los de todo Madrid?

—Pacheco lleva razón, jefa —dice Alcira con un tono que me pide razonar.

—Lo sé, es una locura, ningún juez nos dará una orden sin tener algo más concreto —admito tras unos segundos—. Pero qué queréis que os diga, estoy desesperada. Van ocho asesinatos. ¡Ocho! Y seguimos sin tener nada. ¿Qué coño se nos está pasando? —clamo con una mezcla de desesperación y cabreo—. No existe el crimen perfecto, solo las investigaciones imperfectas. ¿No os lo enseñaron en la academia?

Marcelino y Virginia me observan callados, sin saber qué decir o sin atreverse a decírmelo.

—Sabéis tan bien como yo que estamos quedando muy mal ante la prensa, ante nuestros superiores y ante el país —exclamo furiosa—. En estos momentos el comisario está reunido con los de arriba y ya sabemos lo que quieren, resultados inmediatos, o empezarán a rodar cabezas. Habrá destituciones y, si tengo que ser sincera, no los culpo. Ellos hacen su trabajo, que es pedirnos a nosotros que hagamos el nuestro.

—Disculpad por la tardanza —dice el inspector Enric Vila, que entra en la sala y toma asiento.

Yo prosigo descargando mi impotencia:

—¿Cómo es posible que sigamos sin tener una pista, que la Científica no haya encontrado un mal indicio, que a estas alturas aún no tengamos un sospechoso, que solo seamos capaces de elaborar hipótesis que no nos conducen a ninguna parte? ¿O cómo es posible que ninguna prostituta haya querido hablar con nosotros y ahora algunas estén dando entrevistas a la prensa para hablar de Victoria Beli?

—El miedo a hablar se esfuma cuando hay una recompensa económica de por medio, más si no es necesario dar la cara ni mostrar tu identidad ante la policía o los tribunales, jefa —responde Vila.

—El dinero y su puto poder de manipulación —admite Pacheco.

—Yo vengo de hablar con unas cuantas, pero he conseguido poco y nada claro. Diferentes elucubraciones, distintas causas, varios posibles justicieros y ninguna coincidencia. En definitiva, nada coherente —informa el inspector.

Suspiro y pienso en utilizar la única baza que ahora mismo nos queda.

—Pedidle al juez Orduño una orden para entrar en casa de Diego Prieto —digo tras unos segundos.

—¿Basándonos en qué? —me demanda Enric.

—En que llevamos tres semanas tratando de dar con él y no lo encontramos. Porque tampoco es disparatado pensar que su mano esté detrás de los asesinatos. Porque nos presionan. Porque no tenemos nada más. ¿Se te ocurre algo mejor?

—Creo que son suficientes razones. —Asiente.

—Pacheco, Alcira, id a hablar con el juez Orduño e intentad ser lo más persuasivos posible. Si os pone pegas, me llamáis y me pasáis con él. Necesitamos esa orden sí o sí y no voy a parar hasta conseguirla.

Obedientes, Marcelino y Virginia abandonan mi despacho. Enric no se marcha con ellos, como yo esperaba, sino que se queda de pie frente a mí. Cuando la puerta se cierra, me observa en silencio.

—¿Tienes algo más que contarme? —le pregunto.

—Solo quería decirte que espero que no estés molesta conmigo. El otro día, cuando el exministro de Lara te habló así, solo quería ayudarte.

—Y yo ya te dije que sé defenderme sola, Vila. Mira, si hay algo que no soporto, son los hombres que ven a las mujeres como damiselas en apuros a las que deben salvar.

—Yo siempre te he visto como una guerrera, quizá por eso me gustas tanto.

—¿También has olvidado lo que te dije sobre que no volvieras a mencionar ese tema?

—No estoy hablando de lo que ocurrió entre nosotros, sino de lo que siento por ti y…

—¡Ya! —lo interrumpo de forma drástica, y con el mismo tono serio y seco, añado—: Acabas de hablar de ello y no quiero escucharlo más. Haz el favor de marcharte.

—Perdona, solo pretendía…

—¡Joder!, no me hagas ser desagradable y vete de una vez. —No le permito acabar la frase.

Enric se marcha sin replicar y yo tomo asiento resoplando. Estoy molesta con su comportamiento, próximo a lo pueril y alejado de nuestro deber. Somos policías intentando resolver crímenes, no amantes solucionando asuntos del corazón. Para mí su conducta es una falta de respeto al uniforme, a mi autoridad, a nuestro juramento. Sin duda, acostarme con él ha sido mi mayor equivocación, por encima de mi fracasado matrimonio con Lorenzo, que ya es decir.

Pienso en Patricia. Lo que más nos unió fue saber que ambas habíamos estado casadas con dos machistas controladores de los que nos divorciamos al primer bofetón. Ninguna denunció a su respectivo; en mi caso, por vergüenza, en el suyo, por falta de pruebas. Ninguna habíamos tenido suerte en el amor, o buen ojo para elegir a los hombres. Por mi parte, que Bruno me partiera el corazón tuvo una relación directa para ir de traspié en traspié con las relaciones siguientes; por la de Patricia, que después de divorciarse de Alfredo volviera a enamorarse de otro cabrón que jugó a dos bandas con ella. Después de que los príncipes azules nos salieran ranas, cerramos nuestros corazones a cal y canto. Cambiamos el amor por sexo sin ataduras, sin explicaciones ni reproches para poder salir indemnes de entre las sábanas. Cuando nos lo confesamos nos sentimos muy identificadas, empatizamos y afloró una amistad que ha ido creciendo con los años. Años en los que se puede decir que me sobran dedos para contar los hombres con los que he mantenido una aventura, y de todas ellas, mi peor elección ha sido el inspector Enric Vila.

Vila es diez años menor que yo y llegó a la comisaría hace poco más de un año, unos meses antes que la oficial Virginia Alcira. A veces creo que le falta cerebro, porque me escucha, pero no entiende lo que le digo. No se da cuenta de lo que me ha costado ganarme el respeto de mis compañeros para permitir que cualquiera de sus gestos o palabras me haga retroceder un solo paso, ni comprende mi hartazgo ante un sistema que aún no es capaz de desprenderse del rancio machismo. No pretendo ser más que un hombre, quiero ser igual que ellos. Que anatómicamente somos diferentes es una evidencia, el hombre tiene más fuerza física y la mujer puede parir, pero eso nada tiene que ver con los derechos. Quiero vivir en una sociedad igualitaria donde no se nos discrimine por género, porque no sé a quién se le ocurrió la brillante idea de pensar que las mujeres somos el sexo débil. Tengo la teoría de que el hombre que empezó a hacernos sentir inferiores lo hizo por miedo, porque se sintió amenazado. Con su fuerza bruta doblegó a la mujer, le metió en la cabeza ideas absurdas y la adoctrinó para que ella adoctrinara a sus descendientes; así por los siglos de los siglos. Porque ese es el peor machismo, el de la mujer, que se lo pasa a sus hijos al no educarlos en igualdad. Esa es la razón por la que me molesta tanto que un hombre quiera protegerme, yo soy igual de válida para hacerlo, y también para protegerlo a él.

Tras mi reflexión, marco el número de Lucas Gil por enésima vez. Ahora es él quien me

rehúye. Al quinto tono, por fin contesta.

—¿Qué quieres, pesada? Estoy muy ocupado.

—Tú te crees muy listo y vas de gracioso, ¿a que sí? Pero para lista y graciosa la menda, así que ya me estás contando cómo has conseguido la ficha policial de Victoria Beli. Te aviso que tu periódico va a tener serios problemas por divulgar algo confidencial.

—Esa ficha es información pública, si estaba clasificada como confidencial, es porque el señor de Lara y sus influyentes contactos la ocultaron. Es decir, por puro interés.

—¿Quién te la ha pasado? ¿Algún compañero o excompañero?

—¿Dudas de tu gente?

—¿Me respondes?

—No lo sé.

—No me toques los ovarios, Lucas.

—Te estoy diciendo la verdad, Lola. Recibí una llamada con número oculto y una voz femenina me dijo que Victoria Beli había ejercido la prostitución en el parque del Oeste. Añadió que era una mala pécora que merecía la muerte y colgó. Segundos después me llegó un *e-mail* con la foto de la ficha que ratificaba lo que acababa de contarme esa mujer.

—Esa mujer puede estar relacionada con el asesino y me gustaría saber cómo ha conseguido tu número de teléfono y tu correo electrónico.

—Eso no es difícil, chatina. El correo corporativo lo ha podido encontrar leyendo el periódico en el que escribo, y me llamó al número de trabajo, que le doy a mucha gente para obtener información, como te ocurrirá a ti.

—Información que te has guardado, pero ahora mismo me vas a dar la dirección del correo electrónico desde el que te envió la foto. —Sueno molesta. Lo estoy.

—Es de un locutorio. Ya lo he investigado, jefa —dice con retintín. Se cree que va por delante de nosotros.

—Insisto, te crees muy listo, Lucas, pero no has pensado que te falta lo más importante: potestad. Dame la dirección de ese locutorio y la hora a la que te envió el *e-mail*. Voy a hacerle una visita y espero que tenga cámaras de vigilancia para revisarlas.

26

Madrid, 2005.

El tiempo corría implacable. Habían pasado más de tres años desde que Rosaura echó a Isidro de su vida. Tres años en los que no dejó de pensar en él ni él de preguntar a Abigail por ella y su hijo. Tres años en los que la vida de todos había cambiado; los niños crecían, Rosaura se amargaba y Abigail por fin pudo reconducir su vida.

A sus casi once años, Desi era una buena niña que se estaba convirtiendo en una mujercita. Era bastante madura para su edad, consecuencia de las circunstancias que la rodeaban. Aplicada en los estudios, ayudaba en las tareas de casa y cuidaba de Jesualdo incluso cuando no estaba su madre.

Jesualdo había cumplido nueve años y le costaba centrarse en las materias escolares, los libros no eran lo suyo. No lograba comprender el estado de ánimo de su madre, que fluctuaba con frecuencia, y quería a Desi por encima de todo, más que a su propia sangre. Era la única que lo entendía, nunca se enfadaba con él y le daba más cariño que la mujer que lo había traído al mundo.

Abigail consiguió abandonar el oficio que tan poco le gustaba. El favor se lo debía a un malnacido que decidió cortar con una navaja la mejilla de la portuguesa por no dejarle un completo a precio de mamada. Rayco sabía que esa cicatriz era permanente y que no les gustaba a los clientes y, como no hay mal que por bien no venga, gracias a eso Abigail consiguió la libertad que tanto ansiaba. Buscó un trabajo en lo que realmente le apasionaba, la cocina, y ya llevaba dos años trabajando en distintos bares del barrio de Villaverde, donde vivían.

Durante esos tres años Abigail trató de animar a Rosaura hablándole de las llamadas que Isidro le hacía preocupándose por ellos. Aunque él le pedía que no se lo contara, ella se lo decía creyendo que le hacía bien, pero en realidad estaba echando más leña al fuego, pues lo peor que se le puede dar a alguien víctima de una obsesión es un motivo para alentarla. A Rosaura cada palabra de Abigail le servía para volver a montarse su culebrón, para fantasear, y fantaseó tanto que un año después, cuando Jesualdo cumplió diez y recibió la tarjeta de felicitación que Isidro le mandó por correo, decidió retomar la escritura de su diario. Necesitaba hacer lo mismo que cuando le escribía las cartas a su madre, fantasear, maquillar la verdad, porque cuando lo hacía se sentía aliviada, de algún modo reparada. Sabía que la realidad volvería a sacudirla, pero cuando ocurriera, retomaría la escritura del culebrón que le habría gustado vivir.

En cuanto metió a Jesualdo en la cama, buscó el alivio del diario.

> Hace unos años que no escribo, pero vuelvo a tener la necesidad de relatar mi vida. Hoy mi hijo ha cumplido diez años y se está convirtiendo en un hombrecito. Le ha hecho mucha ilusión recibir la tarjeta de cumpleaños de Isidro, lo echa tanto de menos como yo. Pensaba que

> iba a venir, hace tiempo que no nos vemos, aunque hablamos por teléfono de vez en cuando. Sé que me quiere, como yo lo quiero a él. Yo no tardé en darme cuenta de que estaba enamorada, pero a él le llevó más tiempo comprobarlo. Cuando supo que me amaba, me pidió un tiempo para formalizar nuestra situación. El trabajo lo absorbe y está muy estresado, pero sé que pronto volveremos a estar juntos y por fin seremos una familia. Lo amo. Lo amo más que a nada en el mundo.

Rosaura cerró el diario sonriente, imaginándose ese día con el que había empezado a fantasear de nuevo. Una verdad inventada, la ficción que quería hacer realidad y que en ese momento la anclaba a la vida. Semana tras semana siguió llenando páginas de su diario. Se inventaba encuentros con Isidro repletos de amor más que de sexo, porque él la quería a ella, no a su cuerpo. Después tenía que enfrentarse al día a día, en el que no sabía nada de Isidro, salvo que había dejado de llamar a Abigail para saber de ellos.

El tiempo continuó avanzando y Jesualdo cumplió once años. En esa ocasión no recibió ninguna felicitación de Isidro, para disgusto de Rosaura, que volvió a cambiar el guion en su diario. Se sentía pletórica de felicidad escribiendo aquellas mentiras, y vacía cuando se daba de bruces con la verdad: el abandono de Isidro. Vivía a caballo entre la realidad y la fantasía, contrapeando la verdad con la mentira, y sentía que perdía la razón. Necesitaba ayuda, pero en vez de acudir a un psicólogo, se aferró a la fe. Era cristiana, aunque no practicante, y comenzó a acudir a la parroquia del barrio a oír misa, a rezar y a confesarse. Esa ayuda espiritual era la que precisaba, y para encomendarse a Dios no dudó en ponerse en las manos del padre Cristóbal.

Rosaura abrazó la religión con tantas ganas que, pasados unos meses, el sacerdote había estrechado unos lazos con ella que nada tenían que ver con el resto de feligreses. Sus charlas en el confesionario, más el atractivo de la mujer, a la que Dios le había concedido unos buenos seños, hicieron que el párroco comenzara a verla con ojos de hombre.

27

Poco más de veinte minutos hemos tardado en llegar desde Majadahonda hasta Alcobendas, y diez minutos más en coger el paseo de la Chopera y encontrar el servicio de limpieza Aguado. El gran cartel con fondo blanco y letras azules y negras se ve a distancia, una ventaja para nosotros, el inconveniente es estacionar el coche. Siendo viernes y a esta hora, más de las cuatro de la tarde, aparcar en una ciudad es casi una misión imposible.

—No voy a perder tiempo buscando aparcamiento —digo deteniendo el vehículo en doble fila—. Yo hablo con el responsable y tú me esperas aquí, a menos que quieras seguir dando vueltas a ver si tienes suerte.

—Mejor te espero, aunque me pondré al volante por si tengo que moverme.

Me apeo y Bruno sale del vehículo para ocupar mi sitio. Camino con prisa hacia el amplio local forrado de mármol gris, con dos grandes escaparates que usan para publicitar sus servicios. En medio hay una puerta por la que en este momento asoma una mujer alta y rubia con un cigarrillo en la mano, que enciende en cuanto sale.

—Disculpe, ¿trabaja aquí? —le pregunto.

—Sí, ¿qué desea? —Da una calada honda y rápida.

—Hablar con Elías Aguado.

—¿Con el jefe? ¿Sobre qué? —Vuelve a dar otra calada. No sé si fuma con ansia o con prisa.

—Se trata de un asunto policial. Soy inspectora de Homicidios.

—¿Homicidios? ¿A quién han matado?

—¿Me dice dónde puedo encontrar al señor Aguado?

—Aún no ha vuelto de comer, pero lo llamo ahora mismo.

La mujer se saca el móvil del bolsillo del pantalón y marca el número con celeridad. La noto nerviosa. Fuma tan deprisa que parece que va a destajo.

—¡Mírelo, por ahí viene! —Señala al frente.

Me giro y veo aproximarse a un señor bajito y regordete impecablemente vestido con un traje gris y corbata a juego. Tiene la mano izquierda ocupada con un teléfono por el que habla, y en la derecha sostiene un cigarro. Otro más fumando. Dejar el tabaco fue la mejor decisión de mi vida. Lo hice hace casi cinco años, tras concluir el caso de Lagos del Pino, y cada día me alegro más por lo mucho que he ganado en salud. Respiro mejor, he recuperado olfato y tengo más fondo corriendo. También he cogido algún que otro kilito, pero qué le vamos a hacer, no todo van a ser ventajas. Antes de llegar a nuestra altura, el hombre finaliza la llamada y su empleada, apresurada, se acerca a él.

—Señor Aguado, lo estaba llamando. Lo espera la policía, una inspectora de Homicidios. —

Me señala—. Yo ya me voy para dentro. —Tira la colilla al suelo y el taconeo de sus zapatos se acelera para entrar en la empresa.

—¿Qué ocurre?

—Soy Dolores Velázquez, inspectora jefa de Homicidios. ¿Trabaja aquí Jesualdo Ardon?

—¿Homicidios busca a Jesualdo? ¿Qué ha hecho ese desagradecido?

—Conteste a mi pregunta, señor Aguado.

—Trabajaba. Hace años que se marchó.

—¿Por qué razón?

—Para ganar más dinero, como todos. Los ayudas y luego se les olvida. Pero ¿qué ha hecho? ¿Por qué lo busca?

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo? —Desatiendo sus preguntas.

—No sé si seguirá trabajando en el mismo lugar que prefirió antes que este. —Señala su empresa.

—¿Recuerda dónde era?

—Por supuesto, es la competencia. Me dijo que en EcoLimpieza le pagaban trescientos euros más, que si se lo igualaba, no se marchaba. Como imaginará, le dije que se largara. Trabajadores como él los tengo a patadas.

—¿Dónde está esa empresa?

—En San Sebastián de los Reyes, en la avenida de Somosierra.

—Muchas gracias por su colaboración.

—¿Me va a decir por qué lo busca? —insiste.

—Lo siento, no estoy autorizada para darle esa información —le respondo de idéntica forma que a Hilario Espinosa, y me marcho.

Camino deprisa mientras busco en el móvil esa empresa de limpieza. Google me indica que estamos a diez minutos y que cierran a las cinco.

—Arranca —le ordeno a Bruno, sentándome en el asiento del copiloto—. Vamos a San Sebastián de los Reyes. —Introduzco en el GPS del ordenador de a bordo la dirección—. Cierran a las cinco, así que espabila que son menos veinte. No hay tiempo que perder.

A falta de cuatro minutos para que den las cinco de la tarde, Bruno y yo llegamos a EcoLimpieza. La nave está en un polígono y no hemos tenido problema para aparcar, pues a esta hora y siendo viernes, el lugar está casi vacío. Entramos sin saber a quién debemos dirigirnos; con las prisas, no me he dado cuenta de preguntárselo al señor Aguado, de modo que voy a ciegas. Entramos en la nave. A mano derecha vemos la oficina y accedemos a ella. Hay cuatro empleados, tres hombres y una mujer, que claramente están recogiendo para irse. El moreno está de pie a punto de largarse. El canoso tiene la cara escondida tras la pantalla del ordenador. El pelirrojo está archivando unos documentos. La mujer, de mediana edad y cabello dorado peinado de peluquería, está ordenando su escritorio. A ella me dirijo.

—Disculpe, ¿el propietario o responsable?

—¿Para qué? Estamos cerrando —responde mirándome por encima de las gafas con cara de agotada.

—Somos inspectores de policía y es urgente que hablemos con su jefe o con el responsable.

—¿Para qué me buscan? —pregunta el hombre que esta frente al ordenador, asomando su cara de hartazgo.

—¿Es usted el propietario?

—No, el responsable, Silvio Arroyo. —Se levanta—. El señor Moreno está de viaje, pero si yo puedo ayudarlos en algo.

—¿Trabaja aquí Jesualdo Ardon?

—¿Jesualdo? No he oído ese nombre en mi vida. —Se encoje de hombros.

—Trabajó aquí hace años —interviene la señora—. Tú no lo conociste, Silvio, pero a mí no se me ha olvidado ese muchacho ni lo amargado que estaba.

—¿Sabe dónde podemos encontrarlo? —le pregunto.

—Ni idea, lo siento. Aunque espero que haya encontrado consuelo para su dolor.

—¿De qué dolor habla?

—No lo sé, era parco en palabras y no compartía nada, pero tenía una mirada que expresaba todo lo que sentía: dolor, tristeza, miedo… A veces venía a buscarlo una chica muy agradable con la que solía coincidir al finalizar mi jornada, creo que se llamaba Desi. Me dijo que iba a montar una empresa de limpieza y que cuando estuviera en marcha contrataría a Jesualdo. Lo quería como a un hermano, se habían criado juntos hasta que él cumplió trece años. Fue entonces cuando su madre se suicidó. Por lo visto, el padre de Jesualdo los abandonó cuando él era un niño, la madre nunca lo superó y terminó quitándose la vida. Él arrastraba ese trauma y muchos otros problemas. Me daba pena.

La versión del padre que lo abandonó siendo pequeño coincide con la de Valeriano. Todo parece indicar que Jesualdo mintió al psicólogo para que no hurgara en su mente.

—*Collons,* Concha, era un tipo rarito, punto —comenta el hombre pelirrojo y pecoso con un claro acento catalán, idéntico al de Enric.

—¿Qué quiere decir con que era un tipo rarito? —pregunta Bruno.

—Que era reservado, callado y tan mirón que parecía que nos estuviera analizando. A veces me daban ganas de preguntarle qué miraba y de decirle que se mirase un poquito más al espejo. Tenía un pésimo gusto vistiendo, solía ponerse unas camisetas que se le ajustaban marcándole las mamellas.

—¿Cómo puedes decir eso? —protesta la señora.

—Porque es la verdad. Lo suyo poco tenía que ver con los pectorales, estaba fondón. Y además creo que era algo mariquita, o maricón del todo.

—¿Y qué si le gustan los hombres?

—A mí me la pela lo que le guste a ese marciano.

—Pues eso, Joan, métete en tu vida y deja en paz la de los demás.

—¡Ya, por favor! —los reprendo sin salir de mi asombro—. Sus opiniones personales no nos importan.

—Él me ha preguntado. —Joan señala a Bruno con la cabeza.

—Y usted ha largado de más dejando en evidencia su vena homófoba, y ni me lo rebata ni me replique. —Bruno suena intimidador y Joan no abre la boca.

—¿Recuerda hasta cuándo estuvo trabajando aquí Jesualdo? —le pregunto a Concha.

—Poco tiempo, no llegó ni al año. Se marchó antes de la pandemia, a principios del 2020.

—Gracias.

—Siento no haberlos ayudado —interviene Silvio—, pero yo entré en la empresa después de la pandemia, a finales del 2021.

—Yo siento que todavía haya gente por el mundo con la mentalidad de Joan, pero gracias también.

Bruno y yo nos marchamos con las manos vacías y un amargo sabor de boca.

—Valiente gilipollas el Joan ese —escupe Bruno.

—Sí, lamentable, pero cierto. Y lo peor es que casi hemos agotado un día, no tenemos nada y hemos perdido el rastro de Jesualdo.

—Aún no está perdido, tengo un as en la manga.

—¿De qué hablas?

—Tengo un amigo que trabaja en la Seguridad Social que me debe un favor, y voy a cobrármelo. Le pediré que busque datos sobre Jesualdo Ardon. Toma —me lanza las llaves de mi coche—, conduce mientras yo lo llamo.

—Eso no es un favor cualquiera, Bruno. Facilitar ese tipo de datos sin una orden judicial infringe la ley de confidencialidad y lo compromete.

—Sé que se lo puedo pedir.

—Entonces, ese amigo te debe un favor grande.

—Sí, igual que Patricia Soler te lo debe a ti. Y del mismo modo que tú no me has contado el motivo, no me preguntes porque no pienso decirte nada.

—*Touché* —le respondo. Es lo justo.

28

Dos días antes de la jubilación del comisario Torres.

—Ni han jaqueado el sistema ni los cerebritos informáticos han hallado indicios de vulnerabilidad en él —le informo a Torres nada más entrar en su despacho.

—Entonces, ¿cómo ha podido acceder el justiciero a la ficha policial de Victoria Beli?

—Creo que simplemente accedió al archivo original y fotocopió la ficha. Y eso hace que se afiance aún más mi teoría.

—Lola, hay que estar muy seguro para señalar a un compañero, ni siquiera está bien decirlo en voz alta sin una prueba.

—Es alguien de dentro, comisario, estoy convencida. Si ya lo creía por el uso del arma y la porra de la policía, ahora que ha accedido a los archivos, ¿qué quiere que piense? Blanco y en botella, señor. El problema es dar con él, saber quién es y en qué comisaría trabaja; y todo sin una maldita prueba.

—Tú lo has dicho, no hay pruebas, y sin ellas no puedes asegurar que sea alguien de dentro. ¿No has pensado que a lo mejor es lo que el justiciero quiere que creamos?

—He pensado que sea quien sea es un maldito hijo de Satanás. Está consiguiendo que la prensa alarme a la ciudadanía más de lo debido, sobre todo después del asesinato de Victoria Beli. Basta con navegar un poco por Internet y en redes sociales para darse cuenta del pánico que empieza a cundir entre los madrileños. Y no es para menos, porque pasado mañana vuelve a ser jueves y yo ya tengo el estómago encogido pensando que se sumen dos cadáveres más a los ocho que ya llevamos.

—Pasado mañana ya no estaré aquí, mañana es mi último día —me recuerda.

—Por desgracia, no lo he olvidado, comisario.

—Siento dejarte sola con este caso, pero estoy convencido de que harás un buen tándem con Navarro y lo resolveréis más pronto que tarde.

—Espero que así sea. —Lo miro con tristeza. Lo voy a echar tanto de menos que me duele el alma al pensarlo—. Por muy buena que sea mi relación laboral con el comisario Navarro, nunca será la misma que con usted, ni esta comisaría será igual sin su presencia. —Un inesperado quiebro de voz delata mis sentimientos.

—Lola, ni se te ocurra emocionarte ni emocionarme a mí, ¿estamos? Se acabó la charla. Cada uno a sus quehaceres, que hay mucho trabajo.

Tragándome el nudo que se me ha hecho en la garganta, abandono el despacho del comisario y busco a Enric.

—Vila, ¿sabes algo de la orden?

—Acabo de hablar con el secretario judicial y me ha dicho que estaba pendiente de la firma de Orduño, así que imagino que en unos minutos la tendremos.

—Vale. ¿Quién se viene con nosotros?

—Pacheco, que se maneja bien con el ariete.

—Ok. Avisadme en cuanto la tengamos.

Regreso a mi despacho pensando en el locutorio que anteayer fui a visitar. El puñetero justiciero le había enviado a Lucas una foto de la ficha policial de Victoria Beli desde allí. Está en la calle Ballesta, es pequeño y de aspecto un poco ruinoso, pero el propietario ha sabido aprovechar cada metro cuadrado. Como les pasó a todos los locutorios tras el boom de la telefonía móvil y la facilidad de acceso a Internet, había tenido que reinventarse. Ahora, el negocio principal es el envío de dinero a otros países, y a los tres ordenadores con los que cuenta para el público, ha sumado la venta de móviles y accesorios de telefonía, las reparaciones tecnológicas y de pantallas, y el cambio de baterías. También escanean, imprimen y fotocopian documentos. Hasta venden bebidas y alimentos árabes.

Me alegré al comprobar que tenían cámaras de vigilancia, pero cuando el propietario me confesó que estaban rotas, me enfadó sentir que perdíamos una oportunidad. Al parecer, llevaban meses sin grabar nada, pero su función disuasoria seguía vigente. No daba crédito, arreglaban móviles y no habían sido capaces de reparar sus propias cámaras. ¿Vagos o tacaños? Quizás ambas cosas. No hay otra explicación para semejante dejadez.

La música de Miley Cyrus me sobresalta, alguien me llama al móvil personal.

—Hola, mamá —saludo.

—Antes de que protestes y me digas que estás trabajando, cosa que doy por hecho, en mi defensa diré que ayer te llamé dos veces y ni me cogiste el teléfono ni me has devuelto la llamada. Como comprenderás, una es madre y se preocupa, por muchos años que tengan sus hijos y aunque una sea inspectora jefa de Homicidios y el otro, cirujano cardiaco.

—Llevas razón, perdona, tenía que haberte llamado, pero estoy tan liada…

—¿Y cuándo no, Lola?

—Cierto también —convengo con ella—. Y esto que te voy a decir va a volver a darte la razón, pero estoy esperando una orden judicial para hacer un registro, así que dime lo que quieras rápido, por favor.

—Quiero que vengas a comer el sábado. No nos hemos vuelto a juntar desde las navidades, Lola, y tu hermano se casa en menos de tres meses. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

—¿Conmigo? ¿Como qué?

—Por ejemplo, que vas a ser una de las damas de honor y aún no sabes qué modelo de vestido vas a llevar.

—Sé que es de color azul celeste.

—Las otras tres ya han hecho la primera prueba y la modista sigue esperándote para tomarte las medidas.

—Emma y sus americanadas —protesto sin poder evitarlo—. ¿Por qué hacen falta damas de honor? ¿No basta con el padrino y la madrina de toda la vida?

—Es su boda, y ellos deciden cómo quieren que sea, ¿no te parece?

—Llevas razón una vez más —asumo—. Es que esas historias no van conmigo, ya lo sabes, mamá.

—No lo haces por ti, lo haces por tu hermano, hija.

—Vuelves a llevar razón, lo hago por Raúl y su felicidad —afirmo tras unos segundos.

—Me encanta cuando recapacitas. Entonces, ¿nos vemos el sábado, señora ocupada?

—Por supuesto, tengo el finde libre.

—¡No me lo puedo creer!

—Ni yo. Pero aprovechando la fiesta de jubilación de Torres me he cogido dos días que me quedan del año pasado, si no, los voy a perder, y sumados al domingo ya son tres.

—Pues haces bien, que trabajas mucho. Te esperamos sobre las tres.

—Llegaré puntual y con una tarta de queso de la viña, de esas que tanto le gustan a mi hermanito.

—Y a tu padre.

—También.

—Lol… —Enric entra como una exhalación en mi despacho y mis ojos lo arponean por el nuevo intento de tuteo—. Perdón, jefa, ya tenemos la orden.

—Mamá, tengo que colgar. Nos vemos el sábado.

Dejo a mi madre con la palabra en la boca, pero el deber me llama y no hay tiempo que perder. Mientras vamos a casa de Diego Prieto pienso en Emma, la guapísima novia de Raúl. Es enfermera, como mi madre, y congenia a las mil maravillas con mis padres. Da igual que mi padre se haya jubilado por las secuelas que le dejó la covid, o que mi madre se retirara antes de tiempo para estar con él, ambos serán sanitarios toda la vida y cuando se juntan con otros colegas la conversación se monopoliza. Aún recuerdo la manera tan sutil que tuvo Emma de hilar la vestimenta con la medicina y dar inicio con ello a una de esas charlas. Ocurrió el día que celebrábamos el cumpleaños de mi padre. «Agustín, me encanta el jersey que llevas, destaca el color de tus ojos. Y hablando de destacar, ¿sabes que hay un nuevo tratamiento para la fibrilación auricular persistente?». Asistí como oyente, entre plato y plato, sin nada que aportar salvo un «sí» o un «claro» con los que demostraba a mi familia que estaba presente, aunque mi mente estuviera ausente.

Meses después, el día de Navidad, se repitió la misma situación. La futura nuera no tardó en dar pie a otra de sus conversaciones de médicos y enfermeras, que tanto los apasionaban. «Oh, Mariela, qué rico te ha salido el asado, tienes que darme la receta. Por cierto, ¿has oído que el tsunami de la inteligencia artificial también ha llegado a la enfermería?». Los volví a escuchar sin tener nada que aportar. A ratos desconecté y en otros sentí envidia. No envidio a Emma, envidio que tenga más puntos en común con mis padres que yo. No sé nada de su profesión para poder dialogar con ellos como lo hace ella, ni de moda, ni de cocina, y además no se me da bien elogiar a la gente, como tampoco llevo bien recibir halagos. Yo sé de asesinatos y homicidios, y reconozco que no es una conversación grata para tratar en la mesa, ni estando de copas.

Pero Emma no tiene la culpa de que mis padres y yo hayamos nacido para desempeñar

profesiones distintas y que tengamos pocas cosas en común. No la puedo odiar ni por esa causa ni por ninguna otra. Me cae bien y, ante todo, me gusta porque hace feliz a Raúl. Solo por eso ya me ha ganado como cuñada.

Despejo la mente y me centro en lo que toca. Soy policía. Soy inspectora jefa de Homicidios. Yo también salvo vidas, o eso pretendo, y por eso doy caza a los asesinos.

•

Treinta minutos tardamos en ir desde la comisaría a una urbanización de lujo en Pozuelo de Alarcón, bastante menos tiempo del que nos ha costado convencer al juez Orduño para que emita la orden. Hemos necesitado dos días y una decena de llamadas al comisario principal Leandro Salcedo, que ha tenido que hablar hasta con gente de las altas esferas para garantizarle al juez su nula responsabilidad en caso de protesta contraria.

Prieto vive en un chalé de diseño de los que pocos se pueden permitir, de esos que quitan el hipo por su espacio y espectacularidad, cuyo precio provoca arritmias a cualquier currito. Oficialmente es un empresario de la noche; extraoficialmente, un traficante de mujeres. Diego Prieto se dedica a la trata de blancas, y nosotros, la policía, lo sabemos. Sabemos de dónde viene su fortuna, la suma que ha pagado por este chalé, que podría alimentar a miles de personas de los países pobres, pero hasta ahora no hemos podido probarlo. No sé si Prieto es el tipo con más suerte del mundo o si tiene a alguien poderoso cubriéndole las espaldas, puede que ambas cosas. Lo que está claro es que su arresto se nos resiste desde hace muchos años.

Tras unas llamadas al portero automático para cerciorarnos de que no hay nadie y de dar una vuelta al perímetro de la valla de acero decorativo, una expresión más de derroche y poderío, Vila procede a introducir la broca de la taladradora en la cerradura del portón. Accedemos a la finca. Es grande, ajardinada, con arboleda al fondo, piscina, cenador y hasta un pequeño escenario. Avanzamos hasta la puerta de entrada y Pacheco se coloca frente a ella. Toma impulso y, a golpe de ariete, la tira abajo.

Un fuerte hedor nos abofetea a mano abierta. Huele a muerte, a muerto. De inmediato, los tres nos tapamos la nariz con una mano y con la otra empuñamos la pistola y entramos en la vivienda. Diego Prieto está en el salón, desnudo, embadurnado con la lividez *post mortem*, atado de pies y manos, amordazado, con un disparo en la cabeza y otro en los testículos. Hemos tardado dos días en conseguir la orden porque el juez necesitaba una prueba contundente para que el propietario no pudiera inculparlo de precipitación, pero Prieto no está en condiciones de quejarse. Prieto está muerto.

A simple vista, por el *modus operandi*, lo ha matado el justiciero. Aunque en esta ocasión no ha dejado una tarjeta, directamente ha escrito la palabra *justicia* en el pecho de la víctima usando el filo de un arma blanca. No me hace falta ser forense para deducir que, por el estado de putrefacción que presenta el cuerpo, Diego Prieto lleva semanas muerto. Fue la primera víctima de nuestro justiciero, por delante de sus hombres y de las mujeres que trabajaban para él, por eso no lo localizábamos.

—Pacheco, avisa a la Científica, al forense y al juez, que vengan de inmediato —le ordeno.

—Ahora mismo —dice, manteniendo la nariz pellizcada.

—Vila, busca a los familiares de Prieto y a su círculo estrecho de amistades. Tenemos que

interrogarlos para saber por qué nadie lo estaba buscando.

—Es extraño, ¿verdad?

—Lo es, y necesitamos respuestas, así que no pierdas tiempo. Voy a llamar al comisario para informarlo.

MOTIVO

La pregunta no es quién me lo va a permitir, sino quién va a detenerme.

AYN RAND

29

La iniciación.

Llevaba años deseando matar a los responsables del suicido de Rosaura. Quería que la rata de Diego Prieto fuera el primero, la iniciación de toda mi venganza. Pero mi plan sufrió un pequeño cambio. Necesitaba comprobar que podía matar sin escrúpulos ni remordimiento. Confirmarlo. Tenía que probarme, y otra víctima le robó a Prieto el puesto de honor. Pero me arriesgué demasiado, una insensatez que prometí no volver a cometer. Cuando me cargué a aquel miserable, supe que podía matar y que quería seguir matando. Fue como levantar la veda en un coto de caza.

La alimaña de Prieto pasó a ser el segundo y con él tuve mucho cuidado. Nadie podía interrumpirnos, así que lo vigilé durante más de un mes para conocer sus rutinas. Los sábados y domingos el chalé se llenaba de mujeres intentando parecerse a la famosa casa Play Boy. Entre semana venía el servicio de limpieza, la compra a domicilio, el jardinero y Nil con la recaudación de los clubs y los pisos prostíbulo. Los lunes por la tarde Prieto se quedaba solo y solía recibir un servicio de fisioterapia. Puede que follar tanto le provocara contracturas. O puede que le empezaran a pasar factura sus cincuenta y ocho años. Daba igual. Ese servicio era mi oportunidad porque la clínica Bienestar & Salud le mandaba un fisio diferente cada vez.

Anulé la cita de ese lunes alegando un repentino viaje de negocios que tendría a Prieto fuera del país durante semanas. Había que evitar las visitas durante mucho tiempo. Solo tuve que ponerme un uniforme blanco y cargar con una camilla y un maletín para que me dejara entrar sin el menor recelo. No sospechó que estaba abriéndole la puerta a quien iba a matarlo. Los tipos como Prieto infravaloran mucho a los demás.

—¿Café, refresco, copa? ¿Qué te apetece? —me preguntó mientras yo preparaba la camilla de masaje con destreza, mostrándose afable y simpático.

Reprimí el impulso de lanzarme a él. De arrancarle la polla y metérsela en su asquerosa boca. De sodomizarlo con el palo de la escoba hasta reventarlo. Maldito cabrón pedazo de mierda.

—Nada, muchas gracias —contesté.

—Como quieras.

Se desprendió del albornoz y se quedó desnudo. Le gustaba exhibirse. Se tumbó boca abajo en la camilla y observé su cuerpo musculado. El hijo de puta se cuidaba. Estaba fibroso de gimnasio y moreno de cabina de bronceado. A mi disposición, sin imaginar lo que le esperaba. La adrenalina se me disparó al abrir el maletín. Tenía mucho que probar con Prieto: la táser, el Zoldipem, la toxina botulínica…Y tenía un saco de preguntas: ¿Cómo reaccionaría a la mezcla? ¿Qué sentiría al dispararle? ¿Mi puntería sería tan buena como en las prácticas?…

Comencé con la táser. Necesité tres descargas para noquearlo. Con la segunda se cayó de la

camilla. Le inmovilicé los pies y las manos con unas bridas. Preparé varias dosis del medicamento y la neurotoxina y busqué algo de bebida para mezclarlo.

—¿Quién eres y qué quieres de mí? —me preguntó cuando pudo reaccionar.

—Incorpórate, vamos —le ordené, ignorando su pregunta.

La electricidad lo había dejado tan flojo que reptó como una serpiente. Lo que era. Sorprendía a sus víctimas, las sometía y las engullía. Hacía putas a mujeres desesperadas y vivía del dinero que otros pagaban por follárselas. Era una garrapata. Un parásito. Sonreí al ver lo mucho que le costaba sentarse. Cuando lo consiguió, arrastró el culo hasta apoyar la espada en el respaldo del sofá.

—Ahora abre la boca y bébete esto. —Le di el vaso con la combinación que había preparado.

—No pienso hacerlo —me retó.

Le solté una corta descarga en la pantorrilla.

—¡Joder, para! —gritó.

—Bébetelo o la próxima será más larga y en los cojones.

—¿Qué es?

—Estás agotando mi paciencia. —Acerqué la pistola a sus huevos.

—Vale, vale. —Bebió hasta vaciar el vaso.

—Este también. —Le di otro más.

—¿Quién eres y qué quieres? —insistió.

—Bebe y calla. —Otra descarga.

—¡La hostia puta! —escupió con rabia antes de obedecerme y acabar con la bebida.

—Y ahora vas a llamar a Nil Serra. —Me observó con sorpresa—. No me mires así, Prieto, sé mucho de ti. Sé que desde hace años diriges un negocio de putas que te ha hecho muy rico. Pareces un empresario con discotecas y *pubs* por toda España que vive del mundo de la noche, pero es mentira. Sé que no tienes familia, o no te hablas con ella. Que no estás ni casado ni divorciado ni comprometido. Que no tienes hijos y que solo debes explicarle tu ausencia a Nil, el único que te buscaría.

—¿Qué ausencia, adónde me vas a llevar?

Una descarga más.

—¡*Mecagüen* la puta, para! —vocea.

—Si sigues haciendo preguntas, te churrasco tus cojones depilados, ¿de acuerdo? —Diego asiente—. Le vas a decir a Nil que estás muy estresado y necesitas descansar, aislarte de todo, y que te vas de viaje unas semanas. Tu vuelo a las Bahamas sale esta noche. Le dirás que avise al servicio de limpieza, al jardinero y a todos los demás para que nadie venga mientras no estás. Y dile que no quieres que nadie te moleste hasta la vuelta ni recibir una llamada ni un mensaje; nada de nada.

—No se lo va a creer.

—Pues convéncelo. Y más te vale no usar ninguna treta, porque entonces dejaré de jugar con la pistola eléctrica y lo haré con esta otra. —Saqué del maletín la Glock 43X—. Si intentas alertarlo, primero te reviento los huevos y luego la tapa de los sesos. ¿Te ha quedado claro?

—Cristalino —respondió indignado.

Cogí el móvil de Prieto y llamé a Nil Serra. Activé el altavoz y se lo acerqué a la boca. El cabronazo hizo una interpretación digna de Oscar, y Nil se lo tragó. Incluso lo animó a alargar el descanso sin preocuparse por nada. Colgué sonriendo. La parte más difícil ya estaba hecha.

—¿Y ahora qué? —bostezó sin poder evitarlo. El Zoldipem empezaba a hacerle efecto.

—Ahora voy a jugar un rato. —Saqué del maletín una bufanda que había comprado en un *outlet*. Tomé la navaja automática y se la mostré.

—¿Qué vas a hacer con eso? —me preguntó viendo su imagen reflejada en el filo de la hoja.

—Voy a hacerte un tatuaje gratis, Dieguito —contesté mientras lo amordazaba—. Te voy a grabar en el pecho la palabra *justicia* con esta navaja. No te muevas mucho para que te quede bonito, aunque ya estás medio grogui. Cuando despiertes, jugaré con la táser por tu cuerpo para conocer las zonas sensibles y ver cómo respondes. Eres un puto conejillo de Indias. —Sonreí de oreja a oreja—. Y cuando el juego se acabe, te pegaré dos tiros y morirás. Voy a hacer justicia contigo.

Diego Prieto, desnudo, inmóvil, amordazado y acojonado, se echó a llorar como un cobarde. Me reí a carcajadas. Disfrutaba con su sufrimiento. Prieto había sido despiadado con las mujeres que engañaba, que explotaba, que violaba, y yo lo iba a ser con él.

30

Madrid, 2007.

El padre Cristóbal era un sacerdote muy querido en el barrio de Villaverde. Tenía cuarenta y cinco años y llevaba más de veinte dando misas. En los casi diez que hacía que dirigía esa parroquia su carisma había logrado duplicar los feligreses. Su reputación le precedía y era intachable: siervo del señor, amigo de los pobres, voluntario para reconducir las causas perdidas, azote de la falsa moral, crítico con los que no socorrían al necesitado… Era un cura ejemplar, un ejemplo de buen samaritano.

Pero al fin y al cabo, Cristóbal Otero era un hombre, y al igual que todos los hombres tenía necesidades y se dejó tentar por el diablo. Su carne era tan débil como la de cualquiera, y cada vez que veía a Rosaura, por debajo de su cintura una parte de su carne cobraba un vigor pecaminoso. Soñaba con esa mujer. Sueños eróticos en los que amanecía mojado como un adolescente con las hormonas en efervescencia. Sueños que le hicieron desearla con ganas, olvidándose de la sotana que vestía y de que se debía a Dios. No había momento del día que no pensara en ella en el mismo escenario: encamados y sin ropa de por medio.

Rosaura se había sentido atraída por el padre Cristóbal desde que pisó la iglesia y lo descubrió dando misa. El pelo canoso le aportaba atractivo, el hoyuelo en la barbilla, masculinidad, y los ojos azules lo volvían más seductor. Que un hombre tan guapo solo sirviera a Dios le parecía un desperdicio. Pensaba que debería estar disponible para cualquier mujer, y solo imaginarlo comenzó a despertar en ella el deseo de tenerlo.

Cada vez que Rosaura entraba en el templo sagrado, buscaba a Cristóbal con la mirada y con mucha impaciencia. A él le sucedía algo similar, en cuanto pisaba el altar, buscaba con ansia a Rosaura entre los bancos. Cuando sus ojos se encontraban, no solo se alegraban de verse, sino que sus anhelos carnales se desbocaban. Acabaron haciendo lo más inmoral, sobre todo para alguien que viste alzacuellos y se debe a Dios, pero no sucedió de un día para otro, fue algo progresivo. Cuando Rosaura acudía al confesionario siempre acababan hablando de sus cosas, y cuando las charlas empezaron a alargarse, las trasladaron a los bancos vacíos de la iglesia. Después, en busca de un poco de intimidad, las llevaron a la secretaría de la parroquia. En unos meses acabaron en el piso de la madre del sacerdote, y para que esa cita terminara en la cama bastó una mirada vehemente por parte de Rosaura y la concupiscencia desmesurada que Cristóbal anhelaba exteriorizar. El sacerdote probaba los placeres de la carne por primera vez y disfrutó mucho con el goce físico, pero tras el orgasmo, la conciencia le remordió con la misma intensidad. Lloró por haber quebrantado su voto de castidad, y antes de volverse a vestir, ya se había jurado que esa primera vez también sería la última.

Sin embargo, Cristóbal no podía dejar de pensar en Rosaura, no podía parar de fantasear cada día con ella. Ahora que había pecado, que sabía lo que se sentía estando dentro del fuego de una mujer, el placer espiritual ya no aliviaba su alma ni sofocaba su lujuria. Y cuando Rosaura iba a la iglesia, esa lujuria aumentaba. La veía desnuda en su mente, ofreciéndole su más

preciada intimidad, y se imaginaba poseyéndola. Ese pensamiento recurrente aparecía en cualquier momento. Daba igual que estuviera diciendo misa, confesando u orando, no podía frenar el ardiente deseo de yacer de nuevo con ella.

De nuevo, el confesionario les sirvió de punto de encuentro. Cristóbal aprovechó para decirle a Rosaura que quería hablar con ella a solas, en su piso, en la intimidad. La excusa era charlar un rato, cenar y tomar algo; el objetivo, acabar con otra sesión de sexo. Esa segunda vez le sirvió a Cristóbal para comprender que el apetito carnal que lo consumía no se satisfacía tan fácilmente; cada vez quería más. Hubo una tercera vez, y una cuarta, y una quinta…, y cuando quisieron darse cuenta, estaban teniendo una aventura en el más absoluto secreto.

Se citaban dos veces al mes, ni una más ni una menos, porque a Cristóbal le costaba demasiado equilibrar su conciencia y los encuentros con Rosaura. Después de verse, la primera semana se la pasaba fustigándose, y la siguiente, deseando volver a estar entre las piernas de la guatemalteca. Siempre quedaban en el mismo lugar, lejos de su parroquia, en el piso de su madre, en su cama de soltero. Le había venido bien que su madre viuda se hubiera marchado a Alicante a vivir con su hermana. Eso le había permitido convertir el hogar donde se había criado, donde le inculcaron la fe cristiana y lo animaron a casarse con Dios, en su picadero. Los sentimientos encontrados lo avasallaban, lo castigaban; pero el placer siempre ganaba la batalla a su fuerza de voluntad.

A Rosaura no le importó iniciar ese tipo de relación con Cristóbal, completamente deshonesta a ojos de cualquier cristiano. Con tal de arrancarse a Isidro de la memoria y de su corazón, le daba igual tener una aventura con el párroco o con el mismísimo diablo. Pero ninguna de las veces que hizo el amor con Cristóbal le sirvió para olvidar a Isidro; todo lo contrario. Entraba en la cama del sacerdote teniendo muy presente en la cabeza la única vez que Isidro le hizo el amor, embriagada e hipnotizada por el recuerdo, y permanecía así hasta que abandonaba el lecho. Cuando llegaba a casa cogía su diario y, como cuando había escrito sobre Isidro, intentaba trasladar al papel unas sensaciones ficticias, más esperanzada que convencida. Pero con Cristóbal no podía alterar la realidad a su antojo. Con él no fluía igual porque ni lo amaba ni se imaginaba un futuro a su lado, así que le resultaba imposible dar alas a su fantasía y lo que escribía era la pura verdad de lo que vivía y sentía.

> Me gustaría poder decir que me veo con Cristóbal a escondidas porque está siendo infiel a su esposa, pero esto es superior a una infidelidad conyugal. También me gustaría decir que esta aventura me está sirviendo para olvidar a Isidro, pero no es cierto. Si tengo que ser sincera, acostándome con Cristóbal me siento tan prostituta como cuando ejercía el oficio. Nadie me puede ver con él. Nadie debe enterarse. Es lo mismo que sucedía con la mayoría de clientes cuando trabajaba en el parque del Oeste. La falsa moral de clérigos y feligreses.

Sintiéndose de nuevo una prostituta, Rosaura continuó viéndose con Cristóbal y vertiendo sus sentimientos en el diario.

31

Una pareja dominicana con tres niños ocupa la vivienda donde vivieron Rosaura, Jesualdo, Abigail y Desi hace quince años. Es un piso de alquiler, y el propietario, según nos cuentan, es dueño de medio bloque. Los inquilinos, Juan Antonio y María Elena, lo alquilaron a finales del 2009. Saben poco de la anterior arrendataria, salvo que era madre soltera.

—Necesito el teléfono del propietario —le pido a Juan Antonio.

—Se llama Marcial Rey —dice, y le falta tiempo para buscar el número en su móvil y mostrármelo.

No pierdo un segundo en marcarlo. Escucho el tono de llamada observando al pequeño de la casa, de unos tres años. No se aparta de Bruno, que, sonriéndole, le revuelve el pelo para agrado del pequeño, que ríe. Recuerdo lo mucho que le gustaban los niños. Quería ser padre, pero conmigo no tuvo ocasión de serlo y con su exmujer no quiso dar ese paso. La comunicación expira sin que nadie conteste.

—Les traigo una batida lechosa —anuncia María Elena llegando al salón con una sonrisa tan amplia como su generosidad—. No sé si la conocen, es una típica bebida dominicana a base de papaya y leche. —Deja la bandeja con los dos vasos sobre la mesa.

—Muchas gracias —decimos al unísono Bruno y yo, y cada uno coge un vaso.

Me sorprende el sabor tras dar el primer trago. Me gusta, y vuelvo a beber.

—Mmmm, está muy rico —dice Bruno.

—Sí, lo está —afirmo.

Inmediatamente marco de nuevo y con más calma. Esta vez hay más suerte, Marcial Rey contesta.

•

Son más de las nueve de la noche cuando nos volvemos a montar en el coche. Es tarde para continuar haciendo visitas, hace horas que la noche ha caído sobre la ciudad. Hace frío; hoy es uno de esos días en los que la diferencia de temperatura entre la mañana y la noche es tan amplia que parece que pasamos del verano al invierno en solo unas horas. El cielo presagia lluvia y el ambiente huele a tierra mojada. Está lloviendo cerca y seguro que no tardará en hacerlo aquí. Debemos buscar un lugar para resguardarnos. Estamos agotados y necesitamos un descanso.

Una vez más, Bruno se pone al volante de mi Toyota C-HR, yo voy a hacer una llamada. Desactivo el *bluetooth* para inhabilitar el manos libres, quiero hablar con Patricia y con Torres de forma más íntima. Todavía no voy a contarles que Bruno está conmigo, da igual que él haya querido implicarse. No sé qué pensará Patricia al respecto, pero a Torres no le parecerá bien. Bastante tengo ya como para buscarme otro conflicto. Mejor que sigan viviendo en la ignorancia.

Marco el número de Patricia y espero.

—¿Qué, cómo va todo? —me responde.

—¿Eso digo yo? ¿Cómo está Torres?

—Inquieto, preocupado, nervioso… Vamos, como yo.

—Han emitido una orden de busca y captura contra él.

—Lo daba por hecho.

—Ya. También temo que los asesinos puedan estar vigilándonos.

—Qué bien, Lola, cuantas alegrías me das —expresa con sarcasmo.

—Lo siento, pero debes saberlo.

—Tú también tienes que saber que con toda esta movida había olvidado que ayer quedé en verme esta tarde con Lucas Gil. Me ha llamado hace un rato para saber por qué le estoy dando plantón. Quería venir a mi casa, está deseando que le cuente lo de la desaparición de Abril Santana y Uma Vázquez. El caso de las dos *influencers* es el único que le queda por escribir para acabar su libro, dice que tiene fecha para entregarlo a la editorial y que no puede demorarse más. Ya sabes lo pesado que es, lo insistente y lo mal pensado. No quiero que sospeche ni que se plante ante mi puerta si no quedo con él, así que he aceptado la invitación para vernos el domingo por la mañana. Si para entonces Torres sigue aquí, tendrá que quedarse solo unas horas. Así que ya puedes darte vida para encontrar a esos asesinos antes del lunes, el tiempo corre.

—¡Qué bien, Patricia! Sin presión alguna —ironizo.

—Solo la justa y necesaria. Y ahora, cuéntame cómo vas tú.

—¿Ha podido averiguar algo tu compañero?

—¡Vaya! Con tu pregunta ya me has respondido. Todavía no sabes dónde está Abigail Castilla.

—Más o menos.

—Salvador me dará la información mañana.

—Llámalo a primera hora.

—Oye, ahora eres tú la que presiona.

—No compares.

—¿Me lo dices en serio, Lola? —pregunta tan asombrada como indignada.

—Tampoco dramatices.

—Piensa en la repercusión de todo esto, en la presión que sufro, y luego me dices si dramatizo —declara furiosa.

Patricia lleva razón, no está nada bien lo que acabo de decirle. Me he pasado y toca asumirlo.

—Perdóname, no sé ni lo que digo. Te agradezco muchísimo tu ayuda y te compensaré por ella.

—Me basta con que hagas tu trabajo y cumplas con el trato.

—Ya, pero…

—Ni pero ni pera —me interrumpe—. No hay peros que valgan, Lola.

La frase me trae a la memoria a mi abuela Adelaida, que la solía decir cuando quería objetar algo.

—Si me dejas terminar, iba a decirte que cuando todo esto haya acabado te invitaré a pasar unos días de vacaciones conmigo, donde quieras.

—En ese caso, acepto, porque me estoy ganando ese premio con creces. Y ahora te paso con Torres, que me está mirando con ojos de carnero degollado. Te llamaré en cuanto tenga noticias de Salvador. Y ten cuidado, por favor.

Escucho el silencio que va aparejado al leve sonido del móvil cambiando de manos y espero.

—¿Algún avance? —pregunta Torres con un tono apagado, saltándose el saludo.

—He perdido la pista de Jesualdo, pero alguien me va a ayudar a buscarlo a través de la Seguridad Social.

—¿Quién?

—Usted no lo conoce —respondo mirando a Bruno.

—No impliques a nadie más, por favor, Lola —me ruega con voz queda—. No quiero que convirtamos esto en una bola de nieve. Bastante arrepentido estoy ya de haberte implicado a ti y de permitirte implicar a la inspectora Patricia Soler.

—He hablado con el propietario del piso donde vivían Abigail y Desi. —Hago caso omiso a su comentario y sigo a lo mío—. Me ha dicho que Abigail ha estado trabajado en algunos bares de la zona. Ha quedado en llamarme mañana para decirme dónde puedo encontrarla. Los encontraré y usted quedará fuera de peligro y podrá explicar que le han tendido una trampa.

Le genero esperanzas a sabiendas de que no puedo asegurar mis palabras.

—Bien. Descansa un poco, mañana será una jornada larga.

32

El día de la jubilación del comisario Torres.

Tengo sentimientos encontrados. Hoy es un día triste, el último de Torres como comisario. Es otro día sin avances en el caso del justiciero, cuya línea de investigación nos conduce a un callejón sin salida. En las películas y las novelas todos los casos se resuelven, pero en la vida real no es siempre así. Los inspectores nos basamos en indicios y pruebas, en pistas que rastreamos para conocer el móvil, recrear el escenario y llegar al asesino. No tenemos un sexto sentido para deducir a lo Jessica Fletcher, la protagonista de *Se ha escrito un crimen*, serie que veía en mi adolescencia y que desde que entré en la policía sé que no es muy realista. Hoy es un día más, pero también un día menos para que puedan aparecer dos cadáveres que habrá que sumar a los que llevamos. Estamos al borde del jueves, el día que el justiciero ha elegido para matar, y puede volver a hacerlo porque nada lo detiene ni nadie lo ha detenido.

Aunque no exteriorice ningún sentimiento, porque los tengo amordazados y sujetos a un orden establecido, siento el estómago anudado, el corazón encogido y los nervios disparados. Estoy ilusionada por la fiesta de mañana. Preocupada por si no puedo convencer a Torres para llevarlo al lugar que hemos preparado. Inquieta porque no se enfade demasiado conmigo y porque todo salga bien. Acongojada porque cuando Torres se marche hoy, Navarro ocupará su puesto, y el cambio me apetece tan poco como que me repateen las tripas. Como digo, sentimientos encontrados. Y este desorden de emociones que deambula por mi alma ha crecido con el desconcierto que me ha provocado recibir una llamada del comisario Navarro pasadas las siete de la mañana. Ha sido claro y directo, como parece su forma de ser, y me ha pedido que me reúna con él nada más llegar a comisaría.

Fernando Navarro es un tipo de unos cincuenta y tantos años, de estatura media, corpulento, con unas acusadas entradas en un pelo plateado y alguna que otra arruga asomando por el rabillo de unos ojos marrones tan serios como su rostro. Aterrizó el lunes en la comisaría, para nuestra sorpresa, pues no lo esperábamos hasta hoy. En su etapa de inspector jefe de Homicidios en el grupo IV, el número de casos resueltos había sido altísimo, nueve de cada diez, y desde que es comisario, hace ya dos años, se mantiene en la misma línea. Tras presentarse oficialmente nos explicó por qué había llegado antes de lo previsto: «Quiero conocer de inmediato cómo va el caso de ese justiciero que anda suelto por las calles y que ya debería estar en la cárcel». De primeras no me resultó precisamente simpático, más bien un engreído con aire intimidador que venía a darnos lecciones.

Me sorprende encontrar a Navarro en mi despacho, invadiendo mi espacio. Se ha sentado frente a mi silla, tomándose un brebaje que ha sacado de la máquina, pues solo siendo optimista se le puede llamar café a ese líquido aguachinado que podría usarse como desatascador de tuberías.

—Buenos días, inspectora jefa Dolores Velázquez. Eres puntual, me gusta. La puntualidad es una virtud.

—Buenos días, comisario Navarro. Suelo ser puntual porque valoro mucho el tiempo. —Me quito el abrigo y lo cuelgo con el bolso en el perchero.

—Eso está bien. Siéntate, por favor —me pide, como si no fuera mi despacho. Lo obedezco —. ¿Un café?

—No, gracias.

—También eres lista, porque a esto no puedes llamarlo café. No hay quien se lo beba.

—Sí, pero dudo que esta reunión sea para hablar de lo malo que es el café, ¿verdad?

—Verdad —afirma, clavando sus oscuros ojos en los míos—. Velázquez, creo que eres como yo, no te gustan los rodeos, así que voy a ir directo al grano. ¿Lees la prensa o ves las noticias?

—A veces, no siempre tengo tiempo —contesto con franqueza—. Aunque creo que sé por dónde va, quiere recordarme la presión de los medios con el caso del justiciero.

—Además, intuitiva. Bien. —Asiente—. Pero la verdadera presión la ejercen los de arriba, que están cabreadísimos y con ganas de cortar cabezas para depurar responsabilidades.

—¿Responsabilidad sobre qué o sobre quién?

—Sobre unos asesinatos. Sobre un asesino. Sobre nueve víctimas. Cuatro proxenetas y el cabeza de una red de explotación sexual a quien todavía no habíamos podido meter entre rejas, y que ese justiciero ha metido en una caja de pino. Cuatro prostitutas, una de ellas la esposa de un exministro. Ellos son escoria; ellas, víctimas, y esa mujer, que está en boca de periodistas y tertulianos, se ha convertido en una santa. Su marido pide justicia, pero lo que quiere de verdad es vengarla. No imaginas las influencias con las que cuenta Álvaro de Lara para ejercer esa presión.

—¿Y qué quiere que hagamos si no tenemos pistas, ni huellas, ni indicios…?

—¿Has jugado alguna vez al póker? ¿Sabes lo que es ir de farol?

—¿Qué quiere decir? —Lo observo sorprendida.

—Ahora no te hagas la tonta, Velázquez, que no te pega.

—¿Quiere que nos inventemos pruebas? ¿Eso me está diciendo?

—Lo que digo es que ya teníais que haber detenido a alguien, que a veces hay que dar carnaza a la plebe para que se calme. Es lo que se llama muro de contención.

—No, comisario. Señalar a un inocente de un delito que no ha cometido es mentir.

—Fingir —puntualiza—. Es hacer ver que estamos avanzando, mostrar movimiento. Sin movimiento, todos piensan que nos tocamos los cojones.

—Aquí no trabajamos así.

—No, aquí directamente no trabajáis —replica con soberbia—. A vuestro comisario le ha importado una mierda lo del asesino en serie cuando le faltaban solo unas semanas para jubilarse y ha dicho: «Para lo que me queda en el convento, me cago dentro». Y, por lo que he escuchado, parece que tú empleas más tiempo en organizarle una fiesta de despedida que en buscar al puto loco que nos está dejando en ridículo.

—Con todos mis respetos, comisario, no tiene ni idea de lo que está diciendo. —Trato de no levantar la voz y de mandarlo a paseo—. El comisario Torres no ha dejado de trabajar ni un solo día. Es uno de los mejores policías que conozco, el espejo en el que todos deberíamos mirarnos. En cuanto a mí, no le he robado tiempo a esta investigación, ni a ninguna otra, ni ahora ni nunca. De modo que antes de hablar, contraste la información y, si no sabe de lo que habla, mejor cállese —me atrevo a decir—. Y ahora, si no tiene más que decirme, no me haga perder más tiempo porque tenemos mucho trabajo. Bien lo sabe usted. —Lo invito a marcharse.

Navarro desocupa el asiento atravesándome con la mirada.

—Desde mañana tu equipo y tú estaréis bajo mis órdenes y te aseguro que van a cambiar muchas cosas —me dice con un deje de suficiencia como no recuerdo que alguien haya empleado conmigo en el cuerpo.

—¿Es una amenaza?

—Solo te advierto, Velázquez, para que después no puedas decirme que te ha pillado desprevenida.

En cuanto Navarro se marcha pienso que es un petulante de mucho cuidado. Después de medio explicarme su modo de trabajar, comprendo su alto puesto en la clasificación de casos resueltos. Me pregunto si a todos los que ha acusado y detenido han sido realmente culpables. No tengo la respuesta, pero sí la certeza de que con la llegada de Navarro se abre una nueva etapa en la comisaría, y pinta oscura. Es obvio que no hemos empezado con buen pie, y dudo que vaya a mejorar con el paso de los días. Navarro acaba de demostrarme que es un policía endiosado, y no hay nada peor que alguien que cree que está por encima del bien y del mal. No soy vidente, pero vaticino que más de un compañero se va a plantear pedir un traslado, incluida yo.

—Por cierto —dice presentándose de nuevo en mi despacho—, reza para que mañana no aparezcan dos cuerpos más, porque de ser así, vamos a trabajar día y noche y os podéis ir olvidando de esa fiesta.

33

Bruno y yo llegamos a mi casa después de pasar por su hotel a recoger la maleta. Mañana tiene que abandonar la habitación antes de las doce y hemos pensado que así ahorrábamos tiempo y desplazamientos. Pasaremos la noche bajo el mismo techo, pero lo de anoche no tiene por qué repetirse. Somos adultos y sabemos comportarnos.

—Otra vez aquí —dice al entrar, caminando detrás de mí—. Ayer recordé la última vez que vine, y me abochornó.

Bruno habla de cinco años atrás, cuando coincidimos en el caso de Lagos del Pino después de catorce años sin vernos, y en particular se refiere a la noche que se presentó en esta misma casa con un equilibrio inestable y arrastrando las palabras. Era cuando yo lo odiaba y no quería verlo ni en pintura.

—Estabas borracho.

—Un poquito pasado de copas —precisa—. Pero necesitaba sentirme valiente, encontrar la forma de explicarte que nunca te llegué a engañar, y el alcohol me dio esa valentía.

—Yo diría que fue algo más que un poquito, te tambaleabas. Y fuiste más que un poquito grosero —le recuerdo.

Le oculto el maremoto de emociones que sufrí aquel día tras escuchar su explicación de lo que ocurrió; mejor dicho, de lo que no ocurrió. Tuve que asumir que me había equivocado por completo, que la había cagado y que yo misma me había jodido parte de la vida. No es algo sencillo de aceptar y no pienso admitirlo nunca.

—Y tú tuviste la mano muy larga —replica—. No se me ha olvidado el bofetón que me soltaste. Me ladeaste la cabeza.

—Y yo no he olvidado el dolor de mano que tuve durante días, pero te ganaste ese bofetón a pulso. Me besaste a la fuerza.

—Y ese comportamiento es lo que más me avergüenza.

El rubor le asciende por el rostro.

—Bueno, puedes dormir aquí, en el dormitorio de invitados. —Bruno entra arrastrando la maleta y ese arrepentimiento del que acaba de hablarme. Trato de cambiar la deriva de la conversación para no dar más pábulo a aquel acto fuera de lugar—. Si quieres ducharte, el cuarto de baño está enfrente. Dentro del mueble del lavabo hay toallas.

—Perfecto, pues voy de cabeza.

—Cuando acabes me ducharé yo. Mientras, voy a ver qué tengo para cenar.

Me marcho a la cocina y abro la nevera; hay refrescos, cerveza, una pizza y un poco de queso. Precaliento el horno para hacer la pizza. Me acerco a mi habitación para coger el teléfono del trabajo y el cargador con el puerto USB doble. Veo que tengo una llamada más de Navarro y

un par de Pacheco, las que me ha hecho antes de llamarme al móvil personal para contarme lo de Torres. Leo un wasap de la oficial Virginia Alcira preguntándome cómo me encuentro. Le contesto con un escueto «regular».

Pongo a cargar ambos móviles, están bajos de batería. Me sirvo una cerveza, me la he ganado. Doy un trago y pienso en Jana, en Torres y en todos los muertos que el justiciero ha ido dejando. La prensa ha convertido este caso en una noticia de rabiosa actualidad y eso nos perjudica, y será peor si trasciende lo que ha ocurrido hoy con Torres. Me pregunto si seremos capaces de dar con el asesino, o con los asesinos, o si antes nos atraparán los compañeros. El temor a perder la placa y acabar en la cárcel me ahoga.

Pienso en Patricia. No sé cómo he podido decirle que no dramatice, ¿acaso la situación no es de lo más dramática? La he empujado a que me ayude sin pensar que no debo arrastrarla conmigo. Si a primera hora del lunes no he encontrado a Jesualdo y a Desi, Torres tendrá que esconderse en otro lugar. No puedo permitir que el nombre de la inspectora Patricia Soler se mezcle con los nuestros, nadie debe saber que nos ha ayudado. Si nos cogen, les pediré a Torres y a Bruno que mientan para cubrirla, porque yo seré la primera que mienta para librarla de la quema.

Me desprendo de esos pensamientos y meto la pizza en el horno. Busco una bolsa de patatas fritas en mi desangelada despensa para picar algo con la cerveza, pero está más vacía que la cartera de un becario a fin de mes. Los asesinatos me han quitado tiempo hasta para hacer la compra por Internet.

El móvil del trabajo suena. El forense me llama pasadas las diez de la noche.

—Buenas noches, doctor Zamorano. ¿Usted nunca descansa?

—La autopsia de Jana Ibáñez era urgente y ya sabe lo que significa eso.

—Horas extras.

—Así es.

—¿Y qué tiene? —Eludo decirle que es mi día libre y que no me estoy encargando del caso, la información me interesa.

—Ante todo, tristeza. Conocí a Jana ayer, en la fiesta del comisario Torres, me pareció una mujer simpática y agradable, y hoy le he hecho la autopsia. Imagínese. —Suspira.

—Prefiero no ponerme en su pellejo.

—En fin, la vida y sus circunstancias, ¿no? Y ahora a lo profesional —anuncia, cambiando el tono—. Tiene marcas de una pistola eléctrica en el cuello y una alta concentración de Zoldipem y de neurotoxina en la sangre. No hay señales defensivas en el cuerpo ni tiene restos de epiteliales bajo las uñas, por lo que creo que la apuñalaron cuando ya estaba drogada. Siete puñaladas repartidas por tripa y estómago, más las venas de las muñecas rajadas. Se desangró sin enterarse.

—Drogarla para coserla a puñaladas es contradictorio. ¿Qué sentido tiene? Hasta ahora tenía un patrón más o menos fijo, pero el asesinato de Jana se sale completamente de él y del perfil de las víctimas. No entiendo nada.

—Solo él sabrá sus razones y el porqué de lo que está haciendo.

—Usted tampoco cree que el comisario Isidro Torres haya podido matarla, ¿verdad? —me atrevo a preguntarle.

—Yo creo que estamos ante el mismo asesino.

—Y yo, que le han tendido una trampa a Torres.

—Entonces opinamos lo mismo. El comisario Navarro, sin embargo, cree que Torres puede ser el justiciero.

No me sorprende lo de Navarro. Tras la charla, o regañina, que tuvo conmigo, en la que criticó la falta de avances en el caso y me recalcó lo mucho que iban a cambiar las cosas bajo su mando, me puedo esperar cualquier cosa.

—Creer algo así sin pruebas firmes es una temeridad; suponerlo de Torres, una locura.

—Eso mismo he pensado yo y por eso la llamo. Verá, conozco a Navarro desde hace años y sé que es como un perro de caza, no para hasta tener su presa. Da igual lo que tenga que hacer o que su olfato se equivoque y su blanco no sea el adecuado, nunca ha dado su brazo a torcer, caiga quien caiga. No sé si me entiende.

—Perfectamente, doctor Zamorano —respondo. Navarro es un policía al que no le importa hacer pasar por culpable a un inocente con tal de colgarse una medalla.

—No me gustaría que este caso fuera uno de esos en los que Navarro se empeña en llevar la razón aunque no la tenga, en el que fuerza los hechos hasta convencer a quien haga falta sacándose pruebas de la chistera como un mago. A la Científica y a mí se nos ha comunicado que él está al mando de la investigación y que solo lo informemos a él, así que esta conversación no ha ocurrido, inspectora jefa.

—No sé de qué conversación me habla, doctor.

34

Madrid, 2008.

Desi era una mujercita de catorce años cuando, husmeando donde no debía, encontró el diario de Rosaura. Debido a sus empleos en hostelería, su madre y Rosaura pasaban muchas horas del día fuera de casa, y ella tenía el tiempo y la oportunidad de rebuscar mientras cuidaba de Jesualdo y limpiaba. Cuando tuvo en sus manos aquel cuaderno con tapas de polipiel verde oscuro, la curiosidad la venció y lo abrió. Nada más ver el encabezado supo que era algo privado, un diario personal, y que leerlo sería violar la intimidad de Rosaura, pero sucumbió a la tentación. La primera frase le cortó el aliento: «Me llamo Rosaura Ardon y van a obligarme a ejercer la prostitución». Lo cerró tan impactada como intrigada por conocer más.

A Desi le llevó varias semanas leer todo lo que había escrito Rosaura. La escandalizó saber con quién tenía una aventura y se quedó impresionada con todo lo que descubrió sobre ella, que ni imaginaba. Ese conocimiento la carcomió tanto como que su madre le hubiera ocultado su pasado a lo largo de su corta vida. Necesitaba preguntarle, que le diera explicaciones, y, aun a riesgo de llevarse una buena bronca por haber leído lo que no debía, decidió que tenía que hablarlo con ella.

En cuanto Abigail volvió, Desi dejó a Jesualdo entretenido y se encerró en la habitación con su madre para pedirle explicaciones.

—¿Cómo se te ocurre leer algo tan íntimo y privado? ¿En qué piensas, Desi? —disparó Abigail tras escucharla. Estaba furiosa y con el corazón en un puño por las respuestas que su hija le demandaba.

—No me has contestado, mamá. ¿Por qué no me has contado que tú también has sido prostituta?

Abigail tomó aire y se sentó en el borde de la cama, vencida. Sabía que negar la evidencia no descartaba el problema, pero no sabía cómo enfrentarse a los hechos, cómo explicarle a su hija algo tan duro. Podía decirle que no le quedó más remedio, que la engañaron, que la obligaron… Levantó la cabeza y miró a Desi con los ojos anegados en lágrimas. El llanto pretendía desbordarse, pero fue capaz de contenerlo. Haciendo acopio de coraje, respondió:

—Porque no me parecía apropiado contártelo. No tienes edad para saber ciertas cosas, sobre todo lo que has leído en ese diario y que no quiero ni saber.

—Siempre dices que tenemos que ser sinceras la una con la otra, porque solo nos tenemos a nosotras y no está bien que nos mintamos, pero tú me has mentido.

—Me avergonzaba, hija. ¿Qué quieres que te diga?

—Yo nunca te juzgaría.

—No es algo que yo eligiera…

—Ya lo sé, os obligaron, también lo he leído —se adelantó a la declaración de su madre, y añadió—: Aunque hubiera preferido saberlo por ti y no enterarme de esta forma.

—Pues perdóname, lo siento. —Se le quebró la voz e hizo una pausa—. Y ahora que ya lo sabes, haz el favor de devolver el diario a su sitio antes de que Rosaura se entere de que lo has leído y te eche una buena bronca, y con razón.

—¿Sabes que tiene una aventura con el párroco del barrio?

—¿Qué demonios dices? —la observó cejuda.

—Lo que oyes, y precisamente lo hace para espantar a sus demonios. Pretende olvidar a Isidro sustituyéndolo por el padre Cristóbal. Dice que la hace sentirse una prostituta, aunque no le pague por poseerla.

—¿Es cierto lo que me estás contando?

—Léelo tú misma. —Desi le tendió el diario—. Es más, te recomiendo que lo leas desde el principio y te darás cuenta de que el amor que siente por Isidro es enfermizo. Rosaura dice que lo quiere a él más que a su hijo.

—Eso no puede ser cierto.

—Entonces se lo inventa, pero lo ha escrito.

Abigail tomó el diario despacio, casi con miedo, mientras se debatía entre leerlo o no. Si lo hacía, podría conocer mejor a Rosaura y quizás entendería el porqué de sus variaciones de ánimo, constantes y radicales, en las que pasaba de la risa al llanto en un periquete. Esos cambios de humor no eran normales y sabía que Rosaura necesitaba ayuda, aunque ella solía alegar que todas las personas tenían derecho a tener momentos de bajón. Pero su conducta voluble no solo la provocaba una depresión, reflejaba un caso más grave, una enfermedad mental que, con el medicamento apropiado prescrito y controlado por un psiquiatra, se podría tratar. Ese era el especialista que Rosaura se negaba a visitar cuando Abigail le dejaba entrever lo mucho que lo necesitaba.

—¿Dónde está Jesualdo?

—Jugando con la Play —respondió Desi a su madre—. Ha hecho los deberes y se ha ganado media hora de recreo.

—Mírate, hija, pareces su madre —lo dijo con orgullo; era tan madura.

—Conozco a ese chaval de doce años mejor que la madre que lo parió, y parece que lo quiero más que ella. Y si vas a empezar a leer el diario, te recuerdo que Rosaura sale del trabajo a las nueve, devuélvelo a su sitio antes de que llegue.

—¿De modo que así lo has hecho tú? —preguntó de forma retórica.

—Pues sí, cada día he leído un poco y después lo he devuelto a su armario. Lo esconde al fondo de la segunda puerta, debajo de una manta de rayas azules y blancas.

—Si no estaba a la vista, ¿cómo lo encontraste? Y no me digas que por casualidad, Desi, porque no cuela.

—No te voy a mentir como tú a mí —le reprochó—, lo busqué. Casi todas las noches Rosaura tarda en apagar la luz de su habitación, y desde que me di cuenta no dejé de preguntarme qué estaría haciendo. No hace mucho decidí saciar mi curiosidad y una noche, a

hurtadillas, me asomé por el hueco de la puerta entornada y la vi escribiendo en un cuaderno grande. No esperé a ver dónde lo guardaba por miedo a que ella o Jesualdo me pillara infraganti espiándola, pero su habitación no tiene muchos espacios dónde buscar, y lo encontré.

—Desi, ¿vienes ya? —La voz de Jesualdo llegó hasta la habitación de Abigail.

—Ya voy —gritó para hacerse oír—. Recuerda esconderlo donde estaba —le susurró a su madre.

Desi abandonó la habitación y entró en el salón como una flecha.

—Vamos, ¿dónde te metes? —le preguntó Jesualdo—. Me prometiste jugar una partida conmigo.

La joven miró a Jesualdo con cierta pena, pensando en las cosas que ignoraba sobre su madre y que le afectaban, como a todo hijo. Debía conocerlas. Tenía derecho a saber quién lo engendró y por qué no había querido saber nada de él, a conocer la obsesión de Rosaura por Isidro y su empeño en que él fuera su padre, pues como padre lo había criado durante sus primeros seis años de vida. Debía saberlo, pero su madre no se lo diría y ella tampoco podía hacerlo. Era un mocoso de doce años bastante infantil para su edad. Todavía le faltaba madurez para comprender ciertas cosas.

—¿Tienes prisa, canijo? Pues prepárate porque te voy a dar una soberana paliza. —Tomó asiento y le sonrió antes de coger el mando de la Play.

35

—En vista de que son más de las diez de la noche y no te has dignado a dar señales de vida, me veo en la obligación de llamarte para someterte al tercer grado —me explica Martina tras descolgar, sin darme tiempo ni a saludarla—. Empieza a cantar, Lola. ¿Qué tal fue la fiesta sorpresa? ¿Qué dijo Torres? ¿Cómo os lo pasasteis? ¿Te ha servido la ayuda de Jana? Desembucha, mala amiga.

No sé cómo contarle que Jana está muerta, ni siquiera sé si debo decírselo. Mencionar cualquier detalle puede comprometerla o perjudicarme, mejor obviar la parte sangrienta.

—Perdona, Lola, ¿no tendrás un cargador de repuesto? El mío ha muerto —escucho la voz de Bruno a mi espalda y me giro—. ¡Oh!, lo siento. No sabía que hablabas por teléfono —se disculpa.

—Ahora te busco uno —le contesto, y se marcha.

—¡Eh! ¿Quién es ese?

—Enric —miento.

—A otro perro con ese hueso, bonita —objeta—. Jamás te has llevado a una de tus aventuras a casa, y por lo que me cuentas de Enric, no va a ser la excepción que rompa la regla. Te recuerdo que soy tu amiga, no me engañes.

—Está bien, es Bruno —admito.

—¿Bruno, tu ex, el que estuviste años odiando y que desde hace un tiempo tratas de amigo?

—Sí. Y antes de que saques tus propias conclusiones…

—¿Qué conclusiones, si estabais follando? —me interrumpe.

—Trabajando —la corrijo—. Estamos tratando de resolver casos de asesinatos, como de costumbre. Es lo que hacemos los policías de Homicidios.

—¡Venga ya, Lola! —exclama con ímpetu—. No es un poli de tu comisaría, ni siquiera vive en Madrid. Que yo sepa, Bruno está fuera de su jurisdicción, o como quiera que lo llaméis vosotros.

Por un momento he olvidado lo sagaz que es Martina, a la que nunca se le escapa nada. Debo inventarme algo antes de que empiece a sospechar.

—Bruno está colaborando con nosotros en un caso complicado.

—¿Los crímenes del justiciero?

—No puedo decirte nada, ya lo sabes. En cuanto a la fiesta, todo fue genial, pero ya te lo contaré con detalle. Ahora debo dejarte. ¡Chao, Martina!

Bruno aparece por la puerta de la cocina en cuanto corto la comunicación, no se había marchado muy lejos y seguramente ha escuchado la conversación.

—¿Me das el cargador? —me pregunta, mostrándome el móvil.

—Voy a buscarlo. Mientras, saca la pizza del horno antes de que se carbonice.

•

Dos cervezas Alhambra acompañan a la pizza. Cuando la metí al horno era «Barbacoa», ahora podríamos llamarla «Al infierno», pues está churrascada. Bruno no protesta, aunque parece que estamos comiendo torreznos por lo que cruje la masa. Yo como sin quejarme y bebo más de lo habitual para conseguir tragarme la pizza y no ahogarme en el intento. Entre bocado y bocado aprovecho para hablar con Bruno de la llamada que me ha hecho el forense. También le cuento la conversación que tuve con Navarro hace dos días, cuando me dejó claro que era necesaria una detención para calmar los ánimos.

—Pues lo de Torres le ha venido al pelo para poner a alguien en el punto de mira —comenta Bruno.

—Soy consciente. —Suspiro profundo—. Siento que con Navarro tenemos al enemigo en casa.

—Lo importante es ir por delante del enemigo, y por ahora lo estamos consiguiendo.

El silencio se hace hueco entre nosotros, apabullante y ensordecedor.

—Un euro por tus pensamientos —dice Bruno tras unos segundos eternos.

—¿Tan poco valen?

—Ya sabes que es una frase hecha.

—Pienso en Jana. Me da mucha pena. El objetivo del justiciero, o de los justicieros, es Torres, pero ella ha sido un daño colateral. De ahí el cambio en su modo de actuar.

—Si analizas su actuación, te das cuenta de que ha sido tan macabra como piadosa. La ha dormido para matarla, quería una presa fácil y que no sufriera al apuñalarla.

—Realmente no sabemos si ese ha sido el motivo —le rebato.

—Tampoco sabemos si son dos asesinos.

—Cierto —asumo—. Me ha parecido la opción más plausible cuando Torres lo ha dicho, eso explicaría que haya dos *modus operandi*. ¿Objetividad o sugestión? No lo sé. Me baso en suposiciones, pero aún no tengo la certeza de nada. Lo que sé a ciencia cierta es que el perfil de Jana es diferente y que con ella ha actuado de forma distinta.

El silencio vuelve a acomodarse entre nosotros, se arrellana creando un vacío que solo llena el crujir de los bocados y los tragos de cerveza. Antes de acabar con la última porción de pizza y de que el reloj marque las once de la noche, suena mi móvil. Por ridículo que parezca, lo primero que se me pasa por la cabeza es que tengo que cambiar la canción de Miley Cyrus por otra. LP, Lady Gaga, Pink, Lana del Rey… El pensamiento banal se esfuma cuando observo la pantalla.

—¡Joder, es Lucas Gil! —protesto.

—¿El periodista?

—Sí —siseo antes de descolgar—. ¿No tienes reloj, Lucas? Es tarde.

—Es importante. El comisario Torres está en busca y captura por asesinato.

—Lo sé.

—¿Y crees que él ha matado a esa mujer que han encontrado en su casa?

—¿Quién te ha dado esa información? —le pregunto, y activo el altavoz para que Bruno escuche la conversación.

—No me has contestado.

—Ni tú a mí, y te garantizo que no es el momento de tocarme los ovarios. ¿Quién te lo ha contado?

—El comisario Fernando Navarro. No es un secreto ni yo soy el único que lo sabe, ha convocado a los medios para contarlo y nos ha solicitado colaboración para encontrar a Isidro Torres.

—No me lo puedo creer —refunfuño.

—¿El qué no te puedes creer, que el comisario actual nos haya dado esa información o que el comisario jubilado sea el asesino justiciero?

—Ambas cosas.

—Con sinceridad, a mí me cuesta creer que Torres sea un asesino, más que sea el justiciero. Sin embargo, la manera de actuar de Navarro no me sorprende lo más mínimo. No es la primera vez que nos convoca solicitando nuestra ayuda, ni será la última.

—Estúpido gilipollas —suelto con furia.

—¡Oye!, que es tu jefe.

—Un jefe que no hace bien su trabajo —advierto con un tono que no admite réplica.

—Tú también crees que hay otra explicación, ¿verdad?

—Desde luego, y Navarro tendría que estar buscándola.

—¿Y por qué no la buscas tú?

Por un momento dudo si decirle que estoy en ello, pero parece que Bruno me lee la mente y empieza a hacer aspavientos y a negar con la cabeza para quitarme la idea.

—Porque no me encuentro bien y no he ido a trabajar —prosigo con mi farsa—. He debido de coger un virus.

—Malditos virus —escupe indignado—. Desde la llegada de la covid nos han invadido.

—Es lo que tiene perder inmunidad, que los hace más fuertes ante nuestras defensas.

—Y hablando de defensas, ¿tienes alguna teoría?

—Joder, cómo hilas, Lucas.

—No te salgas por la tangente y responde.

—¿La tienes tú?

—Qué manía tienes de responderme con otra pregunta.

—Y tú de levantarme dolor de cabeza.

—Yo pienso que Torres no ha huido, sino que se lo ha llevado el justiciero. Entró en su casa, mató a la mujer que estaba con él y lo ha secuestrado, no sé con qué intención, porque si lo quisiera muerto, también lo habría matado. Lo demás, para mí, no tiene lógica. ¿Qué sentido tiene que Torres mate a esa mujer en su casa, se marche y se delate a sí mismo dejando la tarjeta del justiciero? Es completamente absurdo.

—Un momento, ¿cómo que ha dejado su tarjeta?

Observo a Bruno boquiabierta. Recuerdo que Torres se llevó la tarjeta con él y que me encontré una sobre el sillón de oficina de mi despacho. Y recuerdo a Navarro mirándome con sonrisa vil.

—¿Acaso no lo sabes?

—No.

—Pues Navarro nos la ha enseñado.

—¿Y qué había escrito?

Bruno y yo compartimos una mirada de preocupación.

—«Justicia», lo habitual. ¿A qué viene esa pregunta?

—A que a mí también me parece muy extraño.

—Pues más te vale recuperarte pronto y empezar a investigar en la dirección correcta, Lola. Navarro está empeñado en acusar a Torres, y puede que el verdadero asesino se os esté escapando.

Cuelgo la llamada, estampo el móvil contra el sofá y me llevo las manos a la cabeza. No puedo creer lo que está pasando, pero está ocurriendo.

—¿Qué cojones está haciendo el comisario Navarro? —escupe Bruno mirándome incrédulo.

—Moverse. Torres es la carnaza con la que calmar a la plebe.

36

El día de la fiesta de jubilación del comisario Torres.

Alivio es lo que más siento cuando el reloj marca la una de la tarde y seguimos sin recibir el aviso de un crimen. Desde ayer, la amenaza de Navarro planea sobre mi cabeza como una mosca pesada de la que no puedo librarme. Ha logrado quitarme el sueño. Prácticamente me he pasado la noche en blanco, y esas horas dan para pensar mucho. Me he preguntado unas cuantas veces quién le habría soplado lo de la fiesta, y por lo bien que parece congeniar Enric con él, no encuentro otro posible candidato. Enric y su lengua larga. Creo que a Navarro le ha fastidiado no estar invitado y está buscando una excusa para arruinarnos la fiesta. Me es indiferente que se moleste, no voy a invitar a alguien que no forma parte de la vida de Torres y que no conozco, por mucho que sea quien va a recoger el bastón de mando. Fernando Navarro es un desconocido para mí y, desde nuestra charla de ayer, no sé si me apetece conocerlo.

El tiempo avanza implacable. El reloj da las dos de la tarde y seguimos sin noticias. Los jueves anteriores, a estas horas ya sabíamos de al menos una de las dos muertes. No sé si pensar que es una buena señal, pues la falta de noticias es la mejor noticia, o quizá solo se trata de una demora, la que busca Navarro para poder reventar la fiesta de Torres. Los compañeros basculamos entre la tensa calma de estar esperando el aviso de un asesinato y la discreta expectación por la inminente fiesta.

Los minutos pasan y yo quiero pensar que con el revuelo que se ha montado tras el asesinato de Victoria Beli, el justiciero se ha visto obligado a parar su carrera de asesinatos. Las dudas vuelven a asaltarme: ¿Será un parón momentáneo o definitivo? ¿Estamos ante el final o ante un nuevo principio? ¿Este compás de espera es el estallido que precede a la tempestad? Demasiadas preguntas y ninguna respuesta.

La puerta de mi despacho se abre y aparece el comisario Navarro. Solo con verlo mis pensamientos se desvanecen a la misma velocidad que mi instinto defensivo se pone en guardia.

—Quiero que salgan en busca de las putas que se están vendiendo a la prensa para hablar de Victoria Beli y de los chulos que se lo están permitiendo —ordena con gravedad.

—Son prostitutas y proxenetas.

—Son lo que son y yo los llamo por su nombre, no me corrijas, Velázquez. ¿Te ha quedado claro?

Asiento despacio, con pocas ganas de obedecerlo y muchas de mandarlo a la mierda. No me gustan nada sus formas.

—Vais a ir a buscarlos y los interrogaréis hasta que canten *La traviata.*

—Ya hemos intentado hablar con bastantes y varias veces, pero solo hemos podido interrogar a unos pocos. Ellos son difíciles de encontrar y ellas no suelen abrir la boca. Nunca conseguimos nada.

—No digo que lo intentéis ni que les permitáis callar, os ordeno que los obliguéis a hablar. A hostias si es necesario.

—Supongo que no estará hablando en serio.

—Y yo supongo que esa chusma nos está chuleando, ¿tú no? Es imposible que entre ellos no sospechen quién puede ser el puto justiciero de los cojones. O callan por miedo o porque están muy pringados de mierda. Quiero que los presiones, que los detengas, te lo ordeno.

—No puedo detenerlos sin un motivo.

—Pues te lo inventas, Velázquez.

—Tienen derechos, y ellos los conocen.

—Cuando mi cabeza es la que está en juego me paso esos derechos por el forro de los cojones, ¿lo entiendes? Y tú, inspectora jefa, deberías hacer lo mismo, porque si seguimos sin encontrar al culpable, la siguiente cabeza en rodar será la tuya. Los de arriba nos han dado un ultimátum; si el lunes no hemos dado con ese puto tarado, habrá serias consecuencias. Además, en tu caso yo no tendría dudas. Tú sabes el daño que pueden hacer los periodistas, hace años que lo sufriste.

—Se disculparon —digo, conteniéndome para no mandarlo a tomar por saco.

—Y ahora dirán que se equivocaron con esa disculpa, que el tiempo les ha dado la razón y que eres una inspectora inepta, como dijeron en su momento.

—¿Cómo se atreve? —Aprieto los dientes, sulfurada.

—Me atrevo porque sé cómo funciona esa carroña y porque sé lo que tenemos que hacer: darle carnaza a la plebe para calmarla —repite la frase que me dijo ayer, parece que es su lema —. Ponte las pilas, Velázquez. Empezad a trabajar y olvidaos de esa fiesta.

No replico, para qué gastar saliva con alguien que siempre va a llevar la razón diga lo que diga el contrario. Además, es mi mando y no me apetece ganarme un expediente disciplinario. Pero una cosa es que me calle y otra distinta que lo obedezca. Ningún miembro de mi equipo va a incumplir las normas éticas de la policía ni va a violar los derechos de ningún ciudadano, ni va a presionar con métodos poco ortodoxos a nadie, ni se va a inventar excusas para detener a inocentes. Si tengo que perder la placa, lo haré por haber sido fiel a mi juramento y a mi conciencia, no por lo contrario.

En cuanto a la celebración de la fiesta, Navarro no puede decirme lo que debo hacer fuera de mi horario laboral, y no pienso inventarme un motivo para ampliarlo. No voy a señalar a un inocente ni voy a ponerle la soga al cuello porque él quiera un culpable a toda costa.

37

El día había amanecido con un sol primaveral que calentaba como si fuera verano, mostrando un cielo libre de nubes que parecía un inmenso lienzo azul. Pero ahora que se nos ha echado encima la hora de comer, se ha levantado viento y las nubes, algunas preñadas de agua, han emborronado el bonito color celeste.

En unas horas el tiempo ha cambiado tanto como nuestra esperanza. Despertó intacta y se creció tras la llamada de Marcial Rey, que nos indicó dos lugares dónde podía encontrar a Abigail. Luego menguó, cuando Patricia me pasó los datos de la ETT donde la mujer está registrada y ninguno de los bares en los que había trabajado coincidía con los que me había dicho Marcial. Y al final ha desaparecido, en cuanto el amigo de Bruno nos ha confirmado que la pista de Jesualdo Ardon se pierde a finales del 2021. No consta que esté muerto, pero no hay más información sobre él. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Con esa información nuestra esperanza se ha colmado de nubes oscuras, como el cielo. Nubarrones que se han ido cargando de agua con cada bar que hemos visitado, sin éxito, buscando a Abigail. Solo nos queda uno, y acabamos de llegar.

Grande, luminoso y con esencia de barrio. Así es La Croqueta de Villaverde, un gastrobar especializado en esas porciones de masa cremosa y crujiente tan demandadas y apreciadas por los clientes. Por la hora que es, más de las dos de la tarde, está bastante lleno de gente tapeando o comiendo.

—¿Qué desean tomar? —nos pregunta uno de los camareros que atiende la barra nada más acercarnos.

—¿Trabaja aquí Abigail Castilla Luzón?

—¿Quién lo pregunta?

Siento que el hombre calvo y demacrado se pone a la defensiva.

—La policía. Queremos hablar con ella —le respondo.

—Ya no está aquí.

Sus ojos desmienten sus palabras, pero le sigo el juego.

—¿Y sabe dónde puede estar?

—No sé, prueben en El Baguetín o en La Brava.

—Ya hemos estado. —Bruno se adelanta a mi respuesta.

—¿Y en Pinchos y Cañas?

—También —contesto.

—Pues miren en La Rueda de Chicha y Papas.

—A ese no hemos ido. ¿Dónde está?

—Cerca, a dos calles de aquí. Y se come muy bien, por si quieren aprovechar —añade el camarero.

No es por lo que dice, sino por cómo lo dice, con ganas de que nos marchemos lo antes posible, lo que me hace llevarle la contraria.

—Bueno, también podemos tomar algo aquí, ¿no? —le pregunto a Bruno.

—Por mí perfecto, me están rugiendo las tripas y me encantan las croquetas.

Al camarero le cambia la cara cuando la cocinera asoma por la barra, gesto que no paso por alto. La sigo con la mirada mientras escucho que Bruno le pide al hombre dos Coca-Colas. Es una mujer de estatura media, complexión normal y físico corriente, cuya edad podría coincidir con la de Abigail, cerca de los cincuenta. Porta una bandeja de croquetas que deja sobre el mostrador. El olor despierta mi apetito de inmediato.

—Pepe, aquí tienes el especial de la casa —se dirige a un cliente, que se acerca a ella sonriendo.

—¡Qué maravilla! —Se relame—. Son las mejores croquetas que he comido. Te mereces un premio, Abigail.

Bruno y yo compartimos una mirada antes de dirigirla hacia el camarero.

—Anda, Abigail, ¡fíjate qué coincidencia! —Mi tono sarcástico increpa al hombre, que no sabe dónde meterse.

38

Madrid, 2009.

Dos años duró la aventura entre el padre Cristóbal y Rosaura. Acabó justo cuando él se enteró de que ella había sido prostituta. Rosaura había omitido esa parte de su vida porque la avergonzaba. Para ella era más fácil seguir fantaseando, inventando, razón por la cual jamás le contó la verdad al cura, ni siquiera bajo secreto de confesión. Prefirió alargar el culebrón iniciado en las pocas cartas que le mandó a su madre e incluyó a Isidro, el hombre del que se enamoró y que se aprovechó de ella haciéndola creer que él también la quería. El padre de su hijo. El que los abandonó a su suerte. Esa es la historia que le contó a Cristóbal en más de una ocasión, cambiando algunos detalles y con distintos matices, pero siempre la misma. El último día que se vieron en la intimidad de su casa, Rosaura había bebido más de la cuenta y mencionó lo que tanto había ocultado. Fue un lapsus que más que sorprender al sacerdote, lo escandalizó. Cristóbal le pidió más información, y ante los lloros de una Rosaura deshecha, terminó dándole consuelo mientras en su fuero interno trataba de restarle importancia al asunto. Pero el tema lo carcomió por partida doble; por tratar de ignorarlo y por conocerlo.

Cuando se acercaba la siguiente cita, el cura empezó a darle largas a Rosaura: esta semana no puedo, a la otra me viene mal, en esta ocasión tampoco puede ser, a la siguiente Dios dirá… Después de dos meses, tres citas frustradas y una malograda, pues Cristóbal se la pasó hablando por el móvil, Rosaura se percató del muro que el cura había levantado entre ellos y se lo reprochó. El sacerdote dejó de cogerle el teléfono y de responderle a los wasaps, cortó los medios de comunicación que hasta ese momento habían utilizado, pero no podía cerrarle la iglesia; esa estaba abierta a todo el mundo porque era la casa de Dios. Del Dios al que Cristóbal había traicionado, no ella, pues era él quien debía rendirle cuentas. Rosaura lo aguardó en el confesionario, como cualquier feligrés. No deseaba hablar de esas confidencias en ese lugar, tampoco dentro de la iglesia, pero el sacerdote no le había dejado más opción.

—¿Qué te ocurre, Cristóbal? Sé que me rehúyes, no soy imbécil.

—Pues si sabes que te evito, ¿por qué me sigues buscando?

—Para que me lo expliques.

—Es muy obvio, no quiero seguir con esto. Soy un sacerdote y me debo a Dios. Nunca tenía que haber ocurrido.

—¿Y te das cuenta ahora, dos años después? ¡No me jodas!

—Esa boca, Rosaura —la reprendió.

—¿Qué le pasa a mi boca?

—Cuida tu lenguaje, por favor, estamos en la casa de Dios.

—Pues cuando me estabas follando bien poco te acordabas de tu dios.

—¡Baja la voz! —susurró furioso.

—Cuando me metías tu polla en la boca bien que te gustaba, entonces mi boca te parecía maravillosa.

—¡Ya basta! —le advirtió con los dientes apretados.

—Cuando te corrías dentro de mí, o fuera, bien poco te importaban los tacos o lo ofendido que podía estar Dios contigo por traicionarlo.

—¡Cállate! —le ordenó, tan indignado que las aletas de la nariz se le ensancharon.

—Me callaré si me da la gana, porque si quiero pregonar a los cuatro vientos que te has estado acostando conmigo, lo haré.

—¿Y quién te va a creer? Has sido prostituta, tu palabra vale poco en comparación con la mía. ¿Quieres que se entere todo el barrio de tu verdadero oficio?

—Serás cabrón, ¡me obligaron! —soltó con rabia.

—Eso dicen todas las putas, pero siempre hay elección. Dios nos muestra muchos caminos y nosotros decidimos cuál escogemos.

Rosaura le escupió, no pudo contenerse. Una parte de la saliva se quedó colgando en la celosía de madera del confesionario, la otra salpicó de lleno en la cara de Cristóbal, ese rostro de aspecto angelical que ocultaba su desvergüenza.

—Maldito bastardo de falsa moral. Espero que tu dios te castigue como mereces —dijo antes de marcharse.

Rosaura llegó a casa deshecha, completamente humillada por otro miserable más. Pensaba que o bien todos los hombres eran iguales o ella tenía un imán para los canallas. Se echó a llorar. Abigail escuchó su llanto e intuyó lo que estaba pasando. Lo último que Rosaura había escrito en su diario sobre el cura y su manera de ignorarla dejaba claro que él quería quitársela de encima. Sí, Abigail había leído su diario y lo seguía leyendo cada semana, como si fuera una novela por fascículos. Sucumbió a la tentación del mismo modo que el padre Cristóbal había pecado con Rosaura, sin poder ni querer evitarlo.

Abigail se acercó a su amiga y la abrazó. Quería decirle lo que opinaba para tratar de reconfortarla, pero tuvo que morderse la lengua. No podía contarle que a pocos hombres les agradaba descubrir que su pareja había sido prostituta, ni hablarle de la falsa moral sin delatarse, ni explicarle que son muchos los que de cara a la galería censuran la prostitución y en privado la consumen. Que hay hombres que quieren que su esposa sea una dama en la calle, una señora en su casa y una puta en la cama, y que aunque ellas les den lo que desean, a ellos les complace buscar nuevas experiencias con otras. No. No podía decir nada porque en cuanto mencionara una sola de esas palabras se estaría inculpando de leer su diario privado y eso le supondría un problema más a su compañera y amiga, con la cual, indudablemente, todo cambiaría a partir de ese instante.

Abigail debía callar y calló. Se dedicó a consolar a su amiga sin hacer preguntas, mientras Rosaura lloraba sin explicar nada. Formaron un tándem perfecto.

39

La defensa de Abigail ampara a Mauri, el camarero que no deja de disculparse con nosotros por habernos mentido. Dice que lo ha hecho creyendo que la hija de Abigail podía haberla metido en otro lío. En cuanto escucho la palabra *hija*, que es a quien queremos llegar, corto los reproches.

Abigail le dice a su compañera que va a abandonar un momento la cocina y sale de la barra. Nos pide que la sigamos, nos lleva a una mesa apartada de las demás, donde comen los camareros, y nos sentamos. Mauri nos trae las bebidas y un plato de croquetas surtidas, invitación de la casa. Huelen que alimentan, aunque en este momento solo tengo hambre de conocimiento. Quiero saber dónde está Desi y si ella nos puede llevar hasta Jesualdo. Trato de relajarme, porque si Abigail sospecha que acercarnos a Desi puede suponerle un problema a su hija, probablemente no colabore. No puede faltarme tacto; de lo contrario, no saciaremos nuestro apetito de conocimiento y solo nos atragantaremos.

La pongo en antecedentes y la vergüenza se dibuja en su cara cuando menciono su pasado. Nos confiesa que nadie de su actual entorno conoce su relación con la prostitución y que no quiere que se sepa. Asentimos, ofreciéndole un «así será» que la relaja. Le hablo de Rosaura y de Jesualdo y le pregunto si se acuerda de Isidro Torres.

—Por supuesto, aunque llevo mucho tiempo sin verlo. Era un inspector de policía, un buen hombre que ayudó muchísimo a Rosaura y del que ella se enamoró perdidamente. Él nunca le dio pie a creer que la amaba ni le prometió nada, pero ella fantaseaba y maquillaba la realidad. Por eso siempre se sentía desgraciada. Isidro desapareció de sus vidas porque no podía ofrecerle lo que ella necesitaba y no quería confundir a Jesualdo. Rosaura le dijo que era su padre y eso no es cierto. Ella trató de olvidarlo con otro hombre, intentó sacar un clavo con otro clavo, pero el remedio fue peor que la enfermedad.

—¿Por qué?

—Porque eligió al hombre que no debía, el que nunca sería para ella. Ser abandonada dos veces la hizo tan infeliz que terminó quitándose la vida.

—¿Estaba casado? —interviene Bruno.

—Con Dios, era un cura. Rosaura tuvo una aventura con el padre Cristóbal, el sacerdote de nuestra parroquia, que Dios lo tenga en su gloria. —Se santigua.

—¿Está muerto? —Bruno y yo lanzamos la pregunta a la vez.

—Sí. Lo mataron hace unos tres meses —nos contesta a ambos.

—¿Quién lo mató? —me adelanto.

—No se sabe, la policía sigue investigando el crimen.

—¿Cómo lo mataron?

—A golpes. Lo encontró en la sacristía la señora que limpia la iglesia. Me dijo que estaba

ensangrentado y que le habían grabado una jota en la frente con el filo de un abrecartas. La policía cree que ha podido ser víctima de un intolerante religioso que ha llevado el discurso del odio más allá de las palabras.

Bruno y yo nos miramos, ambos estamos pensando lo mismo.

—¿Qué parroquia es y dónde se encuentra?

—La de San Esteban, está a unas calles de aquí. Pero si quieren hablar con ella, no la encontrarán allí hasta mañana bien temprano.

—¿Sabe dónde podemos encontrar a Jesualdo?

—Ni idea, inspectora, hace años que no sé nada de él.

—¿Y su hija puede saberlo?

—Puede. Siempre estuvo más unida a Jesualdo que yo, a veces parecía su madre. —Esboza una sonrisa nostálgica—. Y créame que la llamaría ahora mismo para preguntárselo si ella no me hubiera retirado la palabra.

—¿Qué ha ocurrido? —demanda Bruno.

—Muchas cosas. La principal, que a Desi no le gusta oír la verdad. Es cierto que somos muy diferentes y que chocamos con frecuencia, pero desde que Nacho apareció en su vida, nuestra relación se volvió muy tirante.

—¿Y Nacho es…?

—Hasta hace poco su pareja, un indeseable que se mezcla con gente igual de indeseable que él. Desi me retiró la palabra el día que me negué a mentir para encubrirlo, de eso hace diez meses.

—¿En qué tenía que encubrirlo? —interpelo.

—Sí, amplíenos esa información —añade Bruno.

—Desi quería crear una empresa de limpieza para dar trabajo a personas en riesgo de exclusión social, pero su sueño era una empresa imposible, nunca mejor dicho. —Vuelve a sonreír, esta vez con amargura—. Le faltaba lo principal, dinero para emprenderla. Nacho se implicó y buscó entre sus amistades a un socio inversor. Formaron la empresa y el sueño de mi hija se hizo realidad. Pero los sueños a veces se convierten en pesadillas, y empezaron a contratar personas que Desi no quería y que estaban lejos de ser lo que ella deseaba para su negocio. Tiempo después empezó a rumorearse que entre sus clientes no había buena gente y que la empresa cubría más servicios de los que ofrecía. Ya me entienden.

—No, a menos que se explique mejor. ¿Habla de tráfico de drogas, de prostitución, de robos, de qué?

—De todo tipo de servicios turbios. La empresa servía de tapadera para negocios más lucrativos y menos legales. Algunos de sus clientes más ricos empezaron a sufrir robos y la policía sospechó que la mano de Nacho estaba detrás, pero Nacho y su particular verborrea convencieron a Desi de que él no tenía nada que ver. Aun así, necesitaba una coartada para que la policía lo creyera inocente. Mi hija me pidió que le proporcionara a Nacho esa coartada y se lo contara a los inspectores que investigaban el caso, pero yo me negué y ella dejó de hablarme. Desde entonces la policía ha venido a buscarme en un par de ocasiones, creen que al ser su

madre, debo de estar al tanto de todo lo que Desi hace o deja de hacer. Por eso les ha mentido Mauri, por miedo a que mi hija me meta en otro lío.

—¿Sabe dónde podemos encontrarla?

—Inspectora, que no me hable con mi hija no significa que no me preocupe por ella, soy su madre. Por supuesto que sé dónde pueden encontrarla, estoy al tanto de su vida por terceros y por eso sé que ya no está con Nacho. Por lo visto, él se la ha jugado y se ha largado con otra y con todo el dinero. Desi está viviendo en el local de la empresa, solo tiene eso. Bueno, y mucho orgullo para volver a hablarme.

—¿Tiene una foto de su hija?

—¿Le sirve una de hace dos años?

—Nos vale.

Abigail busca en la galería de su teléfono y segundos después nos muestra una fotografía de Desi en la que está tomando una copa en un chiringuito de playa. Morena, pelo rizado y ojos oscuros. Le hago una foto con mi móvil.

—¿De Jesualdo tiene alguna?

—No. —Niega con la cabeza—. Y no me han dicho por qué lo buscan.

—No es necesario que lo sepa —le advierto.

—Para mí sí, inspectora. Yo quiero saber, como ustedes quieren saber.

Suena a «te doy si me das», y todavía no nos ha dado lo que necesitamos.

—Es posible que haya matado a alguien —explica Bruno, adelantándose.

—No pueden hablar en serio. —Mueve la cabeza, negando.

—Es más que probable, Abigail —le confirmo—. Y ya que quiere saber, le diré que estamos convencidos de que ha matado a unas cuantas personas. ¿Ha oído hablar del caso del justiciero? La prensa lleva semanas bombardeando con el tema, y nosotros buscándolo.

—¿Creen que Jesualdo es ese asesino? Eso es imposible —clama asombrada.

—Anóteme la dirección de su hija, vamos a hacerle una visita. —Le acerco una servilleta y Bruno le ofrece un bolígrafo. Mientras Abigail escribe, añado—: Imagino que le cueste creerlo. Saber que su hija se ha criado con un asesino en serie debe de ser muy difícil de asimilar.

Abigail intenta replicar, pero se calla y me da la nota despacio, pensativa.

—Lo es —dice al fin.

El tono de la portuguesa suena diferente, tiene poco que ver con la sorpresa inicial y mucho con la turbación. Presiento que sabe más de lo que nos está diciendo.

—¿Quiere contarnos algo más?

—No tengo nada más que decir.

La noto nerviosa.

—¿Seguro?

—He dicho que no tengo más que decir —responde categórica.

Sé que miente, pero no voy a presionarla. Si lo hago, se enrocará negándolo y perderemos el tiempo en vano.

—Si recuerda algún detalle que nos pueda ayudar, no dude en llamarme, Abigail. Da igual la hora que sea, es un asunto muy importante. —Le tiendo mi tarjeta.

40

El día de la fiesta de jubilación del comisario Torres.

Tras la conversación con Navarro, en la que me ha marcado su territorio como un perro, decido seguir con el plan establecido. Cojo el móvil y llamo a Torres. Por un instante me planteo compartir con él lo que me ha dicho el comisario que ocupa su puesto, contarle cómo trabaja, pero tras oír el segundo tono de espera desecho la idea. La que debe lidiar con Navarro desde ahora soy yo, Torres se merece calma.

—¿Ha vuelto a matar el justiciero? —me pregunta directo, sin saludar.

—Buenas tardes, Torres. ¿Recuerda que desde hoy está jubilado?

—No es tan fácil, Lola. No se puede dejar de ser policía de un día para otro.

—Me lo imagino. Pero para su tranquilidad, de momento el justiciero no ha dado señales de vida. Mejor dicho, de muerte.

—Bien. Y si conseguís dar con él de una vez, mejor que bien.

—Sea quien sea, es un tipo escurridizo, pero Navarro hará todo lo posible y lo imposible para detenerlo —añado con una ironía que él no puede entender por falta de contexto.

—Harás buen equipo con él, estoy convencido.

—Segurísimo —miento con cinismo—. Pero yo no he llamado para hablar de trabajo, sino de ocio. Lo invito a cenar esta noche, ya he reservado mesa a las ocho de la tarde.

—No tienes que invitarme, Lola.

—Pues pague usted si quiere, pero no acepto un no por respuesta. Se ha marchado sin tomarse una cerveza con nosotros, algo que muchas voces pedían y yo les he quitado de la cabeza porque sabía que a usted no le apetecía.

—Y te lo agradezco infinitamente.

—Pues como me lo debe, hoy cena conmigo.

—Está bien, acepto —claudica tras unos segundos—. Pero con una condición, no se te ocurra hacerme llorar.

—No se preocupe, intentaré hacerlo reír para que su reputación de hombre duro siga intachable —bromeo—. Paso a recogerlo sobre las siete y media, ¿de acuerdo?

—Como usted diga, jefa.

Corto la llamada y de inmediato entro en el grupo de WhatsApp para informar al resto.

El pez ha picado el anzuelo. Os quiero a todos dentro de la sala antes de las ocho. ¿De acuerdo?
14:23

Alcira
De acuerdo. ¡Comienza la cuenta atrás!
14:23

Habrá DJ de nueve a once, después karaoke, pero creo que antes deberíamos proyectar el vídeo de Torres. ¿No os parece?
14:23

Manríquez
Me parece bien.
14:24

Bruno
Acabo de registrarme en el hotel. Estaré por la sala sobre las siete y media.
14:24

Bienvenido a Madrid, Bruno.
14:24

Bruno
Gracias, Lola.
14:24

Alcira
A mí también me parece bien. Esta noche nos conocemos, Bruno.

14:24

Por cierto, Chaparro, ¿lo tienes preparado?
14:24

Chaparro
Vídeo preparado, jefa. Ha quedado genial y las lágrimas están aseguradas.
14:24

Torres nos matará si le hacemos llorar, pero asumiremos el riesgo.
Y ahora a seguir currando.
14:25

Salgo de la aplicación y pienso en lo mucho que echo de menos a Torres y en cuánto lo voy a extrañar cada día. Miro al frente y a través de los cristales de las ventanas veo pasar a la chica de la limpieza empujando el carrito; se dirige a la recepción. Pienso en lo duro que debe de ser ir limpiando la mierda que los demás vamos dejando y me doy cuenta de que yo hago lo mismo: trato de limpiar las calles de mierda. De la mierda que se cree con el poder divino de arrebatar vidas ajenas, que deja cadáveres tirados como el que tira papel higiénico, que mancha el suelo de sangre como de orines los bordes de las tazas de los váteres. Ambas somos expertas en deshacernos de la mierda, y aunque ella no está exenta de peligros, asumimos riesgos muy diferentes.

Abandono el despacho pensando que no sé cómo se llama y que no estaría de más darle algún día las gracias por lo que hace, a todos nos gusta que se nos reconozca nuestro trabajo. Me acerco a las máquinas expendedoras a por un sándwich de pavo y queso y una Coca-Cola Zero, voy a comer sobre la marcha, tengo papeleo atrasado que resolver.

Observo a mi alrededor; hay ajetreo en la comisaría. Otros compañeros, que llevan el caso del homicidio de un taxista, han congregado a varios testigos para realizar ruedas de reconocimiento. También han venido los testigos de un asesinato entre bandas y los abogados de ambas partes, que tratan de hacer su trabajo. Hay mucho trasiego de gente, es un día movidito. El primero de muchos sin Torres. Cargada de tristeza, vuelvo a mi despacho pensando en el enojo que me produce la concepción de Navarro sobre la justicia, con la que nunca comulgaré.

Al llegar me encuentro un papel rectangular colocado sobre mi sillón. Me enfundo un guante con rapidez y lo cojo. El vello se me encrespa al darle la vuelta y encontrar la palabra *justicia* escrita en rojo, en mayúsculas, llenando toda esa cara. Levanto la cabeza y miro al frente,

buscando a quien haya podido dejarla. A través de los paneles de cristal que separan mi despacho del resto de la oficina solo veo a dos personas, a la chica de la limpieza parada al fondo, buscando algo en su carrito, y a Navarro, a un par de metros de ella, observándome y sonriendo con petulancia. Me muestra el reloj de muñeca y comienza a darle golpecitos a la esfera con el dedo índice. Interpreto que me está diciendo que el tiempo corre y me pregunto quién me ha dejado esa tarjeta. Ha sido él, a modo de aviso, o realmente el justiciero ha estado en mi despacho. Un fiero escalofrío me recorre la columna vertebral.

41

La prueba.

La familia de Cristóbal Otero Moreno era madrileña y muy católica. Él era el más pequeño de cinco hermanos, y el único hombre. Decía que Dios lo había llamado siendo un niño, y el muy cabrón se puso al servicio de la iglesia en 1987. Evaristo Otero, su padre, no lo vio hacerse cura, murió antes. Benigna Moreno, su madre, era muy religiosa y se convirtió en una típica viuda sumisa. Había que aceptar lo que Dios quería. Se apoyó mucho en su hermana Elpidia, viuda también, que vivía en Alicante y estaba tan sola como Benigna, que tenía las hijas casadas y su hijo entregado a Dios. Le costaba mucho estar sola y pasó largas temporadas en la tierra de su hermana, a su lado. El malnacido de Cristóbal se encargó de ir por el piso de su madre para regar las plantas y mantenerlo cuidado. Ella se lo dejó en herencia cuando murió, en el 2012. Desde entonces, Cristóbal seguía yendo por allí de vez en cuando.

De todo eso me enteré por Reme, la señora que limpiaba la iglesia y la casa del cura, que le planchaba y cocinaba y que hasta parecía estar enamorada de él por cómo elogiaba a aquel cabrón. Tuve que morderme la lengua para no escupirle la verdad. Que ese piso había sido el picadero del párroco. Que Cristóbal se empalmaba como cualquier hombre. Que le regaba las plantas a su madre y se corría en los jardines que Dios le tenía prohibidos. Que incumplió su voto de castidad cada vez que se folló a Rosaura en ese lugar. Maldito bastardo. Vació en ella su deseo, y cuando descubrió que muchos otros hombres se la habían follado, decidió abandonarla y siguió con sus misas como si nunca hubiera pasado nada, como si desconociera el placer de una mamada, no hubiera amasado teta y comido coño. Falso hipócrita de mierda. Lució con orgullo la casulla en el culto y el alzacuello en la calle. No le dio vergüenza romper el celibato, pero avergonzó a Rosaura por haber provocado a un siervo de Dios. A un siervo mentiroso, traidor e infiel al que yo pensaba matar en nombre de su dios.

Me acerqué a su iglesia a oír la última misa. Cuando Cristóbal les dijo a los feligreses «Podéis ir en paz», me preparé. Se inclinó ante el altar para mostrar su veneración, menuda pantomima viniendo de él. Besó repetidas veces el crucifico que le colgaba del cuello y deseé hacérselo tragar al muy hijo de puta. La gente abandonaba los bancos y él se acercó a hablar con una anciana acompañada de una atractiva mujer de unos cuarenta años. Los ojos del párroco se posaban más en las tetas de la acompañante que en la cara de la interesada. Seguro que ya estaba babeando, fantaseando, excitándose. Pervertido de mierda. Aproveché el momento para colarme en la sacristía. Busqué un lugar para esconderme y lo esperé. Cuando por fin fue a despojarse de la casulla, lo asalté por la espalda. Lo golpeé en la cabeza con la peana de latón del crucifijo de pie que había cogido de su escritorio. Se dio la vuelta, aturdido, y me miró con ojos de ruego. Quería vivir, el muy miserable. Me abalancé sobre él, caímos al suelo y seguí golpeándolo. Empezó a salir mucha sangre. Paré. No respiraba. Estaba muerto, lo había matado. Sonreí sin proponérmelo. Me sentía feliz. Le arranqué el crucifijo del cuello, era de oro y tan grande que resultaba hortera, y se lo metí en su asquerosa boca, la que no paraba de contar mentiras, la que

lamió el cuerpo de Rosaura y la llamó puta cuando ya no le interesó.

Acababa de hacer justicia con el padre Cristóbal y necesitaba que los demás lo supieran. No había sido un robo con final trágico. No podían culpar al drogata del barrio que buscaba la recaudación del cepillo para meterse un chute. De eso nada. Debían saber que era un ajuste de cuentas, una venganza. Vi el abrecartas sobre el escritorio, provocador, alentándome a que lo cogiera. «Justicia, justicia, justicia…», resonaba en mi cabeza. Miré al mierda del párroco, su calva era un lienzo en blanco. Lo vi claro. Tenía que grabarle en ella la palabra *justicia*. Bien a la vista.

Apenas había empezado a rajarle la frente cuando oí un ruido que me alertó. La iglesia seguía abierta y Reme debía de estar limpiándola. Me estaba exponiendo demasiado. Escabulléndome entre las sombras, escapé por la puerta trasera. Me metí las manos en los bolsillos en cuanto pisé la calle, los guantes de látex estaban completamente manchados de sangre. La sangre de un cabrón que juró mantenerse casto y se dejó vencer cada vez que tuvo un calentón. La sangre del primero de muchos. Tras matarlo, supe que podía matar sin remordimientos y que el siguiente en morir sería Diego Prieto.

Con la alimaña de Prieto practiqué, planeé y establecí un *modus operandi* para el resto. Él fue mi iniciación. Con su muerte di el pistoletazo de salida a mi carrera de asesinatos, que pronto finalizará.

42

Bruno y yo salimos de La Croqueta de Villaverde y nos dirigimos deprisa hacia el coche. Me anudo el cinturón del abrigo para ajustarlo a mi cuerpo, hace frío. El cielo está completamente encapotado, el viento arrecia y las nubes amenazan lluvia. Se avecina una tormenta idéntica a la que ruge en mi cabeza.

—¿Crees que Abigail nos oculta algo? —pregunta Bruno ajustándose la cazadora.

—Sí, pero no sé el qué.

—¿Opinas lo mismo que yo sobre lo que le hicieron al sacerdote?

—Si piensas que esa jota que le grabaron en la frente es de la palabra *justicia*, la respuesta es sí.

—Jesualdo mató al cura.

—Y creo que actuó solo, igual que con Diego Prieto.

—Porque así ha sido siempre, Lola. Sinceramente, no veo la teoría de los dos asesinos.

—Explicaba que matara de dos formas tan distintas, pero creo que estás en lo cierto. Solo hay un asesino.

—¿Cuántos cadáveres más habrá dejado atrás Jesualdo? ¿Y por qué los mata? Su patrón es asesinar proxenetas y prostitutas, pero antes mató a un párroco, ¿por qué?

—Quizá porque le hizo daño a su madre, la misma razón por la que quiere matar a Torres. Una vez escuché decir que cuando alguien se suicida, todos los que están a su alrededor tienen un poco de culpa. Creo que Jesualdo lo ve así y ha establecido un patrón. Mata a los que de algún modo considera culpables de la muerte de su madre. Pero ¿por qué actúa con dos *modus operandi* distintos?

—Creo que por el momento solo él conoce la respuesta.

—¿Puede que se marchara del país? De ahí la falta de datos en la Seguridad Social desde hace tres años.

—Puede ser. —Asiente—. Pero ahora sabemos que está aquí y que ya lleva un tiempo, porque mató al sacerdote hace tres meses. No creo que se marche hasta finalizar su trabajo con Torres.

—¿Torres será el último o tendrá más objetivos?

—Vete tú a saber. ¿Y de qué vive?, ¿dónde se esconde?

—Ni idea, ¡mierda! —suelto cabreada—. Hay que encontrarlo cuanto antes y detenerlo.

Oigo el silbido del wasap antes de que nos montemos en el coche. Es mi móvil personal, un mensaje de mi hermano.

¿Dónde andas, Wonder Woman? ¿Cuándo vas a llegar? En vez de cinco minutos de cortesía ya llevamos esperándote quince y sigues sin aparecer. No tienes contentos a nuestros padres.Como sigas así te van a desheredar, lo sabes.
15:16

—¡Joder, qué cagada! —anuncio malhumorada—. He olvidado que hoy tenía comida familiar y me están esperando. —Resoplo.

—Se avecina bronca.

—Eso, tú dame ánimos —le critico—. Anda, conduce, que voy a llamarlos para disculparme.

Bruno arranca y un trueno retumba a lo lejos. Pequeñas gotas de agua comienzan a estrellarse contra la luna del coche. Nos ponemos en marcha y nada más abrocharme el cinturón de seguridad el tono predeterminado del móvil del trabajo comienza a sonar. No me gusta quién está llamando.

—¡De nuevo Navarro! —exclamo enojada.

—Será mejor que le cojas de una vez el teléfono, ¿no crees? Te llamó ayer y te ha llamado esta mañana, no puedes seguir ignorándolo.

Bruno lleva razón. Aunque no me apetezca hablar con él, debo hacerlo.

—Dígame, comisario —respondo con voz débil, fingiendo que no me encuentro bien.

—¿Estás ciega y sorda? Te he llamado unas cuantas veces, ¿no miras el móvil, no lo escuchas?

—Estoy con fiebre, y la verdad es que no he estado pendiente del teléfono.

—¿Qué sabes de Torres?

—Bueno, sé lo que me contó Pacheco, que está en busca y captura por el asesinato de…

—No me has entendido —me interrumpe—. No te estoy preguntando si sabes lo que ha hecho Torres, sino si sabes dónde está.

Siento la demanda de Navarro como un ataque y, para contrarrestar, me defiendo lanzándole una pregunta:

—¿Por qué iba a saberlo? —Me muestro molesta para dotar a mis palabras de credibilidad.

—¿De verdad no lo estás ayudando?

—Oiga, la duda ofende —replico—. No sé qué lo ha llevado a pensar algo así.

—Alguien lo ha tenido que ayudar a huir o lo está escondiendo, y he pensado en ti porque un pajarito me ha dicho que tu relación con Torres es muy estrecha, que lo quieres como a un padre. Sin embargo, no estás en comisaría haciendo tu trabajo, tratando de esclarecer qué ha ocurrido y buscando al comisario, y me resulta extraño. Eso me ha hecho pensar que igual sabes dónde encontrarlo y por eso estás tranquila.

—Primero, he debido de coger un virus y estoy hecha polvo. Como le he dicho, tengo fiebre. Segundo, ni sé dónde está Torres ni lo he ayudado ni lo estoy escondiendo.

—Primero, si estás mala, quiero una baja médica, de lo contrario, tu palabra no me sirve. Segundo, más te vale no estar ayudando a Torres, porque, para tu información, te diré que él es el justiciero.

—Eso es imposible.

—Es la verdad, por eso estaba encallada la investigación. Pero no te noto muy sorprendida.

—Me sorprenderé cuando me dé una prueba de lo que está diciendo y no haya duda de que Torres es el asesino que estamos buscando.

—Ha huido dejando el cuerpo de la víctima en su casa, junto al cuchillo con el que la ha matado, en el que solo se han encontrado sus huellas.

—El cuchillo es suyo, es normal que estén sus huellas en él, ¿no cree?

—Dejó su habitual tarjeta de visita sobre el cuerpo de Jana.

Aprieto los labios para no decirle que miente, que Torres se llevó esa tarjeta y que él se ha inventado una para hacer que parezca culpable. Seguramente ha hecho una como la que me dejó a mí en mi despacho. Decido contrariarlo, aunque sin rebatirle sus palabras.

—Puede que el verdadero justiciero matara a Jana, dejara su tarjeta y se llevara a Torres con él. ¿No es posible esa hipótesis?

—Los indicios la descartan y apuntan a que Torres se descontroló, inmovilizó a la víctima con una pistola eléctrica, la drogó, la acuchilló y antes de huir dejó la tarjeta para que supiéramos que él es el justiciero.

—No me lo creo.

—Ni yo que tú estés enferma.

—Sé que necesita un sospechoso, pero deje de usar a Torres como carnaza para la plebe.

—Ni se te ocurra insinuar tal cosa. —Suena taxativo—. Te quiero en comisaría en media hora.

—Estoy con fiebre, enferma, no puedo ir.

—Tu ausencia tendrá consecuencias, Velázquez.

—Pues suspéndame si quiere, o emita una orden de busca y captura, lo que prefiera.

Cuelgo y resoplo tan fuerte que parece una ráfaga de viento. Navarro es de esos policías al que no le importa a quién llevarse por delante siempre y cuando su expediente quede limpio. Es un cabronazo que juega sucio para ganar.

—Has estado muy convincente —comenta Bruno—. Nadie diría que estabas mintiendo ni puede negar que le has echado un par de ovarios.

—Es lo que hay que echarle cuando te topas con un sinvergüenza de semejante calibre, ¿no? Navarro está empeñado en echarle el muerto a Torres; mejor dicho, los muertos, y va a hacer todo lo posible para culparlo.

—Nosotros se lo impediremos demostrando la verdad.

—¿Y si no lo conseguimos? ¿Y si Desi nos miente? ¿Y si no encontramos a Jesualdo? ¿Y si he implicado a Patricia para nada? ¿Y si todos perdemos nuestra placa? ¿Y si…

—¡Basta ya! —Bruno corta mi batería de preguntas—. ¿Qué te ocurre, Lola? Ahora mismo no te conozco.

—Se llama miedo, Bruno. Me cuesta despegármelo del cuerpo y acumulo tanto que me estoy dejando llevar por el pánico y empiezo a perder el control. Soy una policía actuando al margen de la ley que defiendo, que está incumpliendo su juramento.

—Navarro es quien lo está incumpliendo. Él y sus mentiras, no tú. Ni yo. Ni Patricia. Nosotros estamos luchando para que la verdad salga a la luz, pero solo podemos hacerlo por el camino que está a la sombra.

—El pajarito bocazas ha tenido que ser Vila. Seguro que él le ha contado a Navarro que tengo una estrecha relación con Torres. ¡Maldita sabandija! Esta debe de ser su represalia —siseo.

—¿Represalia por qué? —Aparta la vista de la carretera y me mira un segundo, cejudo.

Ignoro su pregunta.

—Voy a hablar con mi hermano para excusarme y después voy a llamar al inspector Vila.

Precisamente Bruno es el motivo por el que Enric quiere vengarse de mí.

43

La fiesta de jubilación de Torres.

La cara de Torres al entrar en la sala y ver a compañeros y amigos al grito de «Sorpresa» es un poema. Una oda al desconcierto mezclada con un canto contenido a la alegría salpicado de mentiras. Todo eso danza en sus ojos, con los que me está matando. En cuanto empiezan a saludarlo, Torres pasa de odiarme por la encerrona a emocionarse por el bonito detalle. Sonríe. Choca las manos con los hombres, les da dos besos a las mujeres y reparte abrazos a discreción entre todos. A duras penas contiene la emoción.

Aprovecho el momento distendido para observar la sala. Ha sido engalanada con sumo gusto por parte de Jana, que también se encuentra en la fiesta para cerciorarse de que todo sale bien. Lo que más me gusta es que ha hecho de la decoración algo bonito a la par que divertido. Hay globos de Torres vestido de gala y guirnaldas con pistolas, placas y esposas. También hay un *photocall* en forma de gorra de plato, adornado con decenas de fotografías del comisario a lo largo de todos sus años de servicio. Las mesas en las que se va a servir el cáterin simulan ser coches patrulla, y las servilletas, fichas policiales. En la cabina del *DJ* lucen y giran unas luces idénticas a las de los zetas, aunque sin sonido para no restarle protagonismo a la música. No falta detalle ni sobra delicadeza, la organización es acorde al estilo de Jana y a lo que yo esperaba, incluso supera mis expectativas.

Los camareros comienzan a desfilar con bandejas de comida y bebida. Mientras disfrutamos del cóctel, le presento a Torres a la mujer que ha dado forma de tan buena manera a mi idea. Jana se queda hablando con él y yo voy a saludar a Bruno, a quien hace más de un año que no veo en persona. Coincidir es complicado cuando hay kilómetros de por medio y estás casado con tu trabajo, pero nos mantenemos en contacto por teléfono, por WhatsApp e incluso mediante alguna que otra videollamada. Quiero presentarle a Patricia, pues aunque le he hablado a cada uno del otro, todavía no se conocen.

Enric está con el subinspector Pacheco y con el forense, el doctor Zamorano. No deja de mirarme y no me gusta que me mire de ese modo. Podría decírselo, pedirle que me olvide, que pase de mí, pero aparto la vista y soy yo la que pasa de él. Siento una vibración dentro del bolsillo del pantalón, alguien me está llamando al teléfono del trabajo. Es Navarro e ignoro su llamada. No me va a aguar la fiesta ni a mí ni al resto. Veo a la oficial Alcira reunida con un grupo entre los que se encuentra Bruno, que, para mi sorpresa, está hablando con Patricia.

—Hola, Molina. Ya veo que has conocido a la inspectora Patricia Soler. —Nos damos dos besos.

—Acabo de presentarme —dice ella.

—La verdad es que me has hablado tanto de Patricia que es como si ya la conociera.

—A mí me ocurre lo mismo, Bruno.

El móvil vuelve a sonar; de nuevo Navarro.

—¡Joder! —farfullo.

—Oye, guapa, hoy nada de trabajo, que hay más policías en esta ciudad —me dice Patricia.

—Tu amiga lleva razón. —Bruno sonríe.

—Cierto. —Guardo el móvil—. Voy a buscar algo para beber, que estamos de fiesta.

Patricia me acompaña en busca de una copa de cerveza y ella toma otra. Observo a Torres, sigue hablando con Jana.

—Parece que han congeniado bien —le digo a Patricia.

—Y hacen buena pareja. La verdad es que Torres se conserva bien para la edad que tiene.

—No creo que tenga ganas de buscar pareja, ha enviudado dos veces y su corazón sigue de luto.

—No estoy diciendo que se vaya a casar con ella, pero hay que darle alegría al cuerpo de vez en cuando. ¿No crees? Y hablando de alegrías, no me habías contado que Bruno está de tan buen ver.

—Quizá porque yo ya no lo veo con esos ojos.

—Ya. ¿Tampoco ves que aparenta menos de cuarenta y seis años?

—No me gusta ese tono.

—Ni a mí que me mientas. Sabes que Bruno es un tío bueno que aparenta diez años menos, uno de esos tipos con los que echarías más de un polvo y repetirías porque es interesante a la par que guapo.

—Bruno y yo solo somos amigos y solo seremos amigos.

—Siento decírtelo, Lola, pero los ex nunca pueden ser amigos. —Niega con la cabeza—. Siempre habrá algo más entre vosotros, y volverá a haberlo en cuanto surja la chispa.

—¿Y cómo va tu chispa con Lucas?

—¡Guau! —Silba—. Desvías la respuesta con una pregunta, capto el mensaje, Lola. Pues mi chispa con Lucas está prendida para mañana por la noche. Hemos quedado para hablar de la desaparición de Abril Santana, cenaremos *sushi* y terminaré follándomelo. Después él a lo suyo y yo a lo mío, y paz para todos.

—Me parece un plan perfecto.

—¿Y tú no tienes plan, Lolita?

—Mi plan actual es que Enric comprenda que entre nosotros nunca habrá nada. ¡En qué hora me acosté con él! Me tiene un poco harta.

—¿Se ha encoñado?

—No sé si es la palabra apropiada, pero parece que sí.

—Si me permites un consejo, haz que te vea con otro tío en plan cariñoso, ya me entiendes. A veces es la única manera de que comprendan que no te interesan. Y mira, hablando del rey de Roma, por aquí asoma. Te dejo con él.

—Vaya, ¿he espantado a tu amiga? —me pregunta Enric mientras veo cómo se aleja Patricia.

—Ni mucho menos.

—Te está llamando Navarro.

—Pues muy bien, dile que mañana hablo con él.

—Díselo tú.

—Por lo que parece, tú eres su recadero, ¿no?

—No te pases, Lola.

—Pues no me toques los ovarios tú también, ¿vale? —Me marcho, dejándolo con la palabra en la boca.

La sesión del *DJ* finaliza y comienza la proyección del vídeo que el subinspector Chaparro ha montado para Torres. Se hace el silencio mientras las fotografías desfilan ante nuestros ojos al ritmo de *Friends will be friends*, de Queen. Es una de las canciones favoritas del comisario. La emoción nos embarga viéndonos tan jóvenes, en nuestros inicios como policías. Una de ellas llama poderosamente mi atención. No sé de dónde ha salido, pero me remueve ver quién aparece al fondo. Es Bruno. Estaba apartado porque no pertenecía a nuestro equipo ni a la unidad. Recuerdo que tenía unos días libres y vino a Madrid a pasarlos conmigo. Estaba destinado en Zaragoza y se presentó en la comisaría para conocer mi entorno de trabajo. También recuerdo lo mucho que lo amaba por entonces, con locura, y lo mucho que llegué a odiarlo después, con todas mis fuerzas. Actualmente ya no siento nada por él, mi corazón está en paz. Lo considero un amigo, le tengo afecto, puede que cariño, pero no hay amor.

El vídeo acaba y la sala estalla en aplausos. Torres se enjuga las lágrimas que no ha podido reprimir, como le ha sucedido a más de uno. Busco con la mirada a Bruno y me encuentro con sus ojos, vidriosos como los míos. Nos sonreímos y, con cierto nerviosismo que no alcanzo a entender, vuelvo la vista al frente. Torres da un pequeño discurso de agradecimiento y la voz se le rompe en más de una ocasión. Pide un aplauso para todos y en especial para mí. Aguanto el tipo como puedo, no pienso llorar o me arruinaré el maquillaje.

Jana invita a Torres a inaugurar el karaoke y, a pesar de su negativa inicial, terminan cantando *Mi gran noche*, del reconocido Raphael. Que cantar no es uno de los dones de Torres queda patente mientras destroza la canción. Algunos aprovechan el momento para desafiar al frío madrileño saliendo un momento a fumar. Patricia, que tiene una voz más aceptable, sube al pequeño escenario y se desmelena cantando *Desesperada*, de Marta Sánchez. Suele ser una mujer seria, pero me ha demostrado que sabe divertirse. Desde que consiguió que Alfredo, su exmarido, la dejase en paz, sonríe con frecuencia.

El karaoke anima mucho la fiesta, el que más y el que menos hace el tonto tratando de entonar en condiciones alguna canción. Torres continúa hablando con Jana, parecen afines, y me alegra. Me tomo otra copa mientras me divierto escuchando a Manuel Ortiz y a Víctor Castrillejo al ritmo de Guaraná con su archiconocida *En la casa de Inés*. Toman el relevo Virginia Alcira con Pedro Chaparro cantando *Lola*, de Pastora, canción que me dedican. Al terminar, a ellos se les unen Marcelino Pacheco y Zoilo Manríquez, juntos cantan por Papá Levante, *Me pongo colorada*. Ninguno de los cuatro tiene el más mínimo sentido del ridículo y hacen una coreografía con la que terminamos llorando de risa. Patricia vuelve a tomar el pequeño escenario

y se viene arriba con una canción de Massiel que tiene dominada de tanto cantarla. *El amor* era una de las canciones favoritas de su madre y hace tiempo que ella la ha convertido en la banda sonora de su vida. Tras los vítores de los compañeros, viene hacia mí corriendo, me tira de la mano y me arrastra con ella al escenario.

—Patricia, me muero de vergüenza, canto fatal.

—Toma —me da su copa de Barceló con cola, que está a medias—, bébetelo de un trago y a cantar, Lolita. Mira, voy a seleccionar *La gata bajo la lluvia*, que sé que te gusta mucho.

Los acordes comienzan a sonar y me bebo de golpe lo que queda de la copa de Patricia. Ella sabe que me gusta esa canción, pero ignora lo que representa para mí. Bruno y yo solíamos cantarla en un karaoke de Ávila cuando salíamos los fines de semana de la academia de Policía. La descubrimos antes de ser novios y la cantamos juntos cuando ya lo éramos, la hicimos nuestra canción. Mientras Patricia y yo tratamos de imitar a Rocío Dúrcal, Bruno me mira y a mí me resulta difícil apartar la vista de él. Al acabar, los compañeros nos aplauden y nos corean. Ambas, cogidas de la mano, nos inclinamos en agradecimiento, como si fuéramos cantantes profesionales.

Manríquez se ofrece voluntario para suplir mi ausencia en el escenario. Patricia busca otra canción para cantar a dúo con él mientras yo lo abandono sin parar de reír, pese a los gallos que he soltado. Bruno viene a mi encuentro y mi cuerpo se paraliza: la risa se me congela y mis pies se detienen a medio metro de él. Nos miramos fijamente, en silencio. El tiempo retrocede veinte años de súbito y me veo en aquella época, cuando éramos novios y nos queríamos, nos besábamos, nos amábamos… *No puedo vivir sin ti*, de Coque Malla, empieza a sonar en la voz de Zoilo, desacompasada, pero bastante afinada. No sé qué parte es más responsable, el recuerdo que me ha despertado la canción de la Dúrcal, el sentimiento que me nace con la que suena de fondo o el efecto de la copa de más que llevo, pero me lanzo a besar a Bruno con vehemencia, con deseo, hambrienta…

Descubro a Enric enfrente. No me importa que nos vea y no paro cuando nos ve. En un segundo, su expresión de sorpresa se vuelve rabia y me fulmina con la mirada. Me resulta tan indiferente lo que sienta que arremolino con ganas mi lengua a la de Bruno, que está completamente entregado a la causa. Enric se da media vuelta y se marcha.

—Me voy —le digo a Bruno cuando soy capaz de separarme de su boca.

—¿A dónde? —pregunta con un brillo especial en los ojos.

—A mi casa. Es tarde.

—Yo también me marcho al hotel.

—Voy a decírselo a Torres. —Arranco a andar.

—Espera, que te acompaño y me despido de él.

Torres también está pensando en marcharse, las emociones lo han agotado y va siendo hora de recogerse. Mi idea era acercarlo a su casa, como lo he traído, pero insiste en pedir un taxi. Jana se ofrece a llevarlo y él acepta la propuesta sin dudarlo, parece que ambos quieren alargar su conversación. Nos despedimos de ellos y de Patricia, que sigue cantando. Está echando el resto junto a Virginia con *Toda*, de Malú. Desde el escenario, me devuelve el saludo de despedida y me indica con un gesto que ya nos llamaremos. Con mi último vistazo a la fiesta

descubro una cara conocida que no contaba con ver, la joven que limpia la comisaría haciendo lo propio allí. Qué casualidad.

Bruno y yo nos dirigimos al aparcamiento para coger los coches. Caminamos callados, sin mencionar el beso que acabamos de darnos. Agradezco su silencio, pues, como dice la canción de Rocío Dúrcal, tengo un torrente dando vueltas por mi mente. Quería que ese beso sirviera para hacerle comprender a Enric que no quiero nada con él. Quizás esa técnica tan drástica sea efectiva, pero no creo que sea la más beneficiosa para sus sentimientos. He actuado sin importarme lo más mínimo lo que pueda sentir, y no está bien, pero lejos de encontrarme arrepentida, siento ganas de volver a besar a Bruno.

Entramos en el aparcamiento, que está algo solitario. Solo se oyen nuestros pasos, los de mis tacones, que me están triturando los pies, y los de los zapatos Oxford que calza Bruno. A nuestras pisadas se unen un par de silbidos que provienen de mi móvil personal. Lo miro, tengo dos wasaps de dos chats diferentes. Abro primero el de Patricia, estoy convencida de que será más amable que el otro.

¡Eh, que te he visto irte con Bruno! Fóllatelo. Es lo que haría yo en tu lugar. Mañana me cuentas.
2:06

Aborto el amago de sonrisa y, con más inquietud que interés, leo el de Enric.

Vaya morreo, he captado el mensaje. Tranquila, que ya paso de ti como de la mierda.
2:06

—¿Dónde has dejado el coche? —me pregunta Bruno.

Lo miro como si no lo hubiera visto nunca. Como si fuera la primera vez que veo al hombre atractivo que es y que hoy, especialmente, tiene el guapo subido. Como si no lo hubiera besado nunca, como si no lo acabara de hacer, como si no deseara volver a hacerlo. No puedo seguir reprimiendo mis sentimientos. Me lanzo a su boca hambrienta de ganas y él me devuelve el beso con un apetito desbordado. Lo noto excitado. Me siento ardiendo. La chispa ha prendido, debemos sofocarla.

—Vamos a mi casa, Bruno.

44

El día esperado.

En esta vida hay tres formas de ser invisible: porque te escondes para que nadie te vea; porque estando presente, siguen sin verte, y porque aunque te ven, no perciben quién eres. Si no te conocen de verdad, puedes pasearte por donde quieras sin que nadie sospeche cómo eres. Así veían al cabrón embustero de Isidro Torres, como si fuera alguien transparente. Su verdadero yo era invisible porque todos ignoraban su pecado, igual que él no sabía que tenía las horas contadas. Había tenido que adelantar mi plan por culpa de la puta fiesta que le habían organizado los que tanto lo apreciaban, y que para nada se merecía. La parte buena era que aquella estúpida celebración me permitiría completar mi venganza. ¡Qué satisfacción!

Todavía me faltaba un gran detalle por determinar: necesitaba una mujer para reproducir la muerte de Rosaura, una que muriera esa noche al lado de Isidro, tan cerca que su sangre lo calara. Pensé en la inspectora Dolores Velázquez. Ella lo había traído a la fiesta y probablemente lo llevaría de vuelta a casa. Aunque igual quería volver solo, en taxi. Si hacía eso, yo contrataría los servicios de una puta que acabaría en su casa siendo la víctima.

Mientras esperaba a ver qué plan tenía que poner en marcha, miraba a los polis que abrazaban a Isidro, charlaban y reían con él. Las continuas muestras de afecto que ese bastardo estaba recibiendo me revolvían las tripas. Hasta la organizadora de la fiesta no se movía de su lado y estaba tan pendiente de él que empezó a estomagarme. Se llamaba Jana. Tenía cincuenta y pico años, esbelta y bien cuidada. Me sorprendió que fuera ella la que decidió llevar a Isidro a su casa. Estúpida ingenua. Se marchó con él feliz, riéndose. No imaginaba que acababa de firmar su sentencia de muerte. No fui yo quien la eligió, sino el destino.

Me mantuve a una distancia prudente detrás del Cupra de Jana y los seguí sin que lo sospecharan. Mientras conducía, analizaba las posibles cosas que podían pasar y pensaba en cómo reaccionaría en cada caso. Veinte minutos después llegábamos a Las Tablas. Jana no paró en doble fila, como yo esperaba, sino que aparcó el coche. La imité de inmediato. Salieron del vehículo conversando animadamente. Otra idiota que había caído en las redes de aquel malnacido. Como me imaginaba, iba a subir a su casa con él. Maldito viejo verde y benditas sus ganas de follársela. Acababa de facilitarme el trabajo. Había previsto otras formas de llevar a Jana al piso de Isidro, pero ya no tenía que recurrir a ninguna. Ya sabía a lo que me enfrentaba y cómo debía actuar.

Dejé trascurrir unos minutos antes de colarme en la vivienda con sigilo. Meses atrás había conseguido un duplicado de las llaves. Isidro era bastante descuidado y muy confiado, fue muy fácil. Desde la entrada, los escuché hablar; estaban en el salón. Ya había entrado otras veces en la casa para conocer bien el terreno. Los observé a hurtadillas. Isidro le estaba sirviendo a Jana un *gin-tonic* con poca gracia y a la vieja usanza. Vaso de tubo, sin pimienta rosa, cardamomo o bayas de enebro. Vaya vejestorio de mierda pasado de moda. Ni siquiera la acompañó con otra copa. Quería estar lúcido para lo que planeaba. La bebida era la excusa para acabar echando un

polvo. ¿Necesitaría una viagra para empalmarse? Solo pensarlo me provocó una arcada.

Jana hablaba de sus dos hijos ya independizados. Isidro, de lo solo que se sentía tras quedarse otra vez viudo. Ella lo abrazó para consolarlo. Menudas tretas se gasta el viejete para poder tirársela. Deshicieron el abrazo y se miraron el uno al otro hasta acabar besándose. Él no tardó en tocarle las tetas. Ella se desabrochó la blusa para dejarle. Los dos se morían por follar.

—Deberíamos ir a tu habitación —le sugirió Jana con picardía, apartándose un momento de su boca.

—Por supuesto, vamos.

Isidro atrajo a Jana hacia él y volvieron a besarse. Un buen morreo. Estaba empalmado, se le notaba en la entrepierna del pantalón. Al viejo cabrón se le seguía empinando la polla. Seguro que Jana estaba húmeda y preparada para que él se la metiera, pero yo no iba a esperar a que follaran.

—Antes debo ir un momento al baño —le dijo ella.

—Te acompaño y te indico dónde está mi dormitorio, allí te espero. ¿Te parece?

—Perfecto.

Mientras salían del salón me escondí en la cocina. La luz de las farolas de la calle se colaba por la ventana e iluminaba los cuchillos que colgaban de la barra magnética que servía de soporte. Había cinco. El tercero era el mejor.

—La siguiente puerta de la derecha es mi dormitorio —escuché decir a Isidro.

—En un par de minutos estaré contigo —le avisó ella.

Caminé de puntillas hacia el recodo del pasillo. Jana cerró la puerta del baño e Isidro entró en su habitación. Aguardé a que ella saliera y le solté una fuerte descarga con la pistola eléctrica. Cayó desplomada. El golpe contra el suelo produjo un sonoro ruido. Entré deprisa en la habitación contigua al baño.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Isidro saliendo apresurado de su habitación—. ¡Jana! —exclamó asustado al verla tirada en el suelo.

Se acercó de inmediato y se agachó para ver qué le había ocurrido. Su nuca fue el blanco perfecto para la descarga de la táser. Lo pilló completamente desprevenido. Me apresuré a inyectarles mi mezcla. La dosis para ella era más fuerte, no tenía que volver a despertar. Les solté un par de descargas más mientras esperaba a que el compuesto les hiciera efecto. Los arrastré hasta la habitación y los metí en la cama que el malnacido de Isidro había preparado para follarse a Jana. A ella la tumbé boca arriba, a él, frente a ella. Cogí el cuchillo y le rajé las venas a Jana. Debía morir igual que Rosaura. La sangre brotaba con fuerza, chorreando por sus manos y manchando las sábanas. Isidro lo entendería todo cuando leyera las pistas que iba a dejarle en el reverso de la tarjeta de justicia. Lo observé. Dormía tranquilo. Lo odiaba. Lo odiaba con todas mis fuerzas. Le escupí en la cara. Pensé en mearle encima, mejor aún, cagarle. Me había cagado en él muchas veces a lo largo de mi vida y en ese momento podía hacerlo de forma literal. Me reprimí, hacerlo podía incriminarme. Volví a escupirle.

De pronto me sentí mal. Isidro sabría cómo hacer pasar la muerte de Jana por un suicidio, seguro. Si lo hacía, mi plan se iría al traste. No podía permitirlo. Debían culparlo sí o sí; es un asesino. Con rabia, le clavé el cuchillo en el vientre a la mujer una vez, dos, tres, cuatro… Perdí

la cuenta. Al acabar, la contemplé. Nadie podría poner en duda que Jana había sido asesinada. Le cogí la mano a Isidro y se la cerré en el puño del cuchillo, tenía que dejar sus huellas y mancharse de sangre. Los puse a ambos en posición fetal, él dándole la espalda ella. Coloqué la mano de Jana sobre la cadera de Isidro, replicando la imagen que sigue viva en mi cabeza y me sigue atormentando. Dejé la tarjeta sobre la mesilla de noche y me marché feliz.

El desenlace estaba muy cercano. La tarjeta le dejaría clara a Isidro la identidad del justiciero. Leería entre líneas que pensaba humillarlo y desacreditarlo delante de sus compañeros. Que quería que lo encerrasen en la cárcel, donde algunos presos lo matarían con saña.

Isidro Torres debe saber quién hará que lo maten, porque lo quiero muerto.

45

Como me había adelantado mi hermano, mi inesperada ausencia no ha sentado bien a nuestros padres. Me disculpo con él, que, siendo casi adicto al trabajo, entiende mi ausencia. Raúl les pasa el teléfono a nuestros progenitores. Mi padre dice más bien poco, un «tranquila» seguido de un «está bien», pero mi madre habla por los dos y me echa una bronca como si fuera una niña pequeña que acababa de hacer una trastada. No replico, en realidad no me siento con derecho a defenderme. Sé que mi madre ha puesto mucha ilusión en esa comida y conozco las ganas que tiene mi padre de tenernos a todos juntos. Debatirse durante algo más de un mes entre la vida y la muerte en la UCI y sobrevivir a la covid han hecho que valore a la familia por encima de todo.

Me limito a prometerles que se lo compensaré, se lo debo, y sobre todo se lo debo a Raúl y a Emma, cuya cercana boda es la razón de haberse reunido. Mientras les hago la promesa, pienso en lo mucho que se avergonzarían de mí si acabo en la cárcel por ayudar al prófugo de Torres. Un escalofrío me sacude el cuerpo y los nervios se expanden por mis entrañas como culebras. No quiero verme obligada a abandonar mi profesión, lo he dado todo por ella, me he enfrentado a mi familia y he renunciado a formar una propia. Es lo que soy y cuanto tengo. Me despido de ellos pensando que no me gusta ser una policía huyendo de la policía, quiero seguir siendo una policía que persigue asesinos.

Me revuelvo en el asiento intentando borrar los malos pensamientos de mi cabeza. Con el móvil en la mano, decido marcar el número de Enric. No me gustaría que sacara el tema del beso con Bruno, pero algo me dice que saldrá en cuanto crucemos unas palabras. Podría decirle que no pretendía herir sus sentimientos, pero de poco valdría, porque lo hecho, hecho está y no se puede cambiar. No debo sentirme responsable porque él contara con la posibilidad de tener algo más conmigo cuando no le di alas ni para figurárselo. Yo no tengo la culpa de que él disfrazara una mentira de esperanza.

—Dime —responde Enric de forma seca al segundo pitido.

—No, dime tú. ¿Por qué le has hecho creer a Navarro que yo puedo estar ayudando a Torres?

—¿De verdad que no lo estás haciendo?

—¿Tú eres gilipollas o te lo haces?

—¿Tú qué crees?

—Contéstame. ¿Qué te ha hecho suponer tal estupidez?

—Ya sabes lo que dicen, que la policía no es tonta, y yo no me fío de ti, Lola.

—Es tu manera de vengarte por lo que sucedió anteanoche, ¿verdad?

—¿Porque te besaras delante de mi jeta con otro tío o porque doy por hecho que te lo follaste después? ¿En serio me crees tan infantil?

—El resquemor que rezuman tus palabras es idéntico al que desprendían las que me escribiste en tu wasap.

—Pues te equivocas, no tengo ningún resentimiento. Tú y yo solo nos hemos acostado una vez, y ya me dijiste que para ti fue un error. ¿No es así?

—Enric, entiendo que he herido tu orgullo viril, pero espero que no seas uno de esos machotes vengativos, porque como se te ocurra atacarme con mi trabajo, te juro que te arrepentirás. ¿Entendido? Pues no lo olvides.

—Y tú no olvides que si estás ayudando a Torres, Navarro lo descubrirá y estarás cavando tu tumba.

—No estoy ayudando a nadie, ¿de acuerdo? Y más vale que tengáis pruebas contundentes para acusarlo de algo tan grave.

—Yo entiendo que a ti te cueste creerlo, pero no se emite una orden de busca y captura sin pruebas. Torres está bien jodido y no tiene escapatoria. Hay controles por carretera, en estaciones de tren y de autobuses. Su casa de Denia está vigilada por la policía del lugar, y en cuanto use el móvil o la tarjeta de crédito, daremos con él. No podrá salir del país ni escapar de nosotros. Tenlo presente.

—Si es culpable, la justicia lo dirá —sentencio.

•

Hemos tardado unos quince minutos desde la calle de Palomares, en el distrito de Villaverde, hasta la del Aguacate, en el de Carabanchel, y yo me los he pasado hablando por teléfono. Clean and Service, la empresa de Desi, está entre una cervecería y un taller mecánico. Todo parece estar cerrado y nadie nos abre cuando llamamos a la puerta de la nave. Marco el número de teléfono que viene en el cartel publicitario, el mismo que nos ha dado Abigail. Tampoco contesta nadie.

—Si Abigail no nos ha mentido y Desi vive aquí, tendrá que venir en algún momento —advierte Bruno.

—Ya, pero no sabemos cuándo y no podemos perder tiempo. Corre en nuestra contra y nos va restando posibilidades de dar con Jesualdo.

—¿Qué propones?

—Dividirnos. Tú te quedas aquí, esperando a Desi, y yo intento hablar con los que llevan el caso de los robos y el asesinato del párroco.

—¿Y cómo vas a saber quiénes son?

—Buscando un aliado que me ayude, no hay otra opción. Voy a llamar a la oficial Virginia Alcira.

—Un momento, ¿lo has pensado bien? —suena preocupado, y no es para menos.

—Por supuesto.

—¿Puedes confiar en ella?

—Es discreta, obediente y aprecia a Torres. Con eso basta.

—En fin, tú la conoces mejor que yo y doy por hecho que sabes lo que haces.

—Exacto, Bruno, la conozco y sé lo que hago, así que confía en mí.

—Está bien. —Asiente—. Envíame la foto de Desi para poder identificarla, haré guardia en el bar de enfrente.

Le paso a Bruno la fotografía por WhatsApp y a continuación marco el número de Virginia. No se me ha quitado el mal sabor de boca que me han dejado las conversaciones con Navarro y Enric. Escucho los pitidos de espera y el amargor que remolonea en mi paladar se torna en una inquietud que alcanza mi alma y se multiplica mientras espero a que la oficial conteste. Cuando lo hace, una legión de nervios se ha aferrado a mi estómago.

—Buenas tardes, Alcira, ¿estás de turno o librando?

—Creo que la única que está librando es usted, jefa. El comisario Navarro nos tiene trabajando a todos para encontrar al comisario Torres cuanto antes. Por cierto, ¿cómo se encuentra?

—Hecha unos zorros, la verdad —miento.

—Pues créame que la necesitamos, esto está siendo una locura. No sabe lo mucho que me cuesta creer lo que está sucediendo, de veras.

—Me lo imagino —empatizo con ella.

—Llevo algo menos de un año a las órdenes de Torres y ha sido tiempo suficiente para conocerlo, y no me puedo creer que sea un asesino. Vale que estaba triste, cómo no, si había vuelto a enviudar, pero tenía la cabeza sobre los hombros. Que la locura transitoria lo impulsó a cometer el asesinato de Jana me hacía dudar, pero que sea el justiciero, para mí no se sostiene. Da igual que en la escena haya aparecido su tarjeta de visita, Torres está desaparecido y hay que encontrarlo para saber qué ocurrió. ¿No opina lo mismo?

—¿Crees que el justiciero le ha tendido una trampa? —pregunto esperanzada, tanteando el terreno.

—¿Acaso usted no?

—Sí —admito.

—Menos mal, porque aquí parece que soy la única.

Me alivia saber que la oficial no piensa que Torres es el asesino que Navarro quiere hacernos creer a toda costa. Que esté de mi parte me facilita pedirle ayuda, aunque voy a contarle una verdad a medias y sin entrar en detalles. Bastante me estoy arriesgando.

—Como bien has dicho, la hipótesis de Navarro no se sostiene, pero te adelanto que hará todo lo posible para hacerla creíble. Por lo que parece, suele trabajar así.

—Pues no podemos ni debemos consentirlo.

—Eso mismo pienso yo. Y ya que opinamos lo mismo, ¿puedo confiar en ti, Virginia? —La tuteo, eso genera más complicidad.

—Por supuesto, jefa.

—Creo que sé quién es el justiciero y estoy haciendo algunas averiguaciones para encontrarlo, pero necesito tu ayuda y que sea nuestro secreto.

—¿Sabe quién puede ser? ¿Y sabe dónde puede estar Torres?

—Sé que es alguien de su pasado que lo quiere muerto, y que Torres se ha escondido hasta que demos con él, aunque desconozco dónde. No me ha dicho más, pero me ha pedido que dé con el asesino y es lo que estoy tratando de hacer.

—Pues dígame en qué puedo ayudarla.

46

Madrid, 2009.

Días después de la llantina, algo detonó en el cerebro de Rosaura. Estaba colmada de impotencia ante el rechazo de Cristóbal y todavía dolida por el abandono de Isidro, así que, con una impulsividad nada habitual en ella, se presentó en la comisaría donde trabajaba Isidro Torres. Hacía años que lo habían ascendido a inspector jefe y tenía su propio despacho. A Rosaura no le costó encontrarlo; acostumbrada, como estaba, a mentir, le bastó con inventarse que el inspector Torres quería verla y el policía de recepción le indicó dónde localizarlo.

A Isidro le sorprendió la visita de Rosaura, era la persona que menos esperaba ver allí. A ella le dio un vuelco el corazón cuando lo tuvo enfrente, lo amaba tanto o más que antes. Con un arrojo irreflexivo, sin mediar palabra, se lanzó hacia él, lo abrazó y lo estrechó con fuerza. Isidro se quedó inmóvil, aturdido, con los brazos pegados al cuerpo. Terminó abrazándola también, pero por compromiso, de una manera forzada.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? ¿Está bien Jesualdo? —Lanzó la tanda de preguntas y aprovechó para separarse de ella.

—No, tranquilo, Jesualdo está bien. —Asintió mirándolo a los ojos—. No pasa nada y a la vez pasa todo, y sobre todo pasa que cada día te echo más de menos, Isidro —confesó.

—Vamos a ver, Rosaura, no puedes presentarte aquí para decirme esto. Han pasado unos cinco o seis años…

—Siete —lo interrumpió para precisar el tiempo—. Siete años desde que te marchaste.

—Desde que me echaste —la corrigió—. Más tiempo a mi favor, ya han pasado siete años y…

—Y yo no te he olvidado, ni nunca te olvidaré —volvió a cortarlo.

—Lo que trato de decirte, si me dejas, es que ha pasado demasiado tiempo y cada uno hemos hecho nuestra vida.

Tras escuchar las últimas palabras de Isidro, los ojos de Rosaura buscaron con inmediatez sus manos. En el dedo anular de la derecha lucía una alianza de oro distinta a la que llevaba cuando lo conoció, la que no era capaz de quitarse desde que enviudó.

—¿Te has vuelto a casar? —preguntó, más temerosa que intrigada.

En un acto reflejo, Isidro miró la alianza y, de forma instintiva, la cubrió con la otra mano. Estuvo a punto de contestarle que no era asunto suyo, pero se contuvo para no perder las formas. Rosaura, en verdad, le daba pena. Era un alma atormentada, una mujer a la que unos malnacidos habían destrozado el alma y la vida.

—Sí, hace un par de años.

Rosaura permaneció en silencio, pensando en el motivo que había movido a Cristóbal a concluir su aventura. Respaldada por la decisión del cura, le preguntó:

—¿No quisiste tener nada conmigo porque había sido prostituta?

—Pero ¡qué dices!

—Te recuerdo que no fue mi elección, no me quedó más remedio y bien lo sabes.

—Rosaura, nada de eso me habría importado si me hubiera enamorado de ti, pero uno no elige de quién se enamora, eso surge sin más.

—En eso llevas razón, uno no elige de quién se enamora, pero el amor no siempre surge sin más, a veces se le dan alas para que brote.

—Yo solo te quería como amiga.

—No me trataste como a una amiga, me hiciste albergar esperanzas de ser algo más en tu vida.

—Malinterpretaste la situación.

—Me diste pie cuando te metiste en mi cama.

—Y siempre me arrepentiré. Te lo dije entonces y te lo repito ahora; lo siento, nunca debió ocurrir. —Incómodo con la situación, Isidro se acercó a la puerta del despacho y la abrió—. Y ahora, si no te importa, tengo muchas cosas que hacer.

—¿Ahora eres tú el que me echa a mí? ¿Es en represalia?

—Por favor, vete —contestó, autoritario.

—Y si no, ¿qué? ¿Me meterás en el calabozo? Allí nos conocimos, ¿te acuerdas?

—Rosaura, creo que no estás bien.

—Por supuesto que no estoy bien, estoy dolida, ¿cómo quieres que esté? Me engañaste y después me dejaste tirada como a una colilla, como los demás.

—Lárgate ahora mismo. ¡Ya!

—A sus órdenes, inspector jefe —entonó con sarcasmo—. Ya lo dejo en paz y espero que sea muy feliz.

Rosaura echó a andar hacia la salida, pero nada más cruzar la puerta se detuvo y observó a los policías que trabajaban en la comisaría. Giró la cabeza y miró otra vez a Isidro, después volvió la vista y dijo en voz alta:

—Vuestro jefe, Isidro Torres, es un maldito cabronazo que me abandonó en cuanto me echó un polvo.

Se hizo el silencio. Los policías repartían las miradas entre Rosaura y Torres.

—Echad a esta loca y no dejéis que vuelva a pisar la comisaría —ordenó Isidro.

—Me folló y pasó de mí, es la verdad y no estoy loca —siguió voceando, para asombro de todos.

—Cállate o te detendré por faltar el respeto a la autoridad y por acoso.

—¡Uuuu, qué miedo! —se burló.

Isidro, furibundo, la cogió del brazo con fuerza y le susurró:

—No juegues conmigo, Rosaura, porque tienes todas las de perder. —Tiró de ella y la acercó a unos agentes—. ¡Lleváosla! —exigió.

Ante la incredulidad general, los agentes la cogieron cada uno de un brazo y empezaron a sacarla de allí, pero eso no la calló.

—Eres un jodido canalla que me engañó —chilló—. Sí, Isidro Torres, solo querías follarme, como el resto. Eres igual que todos, mierda, escoria, un puto egoísta que piensa que las mujeres solo somos trozos de carne sin sentimientos.

—¡Puta tarada! —bisbiseó.

Miró a sus hombres, parecía que estuvieran esperando una explicación, o él se sintió en la obligación de dársela.

—Hace años ayudé a esa mujer y a su hijo a tener una vida mejor, y mirad cómo me lo paga, contando mentiras y dejándome en evidencia —siseó furioso—. En parte me lo merezco, porque es obvio que con ciertas personas no se puede ser bueno. En fin, cada uno a lo suyo, ¡vamos!

Isidro entró en el despacho tan avergonzado como dolorido, el espectáculo que acababa de dar Rosaura había sido muy bochornoso para él. No estaba orgulloso de cómo la había tratado, sabía que era una víctima de las circunstancias, pero no le había quedado más remedio para preservar su honor. Ese honor que ella tan empeñada estaba en desprestigiar.

47

La luz de las farolas batalla contra la oscuridad cuando regreso al polígono industrial El Aguacate, en Carabanchel. Hace horas que el negro manto de la noche cubre las calles vacías de gente.

Aparco el coche y entro en el bar donde espera Bruno. He tardado menos de lo que pensaba gracias a la ayuda de la oficial Alcira, que me ha proporcionado el nombre de los compañeros y las direcciones de las comisarías. Pronto los he visitado y pronta ha sido su respuesta, pero el tiempo no ha pasado igual de rápido para Bruno, que está aburrido y harto de beber Coca-Colas. Me acerco a él pensando que, aun teniendo la cara de acelga que muestra ahora mismo, es guapo. Le mentí a Patricia, sí sigo viendo a Bruno atractivo.

Se acomoda un mechón que le cae sobre la frente, su cabello castaño se ha pincelado de canas que lo hacen más interesante. Observo su tez morena, sus ojos verdemar, la nuez puntiaguda, el pronunciado hoyuelo de la barbilla, los labios carnosos… Un suspiro me asalta. Por supuesto que sigue gustándome, aunque me fastidie reconocerlo y no lo diga en voz alta.

Bruno me descubre y me mira con ojos felices. Siempre ha tenido la facultad de sonreír con la mirada cuando se alegra de ver una cara conocida.

—¿Todavía no ha llegado Desi? —le pregunto directa.

—Ni contesta al teléfono, y la habré llamado una docena de veces. Y tú, ¿qué has averiguado?

—Que Nacho, su expareja, está en la cárcel desde hace unas semanas. Según me han contado los inspectores que han llevado el caso de los robos, todo indica que Desiré Castilla no estaba implicada. Ni siquiera sabía lo que Nacho se traía entre manos junto a su socio y compinche. La usaron sin que ella lo sospechara. Para que luego digan que los hombres no saben limpiar bien las casas —bromeo.

—Muy ingeniosa.

—Y si Desi no ha tenido nada que ver con los robos, eso me hace suponer que no elige bien las compañías. Se rodea de delincuentes, pero no sirve para ser uno de ellos. Sin lugar a dudas solo hay un justiciero, y es Jesualdo. Tenemos que dar con él.

—Ya. Pero ¿dónde demonios se esconde? Y ¿cómo es? Ni siquiera conocemos su aspecto. Podría estar aquí ahora mismo y nosotros no lo sabríamos.

—Con eso nos va a ayudar la inspectora Amaya Castro, que está investigando el asesinato del sacerdote Cristóbal Otero Moreno.

—¿Tiene algún sospechoso?

—Qué va. —Niego con la cabeza—. Por lo visto el caso está enquistado desde el principio. En la escena del crimen solo encontraron las huellas del párroco y de la señora de la limpieza. No tenía enemigos; sus feligreses lo querían y su entorno quedó descartado. No se llevaron el dinero

del cepillo, no fue un robo, sino algo más personal. Abigail nos ha contado que lo mataron a golpes y que le grabaron una jota en la frente, pero también le metieron en la boca el crucifijo que solía llevar colgado del cuello. No tenían ni pistas ni sospechosos, nada de nada, pero después de hablarle de nuestro justiciero, la inspectora Castro piensa como yo: estamos buscando al mismo asesino. Le he dado el nombre completo de Jesualdo para que indague, y me ha prometido que en cuanto tenga algo me avisará.

—Así que de momento solo tenemos a Desi.

—Bueno, aún no, pero recemos para que aparezca, que sepa dónde podemos encontrar a su amiguito y que quiera decírnoslo.

—Pero mejor recemos en el coche, que estoy harto de estar aquí.

Bruno y yo salimos del bar y nos montamos en mi Toyota. Lo he aparcado de forma estratégica: frente a la empresa de Desi, bajo una farola fundida para que la oscuridad nos haga invisibles. Los focos iluminan el rótulo publicitario de Clean and Service y la puerta de entrada. Acomodados en el silencio, permanecemos expectantes.

Los minutos trascurren y me pregunto qué estará pensando Bruno. No quiero recordar que nos hemos acostado, pero no puedo olvidarlo. Me veo entrando en mi casa, besándonos, quitándonos la ropa con prisa, con ganas, llegando a mi habitación a trompicones, dejándonos caer en la cama, revolcándonos, frotándonos, poseyéndonos… *Flowers* barre de un soplido mis recuerdos, llenando el espacio mudo que nos envuelve. Me llama Patricia.

—¿Todo bien? —le pregunto a modo de saludo.

—Eso quiero saber yo, si todo va bien, Lola.

—He avanzado mucho, muy pronto daré con Jesualdo —miento para tranquilizarla. Cada minuto que pasa me siento más culpable por haberla implicado.

—Me agrada oírlo y espero que mañana esta pesadilla haya terminado. Recuerda que he quedado con Lucas Gil y que durante unas horas Torres estará solo.

—No estés mucho tiempo fuera, por favor, ve al grano. Ya quedarás otro día con él.

—Tranquila, estoy demasiado tensa para pensar en echar un polvo —susurra.

—¿Cómo está Torres?

—De capa caída. —Resopla—. Tiene un aire pesaroso y lo he escuchado llorar cuando estaba en el cuarto de baño, aunque no se lo he dicho para no avergonzarlo. —Sigue hablando en voz baja.

—Pásame con él, por favor.

—Acaba con esto de una vez, ¿de acuerdo? Y no olvides ir con cuidado.

—No te preocupes, lo tengo presente, por la cuenta que me trae.

—Que nos trae —matiza.

Tras unos segundos, Torres se pone y empiezo a contarle mis avances. Le hablo de Abigail, de la vigilancia frente al negocio de Desi y del asesinato del padre Cristóbal. Omito decirle que Navarro está empeñado en culparlo, no quiero ponerlo más nervioso, y por la misma razón no le digo que el forense y la oficial Alcira no lo creen un asesino. Continúo sin mencionarle que

Bruno está ayudándome.

—¿Has pensado qué harás mañana si no has dado con ellos? —me pregunta con gravedad.

—Los tendré —sueno categórica.

—Eso no lo sabes y no puedes asegurarlo.

—Sé que…

—Escúchame, Lola, porque no lo voy a repetir —me interrumpe, alzando un poco la voz—. Me he pasado todo el día pensando y he decidido que mañana por la noche me marcharé solo.

—¿Y adónde va a ir? —replico con una mezcla de inquietud y cabreo.

—Dónde me oculte es cosa mía, no voy a implicar a nadie más. Nunca debí arrastrarte conmigo, pero en ese momento me venció el miedo y no pensé con claridad. Se me nubló el juicio.

—Yo lo decidí.

—Yo te puse en la tesitura, te empujé, y no es justo —asegura, molesto consigo mismo—. Y después te permití que arrastrases a Patricia contigo. No me lo voy a perdonar en la vida.

—Ambas somos mayorcitas y sabemos tomar nuestras propias decisiones.

—Yo también he tomado la mía, y es inamovible.

48

Torres cuelga, dejándome con la palabra en la boca, entristecida y con el presentimiento de que tiene pensado marcharse antes de lo que dice. Analizo su frase: «He decidido que mañana por la noche me marcharé solo». Mañana por la noche, pero mañana es dentro de tres horas. ¿Se refería a irse esta madrugada?

—¿Qué ocurre? —Bruno me observa preocupado.

—Un segundo, por favor.

Comienzo a escribirle un wasap a Patricia. Debo alertarla de mis sospechas, advertirle que Torres puede intentar escaparse esta misma noche. Mientras lo escribo, pienso en la vida de Isidro. No quiero imaginarme lo duro que debe de ser pasar dos veces por el mismo sufrimiento que a él le ha tocado vivir. Ha sido un hombre tan afortunado como desgraciado. Dos veces casado, dos veces viudo. Dos matrimonios felices en los que amó y fue amado, pero perdió a ambas esposas por causas ajenas al amor. Con Manuela contrajo matrimonio a los veinticuatro años y enviudó una década después. Llevaban un par de años intentando ser padres cuando un kamikaze chocó contra su coche arrebatándole la vida. Once años después volvía a dar el «sí quiero» en la iglesia de un pequeño pueblo de la sierra madrileña. Nuria fue lo mejor que le pudo pasar. Lo sacó del pozo de la soledad, le dio esperanza, ilusión y optimismo, aunque por edad tampoco pudo darle hijos. Estaba divorciada, no había sido madre y era unos años mayor que Torres, rondaba los cincuenta. Suplieron los hijos que ya no podían tener con una pareja de beagles a los que quisieron como tales. Cuando a Nuria le dio el ictus, Torres se pasó en el hospital los treinta y un días que estuvo ingresada antes de morir, y le dejó los perros a Berta, su cuñada. Tras enterrar a su esposa, le pidió que se los quedara por un tiempo, y a día de hoy, un año después, siguen viviendo con ella.

Le envío el wasap a Patricia. Doble marca, le ha llegado. Doble marca azul, lo está leyendo. Veo que me está escribiendo y espero a que entre su mensaje.

—¿Me lo vas a contar? —insiste Bruno.

—Un momentito, impaciente.

Me lo estaba oliendo… Lo que me faltaba, esta noche me toca guardia.
21:14

Su respuesta entra de inmediato, e igual de rápido, le contesto.

También te lo compensaré.

21:14

Patricia reacciona a mi frase con un emoticono. Puño cerrado y pulgar hacia arriba.

Observo a Bruno, que tiene la vista puesta en la puerta de Clean and Service, mirándola de hito en hito por si aparece Desi.

—Como no encontremos a Jesualdo, Torres se entregará y Navarro lo crucificará.

—¿Qué dices? —Fija la vista en mí y yo la dirijo al frente para no perder de vista la puerta.

—Que lo he notado derrotado, muy arrepentido de habernos involucrado. Le he enviado un wasap a Patricia para que no le quite ojo, dice que quiere marcharse para no comprometernos más. Y siendo sincera, yo también me arrepiento de haber metido a Patricia en esto, y a menos que pillen a Torres en su casa, nadie sabrá que ella nos ha ayudado. Nunca daré su nombre, y si alguien lo menciona, negaré que haya tenido algo que ver en esto. Y tú tampoco la mencionarás, Bruno, ¿entendido? —Lo miro.

—Por supuesto, tranquila.

—Prométemelo, este asunto es muy serio.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Estoy aquí contigo.

—Tú lo has elegido, pero a Patricia la he obligado. Y ahora me pesa en exceso. ¡Mierda, cómo se me ocurrió! —maldigo para mis adentros.

—Bueno, pero ella aceptó.

—Porque le prometí que íbamos a atrapar a Jesualdo, pero ahora no sé si vamos a encontrarlo, ni siquiera si vamos a localizar a Desi. Y si no lo logramos, ¿qué pasará con Torres?, ¿qué vamos a hacer nosotros? Estoy asustada por él, por ella, por ti, por mí. Por todos. —Un quiebro de voz indica la angustia que me embarga.

—¡Ey! Calma, Lola.

—¡No puedo calmarme! Esto es una maldita pesadilla, una puta mierda, y de mierda nos vamos a cubrir, ¡joder!

—¡Eh!, no hay lugar para el arrepentimiento. —Posa su frente en la mía despacio y suspira.

Siento que Bruno también está preocupado, asustado, aunque lo calle y trate de darme ánimos. Aparta su cabeza y, mirándome fijamente, cubre con sus manos mis mejillas.

—A lo hecho, pecho, y para adelante. La frase es tuya, te la he escuchado muchas veces, así que aplícatela ahora —susurra—. No perdamos la calma o estaremos perdidos, ¿vale?

Asiento, sé que lleva razón. Permanecemos en silencio y sin apartar los ojos el uno del otro. La boca de Bruno se acerca peligrosamente a la mía. Se avecina un beso y no me aparto; al revés, aspiro su aliento antes de que sus labios se posen en los míos. Le respondo con ganas y nos besamos repetidas veces, cada vez con más hambre, con más deseo, con una pasión que se acelera al contacto de nuestras salivas.

—Para, Bruno. —Me separo de él acalorada. Es mejor echar el freno que descarrilar—. No es el momento.

—Lo siento, me he dejado llevar —dice, acomodándose en el asiento, y deja escapar un suspiro que suena a calentón.

Sin más explicaciones, clavamos de nuevo los ojos en nuestro objetivo e intentamos recobrar la compostura en medio de un mutismo ensordecedor, el que provoca la pasión no sofocada.

—¿Ese «No es el momento» abre puertas al mañana? —me pregunta Bruno pasados unos minutos.

—No tengo ni idea —respondo con sinceridad—. Vivo el aquí y ahora.

—Al menos no es un no rotundo.

—Tampoco el atisbo de un sí.

—Pero al menos es esperanzador, y con eso me conformo.

—¿Cómo que te conformas? ¿Qué quieres, Bruno? —Lo observo atenta.

—¿La verdad?

—Siempre, ya lo sabes.

—Recuperarte, Lola. —Sus ojos se cargan con tanta franqueza que me dejan vacía de palabras.

Desvío de nuevo la vista al frente. En este momento dos mujeres caminan por la acera y se detienen frente a la puerta de Clean and Service.

—¡Eh!, esa es Desi —aviso a Bruno, que mira en esa dirección.

—Sí, es ella —afirma.

Nos apeamos del coche y caminamos hacia ellas a paso ligero. La calle está vacía, y la poca gente, repartida entre el bar de enfrente y el restaurante de al lado. Desi está abriendo la puerta cuando la mujer que la acompaña se da la vuelta y nos descubre. Es la chica que limpia en comisaría. La misma que estaba en la fiesta de Torres porque era parte del equipo de limpieza que contrató Jana. Otra vez la vuelvo a ver, y ahora está con Desi. Qué casualidad, ¿no? Demasiada.

49

Vega Rivero, así se llama la joven que limpia en comisaría. Siento que su nombre no pega con su físico. A mi parecer, le va más llamarse Inés o Ana, nombres más comunes. *Vega* y *Rivero* me suenan a marca de vino. Alejo de mi cabeza esos pensamientos y le pregunto qué hacía en la fiesta de Torres. Vega responde lo obvio: trabajar. Nos explica que echa horas extras limpiando donde surja para aumentar su sueldo. Desiré Castilla, así se presenta Desi, confirma cada una de las palabras de Vega, su empleada. Ella se encarga de darle un trabajo fijo y, para complementar el salario, de buscarle algunos más que llegan a través de subcontratas.

—Queremos hablar con usted a solas —le indico a Desi sin apartar la mirada de Vega, de quien no sé si fiarme.

—Está bien, me voy para adentro. —Cruza la puerta que tenemos frente a nosotros.

—¿Qué hay ahí? —Señalo la puerta.

—Un lugar donde vivir. Cocina, baño, litera y salón, todo en menos de treinta metros cuadrados. He tenido que reconvertir esta nave en mi casa, y la comparto de forma provisional con Vega.

La explicación corrobora la versión de Abigail.

—¿Le paga un alquiler?

—Me ayuda a pagar las facturas. Pero no creo que estén aquí para saber si le estoy cobrando un alquiler a Vega, y si es por el maldito de mi socio, creo que ya ha quedado muy claro que yo desconocía sus «negocios». Déjenme en paz de una vez.

—Tenemos entendido que su socio, Ignacio Durán, era algo más para usted —comenta Bruno.

—Sí, Nacho es un canalla que me enamoró, me utilizó y me engañó. Me vació la cuenta bancaria, se largó con otra y me dejó tirada, pero no es tan listo como se cree y la policía ya ha dado con él. Está donde se merece, en la cárcel. Y mientras espero a que salga el juicio, en el que declararé contra él y mi abogado pedirá que me devuelva el dinero que me ha robado, sobrevivo como puedo.

—Sabemos que conoce a Jesualdo Ardon; de hecho, se crio con él —contextualizo brevemente.

—¿Han hablado con mi madre? —Desi pone cara de sorpresa.

—¿Qué sabe de Jesualdo?

—¿Los manda mi madre?

—Señorita Castilla, aquí las preguntas las hacemos nosotros, así que conteste. ¿Qué sabe de Jesualdo y dónde podemos encontrarlo?

—No puedo ayudarlos, no sé nada de él desde hace tiempo.

—¿Cuánto?

—No sé, aún estábamos en pandemia… Creo que a finales del 2021.

Bruno y yo compartimos una de esas miradas policiales que cuentan que pensamos lo mismo. A partir de esa fecha se le pierde la pista a Jesualdo.

—¿Sabe si se ha ido del país?

—¿Qué parte de «No sé nada de él» no han entendido? —Su gesto es tan displicente como sus palabras.

—Desi —me tomo la licencia de tutearla—, es importantísimo que lo encontremos. Jesualdo ha cometido varios asesinatos y…

—¿Cómo? —me interrumpe alzando la voz, desconcertada—. Eso es imposible, ¿qué pruebas tiene de lo que dice?

—Algo que le dejó escrito en una tarjeta al comisario Isidro Torres junto a uno de los cuerpos. ¿Recuerdas ese nombre?

—Sí —asegura—. Isidro es un mentiroso que jugó con los sentimientos de Jesualdo y de Rosaura, su madre. Primero los engañó y después los abandonó para formar otra familia. Es como Nacho, un traidor.

—Jesualdo ha matado a cuatro prostitutas y a cuatro proxenetas, a un empresario relacionado con la trata de blancas y a un párroco. Eso, que sepamos de momento, como sabemos que todas las víctimas tenían relación con el pasado de Rosaura, su madre. Si sabes dónde podemos encontrarlo y no nos lo dices, además de estar obstruyendo la labor de la justicia, serás su cómplice. ¿O acaso ya lo eres? ¿Lo has ayudado a matar a esas personas? ¿Os estáis vengando?

—Pero ¿qué dice? ¿Está loca? —Me observa perpleja.

—No nos mientas o será mucho peor —la presiono, aunque me no parece que esté fingiendo, sino asombrada por la insinuación.

—No. No sé nada de Jesualdo, así que no puedo ser su cómplice. Yo no he robado a mis clientes, fue Nacho, y no he matado a nadie, como dicen ustedes que ha hecho Jesualdo. Y siendo sincera, no sé dónde está ni me importa. Le di un puesto de trabajo y meses después me enteré de que no trabajaba bien. Eso me podía acarrear problemas con los clientes, así que se lo reproché y no le gustó. Discutimos, se despidió y se marchó. No he vuelto a saber nada de él.

—¿No acabasteis bien?

—Se lo acabo de contar.

—¿Y nunca te llamó o lo llamaste tú? —le pregunta Bruno.

—No. Y hace tiempo que borré su contacto de mi agenda.

El tono de notificación en el móvil del trabajo me avisa de la entrada de un correo electrónico. Es de la inspectora Amaya Castro; lo abro enseguida. Me envía una foto del DNI de Jesualdo, caducado en noviembre del 2021 y sin renovar por el momento. Tiene el cabello largo y moreno, como la tez, el rostro ovalado, los ojos negros, la nariz ancha y los labios carnosos. Un joven normal, ni guapo ni feo, del montón, como gran parte de la población.

—¿Lo reconoces? —Se la muestro a Desi.

—Es Jesualdo —confirma.

—¿De verdad que no sabes dónde podemos encontrarlo?

—¿Cuántas veces tengo que repetírselo para que me crea, inspectora?

50

Bruno y yo volvemos a mi casa. Es tarde y estamos cansados, ha sido un día largo y duro y hemos conseguido poco: la fotografía de Jesualdo y la palabra de Desi, que dice no saber nada de él. Necesitamos descansar y cenar algo para reponer fuerzas.

Pido la cena por Glovo, tengo la nevera tiritando y cero ganas de ponerme a preparar algo. Hemos elegido comida japonesa, que nos gusta a ambos. En esta ocasión me ducho la primera. Mientras los cálidos hilos de agua recorren mi piel, empiezo a planear dónde puedo esconder a Torres a partir de mañana. Se me ocurre buscar un hostal en un pueblo perdido de la provincia de Guadalajara y hacer la reserva a mi nombre. Para disponer de unos días más con los que poder seguir investigando, fingiré que el virus me está afectado también a la tripa. Eso sí, acudiré al médico y conseguiré una baja para no añadir otro problema. Haré lo que sea para seguir buscando a Jesualdo; tengo que encontrarlo aunque sea lo último que haga.

Aseada y con el pijama puesto, entro en el salón. La cena ya ha llegado. Bruno ha preparado la mesa y se lo agradezco. Saboreamos los manjares japoneses regados con unas Mahou, una cerveza bien española. Entre bocado y bocado le cuento mis planes para seguir ocultando a Torres.

—Bueno, Lola, me parece bien que tengas un plan B, pero no te adelantes tanto. Iremos tomando decisiones según sea necesario.

—¿Iremos? —Elevo una ceja—. Hasta dónde yo sé, tú te marchas mañana a Zaragoza.

—Me marchaba. He pedido unos días libres, no pienso dejarte sola con esto.

—Oye, no, ya —suelto muy seria—. Te agradezco mucho la ayuda, pero puedo resolver esto sin ti.

—No lo dudo, lo doy por hecho, pero, aun así, no voy a dejarte sola.

—Bruno, ya te has implicado bastante. Mañana Patricia y tú os quedaréis al margen.

—Habla por Patricia, no por mí.

—Oye, no te pedí ayuda y ahora no te estoy dando a elegir.

—Lo sé, acudiste a Patricia, no a mí. Fue ella la que te puso una limitación de tiempo para encontrar a Jesualdo, y cumple mañana. Yo estoy en esto de *motu proprio* y de forma incondicional, te pongas como te pongas. Tampoco te estoy dando a elegir, Lola.

—Eres muy testarudo.

—¿Quizá como tú?

—Mira, haz lo que te salga de… —me contengo de decir una grosería— la nariz.

—Bien, porque es lo que pensaba hacer, lo que me salga de la punta de… la nariz.

—Eres muy gracioso, ¿nunca te lo han dicho? —ironizo.

—No, lo gracioso es que hayas metido a Patricia en esto cuando te está pesando tanto. ¿Por qué lo has hecho? ¿Y por qué ha aceptado ella? Entiendo que la razón debe de ser poderosa.

—Te dije que me debía un gran favor.

—Pero no me has explicado de qué clase de favor se trata. Cuéntamelo, no te hagas de rogar.

—¿Qué favor te debía a ti ese amigo que trabaja en la Seguridad Social y ha estado husmeando sobre Jesualdo?

—Si te lo cuento, ¿me lo contarás tú?

Lo observo en silencio, pensativa. Qué más da que Bruno lo sepa, lo que hice no es peor que lo que estamos haciendo. Entonces mentí y ahora estoy pisando las líneas rojas de las leyes a las que me debo, saltándomelas y dándole la espalda a mi juramento. En mi defensa diré que lo estoy haciendo movida por la búsqueda de la verdad, por la imparcialidad de juicio, por encontrar la auténtica justicia. Lo mismo que me hizo ayudar a Patricia.

—Está bien. *Quid pro quo*.

—Vale. —Bruno se acomoda en el sillón, frente a mí—. Me regalaron dos entradas en palco para ver el clásico de vuelta. El partido tendrá lugar el 21 de abril en el Santiago Bernabéu. Juanma, mi amigo, y su hijo son unos forofos de los merengues, y a mí la verdad es que el fútbol ni fu ni fa. Se las he cambiado por la información que necesitábamos.

—Entonces no te debía ningún favor —expongo.

—Sí me lo debía, pero él todavía no lo sabía. Se ha enterado cuando le he preguntado si quería ganarse las entradas, a lo que me ha respondido: «¿Qué favor tengo que hacerte?».

—Y si a ti no te gusta el fútbol, ¿por qué te han regalado esas entradas, y quién?

—¡Ah, ah! —Niega con la cabeza—. Ahora te toca a ti, Lola.

—Lo mío es más serio y menos banal.

—Suena interesante. Soy todo oídos. —Me mira expectante.

—Mentí ante un juez para ayudar a Patricia —declaro tras unos segundos—. Desde entonces siempre me ha dicho que está en deuda conmigo.

—Joder, perjurio. —Silba—. Desde luego que te debía un gran favor. Pero ¿en qué mentiste? —pregunta intrigado.

El recuerdo se abre paso en mi mente a golpe de machete. Lo que Patricia me contó. La grabación que escuché. Mi declaración ante el juez.

—¡Eh! ¿Me lo vas a contar o qué?

La pregunta de Bruno interrumpe el hilo de mis pensamientos. Lo miro y asiento, voy a contárselo todo. Tomo aire mientras agrupo las ideas y escojo las palabras con las que comenzar.

51

Torrelodones, octubre del 2019.

Las manecillas del reloj rozaban las siete de la tarde cuando Alfredo Miró entró en el piso de Patricia Soler. Sonrió de manera petulante y ella le dedicó una fría mirada. Pasaron al salón. Alfredo se sentó en el sofá sin ser invitado, estiró los brazos sobre el respaldo y cruzó las piernas. Se apropió del espacio como si fuera un rey ocupando su trono.

—Ponte cómodo —le dijo Patricia con ironía.

—Eso hago, sentirme como en mi casa —comentó él.

—¿Quieres beber algo?

—Ponme un Chivas de esa botella que lleva mil años guardada. Creo que me la regaló un cliente antes de que me dejaras.

—¿Cómo sabes que aún la tengo? ¿Has estado registrando mi casa? —Frunció el ceño, pensando que parecía que se había tomado al pie de la letra lo de sentirse como en su casa.

—Bueno, mujer, tanto como registrar… Quería beber algo, Oliver estaba jugando a un videojuego y me dijo que buscara por el mueble bar.

Patricia se contuvo de mandarlo a la mierda y de sacarlo de allí a patadas y se esforzó en sonreír, pero el amago se frustró por el camino. Seria, le preguntó:

—¿Lo quieres solo y sin hielo?

—Veo que recuerdas mis gustos. —Sonrió satisfecho.

—Recuerdo muchas cosas, más de las que me gustaría.

Patricia echó un largo chorro de whisky en un vaso y se lo acercó a Alfredo antes de sentarse en una silla frente a él.

—Yo también tengo muchos recuerdos de nosotros, y muy bonitos. —Bebió un trago y dejó el vaso sobre la mesa de centro.

—Qué suerte. Yo recuerdo pocas cosas bonitas, salvo Oliver.

—Reconozco que has hecho un buen trabajo con ese crío, pero ahora me toca a mí.

—¿Qué quieres de él? Hacerme daño, ¿verdad?

—¿Hacerte daño? ¿Yo? ¿Por qué? —replicó—. Se cree el ladrón que todos son de su condición.

—Admítelo, Alfredo. Sé que Oliver no te importa, que solo quieres arrebatármelo para hacerme sufrir.

—¿Como tú me hiciste sufrir a mí? ¡Qué tontería!, ¿no? —habló de forma cínica.

—Tú eras el que me trataba mal.

—¿Cómo te atreves? —Se encaró a ella—. Solo te pegué un bofetón y porque estaba bebido. Un bofetón y te largaste. Un puto error y me jodiste. —Levantó la voz.

—La bofetada fue solo la gota que colmó el vaso. Nunca me trataste bien, ya acumulaba mucho maltrato psicológico.

—¿Que no te traté bien? —Siseó furioso—. Éramos felices, nos queríamos mucho, nos reíamos por todo y follábamos como locos.

—Perdona, Alfredo. No sé qué película te has montado en la cabeza, obviamente, pero eso no es lo que vivimos. Fuimos felices, pero solo hasta que nos casamos. Te quise, sí, pero tú a mí no, aunque pienses lo contrario. Te reías de todo, y sobre todo de mí y de mi familia, a los que les sacaste el dinero a base de mentiras para jugártelo en el casino. Y follábamos mucho al principio, como conejos, hasta que te cansaste de meterla en la misma madriguera y empezaste a visitar mil distintas.

—Eso no es lo que yo recuerdo.

—Ese es el problema, Alfredo, que tu memoria es muy selectiva y además moldea los recuerdos a su antojo. Yo te dejé porque tú estabas saboteando mi vida y no tenías derecho, y para nuestro hijo, crecer al lado de unos padres que se habían perdido el respeto no habría sido un buen ejemplo. Podías haber formado parte de su vida sin estar conmigo, pero no te dio la gana, y ahora le quieres hacer creer que lo amas y que quieres compensarle todos los años que lo has tenido olvidado, ocultando que tu única intención es herirme.

—Tú me hiciste daño antes. Tu abandono me causó mucho sufrimiento —gritó—. Durante todos estos años no te he podido sacar de mi cabeza, da igual que haya estado con cien mil mujeres, siempre me despierto pensando en ti. Y sí, tu desprecio me dolió tanto que por eso no quería ver a Oliver, porque lo amabas como nunca me amaste a mí. Pero un día me enteré de que estabas viéndote con un compañero, te follabas a otro tío y, si la cosa pasaba a mayores, le darías otro padre a mi hijo. No sé qué me dio más rabia, si imaginarte chupándosela o verlo a él ocupando mi lugar. ¡Y una mierda! —escupió furibundo—. Mi hijo es mío y solo yo soy su padre, por eso me interesó ejercer como tal. No sé si a ti eso te desestabilizó o solo fue causalidad, pero dejaste a ese tipo y eso me alegró muchísimo. Quería pensar que era por mí, porque no era tan bueno como yo para ti.

—Definitivamente, estás loco, Alfredo. —Se levantó de la silla y se apartó de él.

—Puede, pero por ti. —Se acercó a ella.

—No. No me quieres, estás obsesionado con una idea que no existe.

—Quizás estoy obsesionado con lo que tuvimos y no me he podido desenganchar de ti, porque aún te amo. Sí, te amo. Ahora solo depende de ti, Patricia. Si tú quieres, aún estamos a tiempo de hacer nuestra familia feliz.

—Pero ¡qué demonios dices! —Lo miró escandalizada.

—Que me des una oportunidad o perderás a Oliver.

—No puedo creer lo poco que te importa tu hijo. —Se echó las manos a la cabeza, aterrada.

—Piénsalo. No voy a plantearte esta oferta más, no voy a humillarme otra vez. Tienes unos

minutos para tomar una decisión, hasta que me acabe el whisky.

Alfredo volvió a sentarse, cogió el vaso y bebió un sorbo antes de regresar a su postura de monarca. Patricia sabía que era un hombre soberbio que siempre quiso dominarla, pero hasta ese instante no había comprendido hasta qué punto. Pensó en hacer un pequeño cambio en su plan, lo necesitaba como mujer, pues a veces la justicia no resarce esa parte femenina tan necesaria para no perder la autoestima.

—Voy un momento al baño —dijo ella.

—No tardes más de dos minutos o cuando vuelvas ya no estaré esperándote. No tenses más la cuerda, por favor.

Patricia se adentró en el pasillo tan furiosa que tuvo la sensación de estar a punto de escupir fuego por la boca. Sacó el móvil del bolsillo y detuvo la grabación. Entró en el cuarto de baño y comprobó que la conversación se había grabado y que se escuchaba perfectamente. Casi lloró de la alegría al ver que su plan había funcionado. Pero lo que acababa de improvisar sobre la marcha no podía quedar recogido en ningún lugar. Si Alfredo se iba de la lengua, sería su palabra contra la suya, y con esa prueba, era fácil que la palabra de su ex no fuera creíble. O eso quería pensar.

Salió del baño y entró en su habitación de puntillas. Cogió lo que necesitaba para llevar a cabo la nueva parte del plan y volvió al salón, donde Alfredo seguía esperándola en la misma postura. El sofá en el que estaba sentado quedaba en medio de la habitación, y Patricia pasó por detrás sin que Alfredo sospechara nada. Rauda, pegó el cañón de su arma al cuello de su exmarido.

—No te muevas o te reviento —le avisó airada.

—A ver, Patricia, no hagas ninguna locura —le pidió, completamente tenso—. Eres policía, piensa bien las cosas.

—Cállate —le ordenó sin levantar la voz y con calma—. Ahora soy yo la que te va a contar algo que no imaginas. El motivo de irme corriendo el día que me pegaste no fue porque te tuviera miedo, Alfredo. ¡Qué va! Me marché porque tuve miedo de mí. Temí pegarte un tiro, reventarte los sesos, vaciar el cargador sobre tu cuerpo. Hui para no matarte, no al revés. Y ahora me ocurre lo mismo, siento unos enormes deseos de acabar con tu asquerosa vida, pero voy a ser caritativa. Voy a dejar que te vayas, pero con una condición: que le quites a Oliver la absurda idea de irse a vivir contigo. Y antes de que me contestes, quiero que escuches algo.

Patricia apretó el botón de reproducción y la conversación grabada se reanudó justo en la parte en la que ella la había dejado.

«Que me des una oportunidad o perderás a Oliver».

«No puedo creer lo poco que te importa tu hijo».

«Piénsalo. No voy a plantearte esta oferta más, no voy a humillarme otra vez».

Detuvo la grabación.

—Tengo toda la conversación grabada y me la he enviado al *e-mail* de la comisaria, por seguridad, para que no se pierda si el móvil sufre algún percance.

—¡Hija de puta! —soltó furibundo.

—¿De quién lo habré aprendido? —ironizó—. Y ahora ya sabes, o convences a Oliver y mañana está de vuelta en casa, o el lunes a primera hora el juez estará escuchando la grabación.

Alfredo apretó la mandíbula, los puños, y con furia fulminó a Patricia con la mirada.

—¡Está bien, tú ganas! Pero baja la puta pistola de una vez.

—Cuando te largues. —Se separó de él sin dejar de asestarlo.

Alfredo recorrió el pasillo a zancadas y salió del piso con el paso acelerado. Patricia cerró la puerta y apoyó la espalda en ella, estaba temblando. Dejó resbalar su cuerpo por la hoja de madera hasta que se quedó sentada en el suelo. En medio del caos emocional que sentía, afloró en ella una incipiente risa nerviosa que se contrapeó con las lágrimas que anegaban sus ojos.

52

Torrelodones, sábado, 23 de marzo del 2024.

En la vida hay errores que se pueden corregir y otros que no tienen vuelta atrás. Isidro Torres sabe que ha errado complicándoles la vida a Lola y a Patricia, pero si se marcha, puede enmendar el fallo. Sin embargo, el desacierto que cometió acostándose con Rosaura es de los que no se pueden subsanar, y lo peor, de los que tienen graves consecuencias. La principal, Jesualdo y su ingente sed de venganza.

Isidro ha pasado las últimas horas repasando su historia con Rosaura. No la había relegado al olvido, pero la tenía apartada en un rincón de su memoria por vergüenza, razón por la que no ha sido completamente sincero con Lola. Le ha omitido el bochornoso espectáculo que le ofreció Rosaura presentándose en comisaría hace años, y también la llamada que Jesualdo le hizo hará por lo menos una década. No se la ha mencionado porque para que Lola la entendiera debía contextualizar la historia, y se avergüenza más que nunca de lo que ocurrió. Nunca imaginó que aquellas palabras que le dijo fueran más que una vana amenaza, pero ahora sabe lo que el hijo de Rosaura es capaz de hacer, y lo que desea hacerle. Jesualdo lo odia, se lo dijo. Lo avisó de que se vengaría de él y de todos. Esas fueron sus palabras, y sus actos confirman que de ellos ya se ha vengado; solo queda él.

La conciencia lleva horas machacando a Torres, que ha tomado la decisión de marcharse. No puede permitir que Lola y Patricia se jueguen su expulsión del cuerpo por esconderlo ni tampoco que corran la misma suerte que Jana. Con esa firme convicción, y amparado en el silencio de la nocturnidad, está preparado para abandonar el piso.

Patricia está vigilando, tal y como le ha pedido Lola. Camuflada en la negrura de la noche, permanece sentada en el sofá del salón con los brazos cruzados y la vista puesta en el pasillo, por donde Isidro Torres debe salir si pretende irse. Apenas lo conoce, pero, al igual que Lola, presiente que el comisario tiene la intención de escapar aprovechándose de su sueño.

Pero sueño es lo que le falta a Patricia desde que se ha embarcado en esta locura. Sabe que le debe a Lola un favor de los grandes por evitar que Alfredo destrozara a su hijo en su ansia de destrozarla a ella, pero no hasta el punto de perder la placa. Desde niña había tenido claro que quería ser policía, para orgullo de sus padres, y deseaba seguir siéndolo. Sin embargo, estaba encubriendo a quien sus compañeros creían el asesino, por muy comisario que fuera, y la acción podía hacerle perder su profesión. Porque si la echaban del cuerpo, no podría volver a ser policía, que era para lo que se había preparado, perdería de un plumazo su empleo y su profesión. Y si la perdía, no solo decepcionaría a sus padres, los avergonzaría, pues no hay nada más ignominioso que la expulsión del cuerpo por deshonrar el uniforme.

Enfrascada en sus pensamientos, y sin apartar la vista del pasillo, comprende que ni Lola ni ella se han equivocado cuando, cerca de las dos de la madrugada, distingue la silueta de Torres caminando de puntillas hacia la salida.

—¿Adónde va? —le pregunta, fracturando el silencio de la oscuridad.

—¡Santo Dios! —exclama Torres sobresaltado, llevándose la mano al pecho.

Patricia enciende la lámpara de pie que está a su lado. A Torres el susto le ha acelerado el corazón de tal manera que cree que se le va a salir por la boca.

—¿Se puede saber qué pretende? —Observa a Torres. Además del propio susto, es un alma en pena.

—Marcharme —responde con franqueza.

—¿Adónde?

—No lo sé ni quiero que lo sepáis, ya os estoy perjudicando bastante.

—Pues por eso mismo no puede marcharse sin más —advierte con un aire de reproche. Abandona el sofá y se acerca a él.

—Mañana tengo que irme de aquí, ¿qué más da si me voy ahora?

—Mañana Lola podría haber dado con el justiciero, y entonces actuaremos como se debe.

—¿Crees que lo va a encontrar? Yo lo dudo. Además, tengo un mal presentimiento, por eso quiero irme.

—Déjese de presentimientos y no complique más las cosas, por favor, que bastante liado está el tema. Tenemos un plan, Lola lo está cumpliendo y yo lo cumpliré hasta que acabe el día de mañana. Otra cosa no, pero soy una mujer de palabra. Si para entonces ella no ha detenido a ese asesino, sabrá qué hacer con usted.

—¿Por qué me estás ayudando? Tú y yo apenas nos conocemos, pero estoy aquí, en tu casa, porque Lola te lo ha pedido. ¿Qué favor tan importante le debes? Explícamelo para que lo entienda porque no dejo de preguntármelo.

Por unos segundos, Patricia sopesa qué hacer y el silencio los envuelve en su frialdad.

—¿Nos tomamos un té?

—Necesito saberlo —insiste Isidro.

—La historia es larga e intensa, mejor acompañarla con algo que nos relaje.

—Prefiero un poleo.

Sentados en la mesa de la cocina, uno frente al otro, Patricia toma un sorbo de té. Isidro, con la taza de poleo reposando, tiene la vista puesta en la inspectora y muchas ganas de que arranque a hablar. Patricia lo sabe, siente el ansia de Isidro por conocer el secreto que ambas guardan.

—Ocurrió antes de la pandemia —indica, y deja escapar un suspiro.

Tras unos segundos que le sirven para organizar las ideas comienza a narrar los hechos. Isidro escucha con atención, sorprendido por su historia con Alfredo y comprendiendo que la inspectora Soler se haya especializado en casos de violencia de género siendo ella una víctima.

—¿Y Alfredo se marchó sin más? —le pregunta con curiosidad cuando Patricia finaliza el relato.

—Se largó y yo me quedé temblando, llorando, riendo… Estaba asustada por haberlo encañonado y a la vez me sentía liberada pensando que por fin había escapado de sus fauces, de

esa cárcel imaginaria en la que me encerró durante años, de la que yo necesitaba escapar. Una extraña mezcla de sentimientos se agolpó en mi corazón creyendo que por fin me había librado de él. Pensé que como padre podría ver a Oliver cuando quisiera, y si quería, pero que no lo usaría más como arma arrojadiza. Sin embargo, Alfredo me denunció, dijo que había intentado matarlo. Con su denuncia el mundo se me vino encima, podía perderlo todo: mi hijo, mi profesión, mi reputación… Lola escuchó la cinta y, aunque reprobó que lo hubiera encañonado, me dijo que no iba a permitir que se saliera con la suya. Me ofreció una solución: testificaría en el juicio que ella estaba en mi casa, escondida en la habitación para no dejarme a solas con él, y que fue él quien me apuntó. Acepté y cometió perjurio por mí, o más bien para que a Oliver no lo destrozara su padre. Ahora ya conoce nuestro pecado.

—Malditos hombres que agreden a las mujeres y maldita violencia vicaria.

—¿Me lo dice o me lo cuenta? Los hijos suelen ser los más perjudicados en los casos de violencia de género.

—Si hay algo que admiro de Lola, es que siempre busca la manera de hacer justicia, aunque a veces el modo de aplicarla no sea todo lo ortodoxo que exigen las leyes.

—Es una buena persona y una buena inspectora.

—De eso no me cabe duda, y por eso estoy tan orgulloso de ella. La quiero como si fuera mi hija. —Hace una pausa y mira a la nada con aire ausente. Después, tratando de que la voz no se le quiebre, añade—: Si por ayudarme con esto le ocurriera algo o su carrera se viera comprometida, no me lo perdonaría en la vida.

—Razón de más para que se quede aquí, quietecito, hasta que Lola decida qué hacemos. ¿De acuerdo?

Torres guarda silencio con gesto de desacuerdo.

—Mire, sabe que he quedado con el pesado de Lucas Gil y tengo que marcharme a las nueve de la mañana —añade Patricia—. Porque si no voy a esa cita, ese periodista es capaz de presentarse aquí a buscarme, y entonces sí que la liaremos. Pero no puedo irme sin que me garantice que no intentará de nuevo marcharse. ¿Puede prometérmelo?

—Lo prometo —cede a regañadientes.

—Pues venga, a la cama se ha dicho. Bueno, usted a la suya y yo a la mía, claro.

—Lo daba por hecho, Patricia.

—Por si acaso se hacía ilusiones. —Torció una sonrisa. Necesitaba destensar el momento con un poco de humor.

FINALIDAD

Sabemos lo que somos, pero aún no sabemos lo que podemos llegar a ser.

WILLIAM SHAKESPEARE

53

Un tenue rayo de luz entra por el hueco que queda entre la persiana y el cristal de la ventana. El día amanece y apenas he pegado ojo, me he pasado la noche en un duermevela constante. Haberle contado a Bruno el favor que le hice a Patricia me ha removido el recuerdo, y cada vez que cerraba los ojos me he visto sentada ante el juez, declarando, escuchando mi testimonio: «Yo estaba en casa de la señora Patricia Soler cuando el señor Alfredo Miró la encañonó. Patricia había planeado grabar su conversación con Alfredo, pero le daba miedo estar a solas con él y yo me escondí en una de las habitaciones. Escuché gritos y salí corriendo hacia el salón, entonces lo vi asestándola con una pistola. Fui testigo de lo que ocurrió, señoría, y quien convenció al señor Miró para que bajara el arma y no cometiera una locura. En cuanto se marchó, le pedí a Patricia que lo denunciara, pero me dijo que no lo iba a hacer por miedo a represalias y me rogó que yo tampoco lo hiciera o el perjudicado sería Oliver. Días después se enteró de que su exmarido había tenido la desfachatez de denunciarla a ella contando la historia al revés. Pero como he dicho, yo estaba allí, por mucho que el señor Miró se empeñe en decir lo contrario. Miente, y ha quedado constancia de ello en la grabación que consiguió la señora Soler; si no, él lo estaría desmintiendo en esta sala de justicia. Juro que sucedió tal y como he explicado, Alfredo Miró la apuntó a ella, y de no haber estado yo allí, quién sabe la suerte que Patricia Soler habría corrido». Mi memoria ha reproducido ese momento durante toda la noche, en bucle. Testifiqué en falso para que aquel cabrón no jodiera la vida a su hijo. Cometí perjurio y no me arrepiento ni tengo remordimiento. Para nada. Lo volvería a hacer cien veces más para librar a Oliver de ser una víctima de la violencia vicaria.

Una música irrumpe en el silencio de la habitación y me incorporo sobresaltada. Es el móvil del trabajo. La pantalla me muestra que son más de las siete y media de la mañana y que el número que llama no está grabado en la agenda.

—¿Quién será a estas horas? —pregunta Bruno entrando como una exhalación en mi dormitorio, semidesnudo.

—No sé, pero al menos no es Navarro —le respondo, y contesto—. Inspectora jefa Dolores Velázquez al habla.

—Inspectora, soy Abigail Castilla. Discúlpeme, sé que es muy temprano, pero no podía esperar más.

—No se preocupe. Dígame.

—Verá, no he parado de pensar en lo que me dijo ayer sobre Jesualdo. Le di tantas vueltas que terminé llamando a mi hija. Me costó que Desi me cogiera el teléfono, estaba cabreada conmigo por haberles dado su dirección para que hablaran con ella. Me ha asegurado que no sabe dónde está Jesualdo.

—Eso mismo nos dijo a nosotros.

—Yo la creo —asegura. Yo me reservo mi opinión—. Pero después de hablar con ella, estoy convencida de que Jesualdo es el asesino que buscan.

—¿Qué le ha hecho cambiar de parecer? —interpelo con interés.

—El diario de Rosaura.

—¿De qué diario habla?

—Yo creía que Rosaura se había deshecho de él, pero no fue así. Desi me ha confesado que ella lo escondió y con el tiempo se lo entregó a Jesualdo. Nunca tenía que habérselo dado, en ese diario Rosaura contaba muchas mentiras, en numerosas ocasiones solía escribir lo que ella quería que sucediera, no lo que en realidad ocurría, y…

—¿Ha leído ese diario? —Mi intuición no le da pie a acabar su explicación.

—Ya sé que no es lo correcto, pero…

—Es una violación a la intimidad, sin peros —interrumpo su intento de justificación.

—De acuerdo, violé su intimidad, pero no fue planeado, surgió. Desi lo descubrió, empezó a leerlo y me empujo a leerlo a mí también. Me pudo la curiosidad y no fui capaz de evitarlo. —Suena avergonzada—. Por eso sé que Rosaura mezclaba la realidad con la fantasía. Conozco qué partes son ciertas y cuáles no, pero su hijo no habrá sabido distinguir lo verdadero de lo falso. Es posible que el contenido lo haya envenenado y le haya ocasionado un daño que no merecía. Se lo he criticado a Desi y ella se ha defendido alegando que se lo dio a Jesualdo para que dejara de culparse por la muerte de su madre. Ha añadido que el único culpable es Isidro Torres, así lo cuenta Rosaura en lo último que escribió el día que se quitó la vida. Le he dicho que eso era mentira y le he exigido que me contara qué más había escrito en el diario. A Desi le han molestado mis formas, me lo ha reprochado, hemos empezado a discutir y me ha colgado el teléfono. La he llamado unas cuantas veces más y no responde. Es obvio que no piensa hablar conmigo, pero si ustedes se lo preguntan, se lo contará.

—¿Nos puede servir de algo saber qué escribió o dejó de escribir Rosaura ese día?

—Creo que los ayudaría a comprender por qué ha actuado así Jesualdo. No pretendo excusarlo, nada justifica un asesinato, pero no me extrañaría que esté trastornado. No quiero ni puedo imaginarme lo duro que tuvo que ser despertarse y ver a su madre desangrada a su lado, y tiempo después leer cosas que no…

—Un momento, un momento —la interrumpo de nuevo—. ¿Qué es eso de que se despertó junto a su madre desangrada?

—Rosaura se cortó las venas y se metió en la cama con su hijo a esperar la muerte, ¿no lo sabían?

La noticia me impacta igual que un bofetón en plena cara.

—Lo primero sí, lo segundo, no.

—Pues imagínese el trauma. ¿No es para volverse loco?

—Puede —contesto, pensativa—. Gracias por la información, Abigail. —Cuelgo, y sigo rumiando mis pensamientos.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Bruno.

—Por lo que acaba de contarme Abigail, creo que Jesualdo ha querido reproducir el suicidio de su madre, del que culpa a Torres. Con independencia de las puñaladas, a Jana le cortaron las venas y Torres amaneció al lado del cadáver. Rosaura se cortó las venas y se metió en la cama

con su hijo para desangrarse.

—¡Qué macabro! —espeta horrorizado—. No me extraña que ese tipo esté desequilibrado emocionalmente.

—No creo que su madre anduviera muy estable cuando hizo algo así. Tenemos que volver a hablar con Desi, voy a llamarla.

—¿No es muy temprano?

—Dicen que a quien madruga, Dios lo ayuda, y nosotros necesitamos toda la ayuda, la terrenal y la divina. Y haz el favor de taparte o de ponerte algo, que no es nada serio hablar contigo viéndote en calzoncillos.

—¡Ahivá, perdona! —entona un poco apurado—. Voy a vestirme.

Tan raudos como las piernas de Bruno se mueven para abandonar la alcoba, mis dedos marcan el número de Desi en el móvil.

54

Madrid, 2009.

Después de que a Rosaura la echaran de la comisaría, sintió que su alma se partía en mil pedazos. Las palabras de Isidro habían actuado como una maza, quebrando con violencia su frágil corazón. Ciega de dolor, no le importó llorar por la calle, que la gente la mirase o que le preguntase qué le ocurría, a lo que no podía contestar. Ese dolor le había formado un nudo en la garganta que la ahogaba, y para deshacerlo, empezó a ir de bar en bar. La bebida hizo su efecto anestésico, la bola descendió y pudo respirar, aunque no conseguía olvidar el rechazo de Isidro. Antes de acabar borracha como una cuba, cambió los bares por las calles y deambuló sin rumbo durante horas, alargando el tiempo para que el alcohol perdiera su fuerza.

Rosaura llegó a su casa muy tarde, cuando todos dormían. No quería que la vieran bañada en lágrimas y siendo la viva imagen del dolor. Con cuidado de no hacer ruido, abrió el armario y cogió su diario. Necesitaba contar cómo se sentía después de que las palabras de Isidro hubieran triturado cualquier atisbo de esperanza. Se marchó al cuarto de baño a escribir para que la luz de su habitación, situada frente a la de Jesualdo, no lo despertara. Se sentó sobre la tapa del inodoro, apoyó el diario en su regazo, lo abrió y pensó en los sentimientos que quería expresar sabiendo que Isidro había rehecho su vida, algo que ella no podría hacer porque seguía amándolo, porque lo amaba más que a nada en el mundo, por encima de todo. No era capaz de imaginarse la vida sin él. No quería seguir viviendo sin él.

Comenzó a escribir la que sería su despedida. Cuando acabó, Rosaura cerró el diario y cogió la navaja de afeitar que le regaló a Isidro años atrás, cuando cumplió los cuarenta, y que apenas usó porque meses después desapareció de su vida. Se sintió aliviada viendo su reflejo en aquel filo que en breve y de un tajo eliminaría su dolor. Guardó el diario donde siempre, en el armario, pero no se preocupó de esconderlo y lo dejó a la vista. Con cuidado, entró en la habitación de Jesualdo y, muy despacio, casi aguantando la respiración, se metió en la cama con él. Su hijo dormía plácidamente cuando ella se rajó las venas de ambas muñecas. Apretó con fuerza los labios para no permitir que un mal quejido escapara de su boca. El corte le dolió tanto como le escoció, pero bastante menos que todo lo que había tenido que soportar hasta ese momento. Tendida, notó cómo la ropa se le empapaba de sangre y la energía la iba abandonando. Cerró los ojos y estiró los labios. Aguardó la muerte sonriente y feliz, al lado del único hombre que sabía que la había querido de verdad.

55

Pese a las tempranas horas del domingo, Desi no tarda en descolgar el teléfono. Su voz suena rauca y carraspea para aclararla. Percibo que no le agrada saber quién soy, y menos escuchar que acabo de hablar con su madre. Y que le pida que me hable del diario de Rosaura termina de enfadarla.

—Yo no tengo por qué hablarle de eso, es privado —advierte, a la defensiva.

—No te lo pareció cuando lo leíste —la recrimino.

—Era una cría y no lo pensé, ahora es distinto.

—Mira, podemos hacer que esto sea fácil o difícil, como tú prefieras. Por las buenas, contestas a mis preguntas ahora; por las malas, vamos a por ti y te llevamos a comisaría para interrogarte —me tiro el farol.

El silencio se hace al otro lado del teléfono por unos instantes.

—¿Qué quiere saber? —pregunta molesta. Entre la espada y la pared.

—¿Qué escribió Rosaura al final de ese diario?

—Quería que se entendiera lo que iba a hacer. Decía que estaba harta de vivir y que no podía seguir adelante sin el amor de Isidro Torres, el padre de Jesualdo. La vida de Rosaura estuvo marcada por su rechazo; por eso se suicidó.

—Por lo que yo sé, y por lo que cuenta tu madre, Jesualdo no era hijo de Isidro. Rosaura intentó convencerlo y convencerse de que lo era. Quería formar una familia y trasladaba esa fantasía al diario, pero entre ellos no existió ninguna relación amorosa. Y si Isidro se apartó de ella, fue para que no equivocase la situación.

—¿Qué sabrá mi madre si no leyó sus últimas palabras? —entona con rabia—. No creo que una mujer que ha decidido matarse escriba algo que es mentira. Era una confesión, su nota de suicidio.

—Y tú lo escondiste y luego se lo diste a su hijo, ¿por qué querías hacerle más daño?

—¡¿Daño?! ¿En serio? Daño le hizo su madre, yo le di el diario para que dejara de culparse por su muerte. Tenía derecho a conocer la vida de Rosaura, a saber de dónde provenían uno y otro, cómo apareció Isidro en sus vidas y cómo se convirtió en el mayor culpable de todos.

—Puede que Jesualdo se haya trasformado en un verdugo debido a lo que leyó en ese diario, así que necesito que me digas qué había escrito, si hablaba de los proxenetas o de sus compañeras prostitutas.

—Creo recordar que sí.

—¿Qué decía?

—Que los odiaba.

—¿Tanto como para desearles la muerte?

—A alguno quizá sí.

—¿Qué tipo de muerte les deseaba?

—Pues la muerte, sin más. ¿Por qué?

—¿Recuerdas sus nombres?

—No…, no sé… Hace tiempo que lo leí y… —Deja la frase inconclusa.

—Desi, estamos hablando de asesinatos, es un tema muy grave, así que haz el favor de hacer memoria.

—Ahora mismo solo me acuerdo de un tal Nil, se lo prometo.

—Nil, Rayco, Julen, Brais y Diego. Tessa, Ámbar, Natasha y Vicky —trato de refrescarle la memoria.

—Puede que sean los nombres que escribió Rosaura.

—A ellos les volaron los sesos y los testículos. A ellas las mató a golpes y, una vez muertas, se encarnizó con cada una de forma distinta —le explico, y le advierto—: Estos detalles que te voy a dar a continuación no han trascendido a la prensa ni puedes contárselos a nadie o tendrás serios problemas. ¿Entendido?

—De acuerdo.

Con la intención de remover la conciencia de Desi, y a riesgo de comprometer el curso de la investigación por estar bajo secreto de sumario, le cuento los detalles de los asesinatos. En especial, cómo aparecieron los cuerpos de Tessa, Ámbar, Natasha y Vicky.

—¿Leíste alguna descripción similar o parecida en su diario? —le lanzo la pregunta clave.

Al otro lado vuelve a hacerse el silencio, esta vez es tan denso que puede cortarse y tan claro como si Desi estuviera hablando. Es un silencio franco, que dice a gritos que está callando lo que sabe.

—Es horroroso lo que les han hecho a esas mujeres —acierta a decir.

—¿Leíste algo así en el diario? —insisto, tratando de forzar una confesión.

—No me suena —responde, pero no termino de creérmelo.

—Desi, te repito que estamos hablando de asesinatos y estamos buscando a un asesino —recalco. Debe comprender el alcance de mis palabras.

—¿De verdad cree que ha sido Jesualdo?

—Tiene un móvil, la venganza, y seguramente haya tenido la motivación y la oportunidad para llevarla a cabo. Tenemos que dar con él y detenerlo, quizás estemos a tiempo de salvar alguna vida. Dime dónde podemos encontrarlo.

—No sé dónde está, inspectora, ya se lo dije. Da igual las veces que me lo pregunte, no obtendrá otra respuesta.

56

La llamada.

Al filo de las ocho de la mañana, olvidado en la mesita de noche, suena el móvil. Bajo de la cinta de correr y lo cojo. Contra todo pronóstico, es Desi.

Llevo mucho tiempo sin hablar con ella. Desde que descubrió mi involucración en los robos de Nacho. Fue muy injusta. Me echó toda la culpa. Yo llevaba toda la vida a su lado, me conocía de sobra, pero hizo más caso al capullo de su novio, con quien llevaba solo dos días, que a mí. Estaba ciega, o peor aún, obsesionada con aquel metrosexual. Menuda gilipollas. No quiso ver que era un canalla.

Esperé su llamada durante meses. Tenía la corazonada de que llamaría y me pediría perdón. Quería que entendería mis razones. Tenía un sueldo de mierda con el que no podría alcanzar mis propósitos. Ella lo sabía. Necesitaba dinero rápido. Quería que lo entendiera y que reconociera que él también tenía culpa. Aunque lo de Nacho era peor porque fue la cabeza pensante y el impulsor. Se merecía un castigo mayor, pero se libró, y Desi me usó para depurar su responsabilidad por completo.

Después de tanto tiempo esperando, ahora me llama. No sé si en plan amiga, pero al menos sé que no me ha delatado a la policía. Ni lo hizo entonces ni lo ha hecho ahora. Lo que no sé es qué pensará hacer mañana.

Contesto antes de que pase a ser una llamada perdida.

—¡Qué sorpresa, Desi! —finjo.

—Necesito hablar contigo.

—Pues habla.

—Por teléfono, no. Quiero que nos veamos lo antes posible, si es ahora mismo, mejor.

—¿A qué vienen esas prisas?

—Lo sabrás cuando hablemos —responde en actitud cortante.

—Está bien, dime dónde nos vemos.

—Te espero en Clean and Service, ya sabes dónde encontrar la empresa.

—En veinte minutos estoy allí. ¿Quieres que lleve churros para desayunar?

Desi cuelga, lo que me hace comprender que la visita no va a ser amistosa.

Después de tanto tiempo ha sido muy seca. No me ha dicho qué quiere, pero yo lo sé. Como sé que la inspectora amiguita del cabrón de Isidro ha estado hablando con ella. Y antes ha hablado con Abigail, a la que fue a buscar al trabajo. Después fue a ver a Desi. También sé que la inspectora ha estado en distintas comisarías, buscando información sobre los robos de Nacho y

el asesinato del cura. Lo sé todo. Monitoricé y cloné el móvil de esa estúpida inspectora, además del de Isidro, y ha sido un acierto total. Bendito presentimiento. Sabía que debía controlarla por lo muy amiga que es de ese cabrón. No me equivoqué. Ha ayudado a ese bastardo a escaparse, pero gracias a mi pálpito, sé dónde está y con quién habla en todo momento.

Lo calculé todo a la perfección, excepto la dosis que le inyecté a Isidro. Por eso despertó antes de tiempo. Por eso pudo pensar y pedir ayuda a la jodida inspectora. La vi llegar al barrio de Las Tablas. Los vi irse en su coche. Vi que otro coche los seguía. Y también vi a la policía marcharse con las manos vacías. Lo vi todo. El localizador me indicó que Dolores Velázquez está en Torrelodones, en la calle Huertos. Qué coincidencia, Patricia Soler, la amiguita de la inspectora y compañera de curro en otra comisaría, vive en esa calle. Descubrir el número del portal y el piso ha estado chupado.

Ya sé dónde está el malnacido de Isidro Torres y quiénes lo están protegiendo desde que se escondió como una rata. No contaba con esto y he tenido que improvisar. Quería que metieran a Isidro en la cárcel. Que sintiera la humillación de ser policía y estar preso, la hostilidad de los presidiarios, el miedo a lo que pudieran hacerle y le harían al muy hijo de puta. Yo ya lo tenía hablado con Nacho. Él se lo había dicho a unos convictos que se cargarían a Isidro por poca pasta. No los mueve el dinero, sino la satisfacción de apalear a un madero hasta reventarlo.

Pero ahora debo sacar a ese cabrón de su escondrijo. Tengo que asegurarme la muerte de ese saco de escoria. Ya no voy a dejarla en manos de otros. No quiero más imprevistos. Lo mataré yo, como he matado a los demás.

57

Madrid, 2009.

A sus trece años, Jesualdo tuvo que enfrentarse al trauma de despertarse y ver a su madre acostada a su lado con las venas rajadas, desangrada, lívida y fría como un témpano de hielo. Las sábanas estaban cubiertas de sangre, como parte de su pijama y de su piel. Durante unos minutos no fue capaz de reaccionar, lo torturaba la idea de pensar que mientras él había estado durmiendo su madre había ido perdiendo la vida.

No podía apartar su mirada de ella. Estaba estupefacto por su muerte, triste por haberla perdido, y decepcionado porque se hubiera rendido sin pensar en él. Porque Jesualdo no sería tan maduro como Desi, pero sí lo suficiente para saber que su madre no era como las madres de otros compañeros de colegio o como la propia Abigail. Su madre no estaba bien, era esclava de una mente que se había instalado en el lamento y se quejaba de todo y por todo. En pocas ocasiones sonreía, y cuando lo hacía, casi siempre solía fingir. Su semblante taciturno con frecuencia invitaba a los demás a preguntarle qué le ocurría, a lo que ella siempre contestaba con un «nada» acompañado de un «estoy bien». No reconocía que tenía un problema ni permitía que nadie la ayudara. Arrastraba una depresión que la lastraba, con la que se había acostumbrado a vivir y que la manejaba como a una marioneta.

Pero aun sabiendo que a su madre le ocurría algo, por mucho que ella se empeñara en negarlo, Jesualdo nunca pensó que le faltara fortaleza para seguir adelante. No estaba sola, lo tenía a él, podía haberse aferrado a su hijo. Contaba con Abigail, su amiga, que solía darle buenos consejos. Incluso Desi, una joven de quince años con el doble de edad emocional se atrevió a ofrecerle ayuda. Aunque los escuchaba, Rosaura hacía oídos sordos a todos. Alimentó su mente de penas, compadeciéndose de sí misma; de frustraciones, entrando en bucle entre lo que deseaba y lo que no conseguía; de humillaciones, reviviendo lo que había sufrido en el pasado, un tiempo al que seguía atada y que su mente aprovechó para engullirla sin piedad.

Jesualdo tuvo grandes apoyos para superar el trauma de despertar junto a su madre muerta. Primero, por parte del centro en el que empezó a vivir, pues al no tener familia, la Comunidad de Madrid se hizo cargo de su tutela y lo trasladó a una residencia de protección de menores donde recibió tratamiento psiquiátrico y psicológico. Después, por parte de quienes él consideraba su familia, aunque legalmente no lo fueran: Desi y Abigail. A ellas también les impactó mucho el suicidio de Rosaura, y más que se hubiera metido en la cama de su hijo a esperar la muerte. Se preguntaban qué habría pasado por su cabeza para hacer algo semejante, era un enigma que ya no tenía respuesta. Tras el *shock* inicial, madre e hija pensaron que Rosaura había perdido la razón.

Mientras Jesualdo continuaba inmóvil a los pies de la cama, con la mirada clavada en su difunta madre, Abigail llamó al 112 y Desi aprovechó el momento para ir al dormitorio de Rosaura a coger el diario. Necesitaba saber si había escrito algo que le permitiera comprender por qué se había quitado la vida. Había decidido esconderlo para entregárselo más adelante a

quien debía tenerlo. Jesualdo tenía que conocer la historia de su madre, que también era la suya, pero no en ese momento, sino cuando se recuperara y tuviera fuerza suficiente para encarar la verdad. Solo entonces ella le daría apoyo, le entregaría el diario y además lo ayudaría a encajar las piezas.

Jesualdo no reaccionó hasta que empezó a llegar gente en el piso: médicos, policías, el forense, el juez, un trabajador social… Todo el protocolo se activó para certificar la muerte, verificar que había sido un suicidio, levantar el cadáver, tomar declaración a los residentes y llevarse a Jesualdo a otro hogar. En medio de tanto alboroto, Abigail se escabulló y entró en la habitación de Rosaura para coger el diario y esconderlo. No quería que su hijo lo leyera, contaba cosas demasiado duras y alguna que otra mentira que podrían confundirlo. Pero no lo encontró.

Lo más duro para Jesualdo fue cuando se despidió de Desi, el único momento en el que rompió a llorar. Lloró desconsolado, tanto como ella. Desi lo quería como a un hermano, y Jesualdo la quería más que a su madre, a quien empezó a culpar por separarlo de ella. La trabajadora social, una mujer de mediana edad, de apariencia sería y trato amable, intentó calmarlo. Estaba herido, confuso, perdido… Todo un maremágnum de sentimientos lo avasallaba. No sabía qué le depararía la vida a partir de ese momento, tras perder a su gran referente: Desi. Eso era lo que más le asustaba, desconocer su futuro, y así lo expresó. Pero en ese futuro también había cabida para Desi y Abigail, y la trabajadora social le trasladó el mensaje para tranquilizarlo.

—Podrás mantener contacto con ellas conforme a los criterios señalados por la administración, lo que se traduce en recibir la visita de personas significativas para ti el día indicado por la residencia. Jesualdo, vas a ir a un lugar donde te protegerán y te ayudarán, y para potenciar ese apoyo valorarán mucho el que puedan ofrecerte Abigail y Desi.

Con la promesa de la trabajadora social, Jesualdo se marchó con ella sin lágrimas en la cara, pero tan herido que jamás se recuperaría de aquel golpe.

Días después de enterrar a Rosaura, el padre Cristóbal ofició una misa en su memoria y lloró a escondidas de puro remordimiento. Se sentía responsable.

Los días que trascurrieron desde el entierro hasta la misa fueron los que necesitó Jesualdo para entender que la residencia de protección de menores era su nuevo hogar, donde viviría hasta cumplir los dieciséis años, edad con la que pasaría a un piso tutelado.

Después de esa misa, y mientras trataba de recuperarse del impacto y recolocaba los sentimientos, Abigail buscó más detenidamente el diario.

—¿Qué haces? —le preguntó Desi, viendo a su madre registrar la habitación de Rosaura.

—¿Has visto el diario?

—¿Por? —se interesó con cautela.

—Porque no lo encuentro y no quiero que caiga en manos de Jesualdo. Pasado mañana lo traen a recoger el resto de su ropa.

—¿Y por qué no? Es el diario de su madre, y muchas de las cosas que cuenta le conciernen a él, puede que hasta lo ayude a comprenderla.

—Ni hablar. —Sacudió la cabeza—. No lo ayudaría ni le haría comprender nada; al revés, le causaría más daño del que ya sufre. ¿Lo tienes tú?

—¿Yo? ¿Por qué? —disimuló. No compartía la opinión de su madre, pero no iba a discutir con ella.

—Porque lo leíamos las dos y yo no lo tengo.

—Lo leí por última vez cinco días antes de que Rosaura se suicidara, después no lo he vuelto a ver —mintió.

—Yo tres días antes, y ahora no está. ¿Dónde demonios lo guardó?

—Quizá se deshizo de él —trató de convencerla—. Puede que ella tampoco quisiera que su hijo lo leyera y, si tenía planeado matarse, lo hizo desaparecer. Igual lo tiró a la basura. Acuérdate de que no solía bajarla, casi siempre se le olvidaba, pero el día antes de su muerte, por la mañana, se la llevó cuando se iba a trabajar.

—Lo que dices tiene sentido, podría ser.

—Como todo lo que digo, mamá. Ya sabes que soy una chica muy lista.

—Demasiado, diría yo. —Sonrió de forma leve—. Y a quien más quiero en este mundo.

Abigail se abrazó a Desi sintiéndose afortunada de tenerla e ignorando lo mucho que su hija la estaba engañando.

58

Giro de guion.

—Cuánto tiempo sin vernos —saludo a Desi.

—Más de un año —responde con soberbia.

Me invita a pasar con un gesto y entro en Clean and Service. Conozco el lugar, trabajé aquí hace tiempo. Cuando cierra la puerta y vuelve a mirarme, añado:

—Diecisiete meses, para ser exactos.

—Vaya, ¿los cuentas?

—Me acuerdo mucho de ti.

—Pues te acordaste poco cuando ayudaste a Nacho.

El reproche no se hace esperar, tal y como me esperaba.

—Necesitaba el dinero, pero no maté a nadie para conseguirlo.

—¡Claro que sí! Me mataste a mí clavándome un puñal por la espalda.

—No vuelvas a decirme que te traicioné.

—Lo hiciste, por eso dejé de hablarte.

Me callo. Veo que nos sigue separando una enorme distancia y no estoy aquí ni para discutir ni para perder el tiempo. La miro con atención. No es ni la sombra de lo que era. Nunca le han sobrado los kilos, pero ahora está tan delgada que el vaquero pitillo le queda holgado. Necesita un buen corte de pelo y teñirse las raíces. Las marcadas ojeras violáceas resaltan en su demacrado cutis. Está claro que la vida la ha castigado.

—Estás muy cambiada, Desi.

—Pues anda que tú, ni te cuento —sisea con cierto menosprecio.

—Soy otra persona.

—Yo también —replica de inmediato, a la defensiva—. Una a la que han chuleado, le han partido el corazón, le han robado el dinero que tanto esfuerzo le ha costado ganar y prácticamente la han dejado con una mano delante y otra detrás.

—Lo siento mucho.

—Parece que no te sorprende.

—Bueno, sé lo que pasó con Nacho, y que está en la cárcel. Si puedo ayudarte en lo que sea, cuenta conmigo.

—Si quieres hacer algo por mí, dime la verdad.

—¿Qué verdad?

—Lo del diario de Rosaura, lo de esas muertes que cuentan los periódicos, lo de tus ganas de venganza.

—No sé de qué muertes hablas —miento.

—Las de las prostitutas y los proxenetas, o chulos, como prefieras llamarlos. Han muerto como Rosaura deseaba que murieran. Has sido tú, ¿verdad?

—Así que conoces los detalles que no han salido en la prensa. Veo que la policía ha estado hablando contigo —digo, sabiendo que es cierto.

—¡Joder, ya me has contestado! —Se echa las manos a la cabeza y me observa aterrada—. Has sido tú. Tú los has matado. ¿Cómo has podido hacer algo tan monstruoso?

Sé que mi confesión tendrá consecuencias y tendré que asumirlas. Lo que no sé es si todavía puedo fiarme de Desi. Tendré que correr el riesgo.

—Se merecían la muerte —respondo al fin—. Era lo que mi madre quería y lo que yo necesitaba.

—No me lo puedo creer. —Continúa mirándome de la misma forma—. ¿En qué te has convertido?

—La prensa me llama «justiciero», y de momento no los voy a corregir porque no me interesa.

—Eso no es hacer justicia, es vengarse para intentar mitigar el odio que llevas dentro.

—¡Odio! ¿Qué odio? ¿El que tú me inculcaste hasta empacharme?

—¿Qué coño dices? —La cara de pavor de Desi oscila al más absoluto asombro.

—Que tú odiabas al cabrón de Isidro y me empujaste a que yo lo odiara. Me diste el diario de mi madre para que la inquina que desprendían sus palabras me envenenara. Querías que deseara la muerte de todos los que la jodieron la vida a ella y, por tanto, me la jodieron a mí. Sí, Desi, tú alimentaste mi odio y ahora te escandalizas de las consecuencias, pero las consecuencias son las que son. Los cerdos que truncaron la vida de Rosaura están muertos, y el mayor hijo de puta de todos, Isidro Torres, morirá dentro de muy poco.

—La policía sabe que tú los mataste y te está buscando.

—¿Y qué les has dicho? —le demando, aun conociendo la respuesta.

—La verdad, que no sé nada de ti desde hace tiempo.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—¿Para qué me has hecho venir?

—Para preguntarte si los habías matado. Para mirarte a los ojos y saber si me decías la verdad o me mentías.

—También me miraste a los ojos cuando me defendí de las acusaciones de Nacho con el tema de los robos, y no me creíste, aunque te estaba diciendo la verdad —le reprocho.

—Entonces mis ojos estaban ciegos, el amor los había cegado.

—Pues ya sabes que no te mentí entonces, ni tampoco ahora. Los he matado yo y no me arrepiento, volvería a hacerlo, y estoy deseando acabar con el que me queda.

—No puedes seguir con esto, tienes que parar.

—¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú, Desi?

—Por ejemplo.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Rogándotelo si hace falta.

—No, tú no eres de ruegos. —Niego con la cabeza—. Vas a llamar a la policía en cuanto me vaya, ¿a que sí?

—No… De veras, no lo haré.

Desi trata de mantener una expresión serena, pero la leve compresión de labios, los puños apretados, el nerviosismo que noto en sus palabras dicen que no está siendo sincera.

—Mientes.

—Para nada. Te lo prometo.

Los leves gestos vuelven a acompañar la frase. Continúa mintiendo para convencerme.

—¿Crees que soy imbécil? Sé que en cuanto salga por esa puerta vas a ir con el cuento a la poli. Te faltará tiempo para llamarlos, y no puedo permitirlo.

—¿Qué vas a ha…

La descarga de mi pistola eléctrica en su cuello la calla en el acto. Cae al suelo desplomada. Le suelto un par de patadas en la tripa. Está tan plana que las ha debido de sentir en los riñones. Se retuerce de dolor. Saco del interior del abrigo mi «varita mágica». No creí que tuviera que usarla con ella, menos mal que no la he dejado en el coche. No quiero golpearla y a la vez no puedo parar de hacerlo. Ha vuelto a poseerme esa endemoniada fuerza que me impulsa, que me empuja, que me pide dolor, sufrimiento, sangre… Escucho las voces. Una me dice que Desi es mi amiga, mi hermana, casi mi madre, la mujer que siempre he querido y admirado. La otra, que es quien me instigó a odiar, la que me dio una mano y después me retiró la palabra, la que perdonó a Nacho y a mí me dio la espalda, la que piensa venderme a la policía en cuanto me descuide.

Pum, pum, pum…

Gime. Sangra. Llora. Empiezo a sentir pena y aprieto la mandíbula para tragarme las ganas de llorar.

Pum, pum, pum…

Sigo golpeándola. No puedo parar ni consentir que me traicione de nuevo.

—Desi, ¿qué son esos ruidos? —escucho una voz femenina procedente de una puerta interior que comienza a abrirse.

Echo a correr como si no hubiera un mañana, como no he corrido en mi vida.

—¡Eh, tú, para! —escucho decir cuando mis pies ya pisan la acera.

No dejo de correr hasta llegar al coche, aparcado unos metros más abajo, al doblar la

esquina. Arranco, piso el acelerador a fondo y abandono el lugar tan rápido como un Fórmula Uno. Por suerte, quien fuera que estaba con Desi no me ha visto más que un segundo la espalda.

59

Madrid, 2014.

Desi eligió el día veintitrés de abril para darle a Jesualdo el diario de Rosaura. Ese día cumplía los dieciocho años, la mayoría de edad. Ya podía votar, librarse de la tutela y ser dueño de su vida, pero para comprender esa vida debía leer el diario de su madre. O al menos así lo creía ella.

Durante casi cinco años Jesualdo trató de borrar de su mente el hecho traumático que le supuso abrir los ojos y descubrir la amarga realidad, a su madre muerta a su lado. Cinco años con miedo a despertarse por si le sorprendía el recuerdo de la sangre, su lividez, el olor de la muerte… Pero intentar olvidar no significa conseguirlo, por mucho tiempo que pase y empeño que se ponga, y aquella imagen se le grabó en el cerebro como un tatuaje en la piel. Había negado la evidencia del problema para que lo dejaran tranquilo, pero siempre estuvo latente, nunca lo superó.

Jesualdo alojaba rabia y odio en su alma, unos sentimientos que en ocasiones estaban tranquilos como un mar en calma, y en otras, tan revueltos como el viento huracanado. La turbulenta mezcla hurgaba en su mente, le hacía preguntas para las que no encontraba respuesta y siempre terminaba culpando de su desdicha al hombre que no le dio su apellido, el que recuerda a su lado cuando echó a andar, el que lo llevaba a caballito cuando se cansaba, el que le regaló sus primeros patines, con quien paseaba por el parque del Retiro, el que le enseñó a montar en bici y hasta le dio una vuelta en barco por el pantano de San Juan. El que un día desapareció de sus vidas dejando a su madre tirada como el que se deshace de una prenda inservible, sin importarle cómo o dónde acabara. Recordaba su nombre, Isidro, pero no su cara, a pesar de haberla convertido en la diana de su dolor.

Jesualdo le agradeció a Desi que le entregara el diario y esa misma noche se adentró en sus páginas. En solo tres días leyó lo que su madre había escrito durante casi quince años. Su vida, con más sombras que luces, con más dolor que alegrías y con más incertidumbre que esperanza. Una vida en la que la expectativa del verbo *confiar* cada día era más difícil. En general, lo que contaba su madre le heló la sangre, pero descubrir lo mucho que significó Isidro para Rosaura y lo poco que representó ella para él hizo que el dolor le calara hasta los huesos. Ese frío gélido lo llenó de un veneno que emponzoñó sus entrañas agitando la rabia que reposaba en el fondo de su alma, y eso permitió que el odio aflorara con más vigor que nunca. En segundos pasó de odiar a Isidro a querer vengarse, y de eso a desear su muerte solo había un paso, el que dio movido por un frío vengativo, rígido como una barra de hierro, que, como tal, no dejaba de golpearle el corazón con la intención de magullárselo.

Todos los que Rosaura mencionaba en el diario eran parte de su desgracia, obvio. Ellos, por ser malévolos y vivir a costa de explotar sexualmente a mujeres vulnerables; ellas, por comportarse como rivales en vez de unirse en sororidad. Pero Isidro era el peor de todos, el más culpable, porque la rescató, la ayudó, le dio esperanza y después se la arrancó de cuajo dejándola

vacía. Desi también pensaba así, y se lo decía a Jesualdo cada vez que vomitaba bilis sobre Isidro, que era con frecuencia.

—Yo comparto la idea de tu madre, Isidro no te engendró, pero asistió a tu parto, se preocupó por ti y se implicó en tu crianza durante los seis primeros años de tu vida. Eso lo convierte en tu padre. De hecho, hay padres biológicos que hacen bastante menos.

—Mi madre me dijo que él era mi padre, me pidió que lo llamara papá, y cuando lo hice, él se marchó y nunca más lo volví a ver —le confesó por primera vez a Desi.

—¡Eh!, tú no tienes la culpa de nada, ¿me oyes? De nada. Isidro es el gran responsable de la muerte de tu madre, no te quepa duda. Yo lo supe leer entre líneas, pero Rosaura lo expresa claramente en lo último que escribió en el diario.

—Menudo hijo de la gran puta —escupió airado.

—Odio a ese tipo. ¿Y sabes qué? Lo odio tanto que no pude contenerme y fui a decírselo. Meses después de que ingresaras en la residencia de protección de menores, me presenté en la comisaría donde trabaja y le dije lo despreciable que era, lo mucho que lo odiaba y lo mucho que lo odiarías tú cuando conocieras la verdad.

—¿Y qué te dijo? —preguntó con curiosidad.

—Que me largara. Y lo hice, pero me quedé muy a gusto.

Jesualdo pensó que él también tenía que hablar con Isidro. Si Desi había tenido los arrestos de plantarse en la comisaría para decirle todo aquello, él no podía ser menos siendo la parte más afectada en la historia. Debía calmar la necesidad de vaciarse, pero el odio que sentía hacia Isidro era tan inmenso que temió cometer una locura si lo tenía enfrente, y prefirió llamarlo por teléfono a su lugar de trabajo.

—Soy Jesualdo, el hijo de Rosaura —se presentó cuando alguien de comisaría le pasó su llamada a Isidro.

A Isidro no le costó recordarlo, ni a su madre. No los tenía presentes en su mente, pero tampoco los había olvidado.

—¡Hombre, Jesualdo! ¿Qué se te ofrece?

—Saber por qué abandonaste a mi madre y por qué me repudiaste hace doce años —anunció, directo como una bala.

—Nunca te repudié. —Isidro intentó asimilar lo que le pareció un ataque.

—Sí lo hiciste. Me trataste como a un hijo y cuando te llamé papá me dijiste que no eras mi padre.

—Porque no lo soy —admitió con franqueza—. Y fue tu madre la que me apartó de vosotros.

—¡Deja de mentir! ¡Eres un mentiroso! —le gritó como un loco—. No quiero nada de ti, solo que sepas que te odio con todas mis fuerzas. Tú y los demás matasteis a mi madre, y te juro que algún día pagaréis por ello. Me vengaré de todos los que le hicieron daño.

Jesualdo colgó el teléfono colmado de rabia, llorando odio.

60

Bruno se pone al volante de mi C-HR híbrido y nos dirigimos de nuevo a Carabanchel. Sin saber dónde podemos encontrar a Jesualdo, solo se me ocurre seguir insistiéndole a Desi. Estoy segura de que sabe más de lo que dice y tenemos que intimidarla para que suelte prenda. Si no fuéramos policías huyendo de la policía, podríamos detenerla y meterla en el calabozo, ese lugar de ambiente opresivo que a algunos les parece claustrofóbico. Sería una buena herramienta de presión. Estoy segura de que confesaría con solo unas horas en ese sitio.

Me alegra que Bruno no me haya juzgado tras conocer mi pecado. Tampoco aprueba que haya mentido bajo juramento, pero, como yo, sabe que la justicia no siempre es justa y que a veces es necesario tomar atajos para equilibrar la balanza. Lo que estamos haciendo ocultando a Torres: mentir mientras buscamos la verdad. Quien esté libre de culpa, que tire la primera piedra.

Abandonamos Pico de los Artilleros, mi calle, y Bruno toma la avenida de Moratalaz en dirección a la M-40, la ruta más rápida para llegar al polígono industrial El Aguacate. A distancia, diviso el quiosco de prensa, uno de los pocos que aún sobreviven en Madrid. Viéndolo, la información que hace unas horas Lucas Gil compartió conmigo me pone alerta. El semáforo cambia a rojo y Bruno detiene el coche a la altura del quiosco. Me apeo sin mediar palabra, en un impulso.

—¡Eh! ¿Adónde vas, Lola?

Escucho la voz de Bruno a mi espalda mientras corro a ver los periódicos. El corazón me da un vuelco cuando compruebo que se cumplen mis temores: la prensa se está frotando las manos por culpa de Navarro. Los diarios han amanecido con titulares que atacan a Isidro Torres.

«Un comisario recién jubilado es el “justiciero” que la policía lleva semanas buscando».

«Comisario de profesión y asesino en serie por vocación».

«Uno de los peores asesinos de la crónica negra española oculto bajo el uniforme de la Policía Nacional».

«En busca y captura un comisario al que se le imputan nueve asesinatos, entre ellos el de Victoria Beli».

«¿Puede un comisario íntegro y respetable convertirse en un asesino en serie de la noche a la mañana?»

Y así uno tras otro. Casi todos lo acusan de ser el asesino que la policía lleva semanas buscando, sin tener en cuenta la presunción de inocencia ni el beneficio de la duda. Casi todos ponen en el ojo del huracán a Torres, un hombre ejemplar que Fernando Navarro se ha empeñado en arrastrar por el fango. Casi todos recogen su nombre debajo de una fotografía suya, datos que el nuevo comisario ha debido de filtrar a la prensa. Casi todos, porque el único que se desmarca un poco, abriendo el debate con ese «¿Puede un comisario íntegro y respetable…», es Lucas Gil en el *Opinión*, diario en el que trabaja.

Empiezo a sentir esa presión tan familiar en el pecho, la angustia que ya creía olvidada y

que estoy reviviendo con esos titulares. Es como un *déjà vu*, aunque en esta ocasión soy testigo del asedio en vez de ser la hostigada.

Busco en el móvil las noticias de la prensa digital. Me encuentro con lo mismo que cuentan las de papel, pero la cantidad se multiplica por diez. Las redes sociales comienzan a llenarse de comentarios contra Torres, de memes de Torres, de insultos hacia Torres… Los hay que exigen justicia, otros que piden cárcel y algunos empiezan a hacer apología de la violencia, lo quieren muerto.

No me cabe duda de que los telediarios abrirán con el mismo tema y que lo exprimirán hasta sacarle la última gota. Los nervios se apoderan de mis entrañas al prever lo que está por venir: las mentiras, la presión, el linchamiento mediático… Será insoportable.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Bruno, colocándose a mi lado.

No puedo responder, siento que me falta el aire y que se avecina un ataque de ansiedad. Le muestro el móvil y le señalo los periódicos del quiosco.

—¡Joder! —suelta de forma abrupta.

Me llevo la mano al pecho. El corazón se me acelera, la angustia me atenaza el alma, el suelo se desestabiliza bajo mis pies… Entreabro los labios, pero soy incapaz de articular palabra. Me cuesta respirar, mucho, muchísimo, no puedo… Con unos rápidos gestos, le indico a Bruno que me estoy asfixiando.

—¡Lola, respira! —me pide, como si yo no tratara de hacerlo—. ¡Agua! Necesitas un poco de agua. Oiga, caballero, ¿tiene agua? —Se dirige al quiosquero.

El hombre sale enseguida con una botella de agua. Bruno le quita el tapón y la pone en mis manos. Bebo como me explica, a sorbos cortos, e intento respirar profundo y soltar el aire por la boca. Me dice que es bueno para controlar los ataques de ansiedad. Me acerca hasta un banco que hay detrás del quiosco y me siento para no acabar en el suelo, me noto débil. El quiosquero se suma a nosotros mientras Bruno me sigue indicando que inspire profundo y espire lentamente. Una pareja que está paseando al perrito por el parque se une a nosotros. De seguido, una señora mayor que acaba de comprar churros también se acerca.

—Está muy pálida —dice la mujer setentona, la última en llegar y la primera en opinar.

—¿Han llamado al Sámur? —interpela la señora del perrito, de no más de cuarenta años.

—Mejor al Summa, ¿no? —opina su marido.

—Qué más dará, amor, el caso es que la atiendan.

—¿Llamo al 112? —pregunta el quiosquero a Bruno.

—¡No! Váyanse y déjenme en paz —declaro con clara angustia.

—Vamos, ya lo han oído. Despejen el lugar, se acabó el espectáculo, cada uno a lo suyo —les pide Bruno. Ellos lo miran molestos, sin moverse del sitio—. He dicho que circulen, ¿qué no entienden? —dice con autoridad, y les muestra la placa, que actúa como un revulsivo.

En pocos segundos los presentes desaparecen y deja de haber gente cotilla a mi alrededor. Mi respiración comienza a recobrar el ritmo normal y el estado de nervios que se ha aferrado a mi estómago va disipándose.

—¿Te encuentras mejor, Lola?

—Relativamente.

—¿Y eso cómo se traduce?

—Que si hoy no damos con Jesualdo, no sé cómo vamos a poder sacar a Torres de casa de Patricia, ni adónde vamos a llevarlo habiéndole colgado el cartel de «Se busca».

—Ya se nos ocurrirá algo —dice para consolarme—. ¿Volvemos al coche? Lo he dejado en doble fila y está invadiendo parte de la avenida.

—Sí. Tenemos que hablar con Desi. Hay que ponerla contra las cuerdas para que nos lo cuente todo.

61

Madrid, 2018.

Cuatro años después de conocer la existencia del diario de Rosaura, el odio de Jesualdo se había vuelto desmesurado. Cada vez que lo releía, algo que hacía con frecuencia, como si pretendiera aprenderse una lección de memoria, el odio se iba filtrando en cada rincón de su alma.

Con el tiempo focalizó toda su atención e interés en la última página, en las últimas palabras de Rosaura, en sus últimos deseos.

Ella quería venganza.

Él quería vengarse.

Se prometió ser el vengador, pero no solo por Rosaura, sino porque a él lo habían convertido en un daño colateral. Había vivido una vida sembrada de amarguras. Había sufrido tanto daño o más que su madre.

Llevar a cabo una venganza de semejante calibre, con independencia del peligro y los riesgos, era una tarea titánica en la que la templanza de cualquier persona medio normal haría aguas. Sin embargo, el odio, al igual que el amor, es capaz de mover montañas y hace de la voluntad el mejor empeño, y si algo rebosaba el corazón de Jesualdo, era odio. Al principio no sabía cómo llegar hasta las personas que Rosaura mencionaba en el diario, de las que solo conocía su nombre y apellidos; de ellas, también su pseudónimo, y cada hora que trabajaba limpiando cristales pensaba en la manera de lograrlo. Cuando acababa su jornada, llegaba a casa, se encerraba en su habitación y se pasaba horas frente al ordenador, buscando la forma. La limitación lo frustraba y lo colmaba de una ira que intentaba calmar escribiendo. Escribía una y otra vez lo mucho que odiaba a Isidro, no quería olvidarlo. Isidro Torres, su padre, por mucho que insistiera en decir lo contrario. «Padre no es el que engendra, sino el que cría». Así lo decía Rosaura en el diario y así se lo dictaba a él su conciencia.

Las múltiples horas que se pasó entre las cuatro paredes de su habitación, a solas, frente al ordenador, permitiendo que el odio brotara, dieron sus frutos. En la residencia de protección de menores demostró destreza con los ordenadores, pero prefirió dedicarse a trabajar como limpiacristales porque fue el primer empleo que consiguió, al igual que Valeriano, y como él, estaba deseoso de demostrar su validez para emanciparse de la tutela de la Comunidad de Madrid. Pero la informática era lo suyo y adquirió por su cuenta los conocimientos suficientes para adentrarse en la *dark web* y acceder a determinados sistemas desde dentro. Programar, rastrear, jaquear, robar información, suplantar la identidad… Aprendió de todo un poco, a conciencia y para lograr su objetivo. Jesualdo se convirtió en un pirata informático a la vez que fue llenando los cajones de su escritorio de papeles escritos contra Isidro.

Llevaba cuatro años compartiendo piso con Valeriano, su compañero de la residencia, el

único que nunca se metió con él, que no lo criticó ni lo juzgó, con el que había entablado amistad y con quien se había independizado tras cumplir la mayoría de edad. Ambos se llevaban bien y habían conseguido un trabajo estable con el que poder pagar el alquiler del piso subvencionado que la Comunidad de Madrid, siendo parte del sistema, les ofreció, y echaron a volar.

Pero su amistad con Valeriano ni de lejos podía compararse con la que mantenía con Desi. Ella había crecido a su lado, conocía su vida y era la portadora de sus más íntimos secretos. Sabía lo que le pasaba a su amigo, lo percibió desde siempre, aunque los de alrededor no quisieron verlo. Jesualdo tampoco se atrevió a verbalizarlo hasta que cumplió los veinte años y le confesó a su amiga, casi hermana, su mayor deseo; sabía que podía contar con su apoyo. No se lo mencionó a nadie más, ni siquiera a Valeriano, aun imaginando que no se lo criticaría. Era consciente de que su decisión no contaría con la aprobación de todo el mundo, pero también que era su vida y que no tenía que dar explicaciones a nadie.

Jesualdo había estado supeditado a una madre que delegaba en Desi y posteriormente a un centro que parecía una cárcel, y quería ser libre para librarse de todos los pesos que lo lastraban. Durante años su mente se había convertido en una olla a presión que mezclaba lo que deseaba ser con lo que era y lo que podría haber sido. Su madre no le permitió expresarse con libertad, él mismo se lo prohibió al llegar a la residencia de menores, y en ese momento, cuando era libre de decidir, su mente estaba ocupada fraguando una venganza. No podía pensar en otra cosa y ese empeño le robaba todas las horas de las que disponía.

A Valeriano el encierro de su compañero de piso, constante y duradero en el tiempo, empezó a no gustarle. Se sintió inquieto la noche que el llanto de Jesualdo lo despertó en medio del silencio de la madrugada, y se preocupó cuando siguió oyéndolo varias noches seguidas. No era una persona cotilla, pero decidió husmear por la habitación de su compañero. Necesitaba saber qué hacía allí metido tanto tiempo y por qué sentía esa tristeza de la que intentaba desprenderse en la oscuridad, creyendo que pasaría desapercibida en medio del sueño ajeno. Encontró papeles con nombres escritos que no había oído antes ni conocía, notas que no entendía y el diario de la madre de Jesualdo, del que había escuchado hablar a Desi y que él no pensaba leer, por supuesto. Guardados en un cajón del escritorio había multitud de hojas en las que aparecía escrita la misma frase: «Odio a mi padre. Se arrepentirá de haberme repudiado».

A Valeriano todo aquello lo alarmó tanto como lo intranquilizó. Se pasó un par de días dándole vueltas, sin poder pensar en otra cosa, hasta que se atrevió a hablarlo con Jesualdo.

—Mira, no sé qué haces encerrado en tu habitación tantas horas, pero no me gusta oírte llorar por las noches. Creo que necesitas ayuda profesional, un psicólogo o un psiquiatra, no sé, lo que sí sé es que estás demasiado obsesionado con tu padre, y eso necesita tratamiento.

A Jesualdo el comentario lo pilló desprevenido, era lo que menos esperaba oír de su compañero de piso. Tenían unas normas de convivencia y la primera era no meterse en la vida del otro. Con una mezcla de aspereza y de dignidad ofendida, le preguntó:

—¿Qué sabrás tú lo que yo pienso de mi padre?

—No hablas de otra cosa con Desi, y ella no te aconseja bien; al revés, alimenta tu odio hacia él. Además, he leído lo que escribes sobre tu padre. —Se atrevió a confesarle.

—¿Has registrado mi habitación? —Jesualdo lo observó boquiabierto, sin poder creer que Valeriano hubiera violado su intimidad.

—Solo quiero ayudarte, no estás bien.

—¡Maldito entrometido! ¿Cómo pretendes que confíe en ti a partir de ahora? —escupió furioso.

—Es la primera vez que lo he hecho, pero estaba preocupado por ti y…

—¡Vete a la mierda, puto fisgón! —lo interrumpió a gritos, indignado.

Y como no hay mejor defensa que el ataque, Jesualdo se defendió atacando a Valeriano con una batería de insultos, echando sapos y culebras por la boca. Su enfado cobró tal magnitud que esa misma noche recogió sus cosas y a la mañana siguiente se marchó a casa de Desi. Durante unos meses compartió piso con ella, hasta que encontró uno propio, pequeño, pero por primera vez solo para él.

62

Bruno y yo salimos hacia Carabanchel pasadas las nueve y cuarto de la mañana. Antes de abandonar Moratalaz, suena la música de Miley Cyrus; es Patricia. Me juego el cuello a que ya sabe que la prensa se ha hecho eco de la noticia de Torres. Activo el altavoz, quiero que Bruno escuche la conversación.

—¿Has visto la prensa digital? —me pregunta sin esperar a que le dé los buenos días.

—Y a la de papel también —le confirmo—. Y a excepción de Lucas Gil, todos acusan a Torres de ser el justiciero que estamos buscando.

—No entiendo por qué.

—Porque es lo que Navarro les ha contado a algunos periodistas. Ha puesto a Torres a los pies de los caballos y después les ha pedido su colaboración para encontrarlo.

—¿Por qué miente y le vende esa idea a la prensa? —Suena asombrada.

—Para mantener su intachable reputación de casos resueltos, pero ya te lo explicaré con detalle. De momento, no le cuentes nada de esto a Torres, por favor. ¿Cómo está?

—Preocupado y un tanto desesperado. Ha sido una noche movidita. Tal y como supusiste, intentó fugarse.

—¡Lo sabía! —exclamo enojada y miro a Bruno, que frunce los labios sin apartar la vista de la carretera.

—Hemos hablado largo y tendido y le he pedido que no nos haga correr más riesgos. Lo ha entendido y me ha prometido esperar tus órdenes. Lo he dejado en casa y yo voy camino de Pozuelo de Alarcón. He quedado con Lucas Gil a las diez para tomar un *brunch* en la avenida de Europa.

—Por favor, no alargues la cita. Cuéntale rapidito lo que quiera saber y vuelve a casa.

—Vamos a ver, Lola, es la segunda vez que me lo pides, y aunque no me lo hubieras dicho, es lo que pensaba hacer. Llámame rara, pero no me gusta salir dejando a prófugos en mi casa —ironiza—. Y con este inmenso favor, el tuyo queda más que saldado.

—Y tanto —asevero—. Es más, ahora me siento en deuda contigo.

—Por cierto, Torres se empeñó en saber por qué os estoy ayudando y se lo conté. Pero tranquila, no te ha juzgado ni se encuentra en disposición de hacerlo.

—Bueno, tarde o temprano habría tenido que explicárselo.

—Por eso se lo he contado, debía saberlo. Y ahora centrémonos en lo que importa. ¿Hay avances?

—Todavía ninguno que nos conduzca hasta Jesualdo —respondo tras unos segundos.

—Pero anoche me dijiste que pronto darías con él, ¿qué mierdas ha ocurrido? —me

interpela en un tono a medio camino entre la preocupación y el enfado.

—Desi sabe más de lo que cuenta, por eso voy a volver a hablar con ella y…

—No vas a encontrarlo, admítelo de una vez —me interrumpe muy seria.

Guardo silencio, soportando el suyo. Debo asumir que se me acaba el tiempo y que me quedo sin alternativas, pero cuesta tanto reconocerlo.

—¿Qué piensas hacer con Torres? —formula sin temor la pregunta a la que debo dar respuesta.

—Sacarlo de tu casa sin comprometerte y ver dónde puedo esconderlo —digo sin titubear.

—¿Sin más?

—Sé que ahora que su nombre y su cara están por todas partes será más difícil, pero algo se me ocurrirá.

—No puedes seguir ocultándolo, debes convencerlo de que se entregue. Será lo mejor para él y para nosotras.

Veo por el rabillo del ojo que Bruno me está mirando.

—Si se entrega, lo matarán, ¿acaso lo has olvidado?

—Lola, has hecho lo que has podido, pero no puedes perder tu carrera y tu vida por él. Razona, joder.

De nuevo hago una pausa que alargo observando a Bruno, que también me está mirando. Sus ojos verde aguamarina hablan por boca de Patricia y, como ella, me piden que recapacite.

—Piénsalo bien, por favor —insiste Patricia—. Cuando regrese te llamo y tomamos una decisión. ¿De acuerdo?

—Vale —respondo con dudas, sintiéndome vencida. Dos contra una.

—Patricia lleva razón, Lola —me dice Bruno en cuanto corto la llamada—. Se nos han agotado los recursos, Torres debe entregarse.

El móvil del trabajo comienza a sonar, la oficial Virginia Alcira me está llamando. Contesto sin responder a Bruno.

—Dime, Alcira.

—Jefa, una mujer ha declarado saber dónde se esconde el comisario Isidro Torres y Navarro está preparando un operativo para trasladarse al lugar y detenerlo.

—¿Qué mujer? ¿Dónde dice que está Torres? —pregunto alertada.

—No sé quién es, pero dice que está en Torrelodones, en la calle Huertos, portal…

La respiración se me corta cuando escucho el número del portal, el piso y la puerta. Es el domicilio de Patricia. Tenemos que sacar a Torres de allí cuanto antes.

63

Madrid, 2020.

Jesualdo no le había perdido la pista a Isidro desde que habló con él por teléfono para decirle lo mucho que lo odiaba y le advirtió que se vengaría de él. A veces se había acercado hasta la comisaría donde trabajaba y lo había visto entrar o salir. En ocasiones iba solo; en otras, acompañado. Tenía muy buena relación con una inspectora llamada Dolores Velázquez. De cuando en cuando se tomaba algo con ella en un bar próximo a la comisaría. Él los vigilaba de cerca sin que se dieran cuenta. Tan de cerca, que un día su espalda estuvo pegada a la de la inspectora mientras tomaban algo en la barra. Así descubrió que el inspector Isidro Torres hacía tiempo que era el comisario del grupo VI de Homicidios.

Encontrar al padre Cristóbal no le resultó difícil, seguía oficiando misa en la misma parroquia donde sedujo a Rosaura. Mientras lo escuchaba hablar y los feligreses permanecían atentos a su palabra, decidió que el párroco moriría en la casa de Dios. Su dios había sido testigo del inicio de su pecado y también debía serlo del fin de su vida. Le parecía lo justo.

Pero dar con Diego, Nil, Rayco, Brais, Julen, Tessa, Ámbar, Natasha y Vicky fue más complejo. Lo consiguió cuando tuvo los suficientes conocimientos informáticos para adentrarse ilegalmente donde no debía. Comenzó por el que más resultados ofrecía en Internet, Diego Prieto, un importante empresario de la noche a quien algunos relacionaban con el mundo de la prostitución. La policía sabía que había creado su propia red de trata de blancas, pero le faltaban pruebas para demostrarlo, y a Prieto le sobraban amigos juristas para echar por tierra la imputación del delito. Llevaban años detrás de él y de sus proxenetas. Años sin dar frutos, solo frustraciones, pero seguían luchando por encontrar el menor indicio para llevarlo ante la justicia.

Jesualdo accedió al móvil de Prieto, a su correo electrónico y a su ordenador. Así llegó a Nil Serra, su mano derecha. Repitió el mismo proceso e, investigando su historial y su huella digital, encontró al resto de proxenetas. Con las mujeres fue tan sencillo como entrar en los ficheros digitales de la policía, pues todas estaban fichadas. La ficha de Vicky, diminutivo de Victoria, estaba archivada como confidencial. Al exministro Álvaro de Lara no le interesaba que saliera a la luz esa parte del pasado de su esposa, y no por ella, sino por él. Que se desvelara que había estado yéndose de putas en su etapa de ministro no lo dejaría en buen lugar a ojos de la opinión pública. Los miembros del partido se desvincularían de él, lo obligarían a dimitir y cavaría su tumba política.

Pero las influencias de los poderosos mueven los hilos de la justicia como un titiritero, a su antojo, y la ficha de Victoria, una mujer con la carrera de prostituta más un doble grado en Derecho y Administración y Dirección de Empresas, era confidencial. Para ella, siendo la esposa de quien era, la vida había dado un giro de ciento ochenta grados, pero las demás seguían teniendo relación con el mundo del sexo y la prostitución. Victoria estaba completamente localizable, el domicilio de Álvaro de Lara era un secreto a voces, pero le costó un poco más descubrir donde vivían las demás, y lo logró gracias a las ubicaciones que mostraban sus redes

sociales.

Los tenía controlados y había orquestado un plan para liquidarlos, pero algo inesperado, tan pequeño que a simple vista no podía verse y tan grande que detuvo el mundo, lo retrasó todo y lo cambió a él para siempre.

Un virus.

El confinamiento.

Una pandemia.

El caos.

Aquel tiempo supuso un antes y un después en su vida. El que tanto deseaba.

64

Según el GPS de mi coche, la ruta más rápida para llegar a Torrelodones es por la M-40. Bruno conduce pisando el acelerador más de lo debido y yo llamo a Torres para avisarlo. Tiene el móvil apagado, tal y como le pedí, y sin Patricia en casa, la única forma de contactar con él es a través del teléfono fijo. Sí, Patricia es de esas pocas personas que todavía tienen línea fija y, por suerte, tengo ese número. Lo busco apresurada y pulso la tecla de llamada. Escucho el tono, que se repite insistente hasta que la comunicación termina cortándose. Repito la operación, pero nadie responde. Insisto, no cambia nada. Vuelvo a marcar una y otra vez hasta que después de más de una docena de veces una voz contesta un tímido «Dígame».

—Torres, soy Lola, tenemos un grave problema.

—¿Qué pasa? —pregunta alarmado.

—Una mujer se ha presentado en comisaría y ha revelado dónde se encuentra escondido.

—¿Qué mujer? ¿Cómo se ha enterado?

—No lo sé, y ahora mismo me da igual. Lo que importa es que Navarro ha preparado un operativo para ir a detenerlo, puede que ya esté de camino.

—Esto también es cosa de Jesualdo. Él tiene que saber dónde estoy y Desi lo está ayudando. Están jugando con nosotros.

—¿Es su hijo? —le pregunto directa, necesito saber la verdad. Creo que Torres tampoco me lo ha contado todo.

—No —responde tajante y taxativo—. Créeme, te lo juro por mis dos difuntas.

—Vale —apruebo su respuesta. Ese tipo de juramento, en nombre de Manuela y de Nuria, lo creo a pies juntillas—. Y ahora escúcheme bien, por favor, y haga lo que le digo. Vaya a la habitación de Oliver y busque una sudadera con capucha, le valdrá cualquiera porque usted es de complexión normal y él las usa al menos dos tallas más grandes. Póngasela, cúbrase la cabeza y abandone el piso de Patricia cuanto antes, no pueden encontrarlo ahí. Cuando salga del portal, mire a la izquierda, al fondo, sobre el cerro verá la atalaya de Torrelodones. Camine calle abajo en esa dirección y encontrará el puente de la A-6. Tiene cinco túneles que dan acceso a la vía de servicio, los tres de la izquierda están muertos, ocúltese en el más alejado de la carretera y espere. Ahí lo recogeremos.

—¿Cómo que lo recogeremos? ¿Con quién estás?

Maldigo para mis adentros por el lapsus.

—Eso ahora tampoco importa. Usted dese prisa y espérenos donde le he pedido. Llegaremos en unos quince minutos.

65

A punto de llegar al final.

Mientras conduzco hacia Torrelodones, pienso en Desi. Espero no haberla matado, pero también deseo que no esté viva. Yo y mis contradicciones, como siempre. Quiero y odio. Río y lloro. Sufro y gozo. Lo siento todo a la vez. Sentimientos encontrados. Ilógicos. No es normal querer y odiar a la misma persona. Ni reír y llorar al mismo tiempo. Ni sufrir y gozar con la misma situación. No es normal que un hijo despierte al lado de su madre que se ha suicidado. Ni que una madre prefiera matarse por un hombre antes que seguir viviendo con su hijo. No soy responsable de mi mente. Claro que no. Lo que pienso es la consecuencia de lo que he pasado. Es el fruto de las malas decisiones que otros tomaron sin pensar en cómo me afectarían.

No siento ni padezco por los demás. Soy incapaz de ponerme en la piel del otro. No conozco el significado de la palabra *empatía,* ni falta que me hace. Pero cuando leí el diario de Rosaura, sentí su dolor. Porque su dolor era el mío. Con eso me bastó para querer darle a cada uno de esos cabrones lo que se merecía. Llevo años planeando esta venganza. Lo que Rosaura deseaba ya es una realidad. Allá donde esté, en la gloria o en el infierno, espero que haya comprendido que le he rendido tributo matándolos en jueves. El día que ella murió y me abandonó. También espero que se sienta resarcida. Que aprecie lo mucho que he disfrutado ajusticiándolos y lo poco que me queda para liquidar al último.

El final no será como había planeado, sino mucho mejor. Ya no es necesario que el cabronazo de Isidro acabe en la cárcel y que otros disfruten matándolo; lo he humillado ante sus compañeros, ante la prensa, ante la sociedad. Su nombre ya está enfangado y su maldita sangre pronto estará empapando mis manos. ¡De puta madre! El broche final será espectacular, apoteósico. Todo un disfrute para mis sentidos.

No voy a tener piedad con él, como no la tuvo él con Rosaura y su hijo. Tampoco la tuve con los malditos chulos, a los que dejé indefensos. Desprotegidos, como Rosaura cuando llegó por primera vez al parque del Oeste. Como su hijo al quedarse huérfano. Valientes hijos de perra. Esos bastardos no conocían la compasión, y yo tampoco.

Y las putas no se quedaban atrás. Las muy guarras eran tan hijas de perra como ellos. ¡Malditas zorras! Algunas se apuñalaban por la espalda y otras eran unas chivatas de mierda. ¡Menudas tiparracas! Todos merecían morir y a cada uno lo maté como había deseado Rosaura. Aquellos gusanos y fulanas cambiaron su vida, la sembraron de amarguras que condicionaron la de su hijo. Aquello afectó a nuestra salud mental y ninguno salimos libre de daño.

Alejo los malos recuerdos cuando diviso el puente que la inspectora le ha descrito a Isidro por teléfono. Llevo un rato dando vueltas por la zona y ya conozco bien esta parte de Torrelodones. Paro el coche en el margen derecho, frente al antepenúltimo túnel, y me bajo. A hurtadillas, me asomo. El hijo puta de Isidro está casi al fondo, caminando de una pared a otra del túnel. Chisto para llamar su atención y me mira. Sin dejarme ver, le indico con un gesto de la

mano que salga. Oigo sus pasos cada vez más cerca. Antes de que salga del túnel aparezco frente a él. Se sorprende al verme, no se lo esperaba. Le suelto una descarga con la táser y cae al suelo de golpe, cual saco de patatas. Lo oigo gemir y le doy otra descarga de propina. Me observa desconcertado y perplejo. Me agacho y le sonrío.

—Ya eres mío, Isidro.

66

El traslado hasta Torrelodones se me está haciendo más largo que un viaje desde Madrid a Barcelona. Cada minuto me parece una hora, y después de casi quince, por mi cabeza han pasado muchas cosas, y ninguna buena. Pocas veces en mi vida me he sentido tan asustada. Los nervios aumentan de forma exponencial, provocándome un miedo razonado, no infundado. Miedo por no saber quién es esa mujer y cómo sabe dónde se esconde Torres, y a la vez, por descubrir quién es y por qué lo sabe. Una mujer llamó a comisaría para que los compañeros se presentaran en casa de Torres y una mujer ha informado del lugar donde se oculta. La lógica parece indicar que es la misma persona; la probabilidad, que tiene que ser Desi, como bien ha dicho Torres.

Sé que Desi no nos ha contado todo lo que sabe, aunque tampoco creo que esté implicada en los asesinatos, pero de alguna forma está colaborando con Jesualdo. Las preguntas me arrollan cual tren de mercancías: ¿Sabrán que yo he ayudado a Torres a ocultarse? ¿Me siguió alguno de ellos hasta casa de Patricia? Debe de ser eso, si no, es imposible que alguien haya descubierto el paradero de Isidro, ni siquiera mis compañeros lo saben. Temo que esto sea una trampa con la que sacar a Torres de su escondite y que nosotros lo hayamos empujado a que salga. Un escalofrío me pone la piel de gallina, tengo un mal presentimiento.

Por fin vislumbramos la construcción de piedra que se yergue en lo alto de un peñascal de granito y que da nombre a la villa: La atalaya de Torrelodones. La torre de los Lodones cuenta con el estatus de bien de interés cultural y se ha convertido en elemento simbólico del patrimonio histórico del municipio. Forma parte del escudo heráldico que se recoge en su bandera, es testigo de la historia aproximadamente desde el siglo x y sirve para recordarnos el pasado a los que la observamos. Contemplándola, me pregunto cómo acabará nuestra historia, si será privada o tan pública como todo lo que rodea a esa torre, y no me refiero a los arbustos y encinas.

Los nervios hacen una madeja con mis tripas cuando Bruno toma la vía de servicio y diviso al fondo los túneles que le he descrito a Torres, donde se supone que debe estar esperándonos. Me pongo en plan vigía, como imagino que harían los centinelas en la atalaya para avisar del ataque enemigo. Miro a la derecha, a la izquierda, por el retrovisor, al frente… Mi mente no deja de gritarme que vigile y que no baje la guardia. De forma instintiva, o por deformación profesional, abro la guantera y saco mi arma.

—¿Desde cuándo tienes tu pistola ahí dentro? —me pregunta Bruno, sorprendido.

—Desde que Torres me llamó el viernes contándome que había despertado junto al cadáver de Jana. Me pareció que no sobraba habiendo un asesino en serie de por medio.

—Pues yo voy desarmado. Cuando salí de Zaragoza no pensé que para acudir a una fiesta de jubilación me hiciera falta un arma.

—Uno es policía veinticuatro/siete, como dice ahora la generación zeta.

—Joder, lo sé, y lo soy —entona un poco a la defensiva.

—Tranquilo, Bruno. Si te sirve de consuelo, aunque estemos autorizados a llevarla fuera de

servicio, yo tampoco suelo hacerlo. Es ahí. —Le señalo el lugar, y añado—: Métete hasta el final, da la vuelta y deja entre el coche y la pared del túnel la distancia justa para abrir la puerta.

—¿Piensas que puede haber un francotirador cerca? —pregunta con ironía.

—Toda prevención es poca. ¿No te lo enseñaron en la academia de Policía?

Bruno no replica y hace lo que le he pedido. Me apeo del coche con el arma en el bolsillo de la cazadora. Me acerco al túnel, no se ve a nadie.

—Torres, ya estamos aquí —anuncio entrando.

Alumbro con la linterna del móvil a un pequeño montículo de tierra que está casi al final, por si estuviera escondido detrás, y camino en su dirección.

—¡Eh, Torres! ¿Dónde está?

Me extraña no verlo, que no responda, pero cuando descubro que no hay nadie detrás de la arena y que no hay otro lugar en el túnel donde esconderse, la inquietud me sacude.

—¿Qué pasa? —me demanda Bruno, asomándose.

—No está aquí —respondo saliendo a toda prisa.

—¿Cómo que no está?

—Lo que oyes. Miremos en los otros dos, ¡va!

Sin perder ni un segundo, entramos cada uno en un túnel y llamamos a Torres a gritos. Escucho el frenazo de un vehículo y a continuación un golpe. Echo a correr y salgo del túnel. Un coche se aleja del lugar a todo trapo. Saco el arma y apunto al objetivo, que se escapa sin darme tiempo a disparar. Freno en seco al ver que hay un hombre en el suelo, lo han tirado del coche que acaba de huir. La sangre se me congela al reconocerlo.

—¡Torres! —grito acercándome a él.

—Está herido —indica Bruno al llegar a mi lado, como si no estuviera viendo la cantidad de sangre que tiñe su ropa y que empieza a bañar el suelo.

—¡Síguelo, Bruno! Coge a ese criminal —le ordeno, ofreciéndole mi arma.

Bruno coge la pistola y se monta deprisa en mi coche. Acelera a fondo y sigue al vehículo de color azul. Todo ha sucedido tan rápido que no sé ni qué marca o modelo es, solo he visto el color. Llamo a emergencias y pido una ambulancia con urgencia; hay un policía malherido.

—Aguanta, Isidro, por favor, aguanta —le pido de forma encarecida, gimoteando.

Me molesta la frase que acabo de decirle, tan manida en el cine que se ha convertido en un tópico. «Aguanta, Isidro». Como si él no quisiera resistir o luchar, como si prefiriera rendirse a la muerte.

Torres separa los labios y boquea repetidas veces. Quiere hablar, pero le faltan fuerzas, apenas puedo escucharlo. Aproximo la oreja a su boca cuanto puedo y él expulsa un sonido de poca intensidad, grave y agónico, que no son más que palabras sueltas que no alcanzo a comprender.

—Es… Jesualdo… Jesualdo… No… Jesualdo… gregregreg…

Dejo de escuchar lo poco que es capaz de decirme y giro la cabeza para mirarlo. Sus ojos

han perdido la vida.

—¡Eh, Torres! —Le doy golpecitos en la cara para que reaccione, su rostro se ha quedado sin expresión—. Vamos, Isidro, despierta —le pido con desesperación—. Ya llega la ambulancia, tienes que aguantar un poco más. ¡Eh!, hazme caso, por favor.

La cabeza se le cae hacia un lado y trato de colocársela, pero vuelve a caérsele hacia el otro.

—No me hagas esto. ¡No!

Isidro no se mueve, no respira, ha espirado el último aliento. Acaba de morir. Está muerto.

—¡No, no, no, no, no….! —coreo, anegada en un dolor tan profundo que me arrastra como una riada. Es un dolor que me ahoga despacio, desollándome deprisa. Un dolor tan afilado que me atraviesa el alma como un arponazo y me parte en dos.

67

El fin de los fines.

Odiar no es un trabajo, es una vocación. Como la de los médicos o los policías. Con el odio se convive las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Siempre. Del odio nunca desconectas. Lo das todo por él, dejas tu vida en sus manos y te entregas por completo para satisfacerlo. Pero el odio hace como las termitas en la madera, carcome. Te vacía el corazón, te llena el alma de rencor, y la mente, de pensamientos dañinos hacia quienes odias. Hace que les desees todo tipo de males, a cuál peor. Ese sentimiento va fraguando en tu interior las ganas de castigo, de venganza. Sientes ese gran empuje y conviertes tu deseo en una realidad, matas al primero de los que odias a muerte. Y a partir de ahí ya no puedes parar. No quieres parar.

Pero el odio es un abrigo con el que no puedes vestirte eternamente sin que te asfixie. Un día sientes que no puedes seguir cargando con su peso y quieres deshacerte de él. Quieres que deje de carcomerte, ser una persona normal con pensamientos normales. No deseas seguir conviviendo con esa sed de venganza ni estar continuamente pensando en cómo castigar. Necesitas dejar de compadecerte, aunque te hayan destrozado la vida. Solo deseas vivir. Solo quiero vivir.

«Vive y deja vivir». Bonito lema.

Necesito paz mental para alcanzar la calma. Que mi mente deje de instigar a mis sentimientos. Que el odio frene mi destrucción. Porque el odio te devora igual que las termitas devoran las estructuras en las que habitan. Necesito acabar esta venganza. Una venganza a fuego lento que está a punto de terminar. Que está reposando, como los buenos guisos. No quiero que sea un plato frío, sino bien caliente. Y lo degustaré en cuanto se acabe de cocinar.

Aparco el coche en el camino de la cantera de don Tomás Romera Gómez. Estoy frente a los túneles, a unos doscientos metros, esperando a que la dichosa inspectora y su amiguito poli lleguen para darles su regalito. El móvil de ella me indica que están muy cerca, a menos de diez minutos, así que no puedo perder tiempo. Saco la pistola. Contemplo al bastardo de Isidro sentado en asiento del copiloto. Está muy aturdido y no puede ni moverse ni hablar, pero sí puede escucharme. Su mirada lo dice todo. Asustado, arrepentido, apenado y a punto de llorar. Voy a dispararle a quemarropa. Aprieto el cañón del arma contra su vientre y aprieto el gatillo. ¡Bang! Una bala le atraviesa las tripas. El rostro del cabrón refleja un enorme dolor. Se le escapa un gemido. Un fuego le quema por dentro.

—Esta es la forma más lenta de morir por un balazo, lo sabes, ¿verdad?

No me responde. Se mira la tripa. Una mancha oscura empieza a formarse en el gris perla de la sudadera. Se ensancha sin prisa, sin pausa. Un tono rojizo tirando a granate. El color de la sangre.

—Sé que te estarás haciendo muchas preguntas, la primera y principal, quién soy. Cuando

me conociste me llamaba Jesualdo, ¿te acuerdas? —Isidro levanta la cabeza y me observa confuso, asombrado—. Fuiste el único hombre del que Rosaura se enamoró. Al principio la ayudaste, o nos ayudaste, porque a mí me criaste como si fuera tu hijo cuando era pequeño. Pero nos engañaste. Dejaste a mi madre por otra mujer, y a mí, cuando por fin te llamé papá. Nos abandonaste como si fuéramos basura. Ella nunca lo superó y un día decidió matarse. No pensó en mí. Te amaba más que a su propio hijo. Eligió morir antes que vivir sin ti o vivir conmigo. ¿Te imaginas lo que me dolió? Claro que no. No tienes ni puta idea. Esa bala que te quema las entrañas no te produce ni una pizca del dolor que yo siento. Eres el responsable de la muerte de Rosaura y de mi desgracia, pedazo de mierda, y ha llegado la hora de que lo pagues. Todo pasa por una razón, y te dije que me vengaría, ¿lo recuerdas? Ahora ya sabes que llevo semanas cumpliendo mi palabra. Aunque, ya ves, no soy un justiciero, sino una justiciera.

Isidro hace ademán de hablar y de inmediato le tapo la boca con la mano que tengo libre.

—No he terminado aún, así que calladito. —Él asiente. Retiro la mano y sigo hablando—: Ya no soy Jesualdo, ahora soy Greta. Comencé mi transición hace unos años, antes de que nos confinaran por la maldita covid. ¿Te gusta mi nombre? Desi me ayudó a elegirlo. Desi siempre me apoyó mucho, y yo siempre quise ser una mujer, como ella. Ella me explicó lo despreciable que eres y el daño que le hiciste a mi madre. Me he pasado años planeando esta venganza, pero no solo para vengar a Rosaura, sino por mí. Me habéis jodido la vida entre todos. ¿Me oyes? ¡Por mí! Y yo no tengo culpa de nada. ¡De nada!

—Lo…, lo…, lo sien… siento.

—Demasiado tarde, ¿no crees?

Miro el móvil, la inspectora está a menos de dos minutos de distancia. Vuelvo a presionar mi Glock 43X contra la tripa de Isidro y aprieto otra vez el gatillo. ¡Bang! Otro disparo. Dos en total. Uno por Rosaura y otro por mí. Se estremece. El malnacido gime más fuerte, pero no dice nada. La sangre ya le empapa la sudadera y empieza a manchar la tapicería del coche. Le levanto la cabeza y clavo mis ojos en los suyos. Está derrotado. Sabe que va a morir. ¡Qué gustazo! Me siento vencedora.

El Toyota granate aparece. Arranco el motor de mi Renault Clio y me preparo. Los veo girar a la derecha y entrar en la pequeña explanada de los túneles inutilizados. Me imagino que pararán en el último. Adelanto el coche hasta la señal de stop y me la salto cuando veo a la inspectora y a su amiguito poli entrar corriendo en los otros túneles. Veloz, me coloco en el margen derecho de la carretera y freno. Abro la puerta del copiloto y empujo a Isidro con todas mis fuerzas. Cae sobre el suelo de hormigón. Acelero a fondo para escapar. La puerta abierta del coche golpea contra la pared del túnel y se cierra. Miro por el retrovisor. Antes de girar a la derecha para dejar la calle Huertos y tomar el Camino de Valladolid, veo aparecer al C-HR de fondo.

Entro en la primera calle, la de Rufino Torres. Estoy contenta, inquieta, satisfecha, en peligro… Yo y mis contradicciones una vez más. Subo una corta pendiente hasta un pequeño aparcamiento y giro otra vez a la derecha, bordeándolo. Desciendo para volver a salir a la calle Huertos. Giro a la izquierda y me incorporo de nuevo al Camino de Valladolid. Es una jugada redonda. Un trayecto que he comprobado con anterioridad y la ayuda del GPS del móvil. Dudo que el conductor del Toyota pueda imaginar que los dos vamos por la misma calle, pero uno hacia el norte y otro hacia el sur. Alejándonos.

Él va a Torrelodones y yo a la A-6, hacia Madrid. A mi casa. Con la muerte del miserable de Isidro, mi venganza ha concluido. Es hora de recuperar mi vida.

68

Madrid, 2021.

Desde pequeño a Jesualdo le gustaba ponerse la ropa de Desi. Al principio, Rosaura no le dio importancia. Con cuatro años le parecía gracioso. Con ocho, creía que a su hijo le gustaba disfrazarse y que estando entre mujeres era normal que quisiera imitarlas. Pero cuando llegó a la adolescencia y lo pilló en minifalda, con un sujetador al que había metido como relleno unos calcetines, con tacones, maquillado y hablándole al espejo en tono femenino, puso el grito en el cielo.

—¡Basta ya de juegos! —le voceó, sorprendiéndolo. No esperaba que su madre volviera tan pronto a casa—. No eres un maricón, así que no lo parezcas —lo amonestó.

Aquellas palabras avergonzaron a Jesualdo tanto como le dolieron, pero lejos de rebelarse, calló y obedeció.

Un par de meses después, su madre se suicidó y la vida del joven cambió por completo. En la residencia donde ingresó encontró más enemigos que compañeros, casi todos se metían con él y la palabra *maricón* era la que más escuchaba a lo largo del día. Eso no le permitía olvidar la frase que le había dicho su madre, la que tanto le impactó y que escuchaba en su cabeza con insistencia con cada insulto homófobo que recibía: «No eres un maricón, así que no lo parezcas».

Pero Jesualdo no podía ir en contra de su voluntad, de su naturaleza, al menos no en su fuero interno. Le gustaban los hombres, sí, pero además se sentía mujer y deseaba serlo. Lo sabía desde bien pequeño. Como también sabía que la gente se asusta de lo que no consideran «normal», y la forma de defenderse es atacando lo que no entienden. Él soportaba una pesada mochila en la que ocultaba su verdadero yo, pero ellos cargaban a las espaldas un saco lleno de prejuicios. Era consciente de que no podía ni quería esconder eternamente lo que era, pero no se veía con fuerzas para pelear con todas las personas «asustadas» que vivían en la residencia; si hacían piña, lo lapidarían. Debía resistir, aguantar el tipo como buenamente pudiera hasta salir de allí. Solo cuando abandonara aquel lugar podría iniciar la transición que le permitiría a su cuerpo identificarse con su auténtica identidad de género, y emprendería una vida de verdad.

Ni siquiera le habló a Desi de su transición hasta que se puso en manos de un psicólogo y empezó la terapia y el tratamiento hormonal. Para entonces ya tenía muy claro que quería ponerse implantes mamarios, hacerse una feminización facial, eliminar el vello corporal con láser, reducir el tamaño de la nuez, entrenar la voz para feminizarla y, en un futuro, no descartaba someterse a una vaginoplastia. Quería que su apariencia física fuera la de la mujer que se sentía desde que tenía uso de razón. Y necesitaba un nombre. Uno que coincidiera con su género. Un nuevo nombre para el resto de su vida. Tenía pensados muchos, pero no se había decantado por ninguno.

Se había fijado dos propósitos al independizarse: transicionar a su identidad de género correcta y vengarse de quienes le jodieron la vida. La inquina que sentía hacia Isidro había

inclinado la balanza a favor de su ansiada venganza, pero dejar EcoLimpieza para empezar a trabajar en Clean and Service, la futura empresa de Desi, le dejaba unos meses de margen que podía aprovechar para iniciar su transición. Le hicieron una mamoplastia dos días antes de que se decretara el estado de alarma por la pandemia. Aquel momento supuso la muerte de Jesualdo, y cuando acabó el confinamiento, ya solo existía Greta. Con melenita morena, flequillo a un lado, maquillada discretamente, luciendo escote y enseñando piernas. Toda una mujer de los pies a la cabeza. La covid-19 detuvo su plan de venganza, pero la ayudó a vivir el proceso que tanto deseaba.

Desi la ayudó a escoger el nombre. Greta como la gran Garbo y como la activista sueca. Un nombre original y con fuerza. Un nombre que legalmente cambió en el registro a mediados del 2021 y que aparecía en su nuevo DNI unas semanas después.

69

La ambulancia tarda poco más de cinco minutos en llegar. Viene acelerada, con las luces y sirenas activadas, alertando a los ciudadanos de su presencia. El morbo de los jóvenes que están en la acera de enfrente, observando y grabando con el móvil, se acentúa. Los coches que pasan por la carretera aminoran la marcha para poder contemplar durante un par de segundos lo que ocurre. Incluso los transeúntes que pasean solos o con los perritos se detienen a pocos metros y cuchichean entre ellos mientras observan la escena. Nos hemos convertido en el espectáculo del momento.

Permanezco sentada en el suelo, con la cabeza de Torres descansando en mis rodillas y mis manos presionando sobre los disparos. Están bañadas en sangre, la que trato de impedir que siga saliendo. Me colma un dolor que tiene color y huele; mezcla el rojo de la sangre con el negro del luto y está impregnado de un olor metálico y azufrado que me corta la respiración. También tiene nombre, pérdida, y de apellido, familiar. Es un dolor que ya he vivido tras el fallecimiento de mis abuelos, pero que ahora se ha multiplicado por diez convirtiéndose en una sima sin fondo, y ejerce una presión tan fuerte que ha hecho que mi corazón implosione.

Tres personas bajan de la ambulancia. Un hombre y una mujer comienzan a examinar a Torres mientras otro intenta apartarme de Isidro. Trata de ponerme en pie, pero las piernas no me responden y me deja sentada a un par de metros de distancia. Se une a sus colegas de inmediato y los tres examinan al herido. No respira ni tiene pulso. Enseguida se dan cuenta de que no hay nada que hacer y en menos de un minuto el médico certifica su muerte.

Escuchar en la voz del facultativo lo que sé desde hace unos minutos detona algo en mi interior que me hace gritar fuera de mí, como si estuviera loca. Y puede que sea cierto, estoy loca de dolor. De ese dolor rojo y negro de olor metálico y azufrado que en realidad es indescriptible. Las lágrimas comienzan a escapar de mis ojos sin control, como un río con el caudal desbordado. Los técnicos sanitarios me rodean y tratan de calmarme. Uno me echa suero en las manos para limpiarme la sangre con unas gasas. La otra me inyecta un calmante intramuscular, creo que ha dicho que es un Valium.

Bruno aparece en escena. Se apea del coche apresurado y se echa las manos a la cabeza al observar el cuerpo de Torres cubierto con una sábana. Lo escucho maldecir y repetir palabras malsonantes. Se acerca a mí con los ojos vidriosos, inyectados de rabia. Me habla, pero no lo escucho. También me hablan los técnicos y tampoco los oigo. El médico se acerca, su voz es igual de muda que la del resto. Empiezo a sentirme mareada, todo gira a mi alrededor. Me quedo sin fuerzas para mantener erguido el tronco, que se vuelve una masa inestable que se desestabiliza y cae en picado contra el suelo. Me posee una oscuridad tan negra como la noche que me priva del sentido, y dejo de padecer.

•

Abro los ojos despacio, me duelen y me cuesta hacerlo. Por un instante no sé dónde me

encuentro ni qué ha pasado. Disfruto de dos segundos de calma antes de que la pesada losa de la realidad me aplaste sin clemencia y vuelva a faltarme el aire. Recuerdo el coche azul huyendo y a Torres tirado en el suelo, desangrándose, expirando. El latigazo de dolor vuelve a azotarme. Es como una lanza que me atraviesa el corazón repetidas veces hasta dejármelo hecho un colador. Isidro ha muerto, aunque me cueste creerlo. Jesualdo lo ha asesinado y se ha dado a la fuga, porque también recuerdo que he visto regresar a Bruno solo.

Paseo la vista por el lugar. Estoy en el interior de una ambulancia, tumbada en la camilla y rodeada de instrumental médico y de distintos medicamentos. Bruno está a mi lado con la cabeza agachada, pero puedo ver que su rostro emana tristeza y preocupación.

—¿Adónde me llevan? ¿Y adónde se han llevado a Torres? —lanzo las preguntas tratando de incorporarme.

—¡Eh, tranquila! —Bruno frena mi impulsivo movimiento y me empuja con suavidad para tenderme de nuevo. No le llevo la contraria, me siento mareada—. A Torres lo llevan al IML, a ti te trasladan al hospital porque has sufrido un desvanecimiento. Calma, Lola.

—¿Cómo quieres que me calme? Torres está muerto y su asesino sigue libre.

—Sí, se me ha escapado —asume.

—Ese coche azul lo conducía Jesualdo. Es lo único que le he entendido a Torres antes de morir, el nombre de su asesino. Dime que al menos tienes la matrícula.

—Eso me gustaría, pero tampoco. —Niega con la cabeza—. Lo he visto solo unos segundos desde lejos, sé que es un utilitario pequeño y que tiene que llevar un golpe importante en la puerta derecha. Se ha golpeado con la pared del túnel. No es mucho, pero puedes pedirle a Navarro que controle las carreteras más cercanas para intentar dar con él.

—¿Dónde están mis móviles?

—Los tengo yo —contesta tendiéndome ambos—. Y tu arma también la tengo a buen recaudo —añade.

—Y de momento será mejor que te la quedes —le pido, cogiéndole los móviles.

Me guardo el personal y marco el número de Navarro en el de trabajo. Ha llegado el momento de asumir las consecuencias, aunque intentaré maquillar los hechos para que la mierda nos salpique lo menos posible.

—Navarro, han asesinado a Torres —anuncio sin prolegómenos tras escuchar su escueto «Dime».

—¿Cómo?

—Lo que acaba de escuchar. Prometo que le contaré todos los detalles, pero lo importante ahora es dar con su asesino. Conduce un vehículo azul de pequeñas dimensiones con un fuerte golpe en la puerta derecha. Estaba en Torrelodones hace como unos veinte minutos y su conductor va armado. Ordene una operación jaula para atraparlo.

—¿Quieres que ordene algo así sin más explicaciones?

—Quiero cazar a un asesino, así que no pierda el tiempo discutiendo conmigo. Sabe cómo va esto, es una cuenta atrás y el tiempo juega en nuestra contra, cada segundo que perdemos en esta conversación le sirve a él para alejarse de la escena. Asumo toda la responsabilidad que me

corresponda, pero haga lo que le pido.

—Tú no eres quien da las órdenes ni…

—O lo hace o llamo ahora mismo a Lucas Gil, un periodista de sucesos que usted conoce tan bien como yo y que sabe que pagaría oro por cualquier información de esta clase. No siga empeñado en pudrir la verdad, Torres no es el justiciero, el justiciero lo ha matado. Si no me hace caso y pone los medios para atraparlo, lo dejará huir, y si eso ocurre, no solo me encargaré de ponerle bajo los focos de la justicia, también le cegarán los de la prensa. Ya estoy viendo los titulares: «Comisario con el mejor expediente de casos resueltos comete la cagada del siglo dejando escapar a un asesino en serie». Le aseguro que el apaleamiento mediático estará garantizado, sé de lo que hablo.

—Te voy a hacer caso, Velázquez, ordenaré esa operación —dice al cabo de unos segundos —, pero como algo salga mal, me encargaré personalmente de que pierdas la placa y cualquier pizca de reputación que te pueda quedar —me advierte.

—Ya le he dicho que asumiré las consecuencias.

—Te quiero en comisaría, ven de una puñetera vez.

—Voy de camino al hospital. Estaré allí en cuanto pueda y le daré todas las explicaciones.

70

La enfermera le pide a Bruno que se quede en la sala de espera mientras me hacen las pruebas que acaba de mandarme el médico, un joven espigado que ha debido de terminar el MIR anteayer. Con un rictus a medio camino entre el cansancio y la seriedad, le pide a Bruno que se lleve mis móviles con él, pero yo me opongo de inmediato. Me defiendo diciéndole cuál es mi profesión y explicándole la importancia de conservarlos. El médico me observa pensativo y Bruno espera a ver qué hace. No sé si suplicarle o amenazarlo, me pregunto qué persuadiría más al chaval de pijama verde y bata blanca que ni siquiera podría dejarse la barba por falta de pelo. Por suerte, no tengo que llegar a ninguno de esos extremos. El médico consiente a regañadientes que los tenga con una sola condición: debo ponerlos en silencio. Satisfago su capricho al momento y los vuelvo a dejar sobre la mesilla. Me tumbo en la cama como una buena paciente y los miro deseando que se marchen de una vez. Tengo que llamar a Patricia.

Bruno abandona el box seguido de la enfermera. En último lugar lo hace el joven doctor, arrastrando los pies, con las manos en los bolsillos de la bata y el estetoscopio tan mal colgado del cuello que se le va a caer en cualquier momento. Definitivamente, está cansado. Quizá lleva demasiadas horas en urgencias, aunque espero que no más de las permitidas. En cuanto me quedo sola estiro el brazo para coger el móvil personal, pero antes de alcanzarlo escucho la vibración del tono de llamada. Patricia se me ha adelantado.

—¿Qué ha pasado con Torres, Lola? —me pregunta antes de saludarla, con voz alterada.

—¿Y tú cómo te has enterado tan pronto? —Pienso que las malas noticias corren como la pólvora.

—Por una notificación de Instagram que he recibido. Sigo al Ayuntamiento de Torrelodones y han compartido un vídeo que alguien ha colgado y en el que se ve a Torres tirado en el suelo, herido, y tú estás con él. ¿Qué hacía Torres en la calle? ¿Dónde está ahora? ¿Por qué no me has llamado para contármelo?

—Porque aún no me ha dado tiempo, acabo de llegar al hospital y…

—¿Cómo está Torres? —pregunta cortando mi explicación.

—Torres… Torres está muerto. —Se me rompe la voz y el llanto vuelve a surcar mis mejillas.

—¡Qué dices! —exclama turbada—. Pero ¿qué ha ocurrido? Me prometió que no se iba a marchar de casa. Apenas he tardado tres horas en volver.

—No ha sido culpa tuya, Patricia, sino mía. Jesualdo nos ha tendido una trampa, ha sido muy listo y ha usado a la policía para engañarme. Por lo visto, una mujer fue a comisaría y dijo dónde estaba escondido, yo no podía consentir que lo encontraran en tu casa, nunca me lo perdonaría, y le pedí a Torres que saliera.

Le explico a Patricia lo que ha ocurrido y ella enlaza mi historia con la parte del vídeo que ha visto en Instagram. Le digo que he informado a Navarro sin entrar en detalles y que le he

pedido una operación jaula. Ella me confirma que el dispositivo está en marcha, ha pasado por un par de controles policiales. Me comenta que en su piso no ha estado nadie y doy por hecho que mi llamada ha suspendido dicho operativo y tirado por tierra la declaración de esa mujer, sea quien sea, sobre el paradero de Torres. Ahora hay otra prioridad, dar con su asesino, y ese domicilio que se ha visto señalado caerá en el olvido. De no ser así, ya jugaré esa carta cuando corresponda y me garantizaré la mejor mano.

—¿En qué hospital estás? Que me acerco.

—No es necesario, Patricia.

—Por supuesto que sí, no pienso dejarte sola.

—Bueno, en realidad no estoy sola, Bruno está conmigo. Verás, no os lo he contado, pero ha estado ayudándome desde el principio.

—¿Lo has involucrado en esto? —Su pregunta tiene una nota de reproche.

—No, se ha involucrado él solo.

—¿Y cómo es posible que se enterara?

—Estaba conmigo cuando Torres me llamó.

—Pero me dijiste que la llamada de Torres te despertó… ¿Estaba Bruno contigo?

—Sí, me acosté con él, pero ahora no creo que eso importe.

—Es cierto, no importa. Igual de cierto que lo que te dije, los ex nunca pueden ser amigos, tarde o temprano ocurren estas cosas. Ahora bien, no sé por qué razón Bruno ha expuesto su carrera, si por ayudarte a ti o por ayudar a Torres. En realidad da igual, pero si dejas escapar a un hombre así, estás loca.

—Ahora no quiero hablar de eso, Patricia. Creo que lo entiendes.

—Por supuesto, Lola. Perdona, sé que no es el momento, pero es cuando lo hemos hablado, después, no sé si volverás a querer tocar el tema.

—Solo puedo pensar en dos cosas: arrestar a Jesualdo y enterrar a Torres. Todo lo demás está de más.

—¿De verdad que no quieres que me acerque?

—Prefiero que por ahora no nos vean juntas, así evitamos sospechas. Hablamos en otro momento.

Corto la llamada y entro con impaciencia en Instagram, quiero ver ese vídeo del que me ha hablado. Lo encuentro en el perfil del ayuntamiento del municipio y en el grupo «Los vecinos de Torre», y ya acumula más de mil visualizaciones en poco más de una hora. Se ve a Torres a mi lado, inmóvil, desangrándose, y a mí como ida, esperando la llegada de la ambulancia. En ambos perfiles se solicita la colaboración ciudadana para facilitar el trabajo a la policía, que está buscando al autor de los disparos.

Tras una analítica y un electrocardiograma, un sueño inesperado, seguro que consecuencia del Valium, me vence. Abro los ojos casi tres horas después, cuando irrumpe en el box el psicólogo de guardia. Se presenta como Antón Sastre Miralles y viene con un café. Se sienta con naturalidad en el sillón que hay junto a mi cama, me ofrece una tila, que no rechazo, y una

enfermera me la trae en unos minutos. Charlamos largo y tendido, y al finalizar la sesión me recomienda que acuda al psicólogo del cuerpo para seguir tratando el *shock* que he sufrido. Pienso obedecerlo, no puedo permitir que la culpa que siento ahora mismo se enquiste. No he matado a Torres, pero me siento responsable de su muerte. El doctor Sastre me indica que me recetará unas pastillas para que me relaje y me ayuden a dormir y se marcha pidiéndome que me cuide.

De nuevo tomo el móvil y busco el vídeo de Torres, necesito conocer qué repercusión está teniendo. El número de visualizaciones no deja de aumentar y lo han compartido en otras redes sociales: X, Facebook, Threads, YouTube, TikTok… Horas después, la muerte de Torres ya es *vox populi* por estos lares.

Tras una larga espera, y con los resultados favorables, el médico con aspecto de crío, que según indica su tarjeta identificativa, para más inri, se llama Benjamín Tierno, me da por fin el alta. Las agujas del reloj rozan las siete de la tarde cuando me encamino apresurada a la sala de espera. Bruno sale a mi encuentro en cuanto me ve aparecer. Me abraza con ganas, como si hiciera mil años que no me ve y con ese abrazo quisiera darme todo el consuelo del mundo. Es consciente de lo mucho que Torres representaba para mí y entiende el dolor que estoy sufriendo y el que me queda por superar. Deshago el abrazo y lo miro a los ojos. Su mirada verdosa está colmada de una tristeza tan profunda que le ha oscurecido el color. Ahogo las ganas de llorar y abandonamos el Hospital Universitario Puerta de Hierro en el más absoluto de los silencios.

Al salir a la calle el cambio de temperatura es importante, más llevando un triste jersey de punto, sin un mal abrigo que me arrope. Bruno me ofrece su cazadora y yo le agradezco el gesto tan caballeroso, pero la rechazo. Observo la bolsa de plástico que llevo, dentro va mi abrigo manchado de sangre. La sangre de Torres. La vista se me nubla con unas incipientes lágrimas. Pienso en tirarlo, no quiero que me recuerde siempre la tragedia, no quiero volver a verlo ni pienso ponérmelo jamás. Siento que sea un regalo de mi madre, pero necesito deshacerme de él. Lo tiro a una papelera mientras esperamos la llegada del Uber que Bruno ha pedido y que tarda dos minutos menos de los cinco que anunciaba la aplicación. Me enjugo las lágrimas que cuelgan de mis pestañas y nos montamos en la parte trasera del coche. Bruno le da la dirección al conductor y regresamos a Torrelodones para recoger mi coche, que sigue en la escena del crimen.

—No te eches la culpa, Lola, porque no la tienes —me advierte, rompiendo el silencio que se ha acomodado entre nosotros.

—¿Cómo sabes que me siento culpable?

—Te conozco bien, tu cara te delata. El único responsable de lo que ha ocurrido es Jesualdo, no lo olvides.

El móvil de trabajo suena en el bolsillo del pantalón, me llaman de un número desconocido. Dudo entre contestar o ignorarlo, pero al final el deber pesa más y termino descolgando.

—Velázquez al habla.

—Inspectora, soy Vega, la chica que limpia en comisaría.

—Sí, la que vive con Desiré Castilla. —Sueno desagradable con plena intención.

—Exacto, y quiero hablarle de Desi.

—Pues habla y no pierdas el tiempo.

—Verá, alguien la ha atacado esta mañana y está ingresada.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sido en la empresa, pero no sé por qué ni quién lo ha hecho. Yo estaba en la cama, echando un ojo al Instagram, y de repente he oído golpes. He salido a ver qué pasaba y he visto a Desi tirada en el suelo y a alguien saliendo por la puerta a toda prisa. La habían golpeado y estaba sangrando. He llamado a una ambulancia y la han trasladado al 12 de Octubre.

—¿Cómo está? —me intereso.

—Fuera de peligro, pero con unas cuantas fracturas de huesos. Por instinto, se cubrió la cabeza con los brazos, y por suerte, llegué a tiempo de evitar una desgracia mayor. Han tenido que operarla de urgencia y hace un rato que me han dejado verla unos minutos. Me ha pedido que le diga que la ha atacado Jesualdo, pero que actualmente ya no es Jesualdo, sino Greta. Hizo la transición hace unos años.

Pienso en las últimas palabras de Torres: *Es… Jesualdo… Jesualdo… No… Jesualdo… gregregreg…* Ahora entiendo lo que me quería decir. Él sabía que Jesualdo ya no tenía aspecto de hombre y trataba de decirme su nombre actual: Greta.

—Gracias, Vega. Dile a Desi que me acercaré a verla.

Cuelgo y miro a Bruno ahogada, pensativa, cabreada, molesta, dolida…

—¿Qué ocurre con Desi?

—Que Jesualdo ha intentado matarla esta mañana.

—¡Joder!, menos mal que se habían criado como hermanos.

—Si algo me ha enseñado la experiencia profesional, es que no es imposible matar a alguien que se quiere.

—Aunque no me guste admitirlo, te tengo que dar la razón.

—Y si mi instinto me grita algo, sé que debo hacerle caso, Bruno, y sabía que no me equivocaba con Desi, que nos ocultaba algo. Pero parece que no le ha remordido la conciencia hasta ver la verdadera cara de su amigo, y le ha pedido a Vega que nos dé un dato sumamente importante. Jesualdo ya no es un hombre, sino una mujer.

—¿Una mujer trans?

—Eso parece. Así que ahora tenemos que encontrar a Greta Ardon.

71

—Buenas tardes, Pacheco.

—¿Cómo está, jefa? Pensaba llamarla en cuanto tuviera un momento. No puedo creerme que el comisario Torres esté muerto. Hace tres días estábamos en su fiesta de jubilación, riendo con él, y ahora… —Se le rompe la voz.

—Yo tampoco me lo puedo creer. —Ahogo las ganas de llorar que me vuelven a nacer.

Bruno posa su mano sobre mi hombro, a modo de apoyo. El Uber acaba de dejarnos al lado de mi coche, en el lugar donde hace unas horas Torres ha muerto en mis brazos.

—Pero ¿cómo ha sido? ¿Y por qué estaba usted con él?

—Mañana iré a comisaría y lo explicaré todo.

—Cierto, discúlpeme. —Gimotea—. Entiendo que hoy necesita un poco de calma.

—No, lo que necesito es dar con el asesino de Torres, que es el mismo que llevamos buscando hace semanas.

—Jesualdo Ardon ya está en busca y captura.

—Sí, pero Jesualdo ahora es una mujer, hizo la transición de género, por eso os llamo. Acabo de salir del hospital…

—¿Del hospital? ¿Está bien? —me interrumpe.

—Sí, tranquilo. No es nada que el tiempo no cure. —La garganta se me anuda y me veo obligada a hacer una pausa antes de seguir—. Y ahora, escúchame bien, Pacheco. Tenéis que buscar datos sobre Greta Ardon, a ver qué encontramos. El cambio de identidad debió de ser sobre el 2021, porque hasta ese año Jesualdo tuvo DNI. Dile a la oficial Alcira que te eche una mano.

—Alcira no ha venido, parece que tiene un virus como usted. Quizá se lo pegó en la fiesta.

—Vaya, ahora que es cuando más manos necesitáis, no tenéis ni las suyas ni las mías.

—¿Me lo dice o me lo cuenta? Vamos como pollos sin cabeza. Llevo aquí metido desde el viernes, creo que he dormido cuatro horas entre los dos días.

—Y ahora yo te acabo de dar más trabajo. Dile al inspector Vila que se encargue de hacer esa búsqueda, que lo he ordenado yo.

—Mejor dígaselo usted, que viene por aquí.

Antes de que pueda decirle a Pacheco que no me pase con él, se pone Enric.

—¿Cómo te encuentras, Lola? Perdón, Velázquez.

—Jodida, como imaginarás, pero…

—Siento por lo que estás pasando —dice, cortándome—, sé lo importante que Torres era

para ti.

—Gracias.

—Pero no dejo de preguntarme qué hacías con él. Decías que no sabías dónde estaba, ¿nos estabas mintiendo?

—Lo que tenga que decir se lo diré mañana a Navarro.

—Lo ayudaste a esconderse, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas.

—¿Dónde lo habías ocultado?

—En ninguna parte —miento con firmeza.

—Reformularé la pregunta. ¿Dónde estaba Torres? —insiste.

—¿Por qué me preguntas algo que sabes mejor que yo? Alcira me dijo que alguien os facilitó esa información y Navarro había preparado un operativo para ir a buscarlo.

—¿De qué hablas?

—De la mujer que fue a la comisaría y os dijo que Torres estaba escondido en un piso de Torrelodones. Estoy segura de que fue la misma que llamó para que lo sorprendierais en su casa con el cadáver de Jana, la misma que lo ha matado hace unas horas y que está en busca y captura con un género y un nombre que ya no le corresponde, porque Jesualdo Ardon es desde hace un tiempo Greta Ardon.

—No me consta que nadie nos haya dado el paradero de Torres ni tampoco que Navarro haya preparado un operativo para buscarlo. Hay una operación jaula para atrapar a Jesualdo Ardon, que está en busca y captura. Si Alcira estuviera aquí, le preguntaría de dónde ha sacado esa información, pero está enferma, como tú.

Una idea se cuela en mi mente como un parásito y, tan rápido y fugaz como un meteorito cruzando la atmósfera, despierta en mí una incertidumbre que debo mitigar lo antes posible.

—¿Te has quedado muda?

—Escúchame bien, Vila, pídele al juez una orden de busca y captura para Greta Ardon y ayuda a Pacheco a recabar toda la información que podáis sobre ella.

Cuelgo y miro a Bruno, que ha estado pendiente de la conversación.

—¿Y ahora qué pasa?

—Que te necesito de chófer. Con el tranquilizante que me han inyectado no debo conducir.

—¿Adónde quieres ir, Lola?

—Al 12 de Octubre. Necesito hablar con Desi cuanto antes.

72

Madrid, 2022.

El proyecto empresarial de Desi germinó en su cabeza en septiembre del 2019, cuando cumplió los veinticinco años y después de nueve trabajando en una empresa de limpieza. En su mente nació con vocación de ONG, pero en la práctica sabía que la palabra *negocio* y la expresión *sin ánimo de lucro* no podían escribirse en la misma frase. Fue macerando las ideas durante meses, y cuando por fin se decidió a dar el salto de trabajadora a emprendedora llegó la pandemia y dejó su proyecto suspendido, como les ocurrió a millones de personas. La empresa en la que aún trabajaba no se acogió a un ERTE ni a un ERE, con un jefe a punto de jubilarse y un futuro de lo más incierto, echó el cierre por suspensión de pagos y mandó a los empleados al paro. Durante meses, Desi vivió de la prestación de desempleo, incluso tiró de ahorros para ayudar a su amigo Jesualdo, quien por aquel entonces solo contaba con un pequeño subsidio. Animado porque en breve empezaría a trabajar en la empresa que su amiga iba a crear, y asqueado de ir a EcoLimpieza, donde la mayoría lo miraba como a un bicho raro, había dejado su empleo un par de meses antes de la llegada del confinamiento y había solicitado un préstamo personal para pagarse la operación de pecho.

Tras un 2020 marcado por la incertidumbre que originó un maldito virus, y con un 2021 esperanzador por la llegada de las vacunas necesarias para controlarlo, Desi decidió poner en marcha su negocio. Era el momento de retomar el presente y mirar hacia el futuro. Mientras la vida recuperaba el ritmo perdido, conoció a Nacho, un guaperas del que se enamoró locamente. Nacho era el típico ligón de discoteca, un hombre sin oficio ni beneficio, mentiroso compulsivo e infiel por naturaleza, que supo marcarse un buen tanto con Desi consiguiéndole el aporte económico que precisaba para arrancar su negocio. Para obtener el dinero implicó a su amigo Ulises, un sinvergüenza nato, chanchullero de vocación, y su socio en cuanto se convirtió en inversor. A finales de mayo del 2021, cuando Nacho ya llevaba un mes viviendo con Desi, Clean and Service SL abrió sus puertas.

Desi quería que su empresa diera empleo exclusivamente a mujeres en riesgo de exclusión social, y para empezar contrató a cuatro, entre ellas, a Greta, su gran amiga. Como cualquier comienzo, fue difícil, y a pesar de su buena voluntad, los salarios tuvieron que ajustarse bastante más de lo deseado. Con el sueldo que percibía, a Greta le costaba una barbaridad llegar a fin de mes y casi nunca lo conseguía. Los números rojos empezaron a ser habituales en su cuenta bancaria. Ahorrar, más que un sueño, se le antojaba una quimera. No sabía qué hacer para conseguir el dinero que necesitaba si quería seguir con su proceso de transición, que no era precisamente barato. No quería posponer de forma indefinida la cirugía de nariz, de mentón, el aumento de pómulos, de glúteos… Era consciente de que ningún banco le daría otro préstamo sin haber terminado de pagar el primero. Necesitaba una cantidad muy alta y cobraba una nómina muy baja.

Nacho conocía por Desi el deseo de Greta de hacer la transición a mujer y la frustración por

no disponer del dinero necesario. También sabía que era muy buena en informática. Desi le había revelado que, si Greta se lo proponía, era capaz de burlar los mejores sistemas de ciberseguridad. Tenía la destreza y había dedicado muchas horas a formarse y practicar. Eso era lo que Nacho buscaba, las habilidades que necesitaba y con las que Greta lograría que su situación económica prosperara. Debían unirse, porque juntos conseguirían el objetivo que deseaban: ganar mucho dinero.

Una tarde de principios de marzo del 2022, cuando el país recuperaba la normalidad tras dos años de pandemia, Nacho quedó con Greta para tomar un café lejos del lugar de trabajo y de Desi.

—¿Qué quieres decirme que no puedes hacerlo en la empresa? —le preguntó Greta tan intrigada como mosqueada.

—Sabes que eres muy guapa.

—¿Me estás tirando la caña? ¿En serio?

—¿Y tú vas a picar?

—Me marcho. —Se levantó.

—No tan rápido. —La cogió por el brazo y la detuvo—. Sé que necesitas dinero —dijo mirándola de arriba abajo de forma obscena, despojándola del top y la minifalda que llevaba puestos.

—No pienso acostarme con nadie para conseguirlo. —Se puso a la defensiva.

—Ni yo he dicho que necesites usar tu cuerpo para ganarlo, sino tu mente. Y conseguirías hacerlo de forma notable y en poco tiempo. Por favor, siéntate y déjame explicarte.

Greta pensó que no había que ser muy lista para entender que ese trabajo, fuera el que fuera, tendría poco de legal. Aun así, se dispuso a escuchar la propuesta de Nacho.

—¿Sabes? Nadie se hace rico trabajando honestamente. No es justo que unos tengan tanto y otros se mueran de hambre. No hay nada de malo en quitarle un poco de comida a los que se dan atracones a diario, ¿no crees? Piénsalo. Le limpias el chalé a gente que gana en un mes lo que tú en un año. Que te quedes con una pizca de su dinero no les supondrá ningún problema y tú obtendrás un gran beneficio. Te pido ayuda para equilibrar un poquito la balanza.

—¿Cómo? —le preguntó Greta, aun sabiendo que estaba hablándole de robar.

—Quitándoles una parte de sus riquezas, que para ellos será poco, y para nosotros, mucho.

—Eso me ha quedado claro con tu primera explicación. Me refiero a cómo piensas hacerlo.

—Entrando en sus viviendas cuando estén vacías. Por eso necesito alguien como tú, una persona capaz de descodificar y desactivar alarmas y de abrir cajas fuertes digitales de forma rápida y sin ejercer la fuerza.

—Yo no he hecho algo así en mi vida.

—Sabes burlar sistemas de ciberseguridad. Desi me ha hablado de las habilidades informáticas que has adquirido navegando por la *dark web* y sé que accediste ilegalmente a las páginas de la Seguridad Social y de la Policía Nacional, entre otras.

—Parece que Desi tiene la lengua muy larga —comentó molesta.

—Y no te imaginas todo lo que sabe hacer con ella. —Arqueó las cejas, sonriendo.

—¿De qué vas? Ese comentario sobra —le criticó.

—¡Eh!, solo estaba bromeando. ¡Qué poco sentido del humor tienes, mujer!

—Creo que hay una diferencia entre bromear y ser un bocazas.

—Mira, bonita, no nos dispersemos, ¿vale? Desi me lo ha contado porque confía plenamente en mí, y yo estoy confiando en ti contándote esto, así que contéstame. ¿Puedo contar contigo? ¿Estás dispuesta a ganar dinero de verdad? El dinero que resolvería tus problemas sin hipotecarte la vida. Será mucha pasta, más de la que imaginas.

Greta pensó durante unos segundos antes de responder. La oferta era de lo más tentadora.

—De modo que pretendes limpiar a fondo algunos de los chalés que han contratado los servicios de Clean and Service. ¿Y Desi qué opina?

—No opina nada, porque este negocio no es de Desi, sino mío. Si le cuentas una sola palabra, te dejaré por mentirosa, peor aún, por loca. Te juro que soy muy persuasivo si me empeño, y Desi me creerá.

Greta sabía que aceptando ese negocio traicionaba a Desi, tanto por ocultarle el delito que Nacho quería cometer como por ayudarlo a cometerlo, pero no podía desaprovechar la oportunidad. Con ese dinero conseguiría sus objetivos antes de lo previsto, y que su anatomía se ajustara plenamente con su identidad de género aceleraría su plan para vengarse de Isidro y los demás. El plan que había dejado aplazado por la maldita pandemia. El que iba a retomar mucho más perfeccionado.

—Dame unos días para pensarlo —le respondió.

73

Otro de los refranes que mi abuelo solía usar con frecuencia era «Piensa mal y acertarás». No quiero pensar mal, pero en este momento no puedo evitarlo. Me cuesta entenderlo por retorcido, y a la vez me parece tan obvio que me dan ganas de abofetearme por no haberme percatado antes. Suponía que alguno de los nuestros podía estar implicado, pero permití que otras voces acallaran mis sospechas.

Las agujas del reloj marcan las diez de la noche cuando Bruno y yo cruzamos las puertas del 12 de Octubre. El lugar está en calma, sin los pacientes que por el día lo ocupan para acudir a las consultas. Admisión está cerrada, como es de esperar debido a las horas. Buscamos el directorio, que indica que la planta de traumatología es la sexta. Cogemos el ascensor y subimos. Seguimos las indicaciones de los paneles informativos y llegamos al control de enfermería, donde me presento, placa en mano, y le pregunto a un enfermero en qué habitación está Desiré Castilla. Mientras consulta el ordenador, busco en el móvil lo que quiero mostrarle a Desi y lo dejo preparado.

—¿Me vas a decir de una vez qué quieres preguntarle? —me susurra Bruno con curiosidad.

—Lo sabrás en un momento.

—¿En serio no vas a decírmelo?

—Ya te he dicho que me siento débil por el puñetero tranquilizante y necesito ahorrar energía. No me apetece repetir las cosas, de veras.

Bruno no replica y volvemos a instalarnos en el silencio que nos ha acompañado hasta aquí. El enfermero nos indica el número de la habitación y nos advierte de que la paciente necesita reposo, pues ha sido intervenida hace unas horas. No añado una palabra, asiento, sin más.

La habitación de Desi está en mitad del ala izquierda. Cuando llegamos a la puerta y nos descubre, le cambia la cara. Está en una habitación individual y nadie la acompaña. Lleva un brazo semiescayolado y el otro inmovilizado con una férula. No sé si tiene más heridas, la sábana que la cubre hasta el torso me impide vérselas. De súbito, las lágrimas se deslizan por sus mejillas.

—Lo siento —expresa sin dejarnos darle las buenas noches—. Sé que se lo tenía que haber contado, pero de verdad que no podía creerme que Greta fuera una asesina. No la conozco, está llena de rabia y odio. Ha intentado matarme, y soy para ella como una hermana; más que eso, como una madre, le di más cariño que la suya.

—Dime si esta mujer es Greta —le muestro la fotografía que he dejado preparada en el móvil.

—Sí, es ella —afirma tras unos segundos.

—Y no es policía, ¿verdad?

—¿Se está haciendo pasar por policía? —pregunta escandalizada.

—Lleva casi un año trabajando con nosotros, a las órdenes de Isidro Torres.

Bruno coge mi móvil y observa la fotografía que le he mostrado a Desi. Es del día de la fiesta de jubilación de Torres. Pacheco y Manríquez las pasaron por el grupo de WhatsApp el viernes por la mañana, y en ella Greta está cantando en el karaoke junto con Chaparro. He escogido esa en particular porque es en la que mejor se le ve la cara, pero sale en muchas otras cantando, riendo, posando con otros compañeros, mezclada entre nosotros como lo ha estado durante estos meses en los que se ha hecho pasar por una policía. La oficial Virginia Alcira.

—Nos tenías que haber contado la verdad desde el principio —le reprocho a Desi, recuperando el móvil.

—Lo sé, pero me costaba tanto creer que Greta hubiera sido capaz de hacer algo así que…

—Que no nos has creído hasta que lo has sufrido en tus propias carnes, ¿verdad? —Bruno termina la frase que ella deja inconclusa.

Desi guarda un silencio que interpreto como una afirmación en toda regla.

—Hace unas horas que Greta ha matado a Isidro —le comunico, esforzándome para que no me tiemble la voz. Tengo que ser profesional.

Desi cierra los ojos y aprieta los párpados. El labio inferior empieza a temblarle a la par que el pecho muestra las típicas sacudidas que produce el llanto. Llora en silencio. Quizás arrepentida de haberle dado el diario a Jesualdo, de no habernos contado que ahora es Greta o de callar algún secreto más. Intento que su llanto no me contagie, es fácil romperse cuando se está sufriendo y se presencia el sufrimiento ajeno. Es como cuando alguien bosteza, irremediablemente, la boca se nos abre.

—Quiero pensar que ya se ha vengado de todos los que tenía en mente —aviso con toda la entereza que puedo reunir—, pero si hay algo más en ese diario que tengamos que saber, o alguna cosa que no nos hayas dicho, este es el momento de hacerlo.

—No hay nada más —asegura con firmeza, mirándome con los ojos anegados en llanto—. Solo puedo decir que no conozco a Greta, que no queda nada de la persona que se crio conmigo. Quizá tuve que darme cuenta cuando me traicionó, pero no quise verlo.

—¿En qué te traicionó?

—Se alió con Nacho para robar sin que yo lo supiera. Greta sabe jaquear sistemas de seguridad y Nacho le ofreció ganar mucho dinero descodificando las alarmas de los chalés que los clientes nos encargaban limpiar y abriendo las cajas fuertes digitales. Esa fue la verdadera razón por la que discutimos y dejamos de hablarnos.

—Entonces sabías que Nacho estaba cometiendo esos robos.

—Claro que no —declara rotunda—. Me fie de él. Me dijo que Greta se lo había propuesto y que él lo rechazó, como la rechazó a ella cuando se le insinuó. Me engañó y yo lo creí. Hasta que tiempo después descubrí que era mentira.

—¿Cuándo fue eso?

—Cuando me cambió por otra y me dejó sin blanca.

—¿Puedes ser más precisa en el tiempo?

—Hace unos cuatro meses, ¿por? —me pregunta confusa.

—Porque tu madre nos contó que llevabas unos diez meses sin hablar con ella, que le retiraste la palabra porque no quiso darle una coartada a Nacho, a quien la policía ya consideraba sospechoso de los robos. Lo sabías, ¿verdad?

—¡No! No podía creer que Nacho estuviera detrás de los robos. O puede que no quisiera saberlo, por eso me creía todas las patrañas que él me contaba. Sí, me negué a creer la verdad hasta que la verdad me explotó en plena cara cuando se largó. Y entonces vi demasiado, todo lo que me había prohibido ver, y me di cuenta de lo imbécil que había sido. Lo que me ha hecho me está bien empleado por ser una auténtica y patética estúpida —enuncia con rabia. El llanto crece y se hace sonoro.

—Volveremos a hablar cuando te encuentres mejor —la informo, haciendo acopio de coraje; soy yo la que tiene que estar fuerte y no a punto de derrumbarse. Sin ánimo de hacer leña del árbol caído, le aconsejo—: Espero que a partir de ahora sepas escoger mejor a los novios y a las amistades.

74

Madrid, 2022.

Tras unos días meditándolo, Greta aceptó la propuesta de Nacho. Antes de cometer el primer robo, practicó con la alarma de la empresa para desconectarla sin que la central lo sospechara y diera aviso al cliente, y continuó con las de las empresas vecinas. Semanas después se sintió totalmente preparada y Nacho seleccionó el primer chalé.

Sobre el papel todo es más fácil, pero la teoría tiene que ver poco con la práctica, y cuando entraron en el primer chalé, Greta estaba tan nerviosa que necesitaba ir al baño, pese a tener la vejiga vacía. Los nervios le habían anudado el estómago y la adrenalina se le había disparado tanto como su corazón, que latía a toda velocidad. El robo fue como la seda, sin problemas y sin sospechas posteriores sobre la identidad del ladrón. Lo mismo pasó con los siguientes, pero Greta estaba cada vez más asustada por si los descubrían.

Meses después, tras cinco allanamientos, Greta estaba al borde del infarto. Tenía los nervios a flor de piel, apenas comía, le costaba dormir y las pesadillas la asaltaban cuando se acercaba el día del robo. No quería seguir haciéndolo. Había conseguido bastante más dinero del que necesitaba para su transición. No debía ser ambiciosa, pues decían que la avaricia rompe el saco. Era mejor no seguir tentando a la suerte porque la suerte podía darle la espalda y acabar con sus huesos en la cárcel.

Justo el día que Greta le dijo a Nacho que no lo ayudaría con más robos, Desi lo descubrió todo. La casualidad quiso que, cuando iba a visitar a un nuevo cliente, se perdiera por la urbanización de lujo y que viera el coche de Greta por la zona, un Renault Clio de segunda mano que aún estaba pagando.

—Dame el justificante del médico, Greta —le pidió Desi nada más verla entrar en la empresa al día siguiente.

—¡Oh, vaya!, se me olvidó pedirlo —fingió.

—¿Por qué me mientes?

—No te estoy mintiendo, se me olvidó. Mujer, un lapsus lo tiene cualquiera.

—¡Además reincidente! —protestó enfadada—. Mira, ayer me pediste unas horas para ir al médico, pero sé que no fuiste porque vi tu coche en la urbanización La Villa, por eso no tienes el justificante. Ahora dime, ¿qué hacías allí?

—Está bien, no fui al médico de la Seguridad Social, tenía cita con un cirujano para hablarle de las operaciones que quiero hacerme. Cuando salí de su consulta recordé que se me había olvidado un kit de limpieza en la vivienda de los Carranza y me acerqué a recogerlo —se excusó con lo primero que se le ocurrió.

—¿Y lo cogiste?

—Por supuesto.

—¡Basta ya de mentiras! —Elevó el tono—. Los Carranza no estaban, se fueron ayer de vacaciones, así que nadie pudo abrirte ni darte nada. Haz el favor de contarme la verdad.

Greta tragó saliva. Desi la había pillado y no sabía qué decir ni cómo salir del aprieto. Se preguntó si ser sincera era lo mejor o si la perjudicaría. Qué era lo más conveniente, ¿cargar con las culpas o repartirlas? Se encontraba entre la espada y la pared.

—Si es cierto que me quieres tanto como dices, sé franca conmigo. —Desi insistió con una gravedad que Greta desconocía en ella—. Los Alberola acaban de llamarme para avisarme de que hoy no vayamos a limpiar, anoche, cuando llegaron a casa, les habían robado. El sueldo no te llega para pagarte las operaciones estéticas, pero acabas de decirme que estuviste viendo a un cirujano. Tu coche estaba lejos del chalé de los Carranza, pero cerca del de los Alberola. Es el quinto robo que se produce entre nuestros clientes, es mucha casualidad que estuvieras por allí y sé que me estás mintiendo. ¿Qué estabas haciendo? —presionó.

Acorralada y con remordimientos de conciencia, Greta le confesó la verdad a Desi. Toda la verdad. No podía comerse ella sola ese marrón ni iba a salvar el culo a nadie. Su amiga la escuchó escandalizada e incrédula. Estaba tan enamorada que no podía creer que Nacho estuviera implicado en los robos. Cuando Desi fue a pedirle explicaciones a su novio, experto en mentir, la palabra de su amiga perdió todo valor. Con mucha labia, Nacho le contó la milonga que Desi quería escuchar, la que lo exculpaba y convertía a Greta en una arpía.

—Fue justo al revés, te lo juro, mi amor —se defendió el sinvergüenza—. Greta me propuso lo de los robos y yo me negué tajantemente. Le dije que como se le ocurriera cometerlos, yo mismo la denunciaría.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque sabía que la noticia te destrozaría; es tu amiga. También porque… —No terminó la frase.

—¿Por qué?

—Porque me tenía amenazado.

—¡¿Amenazado?! Explícate.

—Greta se me insinuó y la rechacé, pero no se lo tomó bien. Me dijo que si te contaba algo de los robos, ella diría que nos habíamos acostado y tú la creerías. Podía usar la mierda esa de la inteligencia artificial para crear fotos en las que se nos vería follando, y si lo hacía, sobrarían las palabras. Quiere desacreditarme y quiere separarnos, nena. Callé para no poner en peligro nuestra relación, por eso no te dije que Greta era la responsable de los robos. Ahora ya lo sabes todo —mintió como un bellaco.

Desi montó en cólera y fue en busca de Greta. No se puede decir que discutieran, pues solo habló ella. No le dio a su amiga la oportunidad de defenderse, sus gritos e insultos no la dejaron. Nacho la convenció para que no la denunciara, algo que, evidentemente, hizo por su propio interés, y dejó que las aguas se calmaran. Meses después, tras encontrar a otra persona que supliera el puesto de Greta, retomó la actividad y continuó robando en los chalés de los ricos. Desi aceptó no denunciarla porque en realidad Greta le daba pena, pero que no la delatara no significaba que le perdonara su traición, y no dudó en echarla de la empresa y de su vida. Desi le dio la espalda y Greta decidió llevar por fin a cabo el plan que tanto había retrasado.

Mientras la cirugía transformaba el aspecto físico de Greta, sus habilidades informáticas al margen de la ley la ayudaron a apropiarse de la identidad de una oficial que había muerto de covid. La resucitó administrativamente y, de forma provisional, adoptó el nombre y los documentos de la fallecida. Su expediente pasó a ser el suyo. Tenía que acercarse a Isidro y, para conseguirlo, creó una falsa necesidad de más agentes en la comisaría dónde él trabajaba. De ese modo, el traslado fue inminente y a todas luces legal. Por obra y gracia de sus conocimientos, no de Dios, Greta Ardon pasó a ser Virginia Alcira, oficial de policía destinada al Grupo VI de Homicidios de Madrid.

75

Acompañados del resonar de nuestros pasos, Bruno y yo abandonamos la habitación de Desi. Se ha vuelto a quedar sola, y en esta ocasión, llorando. Yo me marcho con una pesada bola de angustia alojada en el estómago, la garganta anudada y la vista nublada por un llanto que no puedo contener más.

—Necesito ir al cuarto de baño —le indico a Bruno acelerando el paso.

Entro en los servicios casi a la carrera. Me encierro en uno de los cubículos y me permito llorar. Y mientras desalojo la pena que ha secuestrado mi alma, y mi corazón, vestido de luto, no deja de derramar lágrimas, pienso. Los pensamientos conducen a los reproches; los reproches, a la culpa, y sintiéndome culpable, lloro más. Entro en bucle.

Porque ahora lo veo todo claro.

Ahora cada pieza encaja.

Ahora que Torres ha muerto, que ya es tarde para cambiar nada.

Aparece la rabia y se apodera de mí. La culpa se esfuma, los reproches desaparecen, los pensamientos se desvanecen y el llanto se me corta en el acto, igual que cuando se cierra un grifo. Me doy un toque de atención. No puedo perder el tiempo llorando, tenemos que arrestar a Greta Ardon y cada minuto cuenta. Veloz, me lavo la cara y me peino con los dedos el cabello que llevo recogido en mi habitual coleta. Frente al espejo, tomo aire y me armo de valor antes de salir.

Bruno me espera apoyado en la pared de enfrente. Cruzado de brazos, dedicándose a dar puntapiés a las baldosas del suelo, con cara de circunstancia, preocupado.

—¿Estás bien? —me pregunta nada más verme.

—¿Crees que puedo estarlo? Torres está muerto y teníamos al enemigo en casa. Por supuesto que no estoy bien, Bruno.

—Perdona, ha sido una pregunta absurda.

No añado nada. En silencio, echo a andar para abandonar el hospital. Bruno me sigue.

—Que Jesualdo sea ahora Greta ha sido una sorpresa, pero que Greta sea la oficial Virginia Alcira me ha dejado estupefacto —comenta mientras esperamos el ascensor.

—Infiltrarse en la policía ha sido una jugada tan retorcida como ingeniosa.

—Desde luego que lo tenía todo muy bien planeado. ¡Qué hija de puta!

—Una muy grande, sí —coincido con él—. ¿Me dejas tu móvil?

—¿Para qué?

—Luego te lo explico.

Bruno me da su teléfono y me observa expectante. Marco el número de Navarro y espero a

que conteste.

—Comisario Navarro al habla, dígame —responde con un tono afable que hasta ahora no ha empleado conmigo.

—Comisario, soy Velázquez.

—¿Y con qué número me estás llamando?

—Con el de un compañero, es posible que hayan jaqueado mi móvil.

—¡¿Jaqueado?! ¿Quién ha podido hacerlo?

—Eso es secundario ahora mismo, así que escúcheme con atención. La oficial Virginia Alcira es una impostora, ella es Greta Ardon, Jesualdo Ardon antes de reasignarse el sexo.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que ha oído.

—¿Y me vas a decir de una vez quién cojones es ese Jesualdo Ardon?

—Alguien que odiaba a Torres desde hace muchos años y que juró vengarse de él. Tengo un testigo de lo que digo y, además, puedo probarlo y lo haré en cuanto entren en su casa y encuentren el diario de su madre. También se demostrará cuando inspeccionen su coche, que seguramente es un utilitario pequeño de color azul que tendrá un importante abollón en la puerta derecha. Hay que detenerla. Es Greta, la asesina que llevamos semanas buscando.

—Monto un operativo y nos presentamos en su casa para proceder al arresto.

—Envíeme la dirección, por favor, voy para allá.

76

En la dirección que consta en el Departamento de la Policía Nacional sobre Virginia Alcira no hay nadie. El piso se encuentra en el distrito de Vicálvaro, en la avenida de Daroca, y está vacío, por lo que parece, deshabitado desde hace tiempo. Este domicilio es otra de las mentiras de Greta, otro fiasco para nosotros.

Pero esta vez Navarro ha ido por delante y antes de preparar ese operativo le ha pedido al juez Orduño que haga su trabajo para que nosotros podamos hacer el nuestro. Tras conseguir las oportunas órdenes, ha pedido toda la información disponible sobre Greta Ardon Toruño, y como urge cazar a una asesina en serie que se ha hecho pasar por policía durante casi un año y que hace unas horas ha asesinado a sangre fría a un comisario recién jubilado, los funcionarios se han movido a la velocidad de la luz para conseguirla. La Dirección General de Tráfico ha emitido el permiso de circulación y la ficha técnica del vehículo, un Renault Clio azul rayo, matriculado hace nueve años, y desde hace dos, a nombre de Greta. La Dirección General de Policía ha expedido una copia de su verdadero documento nacional de identidad. La fecha de nacimiento de Virginia Alcira es seis años antes que la de Greta Ardon, que en realidad tiene veintiocho, no treinta y cuatro. También figura una dirección distinta que abre otra posibilidad de encontrarla, y hace crecer nuestra esperanza.

Navarro llama a comisaría y ordena que se emita una alerta a toda la policía del país con la matrícula del Renault Clio. También pide que se amplíe el perímetro de la operación jaula y que se alarguen los controles veinticuatro horas más. Por fin me está haciendo caso sin objetar nada, pero me mira de un modo que lleva implícito el reproche. Montamos en los coches; Navarro y Vila en uno, Pacheco en otro, y yo en mi Toyota. Bruno se ha quedado al margen. Primero, porque no puede venir con nosotros; es compañero, pero no está en su unidad ni en su ciudad, y segundo, porque no quiero que venga. Bastante se ha implicado ya, igual que Patricia. Salimos con la misma prisa con la que hemos llegado y nos dirigimos a la calle Valmojado, en Aluche.

Durante el trayecto, la pena me invade. Me cuesta tanto creer que Torres esté muerto. Se me ha quedado grabada su imagen tirado en el suelo, con dos agujeros de bala en las tripas, desangrándose como un cochino. El recuerdo está tan presente que hace que me hierva la sangre. La ira brota con violencia cuando pienso en lo mucho que Greta se habrá reído de nosotros. Participaba con nosotros en la investigación de los asesinatos que ella misma cometía, sabía los pasos que íbamos dando y lo poco que descubríamos. Disponía de amplias nociones de informática que más de una vez exhibió con orgullo, conocimientos más que suficientes para acceder a la ficha policial de Victoria Beli, por muy confidencial que fuera. Sé que ha jaqueado mis móviles, por eso los he apagado. Ya no podrá rastrear mis pasos ni escuchar mis conversaciones. Porque está claro que lo ha hecho; sabía dónde estaba escondido Torres y dónde le había pedido que nos esperara.

De nuevo me avasalla la culpa. Yo le pedí a Isidro que saliera del piso de Patricia para no comprometerla, yo lo conduje hasta su asesina. Yo. Mi conciencia me pide que razone. No puedo culparme, no debo hacerlo. Yo no sabía que Virginia estaba detrás, que había tenido acceso a la

información que necesitaba y que tuvo todos los medios a su disposición. Es cierto que pensé que alguien de dentro había tenido que descubrir lo de la ficha confidencial de Victoria Beli, pero a Pacheco le pareció una locura sospechar de un compañero y a ella le vino de perlas para apoyar su postura y quitármelo de la cabeza.

Casi media hora después, por fin llegamos a la calle de Valmojado, un barrio obrero formado por una colmena de bloques de pisos de seis alturas, ladrillo rojizo y toldos verdes. Es un tercero, y una vez más no encontramos a nadie en la vivienda. Está vacía, pero limpia y ordenada, y se aprecia que alguien la habita porque hay comida en la nevera. Empezamos el registro. Navarro se queda en la cocina; Vila, en el salón; Pacheco, en una habitación, y yo, en el dormitorio principal. De todos los sitios de la casa, creo que es el más apropiado para esconder el diario de Rosaura.

El mobiliario es simple: una cama con cabecero de madera a juego con una mesilla de noche, un sifonier, un armario de dos puertas y un espejo de pie. Decido empezar por donde más cajones hay, el sifonier, y en el primero encuentro un cuaderno con las tapas de polipiel en verde oscuro, de tamaño menor que un folio y con muchas hojas. Lo abro. La primera frase que leo me hiela la sangre: «Me llamo Rosaura Ardon y van a obligarme a ejercer la prostitución». Es el diario de Rosaura. Me voy directa a la última página. Está en blanco, como muchas otras. Son las hojas que no tuvo tiempo de rellenar. Las paso deprisa en busca de la que más me interesa. La encuentro y comienzo a leer:

> Diego Prieto, Nil, Rayco, Brais y Julen me pegaron, me violaron y vendieron; resumiendo, me jodieron la vida. En más de una ocasión he fantaseado con volarles los huevos y los sesos a cada uno de ellos, solo con imaginarlo me siento bien. Tessa, Ámbar, Natasha y Vicky se portaron muy mal conmigo. La primera era una chivata que le fue con el cuento de mi embarazo a Nil, bien podía haberse metido la lengua en el coño. La segunda, una desgraciada que disfrutaba poniéndome la zancadilla para ridiculizarme viéndome tirada en el suelo, y yo deseaba pisarle el cuello hasta hundirle la garganta. La tercera tenía la mano muy larga y la costumbre de chocarla contra mi cara, yo fantaseaba con destrozarle la suya recauchutada y hacerle tragar la silicona que llevaba. La cuarta me lanzaba sus zapatos con tacón de quince centímetros y no siempre pude esquivarlos, y cada vez que me cosían las brechas, soñaba con clavarle esos tacones en los ojos.
>
> Todos ellos y todas ellas fueron perversos conmigo y yo no tuve los arrestos de rebelarme contra ninguno, solo el anhelo de darles su merecido. Eran malos y fueron malvados conmigo, y el único que parecía bueno y que se portó bien resultó ser el peor de todos. Isidro, sin duda, fue el más pérfido.
>
> «Inspector Isidro Torres, para servirla», me dijo el día que nos conocimos en los calabozos de la comisaría, a punto de dar a luz a mi hijo. Desde entonces Isidro pasó a formar parte de nuestras vidas. Me ilusionó, me enamoró y después de acostarse conmigo me abandonó y repudió a su hijo. Porque Jesualdo es su hijo, pues padre no es el que engendra, sino el que cría, y él estuvo con nosotros durante años, siendo parte de su vida, participando en su educación, inculcándole valores y siendo su referente paterno.

> Isidro es el culpable de mi desgracia y de la de Jesualdo, puesto que no he sabido ejercer de madre al no poder superar su abandono. Él se ha casado con otra, dice que no ha elegido de quien se ha enamorado, pero yo tampoco lo elegí, y sin su amor me siento vacía. Isidro me ha destrozado completamente y no tengo fuerzas para seguir viviendo. Estoy harta de vivir, cansada de respirar, no quiero continuar en este mundo. Quiero descansar para siempre. Lo siento por mi hijo, por el dolor que mi muerte le pueda causar, pero sé que también es lo mejor para él. ¿Qué tipo de madre puede querer más a un extraño que a su propia sangre, a alguien que ha encontrado en la calle más que al hijo que ha llevado en su vientre? Yo soy esa madre, la que ama más a un desconocido que a su carne. Yo soy esa mujer, la que elige la muerte antes que vivir sin el hombre al que ama. Espero que mi hijo lo entienda y pueda perdonarme algún día.

Cuando acabo de leerlo entiendo el motivo de la actuación. Todo lo que a Rosaura le hubiera gustado hacerles a quienes la dañaron es justo lo que ha hecho Greta. El odio que sentía hacia Torres tiene su germen en estas hojas, en el intenso amor que su madre sentía por él, en su deseo de morir si no podía vivir a su lado. Paso la página y en la siguiente hay algo que ya no pertenece a Rosaura, sino a su hija. Es el dibujo de una tarjeta en la que está escrita la palabra *justicia* en mayúsculas y en rojo. Debajo de ella, una frase: «Vosotros me jodisteis la vida, yo os la joderé a vosotros».

Voy en busca de Navarro para mostrarle el diario, la prueba fehaciente de que Greta es la justiciera que ha asesinado a los proxenetas, a las prostitutas, a Prieto, al sacerdote y al comisario Isidro Torres. Navarro está rebuscando en el salón; Vila, en un armario que hay en la terraza, y Pacheco, en el mueble de la entrada.

—Este es el diario de Rosaura Ardon, madre de Jesualdo Ardon, ahora Greta Ardon, y para nosotros Virginia Alcira. Rosaura se quitó la vida el diecisiete de mayo del 2009, y antes de matarse escribió esto. —Le entrego el diario abierto por esa página y espero a que lo lea—. Como verá, ella describe cómo le habría gustado matarlos y su hija ha reproducido con exactitud lo que escribió su madre. —Paso la hoja para que vea el dibujo de la tarjeta y lea la frase—. Creo que no deja margen de duda, ¿verdad?

—Habrá que leerlo todo y…

—No he encontrado nada de interés. —El inspector Enric Vila interrumpe a Navarro al entrar de la terraza al salón.

—Toma, esto sí que es de alto interés. —El comisario le entrega el diario—. Empieza a leerlo en el coche para no perder tiempo.

—¿Qué es?

—Eso quiero que me cuentes cuando lo acabes —le responde, y se dirige a nosotros—: Son casi las tres de la madrugada y no tenemos ni idea de dónde está esa tal Greta, pero no podrá moverse en su coche ni utilizar el transporte público para escapar porque hay emitida una orden de busca y captura tanto a su nombre como al de Virginia Alcira. Vila y yo regresamos a comisaría. Pacheco y tú —me indica— marchaos a casa a descansar unas horas. Nos vemos a las nueve de la mañana. ¿De acuerdo?

—Sí, comisario —respondemos al unísono.

—Velázquez, te quiero en mi despacho en cuanto llegues. Tienes que explicarme muchas

cosas.

—De acuerdo. —Asiento.

77

Bruno se ha quedado dormido en el sofá y ni siquiera se entera de que acabo de entrar en casa. Me parece extraño llegar y no encontrar la vivienda vacía, verlo en el sofá durmiendo, respirando pausadamente, con la confianza del que está en su propio hogar. El hogar que podríamos haber formado si nuestra relación no se hubiera roto. Si yo no le hubiera puesto fin. Si él no hubiera estado a punto de engañarme. Si el dolor no me hubiera cegado. Quizá, de haberle dado la oportunidad de explicarse, la situación actual sería distinta. Igual ahora tendríamos hijos, seríamos una familia, puede que hasta tuviéramos un perro. Bruno tiene a Yanko, un perro de agua muy cariñoso, pero yo decidí no tener mascotas porque no me sobreviven ni las plantas. La imagen de la familia se forja en mi mente sin pretenderlo. La idea me seduce tanto que el corazón se me expande, pero el recuerdo de Torres, que se ha ido y con el que ya no podré crear más recuerdos, se abre paso como un cuchillo y el corazón se me encoge de pura aflicción.

Con una velocidad pasmosa siento que se agrieta el muro que he levantado tras abandonar los servicios del 12 de Octubre. Da igual que haya elevado su altura al unirme a mis compañeros para registrar las dos viviendas en busca de Virginia o Greta, que lo haya reforzado mientras veía los ojos enrojecidos de Pacheco, la tristeza en el rostro de Vila y la sobriedad que mostraba Navarro. Ninguno hemos mencionado a Torres, pero estaba tan presente como el aire que respirábamos. Al despedirse de mí, Pacheco me ha abrazado y se ha roto. Ha llorado, y yo, intentando hacerme la fuerte, he tratado de consolarlo aun sintiendo las fisuras que comenzaban a aparecer en mi muro de protección. Temía ser arrollada sin piedad, por eso he aguantado el llanto como buenamente he podido. Y he seguido reprimiéndolo mientras conducía para llegar a casa, en el ascensor, cuando he abierto la puerta y he visto a Bruno durmiendo, ajeno a mi llegada. Y he pensado en nosotros y en lo que pudo ser, e inevitablemente he recordado a Torres y la realidad me ha abofeteado.

Con los ojos vidriosos enciendo el móvil personal, lleno de llamadas perdidas. El sonido de los wasaps entrando hace que Bruno abra los ojos y me descubra.

—¡Ey!, ya estás aquí —dice incorporándose—. ¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo.

—¿Y qué? ¿Habéis dado con ella?

—No, pero hemos encontrado el diario. Es una prueba irrefutable que confirma que Greta es la asesina que buscamos.

—¿Cómo estás?

—Hecha una mierda, pero resistiendo —declaro con la poca entereza que soy capaz de reunir—. Mañana iré a comisaría y le contaré todo a Navarro, sin mencionarte ni a ti ni a Patricia. Después me encargaré de preparar el funeral de Torres.

—¿No tiene familia?

—No. Tenía una hermana solterona, pero murió hace años. Podría hacerlo su cuñada, la

hermana de Nuria, pero Isidro era como un padre para mí y lo justo es que me encargue yo. Al menos lo siento así.

—¿Quieres que te ayude?

—En verdad te lo agradecería. —Se me quiebra la voz.

Me derrumbo, no puedo evitarlo. Pretendía hacerlo en la cama, en la intimidad, sin más testigo que la soledad, pero la presión del caudal que he estado conteniendo es tan fuerte que me derriba sin contemplaciones y me anega en una tristeza que me parte el corazón. Bruno se levanta y me abraza, yo me fundo en su pecho. Necesito amparo, cariño, calor, vida… Lloro con ganas; tantas, que sin dejar de gemir comienzo a hipar. Él me estrecha más fuerte y también lo siento llorar, aunque lo hace de forma silenciosa. Me aparto y lo miro. Las lágrimas le recorren las mejillas mientras las mías saltan al vacío.

Me nacen nuevos sentimientos, uno de ternura y otro de añoranza. Brota el deseo de recobrar el pasado, de vivir el presente, de crear un futuro. Las emociones me embargan con tanta fuerza que poso mi boca en la de Bruno y lo beso. Nos besamos. Nos deseamos. Nos devoramos. Acabamos haciendo el amor en el sofá, necesitamos sentirnos vivos.

•

Apenas he dormido, conciliar el sueño ha sido una misión imposible. La tristeza por la pérdida de Torres ha exiliado a Morfeo y no he podido caer en sus brazos. He pasado el tiempo observando a Bruno, con quien he compartido la cama. Me ha recordado a nuestros buenos tiempos de pareja y a la vez me ha hecho acordarme de Torres, de lo mucho que lo apreciaba. Porque, menos cuando yo le prohibí mencionar a Bruno, Isidro siempre decía que era una gran persona, además de un buen policía. La congoja me ha atrapado con cada recuerdo sobre él, ha sido irremediable, pero precisamente por él, para hacerle justicia, debo ser fuerte. En cuanto he despegado las sábanas de mi cuerpo me he prometido no derramar más lágrimas, ya he vertido bastantes y pienso cumplir mi promesa.

Bruno y yo hemos empezado el día temprano, con un café bien cargado y envueltos en un silencio denso. Se ha empeñado en llevarme a comisaría en mi coche, y desde allí pedir un Uber para ir a recoger el suyo, que sigue aparcado en el barrio de Las Tablas desde el viernes, el día que empezó esta pesadilla. Mientras conduce, aprovecho para leer los wasaps que he recibido en las últimas horas. Seis son de Patricia, cinco de Lucas, dos de Martina y uno de mi hermano. También tengo llamadas perdidas suyas, incluso de mi madre y mi padre. Todos me piden explicaciones, las noticias de la prensa los han inquietado; primero llamaban a Torres asesino y ahora lo presentan como víctima.

Así amanecen los diarios del país y las noticias de radio y televisión, anunciando el asesinato del comisario Isidro Torres, del grupo VI de Homicidios. Los programas más osados han compartido el vídeo que circula por redes sociales en el que yace muerto y yo le sujeto la cabeza sobre mis rodillas, las manos comprimiendo la hemorragia y la mirada perdida en la nada mientras espero la llegada de la ambulancia. Algunos medios de prensa han pixelado mi rostro para publicar la imagen, porque, como se suele decir, una imagen vale más que mil palabras. La fotografía me ubica allí, con Torres, junto a un prófugo para mis compañeros, y de eso mismo quiere hablar Navarro conmigo. Aunque en ese sentido estoy tranquila, sé cómo voy a librarme de la quema.

Mando el primer wasap a Patricia, ahora no me apetece hablar con ella ni con nadie.

Todavía no hemos dado con el asesino de Torres. Vente esta tarde a mi casa y te cuento, tengo mucho que explicarte.
8:34

Seguidamente escribo a Martina.

Te llamo cuando pueda, estoy en plena investigación.
8:35

Hago un copia y pega y mando el mismo mensaje a mi padre, madre y hermano, a Lucas lo dejo en visto. Necesito economizar energía, y no me refiero a la batería del móvil, sino a la mía.

78

—No me voy a andar con preámbulos, Velázquez. ¿Por qué sabías dónde estaba el comisario Isidro Torres y por qué no informaste de ello? —me pregunta el comisario Navarro nada más darle los buenos días.

—No sabía dónde se escondía —miento—, pero sabía que era inocente y trataba de ayudarlo a demostrarlo. Usted le estaba tendiendo una trampa, él no dejó ninguna tarjeta de justicia en el cuerpo de Jana, principalmente porque no era el justiciero. Usted hizo que esa tarjeta falsa apareciera, y puedo demostrarlo.

—¿Me estás acusando de falsear pruebas?

—Ha entendido bien.

—¡Esto es inaudito! —protesta, fulminándome con la mirada.

—Lo que no entiendo es por qué me dejó una tarjeta en mi despacho. ¿Quería asustarme?

—¿De qué demonios estás hablando?

—¿No fue usted?

—Por supuesto que no —niega. Percibo franqueza en sus ojos.

—Pues entonces es obvio que fue Alcira. Imagino que también con la intención de asustarme.

—No desvíes la conversación.

—No lo hago, estoy atando cabos, pero hay uno que sigue suelto: la tarjeta que usted hizo aparecer en el cuerpo de Jana. Puedo demostrar que es falsa, porque Greta sí dejó su habitual tarjeta, pero era para Torres. Además escribió unas pistas para dejarle claro quién era. Cuando la muestre, lo dejará en muy mal lugar.

—No lo harás —suena amenazante.

—Acaba de admitir lo que yo ya sabía, que usted falseó esa prueba.

—Y yo sé que sabes más de lo que cuentas y que no has estado sola en esto, y también puedo demostrarlo. Un par de cámaras de seguridad de Torrelodones han grabado tu coche circulando mientras estabas con Torres, esperando la llegada de la ambulancia. Puede que una amiga tuya, que también es policía y vive en esa localidad, justo cerca de la zona, te haya estado ayudando.

—A la inspectora Patricia Soler no la meta en esto porque no tiene nada que ver —respondo tan veloz como una flecha.

—Entonces, ¿quién conducía?

—Le aseguro que ella no, y creo que a los dos nos interesa callar, ¿no le parece? —Me suena el móvil dentro del bolsillo de la cazadora; el incansable Lucas Gil—. ¿Ve? —Le muestro

la pantalla para que lea su nombre—. Usted quería echarle carnaza a la plebe, pero le ha echado gasolina al fuego, y eso es muy peligroso.

—No conteste, ignore a ese periodista —me ordena—. Tenemos que buscar una salida airosa para ambos.

—Seguro que es experto en encontrarlas. —Contesto, desobedeciéndolo—. Lucas, ahora no puedo hablar, pero te prometo que en unas horas tendrás en primicia la versión oficial de lo que ha ocurrido.

Corto la llamada dejándolo con la palabra en la boca, mientras el comisario Navarro me mira boquiabierto.

—Te gusta desafiarme, Velázquez.

—No, me gusta hacer las cosas bien y que no me obliguen a hacerlas mal.

—Y yo te he obligado, ¿no?

—¿Quiere que le cuente los pormenores?

—Mejor empieza a contarme la historia si quieres que fabrique una versión que nos exima de nuestras faltas.

79

Han pasado tres días desde que Greta matara a Torres y seguimos sin conocer su paradero. No hay rastro de ella, es como si se la hubiera tragado la tierra. La orden de busca y captura mantiene los aeropuertos y las estaciones en alerta, pero la operación jaula no se puede alargar tanto en el tiempo y hace más de treinta y seis horas que concluyó. Por carretera solo hay controles en ciertos puntos estratégicos que, a mi parecer, son demasiado aleatorios. Eso sí, no hay comisaría de Policía Nacional, cuartel de la Guardia Civil ni dependencia de la Policía Municipal que no tenga la fotografía de Greta Ardon y la orden de arrestarla. Además, su rostro sale en televisión, prensa, diarios digitales y redes sociales. Da igual que se haya escondido bajo tierra; esté donde esté, en algún momento tendrá que abandonar la madriguera, y cuando lo haga, daremos con ella.

El entierro de Jana Gutiérrez tuvo lugar anteayer por la mañana. La pobre *event planner* había muerto injustamente y mucho antes de su hora. Martina me ha contado que en el funeral se vivieron momentos sobrecogedores. Los hijos de Jana estaban deshechos, no paraban de llorar, no había consuelo alguno para ellos. Ella misma no dejaba de llorar mientras me lo explicaba y, escuchándola, reviví la muerte de Torres: sus ojos sin vida, sus últimas palabras, su sangre en mis manos… Volví a desear la peor de las muertes a Greta, a quien odio con todas mis fuerzas. Es la primera vez que siento este tipo de aversión desde que soy policía, una tan fuerte que me hace creer que dejar a esta asesina en manos de la justicia es tan irrisorio como ridículo, pues solo se hará justicia si sufre una muerte horrorosa. Sé que no debo pensar así siendo parte de un cuerpo que pertenece a la justicia, pero es lo que siento y no puedo engañarme.

Nos encontramos en el cementerio de Fuencarral, agrupados entre el módulo A y B de la sección quinta. Somos bastantes los que queremos despedir a Torres, la mayoría policías, su gran familia. No tenía esposa ni hijos ni hermanos ni sobrinos ni padres ni tíos; el trabajo lo era todo para él y casi toda la comisaría está aquí para darle el último adiós. En medio de un solemne silencio, los operarios se preparan para introducir el ataúd en su lugar de descanso eterno. Sus restos van a yacer junto a los de Nuria; así lo quería él y por eso la enterró en un nicho doble preparado para cuando él muriera.

Aprovecho el momento para observar a los presentes. Hay algún que otro político y un representante del Ministerio de Justica. El juez Ismael Orduño, con gesto más adusto del acostumbrado, está acompañado de Leandro Salcedo, el comisario principal, con quien mantiene una gran amistad. El forense Álvaro Zamorano, cuyo informe provisional concluye que Torres murió a causa de los dos disparos recibidos en el abdomen, que le perforaron el hígado y el intestino delgado, causándole una importante hemorragia que le provocó un paro cardiaco. Rufino Carreño, jefe de la Científica, que encontró en un bolsillo del pantalón de Torres la tarjeta de justicia que Greta dejó en su mesilla de noche, la misma que pondría a Navarro en serios aprietos si no hubiéramos hecho un pacto de silencio por interés mutuo. Fernando Navarro, el comisario que tomó el relevo de Torres, que desde el primer minuto se mostró hostil conmigo y que ahora ha cambiado su actitud hacia mí porque guardo uno de sus importantes secretos: lo he desenmascarado. Enzo Montañez, de delitos informáticos, un joven cerebrito que inspeccionó

mis móviles y comprobó que habían sido monitorizados y clonados, jaqueados, como yo suponía, de esa forma Greta había espiado mis conversaciones, *e-mails* y wasaps y conocía cada uno de mis pasos. Bruno Molina, inspector jefe de Homicidios, el hombre a quien más he amado y odiado, al que me llevó años perdonar una infidelidad que jamás cometió, con quien me he acostado recientemente y que ahora no sé qué lugar ocupa en mi vida. Lucas Gil, el periodista que me saca de mis casillas, pero que, debo reconocerlo, ha hecho un gran trabajo y ha informado de forma veraz, como ya hizo en el caso de Lagos del Pino, y como estoy segura que hará en su libro. Patricia Soler, inspectora de delitos de violencia de género y gran amiga desde hace unos años, la que anteayer, cuando le conté toda la historia de Greta, no daba crédito y la calificó de rocambolesca. Martina Carcaño, una experimentada fisioterapeuta y mi mejor amiga, a veces hasta la voz de mi conciencia, la que tiene una paciencia infinita conmigo y ha venido para mostrarme su apoyo. Mis padres, Agustín y Mariela, reputado cardiólogo y enfermera de cuidados intensivos, y mi hermano Raúl, el otro cardiólogo de la familia. Los tres apreciaban a Torres, pero están aquí por mí, para darme ánimo, como Martina.

La muerte de Isidro es la tercera pérdida importante que sufro en mi vida. La primera fue mi abuelo, cuando contaba diecisiete años; la segunda, mi abuela, poco después de soplar las velas de mi cuarenta y dos cumpleaños. En plena pandemia, con restricciones en el número de asistentes al funeral y mi padre ingresado en la UCI por covid. Superar una pérdida conlleva un ineludible proceso de duelo. Dicen que el primer año es el más duro porque está repleto de los primeros momentos sin esa persona, pero después el tiempo termina posando el dolor, o nosotros acabamos acostumbrándonos. Así es, nunca se olvida a una persona que ha sido importante en tu vida, se aprende a vivir de otro modo, sin ella, aunque su recuerdo jamás te abandona. Nunca olvidaré a mis abuelos ni a Isidro Torres, siempre estarán en mi memoria. Pero la vida es sumamente egoísta y no se detiene ante nada, y hay que seguir viviendo con nuestras heridas, con nuestras cicatrices, siempre adelante.

La muerte de Torres me ha hecho pensar mucho y en profundidad, porque perder a un ser querido también te hace ver lo vulnerables y frágiles que somos, que estamos en la vida de paso y que hay muchas cosas que nos perdemos por estar pendientes de temas intrascendentes. Lo importante es vivir cada día como si fuera el único, disfrutar de las pequeñas cosas, las cotidianas, las gratuitas: el sol, una sonrisa, el mar, los amigos, la naturaleza, el amor, la familia, los abrazos, los besos… Quiero vivir; sin más, con todo. Así de sencillo y de complejo.

Observo fijamente a mis padres y pienso que ellos serán las próximas pérdidas importantes que me toque sufrir; es ley de vida. Un escalofrío me recorre el cuerpo y la sensación de vacío que siento crece de forma bestial. No quiero perderlos, pero ya tienen una edad en la que cada día resta y los acerca a un final del que nadie podemos librarnos. Por eso debo disfrutar más de su compañía, tengo que visitarlos con frecuencia, porque, como dice un refrán: «Día que pasa, día que no vuelve». Ellos no pueden permitirse perder el tiempo y yo quiero pasar más tiempo a su lado. Tengo cuarenta y cuatro años y también voy teniendo una edad; son años que me han dado madurez, conocimiento y sensatez y me han hecho aprender de mis errores. No puedo prometer que no vaya a volver a equivocarme, pero ahora que sé entonar el *mea culpa*, sí prometo reflexionar y no obcecarme. Es hora de olvidar los restos del rencor que pueda guardarle a mi padre por su empeño en apartarme de la policía, por creer que era un mundo de hombres en el que no había cabida para su hija, por su testarudez para que siguiera la tradición familiar en la medicina, una terquedad idéntica a la mía por hacer lo contrario.

Mi padre y sus ideas que tanto chocaban con las mías. Si me contradecía, yo lo desmentía.

Si se molestaba, yo me sentía ofendida. Si me hablaba poco, yo nada. Él quería hacerme razonar y yo siempre había querido estar por encima de sus razonamientos. Soy consciente de que yo me he portado peor con mi padre que él conmigo. Quería imponer mi verdad porque mi verdad era absoluta, pero la verdad tiene muchas versiones, las que cada uno queramos darle. Me empeñé en dejar de escucharlo y lo aparté de mi vida hasta que al finalizar el caso de Lagos del Pino le permití acercarse a mí, y lo mismo me ocurrió con Bruno. Ahora, con el paso del tiempo, todo adquiere otra perspectiva y me doy cuenta de que mi padre lo hizo mal, y yo, peor. Si mi abuelo viviera, con la afición que tenía por el refranero español, muy sabiamente me diría: «Más vale tarde que nunca». Es cierto, «Nunca es tarde si la dicha es buena», y yo aún estoy a tiempo de enmendar mis errores.

En cuanto el ataúd de Torres entra en el correspondiente nicho y los operarios vuelven a cerrarlo con la lápida, el juez Orduño y el comisario principal Salcedo se acercan a mí y me expresan sus condolencias. Con efecto dominó, y de forma espontánea, seguro que porque no tienen a nadie más que dárselo y saben que para Torres yo era como una hija, el resto de los presentes comienza a darme el pésame. Hasta mi familia lo hace.

—Lo siento mucho, hermanita. —Raúl me abraza de forma sentida y me bisbisea—: Te repondrás, Wonder Woman, solo es cuestión de tiempo.

Mi hermano deja paso a mi madre.

—Ánimo, hija —me susurra abrazándome, y me da un beso antes de apartarse de mí.

Mi padre también me abraza, pero soy yo la que se estrecha contra su pecho con ganas. Con tantas como no recuerdo. Es mi manera de pedirle perdón sin decir nada.

—Sabes que puedes contar con nosotros para lo que necesites, Lola, siempre —musita pegado a mi oído.

—Lo sé. —Deshago el abrazo y lo miro a los ojos—. Te quiero, papá. —Se me quiebra la voz. Llevo demasiados años sin expresarle ese sentimiento. Demasiado tiempo sepultándolo, negándome a sentirlo y a exteriorizarlo.

—Y yo te quiero más que a mi vida, hija.

De nuevo nos abrazamos. Con fuerza, reprimiendo un llanto que nos tiene ahogados. Mi madre, que por la cercanía ha escuchado lo que nos hemos dicho, se une al abrazo, emocionada. Se ha pasado la vida tendiendo puentes entre nosotros. Mi padre hace tiempo que lo cruzó, y yo, que estaba a medio camino, acabo de terminar de hacerlo. Raúl se une a nosotros con cariño, feliz, sabe que mi acercamiento ondea la bandera blanca. Hasta Martina también se abraza a nosotros, imaginándose lo mucho que significa esa unión, mi absoluta rendición. Mientras permanecemos estrechados los unos a los otros, observo por encima del hombro de mi padre, y a lo lejos diviso una silueta que me resulta conocida. Da igual que oculte parte de su rostro con unas grandes gafas de sol, mis alarmas se activan. Me pido calma, debo proceder con cautela y sangre fría.

—Disculpadme un momento, necesito hablar con mis compañeros.

—Por supuesto. El trabajo es siempre lo primero —dice mi padre con orgullo, y los cuatro se apartan de mí.

—No os mováis de aquí, por favor. Hacedme caso —les pido. Ellos asienten sin replicar.

Me acerco a Bruno, que está con Patricia y Pacheco, a unos tres o cuatro metros de mi familia, y les pido que me sigan sin hacer preguntas. Obedecen y regreso al punto de partida. Hago que Bruno salude a mis padres y a mi hermano, a quienes no ve desde hace veinte años, y yo les presento a Patricia, de la que me han oído hablar y por fin conocen. Mientras conversan, le pido a Pacheco que observe con cautela al fondo, a la mujer que está entre las tumbas vestida con plumífero gris y gorro de lana del mismo color, a juego con el encapotado cielo.

—Parece la oficial Virginia Alcira —me dice en bajo tras presentarle a mi familia.

—Greta Ardon —lo corrijo.

Martina y Patricia se quedan hablando con Bruno y con Pacheco y yo voy a informar de la situación a Navarro. Me pregunto cómo ha llegado Greta hasta aquí. Dudo que se haya trasladado en su Renault Clio, el vehículo más buscado del momento, pero también dudo que haya venido en trasporte público, pues su cara aparece hasta en los cromos. Navarro está hablando con Vila. No sé si el inspector ha congeniado tan bien como parece con el nuevo comisario o sencillamente trata de hacerle la pelota, pero sea como sea, que estén juntos me favorece para ganar tiempo. Les pido que no aparten la vista de mí y les pongo en antecedentes. Repito con ellos la presentación de mi familia para que comprueben lo que nosotros creemos. Navarro se aparta de ellos, me mira y asiente con disimulo. Enric observa a la mujer de forma tan descarada que levanta sus sospechas. Greta se da media vuelta y comienza a caminar con paso rápido en dirección contraria.

—Tú siempre tan sutil, Vila —le reprocho.

—¡¿Qué?! Solo la he mirado un par de segundos —protesta.

—Y con uno bastaba, joder —le reprende Navarro—. ¡Vamos a por ella! —ordena.

Navarro echa a correr y a la vez desenfunda el arma. Pacheco, Vila y yo lo imitamos. A ninguno nos ha sorprendido la aparición de Greta, era una de las teorías que barajábamos y la razón por la que veníamos preparados. Sabemos que debemos ir con cuidado; Greta piensa como una policía y actúa como una asesina. Divide y vencerás, dice una célebre frase, y nos separamos para cubrir el camposanto e interceptarla.

80

Un final inesperado.

Todo el mundo tiene sueños, metas que le gustaría alcanzar. Desde que somos pequeños nos preguntan qué queremos ser de mayores. Es entonces cuando empezamos a proyectar esos sueños e incluso a perseguirlos. Desi quería ser empresaria y yo quería ser como ella: una mujer. Lo deseaba mucho. Pero no podía decirlo porque sabía que a mi madre no le gustaba escucharlo. No era culpa suya. La familia de Rosaura tenía una mentalidad muy retrógrada. Un mariquita, como los llamaban, era un enfermo o un vicioso. No se le consideraba una persona normal.

Durante la infancia y la adolescencia solía escuchar comentarios homófobos a mi alrededor. Me dolían esos ataques y tenía que protegerme de ellos. Mi madre no me apoyaba y yo tenía miedo al rechazo. Para encajar en la sociedad me inventé una personalidad falsa. Antes pensaba que no era una persona normal, pero sí lo soy. Era la gente que me rodeaba la que se permitía juzgar lo que era normal y lo que no. Y eso me obligó a levantar un muro alto, grueso y resistente para que nada ni nadie me hiciera daño. El paso del tiempo y mi derecho a expresarme tal cual soy me ayudó a derribarlo.

Cuando me permití ser yo misma, los límites desaparecieron. Durante años he sido una mujer encerrada en un cuerpo de hombre. Una mujer que ha crecido con el deseo de vengarse de su padre. Que ha tenido que hacerse pasar por policía para cumplir el sueño de asesinar a unos cuantos indeseables. He estado casi un año jugando a ser poli. Ese tiempo me ha servido para entender cómo actúan en el cuerpo. Los polis no tienen secretos para mí, y ahora mi identidad ha dejado de ser un secreto para ellos.

Sabía que en cuanto descubrieran que soy Greta Ardon, el personaje de la oficial Virginia Alcira se desmoronaría como un castillo de arena barrido por una ola. Supuse que me delataría Desi, y no me equivoqué. Sigue vivita y coleando. Pero fue una tal Vega la que, en su nombre, llamó y reveló mi verdadera identidad. Desde ese momento la inspectora no volvió a usar los móviles, ni el del trabajo ni el personal. Los apagó. Está claro que sospechaba que yo los había jaqueado. Es muy inteligente, la muy cabrona, pero yo lo soy más.

Observando a una persona durante varios días, enseguida me aprendo sus costumbres. Así lo hice con el malnacido de Isidro Torres y con su amiguita inspectora. En la comisaría se mostraban confiados, a salvo de maleantes y asesinos. ¡Cómo no, estando entre polis! Sus despachos siempre estaban abiertos. Isidro guardaba las llaves, el móvil personal y la cartera en el primer cajón de su mesa. Saqué un duplicado de la puerta blindada de su casa sin que el idiota se enterase, y también le jaqueé el móvil. La inspectora dejaba las llaves del coche en el bolso, colgado del perchero, debajo del abrigo, y allí se quedaban cuando ella salía a hacer su trabajo. Solía dejar los móviles en la mesa del despacho cuando iba al cuarto de baño, a sacar un refresco de la máquina o a hablar un rato con Isidro. Todo estaba a mi alcance y al de cualquiera.

Pero hay que ser prevenida, por eso ideé un plan B. Escondí un pequeño dispositivo GPS en

el Toyota de la inspectora mientras ella y el otro policía estaban en la residencia de protección de menores. Debía ir siempre por delante, anticiparme a los posibles problemas. Por eso controlé sus movimientos con un sistema secundario, por si fallaba la monitorización de los móviles. Lo dicho, soy más astuta que ellos.

Gracias al dispositivo supe que Dolores Velázquez había ido a la avenida de Daroca, a una vivienda desocupada y abandonada. Era el domicilio que le asigné a Virginia Alcira en la documentación falsa. Luego estuvo en la calle Valmojado. En mi verdadera casa. Se están volviendo locos para encontrarme. Lo que habrá encontrado es el diario de Rosaura y ya sabrá las razones de mi venganza. Y habiendo visitado a Desi en el hospital, habrá rellenado las lagunas que le quedaban. La que fue mi amiga me habrá traicionado largándole mi implicación en los robos de Nacho. A estas alturas la inspectora ya conocerá toda la historia, igual que yo conozco todos sus movimientos. Sé cuándo ha estado en comisaría, en el IML, en la funeraria, en el tanatorio Norte… Y sé que ahora se dirige al cementerio de Fuencarral. Yo también voy, en un Uber.

Entro en el cementerio pensando lo mucho que me estoy exponiendo. El lugar está rodeado por un terreno llano y desnudo. Fuera soy un blanco seguro, pero dentro puedo usar las altas cruces o los muretes de los nichos para esconderme. Necesito ver cómo entierran a Isidro, no puedo evitarlo. Lo necesito como respirar. Quiero ver cómo el oscuro nicho donde van a meterlo se traga su ataúd. Que se pudra ahí para siempre. Llevo unas gafas de sol y un gorro de lana para que no me reconozcan. Me he subido el alto cuello de la cazadora para que me cubra la boca, como si tuviera frío. Meto las manos en los bolsillos y acaricio mi Glock 43X. La traigo conmigo. Nunca se sabe.

Hacerme pasar por policía fue muy difícil. Para suplantar a una de ellos tuve que conseguir el carnet profesional, la placa-emblema y el arma reglamentaria. Lo del arma fue lo más delicado. Las pistolas que se entregan a los agentes tienen una guía de pertenencia, una especie de DNI del arma. Si quería que pasara completamente desapercibida, debía ser una copia perfecta: la numeración, la ubicación, el escudo… Tuve que pagar el doble por el trabajo extra en la Hecker & Koch USP Compact nueve milímetros. Lo conseguí todo en la *dark web*, esa red oscura y oculta en Internet.

Al principio me daba miedo que una revisión de armas pudiera delatarme, pero durante el tiempo que he estado en el cuerpo no ha habido ninguna. O son un mito o las hacen de pascuas a ramos, como las prácticas de tiro. También tuve que aprender a disparar, para ser una poli convincente y para cargarme a los putos chulos. Practiqué con pequeños sacos de arena en el campo. Tenía buena puntería. Buscando en Internet una droga paralizante descubrí que el mismo medicamento que estuve tomando para dormir podía servirme usándolo a dosis altas. Se me ocurrió mezclarlo con un veneno usado en estética y fácil de encontrar en el mercado negro, y lo hice más eficaz. Mis ganas de que murieran rápido eran tantas como el miedo a que los cabrones gritaran. Hubiera preferido mil veces dispararles primero en los huevos. Reventárselos y ver cómo se retorcían de dolor, cómo se desangraban. Escucharlos suplicar por el tiro de gracia. Pero no podía correr ese riesgo. Hacerlo ponía en peligro el plan, por eso primero les volé la tapa de los sesos.

Meses después, conseguí en la misma Internet oscura el arma que necesitaba para mi plan. Compré la nueva pistola que el Cuerpo Nacional de Policía estaba entregando a los agentes no uniformados. Fue un capricho. Era una Glock 43X como las de Isidro, Lola y Enric, entre otros.

Mi «varita mágica» me llegó en el mismo paquete que el arma, la munición y la táser. Otro capricho fue comprar una porra como la que utilizan los antidisturbios. Ellos son los que dan más palos, y yo quería darles muchos palos a esas zorras.

Y ahora estoy aquí, esperando a que entierren al maldito de Isidro para sepultar mi odio con él. No quiero matar a nadie más. Pero tener la pistola cerca me hace sentir segura, o puede que me haya acostumbrado a llevarla fingiendo ser policía. Me coloco algo alejada, entre las tumbas, para ser testigo del entierro. Hay bastante gente, más de la que se merecía ese bastardo. Los asistentes están tristes y una buena parte, llorando su muerte. El nicho se cierra y se hace un estruendoso silencio que taladra los tímpanos. Hay muchas muestras de consuelo, y la mayoría las recibe la inspectora.

Tras una larga ronda de abrazos y besos, la inspectora presenta su familia a los compañeros. También está ese tal Bruno, su cómplice, y la inspectora Soler, la otra partícipe. Y el subinspector Pacheco, el nuevo comisario y el inspector Vila, que mientras saluda a un hombre me mira fijamente. Creo que me ha descubierto y comienzo a andar con prisa. Segundos después oigo pisadas a mi espalda y al girar la cabeza veo que vienen a por mí.

Echo a correr como alma que lleva el diablo. El Uber me está esperando en la salida. Me adentro en un patio con más tumbas, parece la parte antigua. Miro hacia atrás de vez en cuando y de pronto dejo de verlos. Intuyo que me están preparando una emboscada.

Abandono el enorme patio, pero hay más tumbas. De repente, a mi derecha, veo aparecer a la inspectora. Tendría que correr hacia la salida, pero la tengo a mi espalda y eso me convierte en un blanco fácil. Me oculto tras el muro que resguarda la capilla. Su forma semicircular me da ventaja respecto a ella, que tiene que franquearlo despacio y en posición defensiva hasta llegar a la otra punta. Mientras me busca, escapo sin riesgo de ser tiroteada. De pronto veo a Bruno corriendo hacia mí, dispuesto a detenerme. Va desarmado. Empuño la Glock y no dudo en dispararle. Echo a correr.

—¡Bruno! —grita a mi espalda la inspectora. Parece que ha visto caer a su compañero.

Corro todo lo deprisa que puedo. Antes de llegar a la salida, como surgidos de la nada, aparecen Navarro, Vila y Pacheco.

—¡Alto o disparo! —vocea Navarro.

—Pacheco, llama a una ambulancia, Bruno está herido —le pide a gritos la inspectora, que viene corriendo hacia mí.

Aprieto el gatillo y le disparo a ella. Porque ella ocultó a Isidro. Es la culpable de mi cambió de plan. Escucho dos tiros que siento en mis carnes, uno en el vientre y otro el cuello, y caigo al suelo. Un calor húmedo me recorre la garganta y noto un sabor metálico. El cuello me quema y me llevo la mano a él. La sangre sale a borbotones. Una pérfida debilidad me posee y presiento que voy a morir. No tengo miedo.

Dicen que los recuerdos están sobrevalorados, pero los recuerdos dan forma a nuestra memoria. A la mía llegan en tropel. Los buenos momentos, los malos, los afortunados, las desgracias… Las desgracias son las que nos marcan, las que nos hacen sufrir un profundo dolor. Soportar tanto sufrimiento es duro y resulta muy difícil acostumbrarse a él. Las desgracias cambian a las personas; para mejor, para peor, para mucho, para poco, para algo. Porque algo es lo que varía y por tanto nos cambia. Pueden hacer bueno al malo y malvado al bondadoso,

valiente al cobarde y osado al pusilánime. Son capaces de sacar lo mejor o lo peor de uno mismo. En mi caso me amputaron el corazón, y con él, la capacidad de sentir algo por los demás. Y cuando no sientes ni padeces, nada te asusta, ni matar ni morir.

Estoy temblando, tengo mucho frío. Escucho un sonido a lo lejos, creo que es la sirena de una ambulancia. Veo a Navarro y a Vila, están a mi lado; y frente a mí, mi madre. Rosaura ha venido. Está aquí y me ofrece la mano. La escucho decir: «Vámonos, Greta». Sonrío. Alargo la mano y cojo la suya. Nos marchamos juntas, como madre e hija por fin.

81

—¡Joder, la bala le ha tenido que seccionar la yugular!

Navarro se arrodilla al lado de Greta y presiona con sus manos la herida del cuello en un frustrado intento de detener la abundante hemorragia.

Enric pide otra ambulancia con extrema urgencia, suena angustiado. Raudo, se arrodilla junto de Navarro con la intención de ayudarlo.

Yo me quedo paralizada observando la escena, viendo correr la sangre, pensando si habrá sido mi bala o la de Navarro la que está haciendo que Greta se desangre a una velocidad de vértigo. Me pregunto hasta qué punto es moral socorrer a un asesino, una persona que no ha tenido piedad con sus víctimas. A una asesina en serie, la asesina de Torres. ¿Por qué tengo que ayudarla si el mundo va a ser un lugar mejor con ella muerta? La omisión del deber de socorro es un delito, y siendo policía, con agravante, pero ahora mismo mis sentimientos nadan en un mar embravecido que me ha despojado del uniforme. Soy persona antes que policía. Una persona afectada por el daño que ha causado esa asesina, asustada porque ha estado a punto de matarme y preocupada porque ha disparado a un compañero. «Ve a por ella, ¡vamos! No pierdas tiempo conmigo, Lola». La frase de Bruno se repite en mi cabeza. He oído el disparo antes de salir de detrás del muro circular que protege la capilla, y enseguida lo he visto en el suelo. Más por inercia que por consciencia, le he hecho caso y he corrido tras Greta sin detenerme a comprobar la gravedad de su herida.

—Ha muerto —avisa Navarro, apartando las manos empapadas de sangre del cuerpo.

—No me da ninguna pena —revelo con franqueza.

—Yo no he dicho que me la dé.

—Ha matado a muchas personas, entre ellas a Torres, al que acabamos de enterrar, y ha herido al inspector jefe Molina. Voy a ver cómo está.

Abandono con prisa el sangriento escenario y me acerco a Bruno. Está sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la parte trasera de una tumba. Tiene su cazadora sobrepuesta, Pacheco ha debido de quitársela para verle la herida, y la del subinspector sobre las piernas, cubriéndoselas a modo de manta. El día es frío y sombrío y el suelo debe de estar helado, como su cuerpo ahora mismo. Pacheco está en cuclillas a su lado, hablándole, entreteniéndolo, actuando como un buen compañero mientras aguardan la llegada de la ambulancia.

—Le ha dado en el hombro —me informa, poniéndose de pie.

—¿Cómo estás? —le pregunto a Bruno.

—Podría estar mejor —responde con cara de dolor.

—Pacheco, ve a darle las oportunas explicaciones al comisario principal, que seguro que está conteniendo a los asistentes para evitar riesgos. Dile que Greta Ardon ha muerto, que el inspector jefe Molina está herido y que estamos esperando a las ambulancias y al juez de turno

para que levante el cadáver.

—Por supuesto, jefa. —Pacheco, obediente, se marcha.

Tomándole el relevo, me pongo en cuclillas para estar a la misma altura que Bruno.

—Así que ha muerto —comenta.

—Y tú también podías estarlo. ¿Qué demonios hacías persiguiéndola desarmado?

—Trataba de ayudar, llámalo deformación profesional.

—Yo lo llamaría intento de suicidio.

—Y aplazamiento de mi regreso a casa, porque creo que después de esto no me voy a poder marchar hoy.

—Tienes suerte de poder regresar a Zaragoza, así que no te quejes. Y ahora, déjame echarle un vistazo a esa herida. —Lo ayudo a apartar la espalda de la lápida y le retiro un poco la chaqueta. Observo la mancha oscura que muestra su jersey y que desciende desde el hombro hasta el codo; es sangre—. Hay orificio de salida, la bala no está alojada en tu hombro.

—Pacheco me ha dicho lo mismo.

—Y yo repito que has tenido mucha suerte.

—Bien, pues jugaré a la lotería. A ver si me toca el gordo.

—¿Estás gracioso? Pues llámame loca, pero yo no le veo la gracia por ninguna parte. Me he asustado mucho cuando te ha disparado, ¿sabes?

—Yo también, cómo no, siendo mi vida. Pero la gracia está en que estoy aquí hablando contigo.

Bruno me sonríe con la mirada, esa capacidad tan suya que pocas personas poseen.

Lo miro en silencio, pensativa.

—¿Recuerdas lo que te dije la noche que estábamos esperando a que Desi llegara a su empresa, después de que nos besáramos?

—¿Te refieres a que estabas instalada en el aquí y el ahora?

—Veo que lo recuerdas. —Asiento.

—¿Y?

—Pues que puede que mi aquí y ahora sea este.

—¿Estás aludiendo al lugar o a la compañía?

—A lo segundo, obviamente.

—¿Y eso abre alguna puerta?

—Es un intento de volver a intentarlo, ¿te parece?

—¡Vaya! —Silba maravillado—. Y solo he necesitado que me peguen un tiro para que te decidas. Si lo llego a saber, dejo que me disparen antes.

—¡No digas estupideces!

—Es la verdad, jefa.

—Anda, calla y no lo estropees. A ver si me arrepiento.

—Me callo, me callo —dice de forma atropellada.

—Mejor.

—Mucho mejor. Porque si hablamos, no podrás besarme, y sé que lo estás deseando tanto como yo.

—O más. —Le sonrío antes de lanzarme a su boca.

Nos besamos. Los besos se suceden uno tras otro, sin prisa, sin pausa, con ganas, con ilusión. Mientras, de fondo, se escuchan las sirenas de las ambulancias.

FIN

El odio no puede expulsar al odio:
solo el amor puede hacer eso.

MARTIN LUTHER KING

Agradecimientos

Gracias por todo y por tanto, mis queridos lectores.

Sin duda, sois a los primeros a quienes debo dar las gracias, pues vosotros me habéis empujado a escribir esta novela. Me habíais pedido otro caso con la inspectora de Homicidios Dolores Velázquez, otra historia con Lola como protagonista. Lola para los amigos, para los lectores que ya la conocéis. Lola, el personaje que un día creé para escribir mi primer *thriller* policiaco.

#LolaVuelveALaCarga

Lo mío con Lola fue algo especial. Recuerdo que me pasaba el día y la noche pensando en ella, incluso soñaba con ella. El personaje me poseyó. Con el paso del tiempo he comprobado que también ha calado en vosotros, que lleváis más de dos años pidiéndome otra historia con Lola. Os confieso que no la he escrito antes por miedo. Temía retomarla y no conectar, cambiar su voz, perder su esencia… Qué equivocada estaba. En cuanto pensé en la historia que quería que Lola viviera, ella volvió a poseerme con la misma fuerza y ganas que la primera vez.

#byEvaZamora

Y ya que retomaba un personaje, ¿por qué no hacer lo mismo con otro que también me gustó mucho? Así fue como la inspectora Patricia Soler, de *Influencias peligrosas*, se convirtió en amiga de Lola y acabó en esta historia. Dos mujeres de carácter fuerte, hechas a sí mismas. Me gusta el tándem que forman, y sé que a vosotros os gustará. No sé si después de esta novela me volveréis a pedir otro caso con Lola, o con Patricia, o con ambas, lo que sé es que *Venganza a fuego lento* ha nacido por vuestro deseo, por vuestras ganas, y a mí me van a faltar vidas para agradeceros tanto. Gracias, gracias y gracias por leerme, por seguirme, por recomendar mis novelas, por postearlas en redes… En definitiva, por el boca oreja. Esa difusión es primordial para que mi obra llegue a otros lectores, y yo os lo agradezco hasta el infinito y más allá.

#LectoresQueSonAmores

Y siguiendo con los agradecimientos, quiero dar uno especial a las tres lectoras cero de esta novela, por la ayuda que me han brindado: Sonia Aguirre, Belén López y Yolanda Díaz. Es curioso como cada una de ellas ha aportado cosas distintas, pero es cierto que cada lector hace una lectura de una novela, y hay partes en las que se coincide y otras en las que las perspectivas cobran distancia. Escuchar para mejorar siempre es una buena idea. Y a Marcos Paricio,

subinspector de policía y compañero de letras, por su ayuda y asesoramiento.

#Evadictos

Y hablando de perspectivas que cobran distancia, tengo que mencionar a mis editores, Alberto Santos y Carlos L. García-Aranda. Sus miradas críticas siempre se enfocan en la mejora de la novela, contribuyen a enriquecer la historia y me ayudan a crecer con cada publicación. Porque siempre se está aprendiendo, y yo, en continua evolución y mejora. Muchas gracias a ambos.

#ImágicaEdiciones

Gracias a las librerías, porque ellas son el vehículo que acerca el libro al lector. A las que siempre me han abierto sus puertas: Librería Guillén, + Q Libros, Librería Bravo y Tu Tienda. A las tiendas de Casa del Libro que desde hace un par de años me están dando la oportunidad de hacer firmas en su espacio. A las librerías que espero se animen a acogerme en una presentación o firma, pues yo seguiré tocando puertas con la esperanza de que alguna más me la abra.

#PonLibrosEnTuVida

Y cómo no, un agradecimiento especial a mi familia, por su continuo apoyo. A Jesús, mi marido, por su complicidad. No sé cuántas veces has recogido mis pedacitos y los ha unido de nuevo con el mejor pegamento que existe: el amor. A Adrián, mi hijo y mi mayor crítico, por sus consejos. No sé en qué momento te has hecho tan sabio, cariño. A mi madre, por escucharme y quererme. No sé si me entiendes siempre, a veces ni yo misma lo hago. A mi suegra, por ser valiente y estar aunque no esté. No sé cómo será la vida a partir de ahora, pero lo descubriremos juntos. También un agradecimiento grande a los amigos, por soportarme. A Beatriz, por estar en lo malo y en lo bueno. No sé cómo compensarte por tanto, corazón. A Sonia, Juanra y César, por crear momentos buenos y divertidos. No sé qué sería de mí sin nuestras quedadas. A Susana Gil, mi compiamiga, por ser un sol. No sé si podría vivir sin nuestros podcast de WhatsApp.

#AgradecidaHastaElInfinitoYmásAllá

Y un gracias en mayúsculas para el lector que por primera vez va a leer una de mis historias. Gracias por darle la oportunidad. Gracias por invertir tu tiempo y dinero. Espero que la disfrutes mucho y que no sea el único título que leas de mi obra. Tengo once más, y cinco son *thrillers*. #LaVenganzaNoPrescribe, #InfluenciasPeligrosas, #NoMientas, #ElAngelicalRostroDelMal y #VíctimaDeTraición.

Queridísimos lectores, esta historia ya no es mía, sino vuestra. Espero que la disfrutéis tanto como yo escribiéndola. Y recordad, dadle vida a través del boca oreja entre familiares, amigos, vecinos, compañeros, por redes… Si queréis conocer más sobre mi obra y mi andadura literaria, que comenzó hace ya una década, os invito a entrar en mi web www.evazamora.es. Por redes sociales podéis seguirme en Facebook, por Eva Zamora, y en Instagram, por @evazamora_autora. Y si os apetece darme vuestra opinión de forma más privada, el *e-mail* zamoraeva2022@gmail.com está a vuestra disposición.

#SoisMiMotor



Eva Zamora, apasionada de la literatura desde niña, no empezó a escribir hasta los cuarenta años. Su género favorito es la intriga, y le gusta explorar en las emociones y los sentimientos para construir sus tramas, en las que siempre destaca el papel de la mujer. El análisis psicológico de sus personajes y sus sorprendentes giros argumentales ya han dado como fruto retorcidas venganzas, crímenes meticulosamente planeados y apasionantes horas de lectura para sus cientos de seguidores. En poco tiempo se ha convertido en una de las autoras madrileñas más destacadas y prolíficas. En Imágica Romántica hemos publicado *Todo por Daniel* (2015), *Perdida en mi desconfianza* (2016) y *Amor con vistas al mar* (2018), y en Imágica Intriga, *La esencia de mi vida* (2014), *Lo que oculta la verdad* (2017), *La venganza no prescribe* (2019), *No mientas* (2020), *Víctima de traición* (2021), *El angelical rostro del mal* (2021) e *Influencias peligrosas* (2022).

Venganza a fuego lento es el nuevo caso de Dolores Velázquez, la protagonista de *La venganza no prescribe*.